

intervalo

ALBUM



**10 OBRAS
COMPLETAS**

de Stendhal - Rodenbach - Schiller - Godit
García Serrano - Brett Young - Walsh
Garmati - Kurt - Correau

\$ 28.-

SUMARIO

DIAMANTE NEGRO, por FRANCIS BRETT YOUNG

El amor de la esposa, la amistad del amigo, frente al desamor y al vicio Pág. 4

LA DONCELLA DE ORLEANS,

por FEDERICO SCHILLER

Juana de Arco, la santa campesina, que salva a Francia del deshonor y la impiedad Pág. 18

DISPAREN SOBRE EL PIANISTA,

por F. D. GODIS

Famoso pianista, ahora relegado a tocar en un bar de París, acosado por la codicia de su patrón y la delincuencia de sus hermanos Pág. 35

EL AMOR DE UN BANDIDO, por STENDHAL

Mezcla de bandolero y patriota, de desenfreno y moralidad, su vida queda redimida por el amor Pág. 47

BRUJAS, LA MUERTA, por JORGE RODENBACH

Se había refugiado en la ciudad acorde con la tristeza de su espíritu, cuando aparece una mujer cuyo parecido con la esposa muerta es portentoso Pág. 61

EL HOMBRE QUIETO, por MAURICE WALSH

El amor a la casa natal y a una hermosa campesina, el triste pasado de sus padres, en la enérgica vida de un joven irlandés. ... Pág. 78

LOS WILSON DE TEXAS,

por JUAN DE DIOS CORREAU

Apasionante novela de ambiente americano Pág. 90

VOLVER A ESCUCHAR TU VOZ, por H. GARMATI

Fina descripción de un apasionante problema sentimental Pág. 101

EL CIENTIFICO DE MALMOE,

por HANS KURT

La ciencia y el amor frente a la muerte Pág. 110

LA PAZ DURA QUINCE DIAS,

por RAFAEL GARCIA SERRANO

La guerra ha sido cruel y despiadada, pero una breve licencia hace reaparecer la vida de todos los días, con su ternura, su amor, su simplicidad Pág. 127



DIAMANTE NEGRO

por FRANCIS BRETT YOUNG

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ

Abner Fellows tenía hermosos recuerdos de la infancia, antes de que su padre, viudo, se volviera a casar. Entonces iban juntos al campo de fútbol.

Cuando sea mozo jugaré como el mejor de todos esos...



John Fellows era minero: ganaba bastante y no tardó en aparecer una joven que se casó con él. Abner hizo lo posible por armonizar con la madrastra. Pero cuando nació su hermanito, el carácter de la señora se hizo insostenible.



El minero retornó a visitar las cantinas y cierta noche Abner se dijo:

(Me marcharé del pueblo. No soporto más esta vida.)



Decidió buscar trabajo en una región vecina, donde contrataban hombres para la siega. Muchos mineros sin ocupación se dirigían allí con sus familias. La noche sorprendió al joven en mitad de camino.



Sentándose al pie de un árbol, atrajo el paquete en que llevaba ropa y dinero.

(No cuento con muchos recursos. Sería mejor tentar la suerte en Gales.)



Caminando siempre, dormía en cualquier parte, y más adelante pidió ayuda. Las mujeres de las aldeas le daban un pedazo de pan con tocino.

Puede usted cortar esa leña que está ahí.



Como no se había afeitado, en algunas aldeas le cerraban las puertas pensando por su aspecto que fuera un vagabundo o un malhechor.

No; aquí no damos hospedaje a desconocidos. Buenas noches.



En sus andanzas conoció a un hombre llamado Mick Connor, que lo invitó a caminar juntos. El nuevo compañero era irlandés y aborrecía la vida quieta.

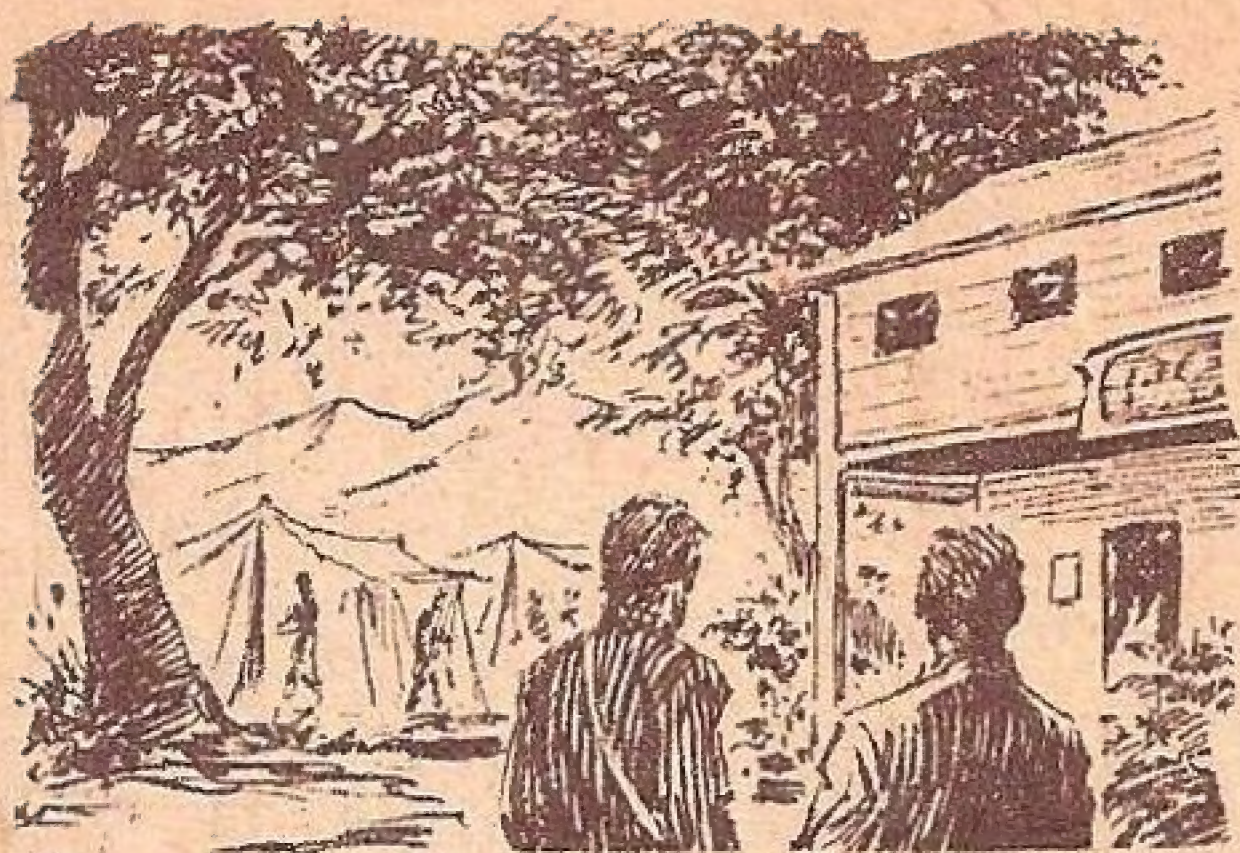
Yo nací para el aire libre. No tengo prejuicios ni mayores ambiciones.



También se dirigía al país de Gales y no tardaron demasiados días en verlo. Mick señaló colinas, lagos y techos hogareños, sonriendo.

Esto es Gales. Ahora echaría un trago.





Por espacio de muchas millas no encontraron taberna alguna. Cuando cerca de Aston vieron una muestra descolorida sobre un portal, se sintieron satisfechos. Bajo unos árboles vieron un campamento de tiendas blancas. Junto a ellas, hombres.

Varias pilas de madera de aliso levantaban allí sus frágiles moles.

Esos hombres son los zuequeros.

Vienen de otros pueblos. Parecen hábiles artesanos.



Preguntaron al capataz de los zuequeros si querían ayuda para cortar madera en el bosque. El gigante respondió que no. Pero...

Hay trabajo en Chapel Green. Digan allí que los manda Wigan Joe.



El viejo Malpas y su hijo George los atenderán bien.

Gracias. Vamos hacia allí, Mick.



Tras una hora de andar llegaron al lugar, que era limpio y agradable: Una casa rodeada de robles. En el bar alineábanse grandes barriles de cerveza. El viejo Malpas y su hijo recibieron amablemente a los hombres.



No tardaron en familiarizarse con el ambiente. Malpas les presentó al guardabosques, Mr. Badger, que parecía muy poco popular.

—Es preferible dar la mano al diablo y no a ese tipo, Abner.

Sin embargo la hermosa muchacha que comenzó a distribuir los vasos a la clientela de las mesitas, recibió con simpatía al hombre sanguíneo, vestido con pantalones de montar y cazadora de pana. Trabaron conversación en voz baja.



Mick, que parecía conocer a todos, explicó a Abner que la chica se llamaba Susie y que era una especie de vampirisa de la región.

A todos da esperanzas, pero a ninguno parece querer. Y es hermosa, ¿eh?



Hermosísima —reconoció el joven, admirando la gracia morena y saludable de Susie. Era hija de uno de los dueños de la taberna, el señor Hinds, quien andaba de aquí para allá con su mirada vivaz, como dispuesto a contener audacias.



George Malpas, hijo del otro dueño, resultó muy simpático a Abner, pues le dijo espontáneamente: —Veremos si puedo alojarlo a usted con decencia.

Papá no quiere darle dormitorio en la casa. Es viejo y raro.



Vamos a ver si mi madre se deja convencer, señor Fellows. Ya llegamos a su casa. La señora Malpas, vieja, erguida, con labios sumidos, apenas miró a Abner.



Mamá, danos de comer algo caliente. Desearía que alojases al joven.

La mujer contestó que la mesa estaba pronta, pero que ella no iba a contrariar las disposiciones de su marido: — Tu padre no acepta huéspedes,

Bien; entonces llevaré al señor Fellows a mi casa.



La anciana sirvió la comida sin despegar los labios, y cuando Abner iba a llenar su pipa le dijo: — Aquí no se fuma, joven.

Vamos, procuraré hallar sitio para usted.



La señora Malpas los despidió con frialdad, y ambos jóvenes se dirigieron a casa de George. En el camino éste explicó al nuevo amigo que se había casado con la novia elegida por su madre: la señora Malpas era autoritaria y fanática.



Llevaba su puritanismo a raras extremos, lindantes con la locura.

Decía que mi estado de soltero amenazaba la salud de mi alma.



— Me unió a la que hoy es mi esposa, buena muchacha, a quien no amo, pero estimo.

Y ahora tengo un hermoso niño y un amable hogar.



— ¿Y está contenta su madre? — preguntó Abner, muy extrañado de aquella historia. — No. Porque a los dos años de la boda, se suicidó mi suegro, a quien se creía hombre de gran fortuna. El hecho descubrió que había especulado sin suerte.



Para mi madre la desilusión acerca de su verdadera situación económica, se cumplió ahora con motivos religiosos: — Tu suegro arde en el fuego eterno.



Se quitó la vida, luego de habernos engañado a todos.

— Hizo extensivo su odio a mi pobre mujer, elegida por ella para mí.

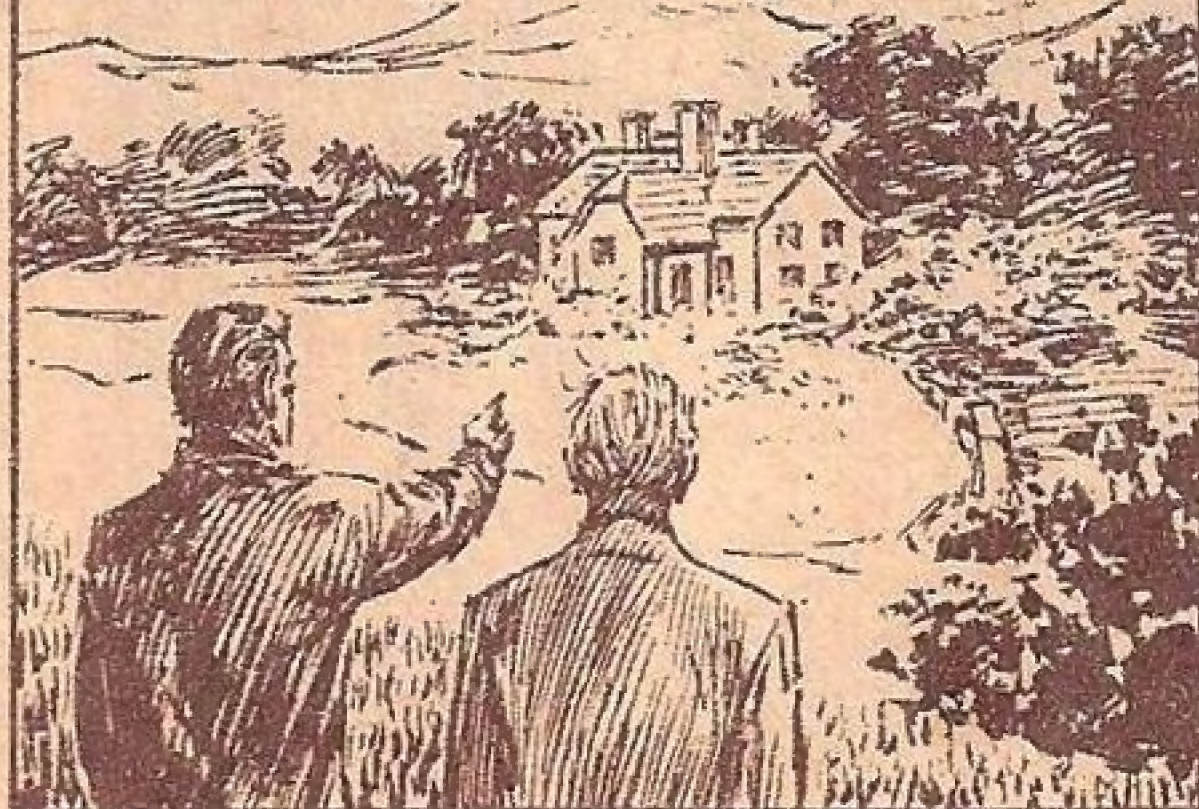
Y ahora no nos visita nunca. Ni quiere ver a los nietos.



Mamá es muy tiránica. Ella y no mi padre es quien administra los fondos de la taberna. Y a nuestro socio también lo domina.



Llegaban ante una suave pendiente verde, y George señaló una mole blanca: — Ahí está mi casa. Hay varios pabellones contiguos, muy viejos, donde viven otras personas. Esto fue una mansión importante. Sígueme, Fellows.



— Puede llamarme Abner; me siento amigo suyo, George; es usted muy generoso. En el jardincito próximo a la huerta jugaban un niño y una niña preciosos. George los acarició al pasar, diciendo: — Son mis hijos.



Cuando Abner vio a la jovencita que los recibía, le pareció increíble que se tratase de la mujer de su amigo. Era alta, esbelta, con un aire tranquilo y triste. Bajó la frente asintiendo cuando su esposo le pidió que preparase un cuarto.

-Vamos a tutearnos, Abner. Ya has visto a Mary: es una perla. Y los niños no te darán trabajo cuando llegues aquí después de tu labor diaria. Mary puso la mesa con nítido mantel y claros cubiertos de plata.



La comida fue abundante y sabrosa. Abner tuvo la agradable sensación de participar de la vida hogareña. Pudo ver que George trataba a la linda joven con afecto de hermano, como si ella fuese una niña y no su mujer.

Al otro día Abner apenas sintió la presencia de Mary ni de los niños. La casita brillaba y la mesa estaba muy bien provista. George y él fumaron.

Te conseguiré trabajo en la obra de las tuberías.



Abner fue admitido con un jornal de veintidós chelines a la semana. Para quien conocía la vida de los mineros, aquella labor era un juego. Abner buscó a Mick para contarle su buena suerte; éste rio.

-Pronto me marchó de aquí rumbo a Irlanda, Abner. No puedo estar quieto. La amistad intensa que unía a Abner con George atemperó la nostalgia con que aquel vio partir a su compañero singular. Por las mañanas ambos amigos iban juntos al trabajo.



Abner se empeñó en pagar su pensión en casa de George Malpas. Y Mary, de acuerdo con su esposo, fijó la suma. Nunca faltaba al mozo su taza de té caliente cuando volvía de trabajar. Luego fumaba en pipa, jugando con los niños.



Speder, el perro de la casa, daba cabriolas en torno de Abner y los nenes. Drew, uno de los vecinos de la mansión, y la vieja señora Mample, conversaban por las tardes con el muchacho, que se sentía contento con aquella amistad.



Mary Malpas trajo a la casa, como una sombra, casi en silencio.

Pronto George confesó a su amigo que estaba enamorado de Susie, la hija de Hinds. Por eso iba a la taberna, concluida su labor diaria, en lugar de ir a su casa.

Abner veía a los jilgueros del otoño volar en torno del hogar de los Malpas. Todo era bello, hasta los mimos de las dos criaturas, que lo querían mucho.

Lástima esta pobre mujer, tan poco simpática. Pero tiene razón en ser así.



Adivinaba la íntima tortura de la abandonada. Aquella Susie Hinds era digna de repudio por alentar amores tan encontrados y culpables como los que consentía a un hombre casado y al guardabosques. Además, por su culpa, George bebía mucho.





Una tarde, y luego otras más, Abner acompañó a George a la taberna. Se le impuso observar atentamente a aquella muchacha de sólida hermosura, cuyas trenzas parecían una corona de cobre y cuyas ropas olían a lavanda.



Se encontró enamorado de Susie. George, al advertirlo, le dijo: —Anda con tino. Ella ahora se encaprichó con Badger. Conozco a esa mujer... hace tiempo.

Y por ella olvidas a Mary.

George no respondió. Esa noche, Abner al pedir una ginebra doble a Susie...

Quiero hablar contigo, linda.



Mientras servía su mesa, ella dijo inclinándose y con voz muy baja: —Sal a la calle mientras cierro y después ven por la puerta de atrás que da al campo...

No hagas ruido.



Abner siguió las indicaciones hasta escuchar su voz.

Ven, entra y cuidado, que está muy oscuro.



En esa soledad y en voz muy baja —para no despertar al señor Hinds —ella le dijo que desde tiempo atrás soñaba con un hombre joven, enérgico y trabajador como él. No quiero a nadie sino a ti. Desde que llegaste esperé que me dijese algo.



Cuando, feliz y crédulo, Abner abandonó la taberna para emprender el camino de la casa, vio a George tambaleante por la carretera. Lo ayudó a caminar.

No creas que he tomado una sola gota, Abner.



Mary recibió a su esposo, sostenido por Abner, con una amarga sonrisa. Le pidió que la ayudase a llevarlo arriba, donde estaba su cama.

Será mejor que le quitemos las botas. Mañana estará como nuevo.



—Estuvo en aquel maldito lugar esta noche, ¿verdad? Juzgo que la mujer de la taberna es una bruja con rostro hermoso y trenzas de cobre. La odio.



Esta noche no ha visto a esa joven, Mary. Soy su amor de turno.

Una expresión sombría cruzó los ojos de la mujer de George, que dijo con enorme desprecio: —Todos los hombres se parecen. Da vergüenza pensarlo.



Abner se confesó enamorado de Susie una semana después, mientras trabajaba en las tuberías del valle.

Ese engreído con su traje de pana me es indiferente.





Una tarde, al pasar por la casa de la señora Malpas, vio la mirada maligna de la anciana, que estaba en su jardincito. La saludó y ella dijo en voz alta: —El demonio anda suelto por la taberna de mi marido, ¿eh? Tenga cuidado con la Hinds.

Entretanto, Badger, a cuyos oídos llegaron los chismes esparcidos por la anciana Malpas, fue a ver a Susie cuando estaba sola. Y la amenazó.



Tienes citas de noche con ese vagabundo Fellows. Lo diré a tu padre.

Susie temía la cólera fría del viejo Hinds, que nunca había sido bueno con ella y a quien creía capaz de deformarle el rostro con un golpe rudo. Suplicó a Badger que no hablase con su padre de aquello. —Si me prometes ser amable, no.



Exigió a la atemorizada muchacha que continuase atendiéndolo en la taberna como antes. —Tu padre ve con buenos ojos nuestra simpatía, porque sabe que mis intenciones son rectas. Si no demuestras afecto para mí, ya sabes lo que te espera.



Ante el asombro dolorido de Abner, esa noche, la preciosa Susie no le dirigió ni una palabra, ni una mirada. Toda su atención fue para el guardabosque. En la taberna los parroquianos habituales comentaban que el policía Bastard era implacable,

Acaban de nombrarlo en el distrito y será implacable con los cazadores furtivos. Cuando más caviloso estaba Abner, vio con asombro entrar a su viejo amigo Mick en la taberna. Se le veía pálido y nervioso. Se dirigió directamente a Badger.



Lo embestió en el estómago, como un carnero, bajando la cabeza.

Espía miserable... Me has delatado a Bastard por esos faisanes que cace.



El guardabosques vio la cara sonriente de Abner, en quien odiaba a un rival, y en vez de golpear a Mick asestó una trompada con rabia al joven Fellows.



En aquel momento entraba el policía y sacó unas esposas con la intención de arrestar a Abner. George Malpas se interpuso.

Déjelos. Badger le pegó primero.



Tomó a Bastard del hombro, haciéndolo retroceder.

No me impida cumplir con mi deber. ¿Sabe usted lo que hace?



George no lo soltó: entonces el policía se dispuso a habérselas con George. Era mayor, pero más alto y muy recio.





Vacilaron, forcejeando, y al pisar la pata de una silla volcada se desplomaron juntos. El policía golpeó la cabeza en el suelo.

Fue un golpe sordo sobre la piedra. George se libró del brazo. Bastard sangraba por la nariz y las orejas. El viejo Hinds dijo roncamente:

Está muerto.



Abner fue a buscar al doctor con verdadera angustia, a través de la nieve. Al salir oyó comentarios: —Mal asunto para George Malpas. Homicidio casual. El policía luchaba con George.



Mientras volvía con el médico, Abner pensaba: —Todo lo sucedido es por mi causa. George quiso defenderme. Lo demás fue casual fatalidad. Bastard estaba muerto. Los amigos regresaron en silencio a la casa. Malpas dijo al amigo: —No te aflijas.

—Hasta la suerte perra puede cambiar. Hay que acostarse: mañana habrá novedades. Amaneció frío y sin nieve. Todos desayunaron en silencio. Abner contó a Mary lo ocurrido. Y ella, muy pálida, comenzó a preparar ropa de George.



La mirada del culpable siguió la figura de su mujer, que iba hacia las habitaciones interiores: —Ha sido una esposa ejemplar para mí. Y queda en la miseria. Son demasiadas penas... después de la muerte de su padre.



—Pobrecita Mary, de mamá no ha de esperar ayuda, ni aun para nuestros hijos.

No necesitará nada mientras yo esté aquí.



¿Seguirás aquí... ayudando a esta casa que se queda sin jefe de familia?



—Sí; a menos que tu esposa no quiera.

Las bellas facciones de George se animaron con una emocionada expresión y estrechando las manos de Abner dijo: —Eres un amigo como no creo que haya otro... Dios mío... Eres el único...

Eres el único amigo que encontré en mi vida. Ya lo has visto... Ni mi padre. Abrazame, Abner, y que el Señor te bendiga. Me estás pagando la espontánea simpatía con que te brindé mi casa. Gracias, compañero.



El jurado de catorce miembros que se formó, luego de varios interrogatorios determinó que se trataba de un homicidio casual.



Se le dará un año y medio de prisión. La vieja señora Malpas tuvo un ataque de nervios e insultó a Abner Fellows: —Usted, usted, emisario del diablo, es quien perdió a mi pobre hijo. Ojalá lo hubieran encerrado en lugar de George.

Se arrodilló en plena audiencia claman-
do al cielo para que perdonase a
su George. Pero cuando le aconseja-
ron buscar consuelo en los nietos...

No quiero verlos. ¡Son también nie-
tos del suicida!



Abner comprendió que Mary y sus
hijos estaban condenados a morir
de hambre si él no sustituía la pre-
sencia de George, ofreciendo su ayuda
y su jornal. Pero Mary fue inflexi-
ble: múdese usted a uno de los pabe-
llones.

Yo no podría soportar los chismes del
pueblo. Todos me señalan ya con su
desprecio. ¿Qué culpa tenemos los ni-
ños y yo?

George me recomendó que velase por
ustedes. Mary. Y lo haré.



Pero la joven se negó valerosamente, gritando:
-Trabajaré como pueda. Y aun tengo otros
recursos. Muy apenado el joven fue a su
trabajo. Y al volver...



Mister Drew me ofreció una cama en su pie-
za. Pero ¿puedo comer aquí?

Los niños se abrazaron llorando a las pier-
nas del amigo. Mary respondió: —Por su-
puesto. He preparado su té caliente y sus
tostadas, señor Fellows.



Gracias: no lo es-
peraba.

En los días siguien-
tes, al volver del
trabajo, después de
lavarse como siem-
pre en la bomba del
patio, Abner bebía
té en casa de Mary.
Los niños lo bus-
caron con anhelo,
extrañando al pa-
dre. Varias veces no
halló a Mary.



Hacia misteriosas visitas a un pueblo ve-
cino. Y regresaba con semblante pálido y
voz cansada. Los chicos recibían obse-
quios, tricotas, medias, manzanas. Abner
descubrió pronto la razón de los viajes de
la madre.



Se había negado ella a aceptar el di-
nero que su huésped le extendía.
-Sólo quiero su pequeña suma por el
té de la tarde y la cena.



Prometí a George que ustedes no ca-
recerían de nada, Mary, dígame.

-Por defenderme, sucedió aquella desgracia.
Tengo una responsabilidad junto a ustedes,
querida. La vio morderse los labios tem-
blando, cuando él añadió:



¿Por que vendió su juego de té de plata y
sus dos anillos?

Los chicos jugaban con el perro afuera
cuando la mujer, cubriéndose el rostro con
las manos finas, rompió a llorar: —Lo peor
de esta lucha no es la pobreza...

George no me escribe, no me quiere, nunca
me quiso. ¿Es explicable eso?



Había erguido su
hermoso rostro,
despeinada, ardien-
te los ojos grises,
anhelante el pecho,
y por vez primera
Abner vio en Mary
Fellows a una mu-
jer bellísima, sin-
gular, fina, muy
diversa de la Susie
de las trenzas de
cobre.



Respondió gravemente: —George no ha visto en usted lo que verá cuando pase el tiempo. Su madre lo mantuvo siempre dominado, y en el desamor que le demuestra a usted, hay una especie de venganza inconsciente. Pero él la querrá como usted merece.



Al ver la luz que animó la frente y los ojos de la muchacha extrañadamente juvenil, Abner experimentó una emoción contradictoria: ansiedad y alegría, inquietud y esperanza...

Determinó esa noche no volver a la taberna, donde gastaba el dinero que hacía falta a los hijos y a la esposa de su amigo. Solía traer dulces a los chicos.

Morgan, estos chicles para ti; este muñeco de pasta de almendra es de Gladys.



Cuando la niña enfermó de congestión pulmonar, Abner vino por las noches a ayudar a Mary. Sólo con él tomaba la nena sus medicinas.

Ahora esta cucharada por tu amigo Abner, Gladys. A ver...



Hubo que prometer a la niña que en primavera se la llevaría a la feria del próximo pueblo. —Allí verás al hombre más alto y a la mujer más gorda del mundo, y al mago que esconde conejos en su galera de felpa.

Mary sonreía ante estas promesas. Dejaba solo a Abner con sus hijos luego de poner sobre la mesita un plato y una botella de vino.

Mamita come un sandwich abajo, sola. Tú nos cuidas, ¿verdad?



El viejo Drew y la señora Mample compartían muchas veladas.

Esta santa mujer no merecía su triste suerte. George no le escribe.



La bruja de su madre lo habrá indispuerto. Dicen que fue a la prisión.

Por lástima y respeto ocultaban esos pormenores a Mary, cada día más apenada, sin noticias. Asimismo callaban los comentarios adversos del pueblo.

Ese Abner Fellows es demasiado amigo de la mujer de Malpas.



La desechada Susie contribuía a desacreditar a la esposa de George.

Es una mosca muerta. ¡Demasiado linda para ser santa!

Digna hija de un condenado, un suicida que a todos nos engañó.



Esa primavera llena de verdor y cantos de pájaros, Gladys, ya sana, aunque débil, exigió que se cumpliera lo que le habían prometido. Y hubo que llevarla a la feria de Worpfi. Mary preparó un cesto con merienda y emprendieron la marcha.



Los niños iban de la mano de Abner y de Mary. Los cuatro se detuvieron a ver el vuelo de las gaviotas y rieron felices ante el esplendor de la llanura. Ya en la feria devoraron confitadas y rosquillas...



Pidieron luego naranjada. Fue un paseo encantador, inolvidable. La adivina miró a Abner y a Mary.

¿No quieren que les eche la suerte de sus hijitos?



Al comprobar que los había tomado por un matrimonio, Mary se echó a reír.

Si alguien le contase esto a su suegra... ¡buenos quedaríamos!

Quien piensa mal casi siempre es ruin.



Regresaron cansados pero felices. Gladys daba señales de fatiga. Entonces Abner la llevó en sus brazos. Morgan quiso otro tanto. Y hubo que turnarse. No hablaban ya: iban con lentitud por los campos florecidos.



En la lejanía se escuchó cantar un pájaro, y la joven se detuvo: —Un ruiseñor. No sabe usted las veces que soñé escuchar esa voz con George si me hubiese amado, pero nunca me quiso... Abner sintió una extraña punzada en el corazón.



Dichoso el hombre tan querido y en ningún instante olvidado. Lástima que no fuera acreedor a semejante culto. En el acto se acusó de egoísmo. George era su amigo, casi su hermano. Alguna vez volvería a su mujer en la forma que ella soñaba.



Llegaron al pueblo con los niños dormidos. Era noche de luna. Una sombra los atisbó al pasar. Mary reconoció la figura algo vencida de su suegra.



A Abner lo preocupó la calumnia que la bruja podía esparcir. Quizá no era prudente que salieran juntos, que en su inocencia olvidasen la suspicacia humana. Acostó Mary a los chicos y preparó el té para los dos.

Estaba tomándolo en silencio, cuando la extraordinaria belleza de la joven, acusada por la palidez, volvió a descubrirse como algo desconocido o ignorado.



(Dios mío... Si yo hubiese logrado una esposa así...)

Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas y Abner se dijo: Quizá piensa algo parecido a lo que acaba de ocurrírseme. George desdén a una criatura singular, única.



Cuando se despedía para ir al pabellón que ocupaba ahora con mister Drew, Mary le tendió la mano: —Es usted muy bueno, Abner. Doy gracias a Dios por haberlo conocido. Esas palabras lo desvelaron y al día siguiente se las repitió.



Se las repitió muchas veces. Pasó rápido el día, y al llegar a casa de Mary para su té vespertino, lo sorprendió el trastorno de aquellas facciones. -Acabo de recibir la primera carta de mi esposo: hiriente y cruel.



-Inexplicable... Estoy tan dolorida que no sé si volveré a sentirme la que fui. La carta era breve y terrible por su significado: "A pesar de estar cumpliendo condena, no por ella he dejado de vivir. Aunque digan que el amor es ciego, la gente tiene ojos. No olvides."

Un frenesí de rencor y de angustia siguió en la esposa al comentario de aquellas palabras. Abner quiso consolarla: "Ha escrito esto sin convicción. Sin duda los chismes de su madre han llegado hasta él, Mary, serénese."



La vio alejarse hacia arriba gimiendo. Llamó a la anciana Mample para que la acompañase y evitara a los niños la visión del dolor de su madre.



Pobrecita. No merece todo esto. George no la quiso nunca. Y ¡tan bella!

En los días siguientes pareció rehuir a Abner. Ni siquiera lo acompañaba a tomar el té de la tarde. Con extraño dolor tuvo que resignarse a la ausencia de Mary. Una tarde la encontró en el camino del pueblo. Sus ojos brillaban.



¿Sabe con quién hable hoy, Abner? ¿No? Con esa Susie Hinds. Ella recibe cartas de George donde le habla de amor. Es para morir, ¿verdad?

Usted no debió rebajarse a visitar a una mujer como ésa, Mary.



Hicieron en silencio parte del camino hacia la casa. Como la vio temblar, vacilando, tuvo que apoyarla. Y a su vez se sintió presa de un vahido. ¡Amaba a aquella mujer!



Aquel año pasó lento y doloroso. Sólo hacia Navidad fue transformándose la impenetrable tristeza de Mary. Y Abner pensó: "Llega el fin de la condena."

(Volverá a tener en sus brazos a su marido. Por eso está contenta.)



Aquella noche brillaba un fuego alto en la chimenea del comedor de Mary, y ella, los niños y Abner bebían ponche caliente cuando llegó el anciano Drew agitado, casi próximo a un desmayo. Y apoyándose en la puerta, gritó: -¡George!



Mary se puso de pie, blanca como una enferma. El anciano explicó que George llegaba libre. Habían reducido su condena. Pero antes de dirigirse a su hogar estuvo en la taberna con Susie Hinds. Llegaba ebrio, encolerizado, extraño.



—Viene a matarte, Abner. Dice que tú eres causa de su deshonor. Hasta la señora Malpas se lo afirmó. Debes huir en seguida. Yo corri cuanto pude para llegar a tiempo y evitar un crimen.



Los niños miraban azorados a su madre Mary llamó a la señora Mample.

Hágame el favor de acostarlos. Hasta mañana, hijitos: recen como siempre.



Los dos lo esperamos aquí, Mary. Puede usted irse, Drew. Gracias.

En el silencio y la soledad que siguieron, los dos se miraron, conmovidos. El inmenso amor de Abner apretaba su garganta con anhelo de confesión. Pero nunca llegaría a eso, nunca. Aquel sentimiento era como un diamante negro.



Un diamante en el carbón de la mina sombría, una estrella opaca, secreta, que jamás daría sus resplandores. Se apartó sereno, mientras Mary tomaba su labor. Entonces se vio la maciza figura de George, tambaleante, afirmándose en el...



...marco de la puerta. Era otro. Sus ojos llameantes se clavaron en la mujer. Y ella, obediente al ímpetu de su pasión, corrió hacia el ebrio y lo sostuvo, abrazándolo. —Querido, querido, querido, ¡por fin has vuelto a tu casa!



Avanzó también Abner, y sus ojos claros, abiertos, tranquilos, se posaron en la mirada turbia del amigo. Avanzó con las manos tendidas y también sostuvo al otro. Después dijo con sordina sus entrañables palabras: —George, me dijiste hermano.

—Me llamaste amigo, compañero único. Juro por Dios que cumplí con ese sentimiento de fraternidad. Aquí te esperan tu esposa y tus hijitos; velé por ellos; George. Creo que no lo dudas. Eres mi amigo, pagaste por mí y cumplí mi deuda.



Algo solemne, puro, fuerte, se impuso a la turbia visión del borracho, que comenzó a sollozar. Luego lo vieron caer en profundo sopor. Entre los dos lo acostaron. Abner se despidió de Mary: —No tenga miedo. Mañana será el que usted quería.



Esa misma noche, Abner preparó su ligero equipaje. Seguiría rumbo a Irlanda. La libertad de los caminos parecía llamarlo con la voz de la nieve y del viento. Pensó en Susie con desprecio y en Mary con dolor.



De ser posible labraría su destino en el trabajo agotador y constante. Nada de mujeres hasta madurar. Después sonrió, pensando: "Nunca podré ofrecer a otra la luz del diamante".



Fue a despedirse de George. Y volvió a hablarle con su acento claro: —Tu madre acabará con tu vida hogareña si no le haces frente. Es una enferma. No creas que ignoro todo lo que te ha escrito. Pero no lo rebato porque sé que eres mi amigo.



—Y el verdadero amigo nunca duda del suyo. George, quiero a tus hijos y te quiero a ti. Guardó silencio para decir lealmente mirando a los ojos a su compañero: —También quiero a Mary como quizá no querré a otra mujer.

—Por eso me voy, después de comprobar admirando la que puede haber una esposa leal y enamorada hasta de un hombre que no la comprende. No desperdices ese "don". George Malpal contempló a su amigo, primero asombrado, luego conmovido.



Al fin abrió los brazos como para oprimir en ellos a un hermano predilecto.

Creo en ti. Eres el único hombre en quien pude confiar.

Gracias, George. Hemos sido veraces ambos. La verdad nos salvó.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

GOTAS DE ALEGRIA



—Ellos no están en casa; yo soy la niñera.



—¿Es sincero? ¿Sabes si tiene un empleo?

La DONCELLA de ORLEANS

Por FEDERICO SCHILLER

ADAPTACIÓN



Intervalo Álbum 50 - 1962

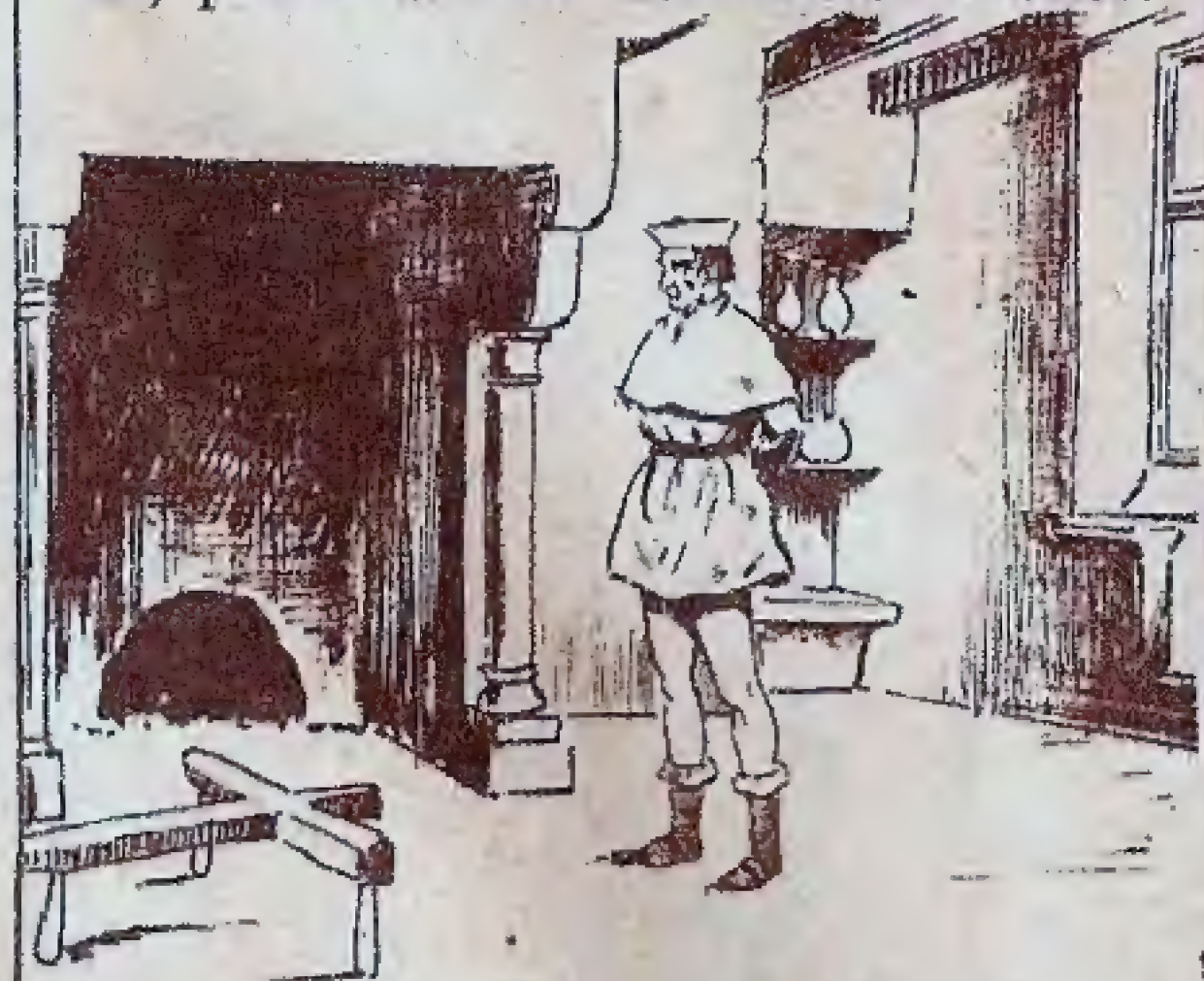
En 1801, la representación de «La doncella de Orléans», que seguía a la de «Maria Estuardo», del año precedente, hizo gritar a un público entusiasmado: «¡Viva el gran Schiller!». En 1804, «Guillermo Tell» lo llevó a la cima de la gloria, a tiempo para gustarla poco antes de la temprana muerte.

Hoy publicamos una adaptación de «La doncella de Orléans». Esta obra, que desborda el marco histórico es una de las grandes creaciones del ilustre poeta. Precisemos, ante todo, las circunstancias en que se sitúa la acción de «La Doncella de Orléans».

Entre la mitad del siglo XIV y la mitad del XV se desarrolla entre Francia e Inglaterra, con intermitencias, la llamada «guerra de los cien años». Se hallaba en su apogeo el año 1428, cuando la reina Isabel, de Francia, apoyando a los ingleses, tomó partido contra su hijo, Carlos VII, quien se había visto obligado a reprimir la conducta licenciosa de la madre. Anglófilo era asimismo el duque de Borgoña. Los centros más importantes de Francia, entre ellos París, estaban en manos de los enemigos de Carlos, y el sitio puesto a Orléans amenazaba hacer caer también a esta ciudad.



Entretanto, vivía en Domremy, en la Lorena, un rico agricultor, Tibaldo de Arco, padre de tres muchachas núbiles.



Margarita,



Luisa



y Juana.



Dos honrados pastores del lugar, Esteban y Claudio María, son los prometidos de Margarita y de Luisa respectivamente, y un tercero,



Raimundo, resueltamente apoyado por Tibaldo de Arco, pretende en vano el amor de Juana.



Gran amigo de ellos, Beltrán es otro aldeano que ha ido a hacer compras en la vecina población de Vaucouleurs.



Allí, en la plaza del Mercado, encuéntrase con una verdadera muchedumbre, integrada por fugitivos de la guerra, que comentan, con ardor y pesimismo, noticias malas para la causa francesa.



Egidio Esteban/2019

La inminente pérdida de Orléans pone sombras de dolor en los semblantes.



Beltrán, que escucha apenado, ábrese paso con dificultad entre el gentío, cuando ve que avanza hacia él una gitana morena, que lleva un reluciente casco en la mano.

Pero la gitana insistió, persiguiendo a Beltrán.

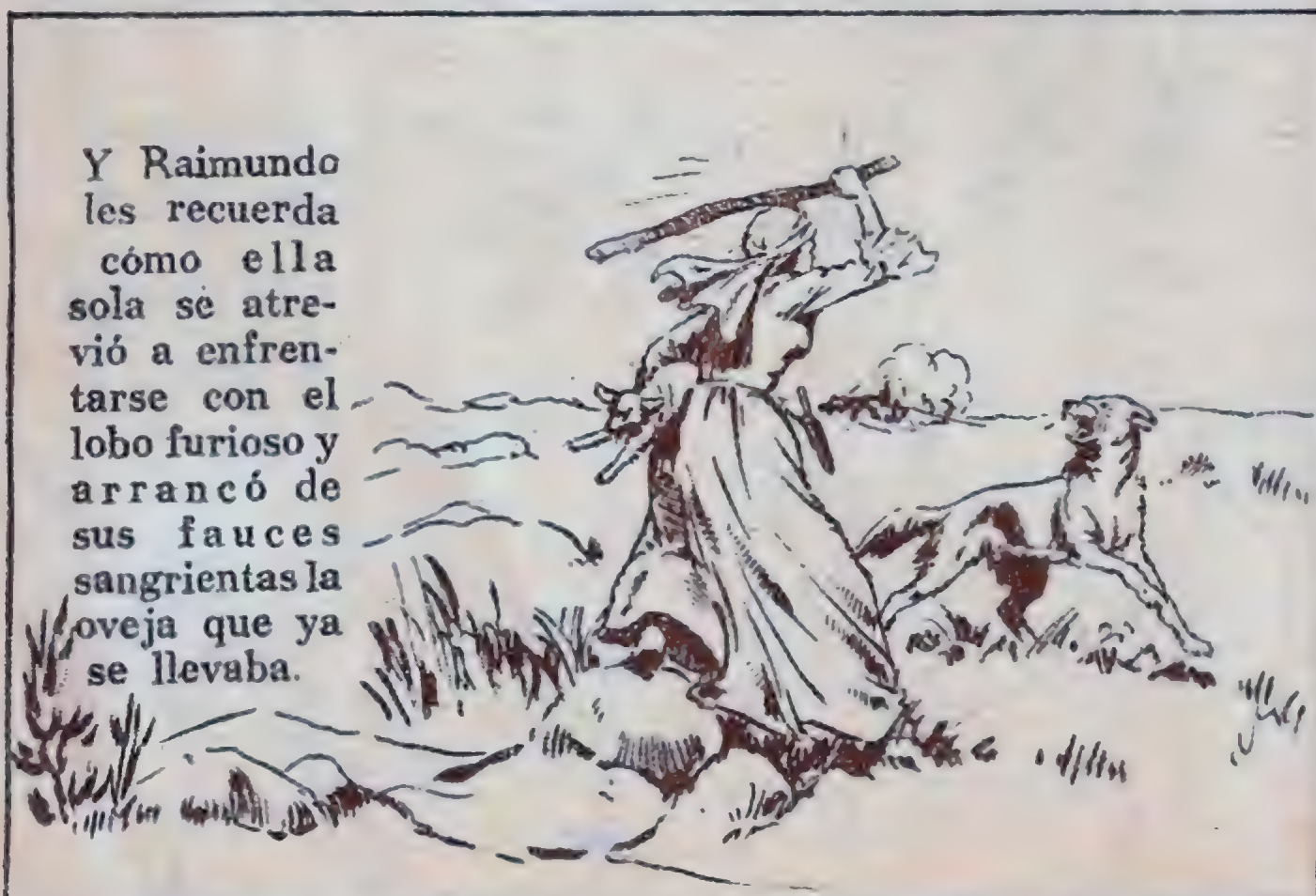
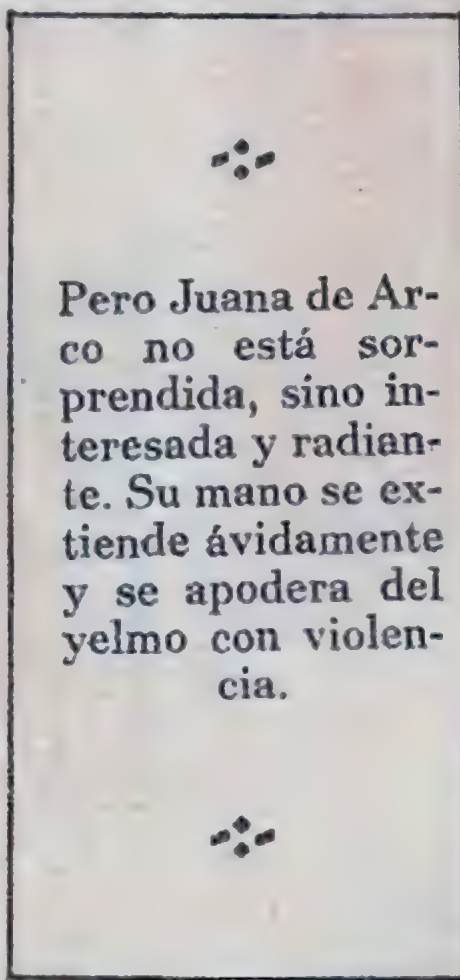
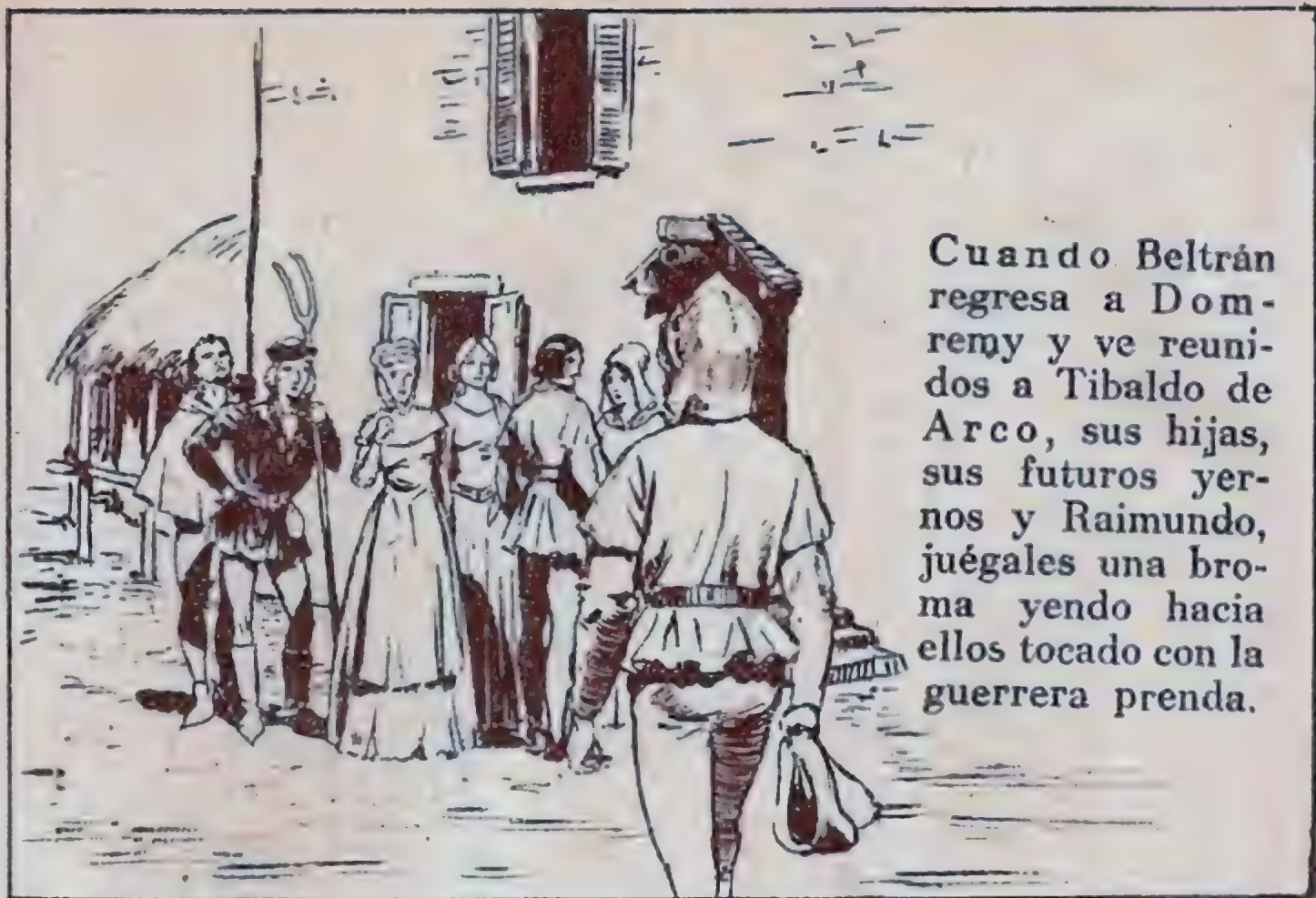
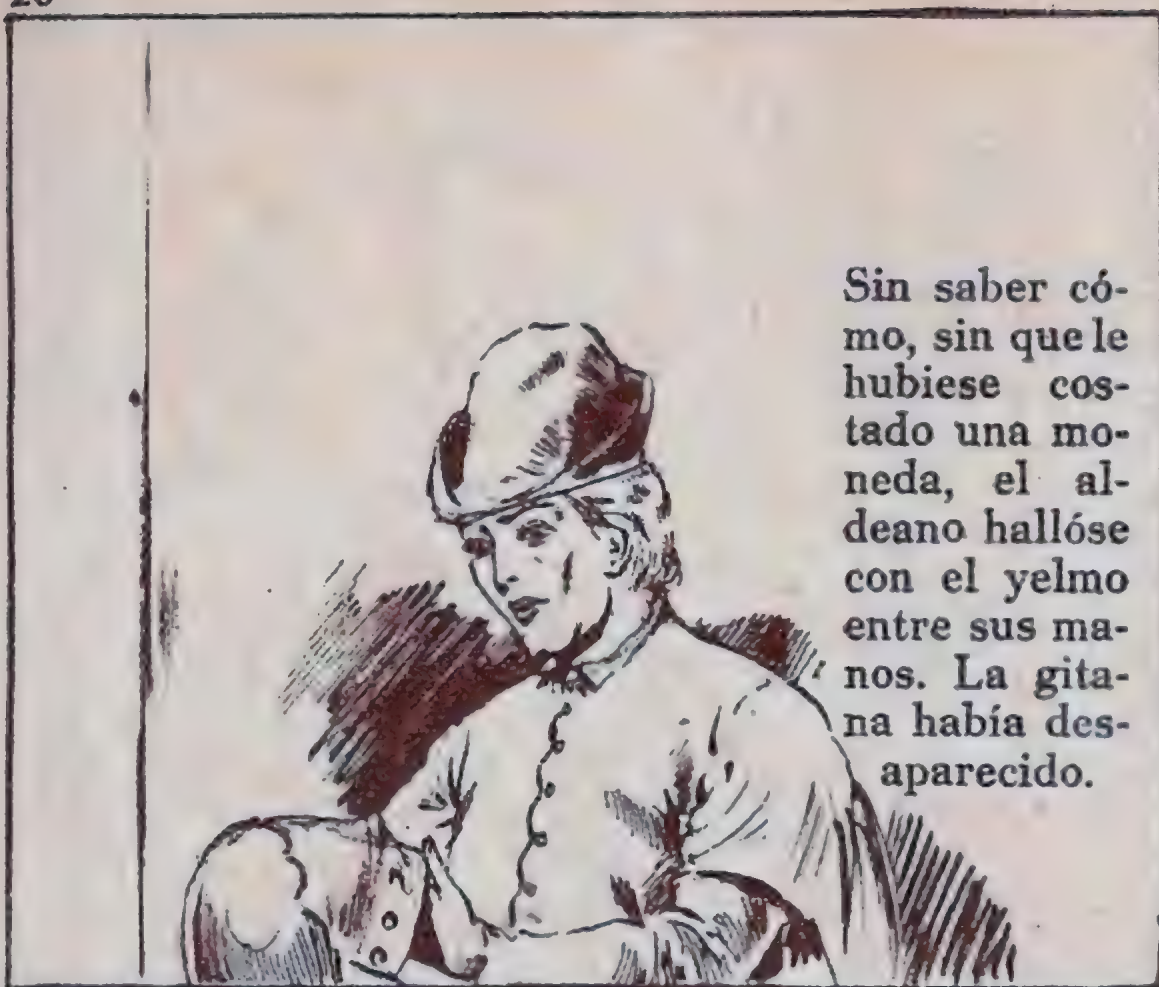
En esta hora, ningún hombre puede decir que no le sirve un yelmo. Un abrigo de hierro para la cabeza sirve en nuestros días más que una casa de piedra...



Amigo, buscáis un yelmo, lo sé. Necesitáis uno. Tomad éste; os lo vendo barato...

Estáis equivocada. Dirigios a los lansquenets... Yo soy un labrador, y para nada me serviría un yelmo.





En seguida Beltrán cuenta las nuevas que ha oído en Vaucouleurs, y cómo parece inminente la total derrota de Francia. Los oyentes escuchan abatidos. Pesa sobre ellos la sensación de la desgracia fatal. Sólo Juana no se resigna, y habla con inspirado acento.



¡Jamás! El salvador está próximo... Ya se arma para el combate. Ante Orléans va a fracasar la buena suerte del enemigo. ¡No temáis! ¡No desesperéis! Antes de que se doren las espigas, los corceles de Inglaterra habrán cesado de abreviar en las lípidas aguas del Loira.

Pero, ¿qué es lo que inspira a mi hija?

Es el yelmo, cuya influencia la ha ganado. Mirad a vuestra hija: su mirada brilla, su mejilla se arrebola...



¡Cómo! ¿Este reino habría de hundirse? ¿Este país de gloria, el más bello que el sol contempla en su carrera, habría de sufrir las cadenas del extranjero? ¡No! ¡Aquí se ha roto el poderío de los paganos, aquí reposan las cenizas de San Luis, de aquí partieron los conquistadores de Jerusalén!

Escuchad sus palabras. ¿De dónde las saca?... Arco, sois padre de una doncella predestinada.



El sencillo campesino no cree que Dios haya encomendado una misión a su hija, y dice, modestamente: «¡Dios proteja a Francia y al Rey! En cuanto a nosotros, pacíficos labradores, ignoramos el arte de manejar la espada y de domar el corcel; tratemos, pues, de resignarnos en silencio y someternos a la suerte

que nos reserve la fortuna. ¡Al trabajo, hijos míos, al trabajo; dejemos que los grandes y los príncipes luchen por la posesión del suelo!».



Mas cuando Juana queda sola, abarca con una mirada los agrestes contornos nativos y habla con el gesto de una iluminada: «¡Adiós, montañas; adiós, pastos queridos; adiós, tranquilos valles! Juana se aleja y nunca volverá. El Cielo me había prometido una señal; es el yelmo, que él me ha enviado. ¡Ya marchó!... El corcel se encabrita... Suena la trompeta»...



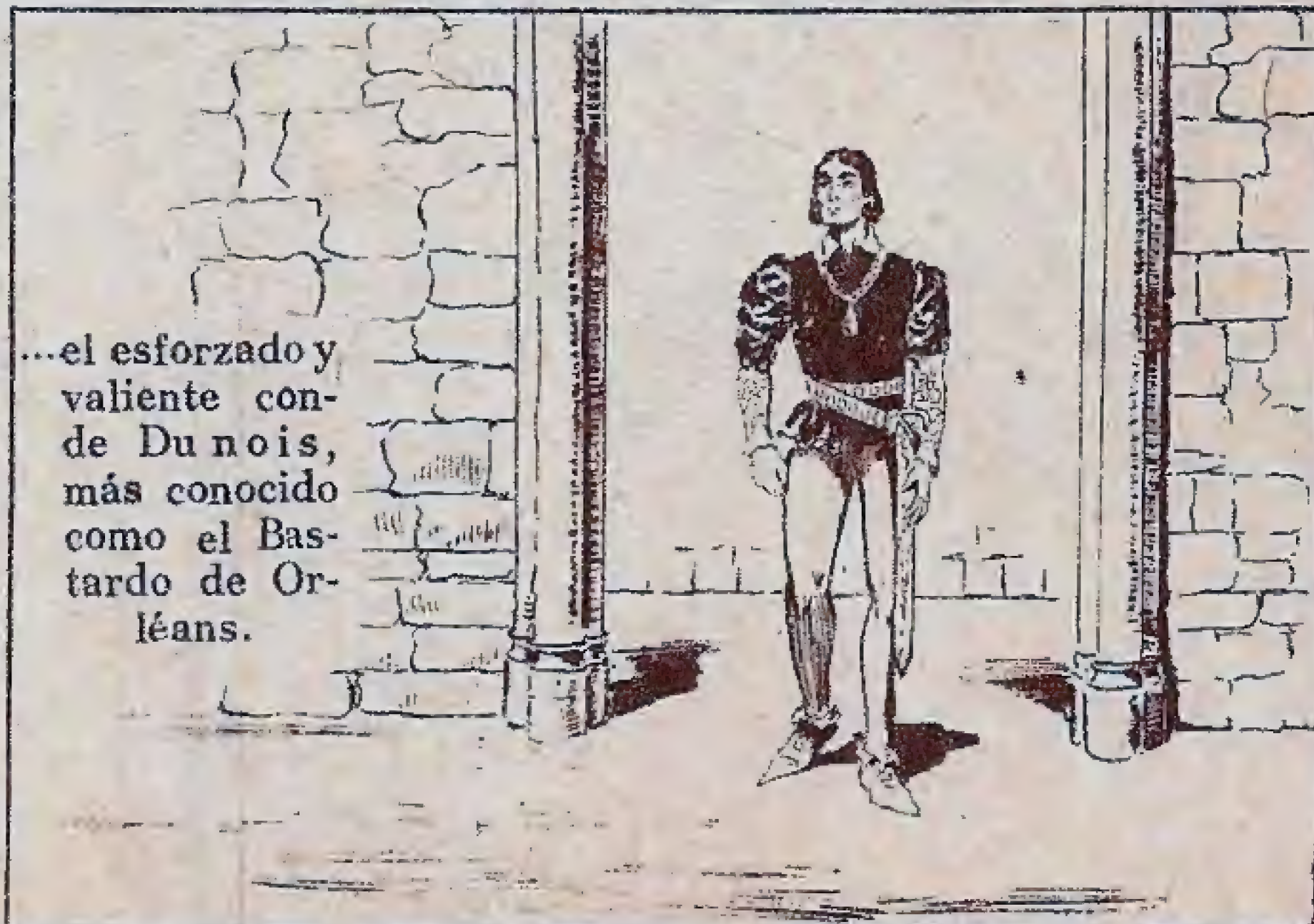
Entretanto, Carlos VII ha instalado su corte en Chinon, al sudoeste de Orléans.



En su brillante séquito, son figuras principales Ana Sorel, favorita de Su Majestad, y...



...el esforzado y valiente conde Du nois, más conocido como el Bastardo de Orléans.



A pesar de la suerte adversa de sus armas, el Rey no ha sido hasta ese momento pesimista. Empieza a preocuparse cuando una delegación de consejeros de la ciudad sitiada le dice que ésta tiene para rendirse el plazo máximo de doce días, y que tendrá que hacerlo, a menos que dentro de ese lapso acuda en su auxilio un ejército suficientemente poderoso. El Rey pone su esperanza en Xaintrilles, el bravo defensor de Orléans. Entonces conoce una nueva pavorosa: Xaintrilles ha muerto. Antes de reaccionar de su abatimiento, escucha otra grave noticia: los mercenarios escoceses, que pelean por su causa, se han sublevado, y plantean el dilema: o se les paga sus sueldos atrasados, o desertarán. Carlos carece de recursos para satisfacer esa demanda; pero Ana Sorel acude en su ayuda. Le entrega sus joyas, lo anima, lo exhorta a que combata al frente de sus tropas.



Lleno de gratitud, el Rey piensa que se cumple la profecía de una monja de Clermont, que le anunció que una mujer haría que venciera a sus enemigos, y reconquistara la corona de sus mayores.



Pero, ¿se referiría a Ana Sorel el vaticinio? Porque las calamidades se suceden... Mas cuando parecen aniquiladoras, por su número y magnitud, he aquí que llega a la corte el caballero Raúl, y conducido ante el Rey por el arzobispo de Reims, cuenta que él, con otros hombres de Lorena, acudía en ayuda de las tropas de Francia.



Descendían hacia los valles del Yonne. De repente, viéronse rodeados por dos contingentes enemigos. No tenían esperanzas de vencer ni de lograr huir. Sólo les aguardaba la muerte.



Súbitamente sale del bosque una doncella tocada con un yelmo, bajo el cual asoman oscuros rizos. Parece a un tiempo hermosa y terrible. Y una especie de resplandor la circunda cuando grita: «¿Por qué vaciláis, valientes franceses? ¡Al enemigo! ¡Adelante! ¡Aunque el enemigo fuese más numeroso que las arenas del mar..., adelante!».



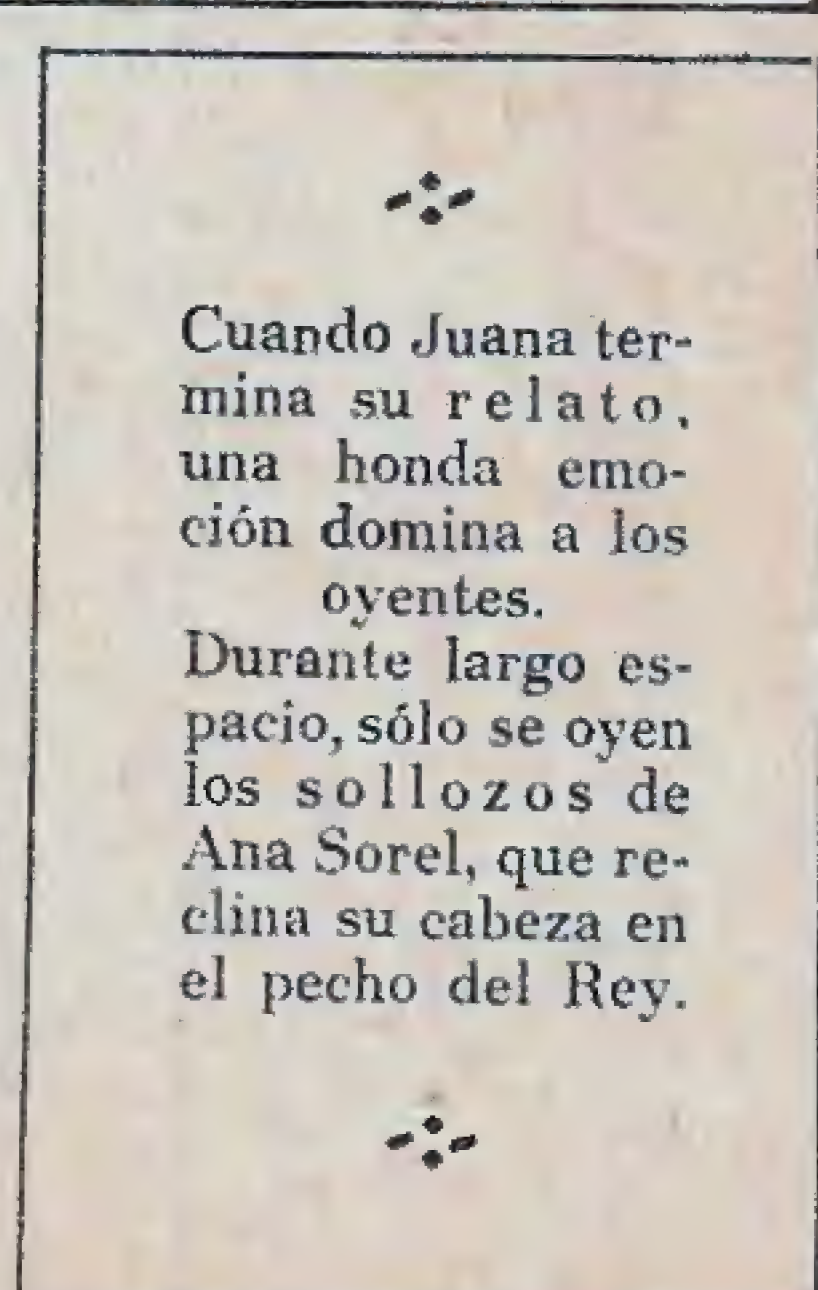
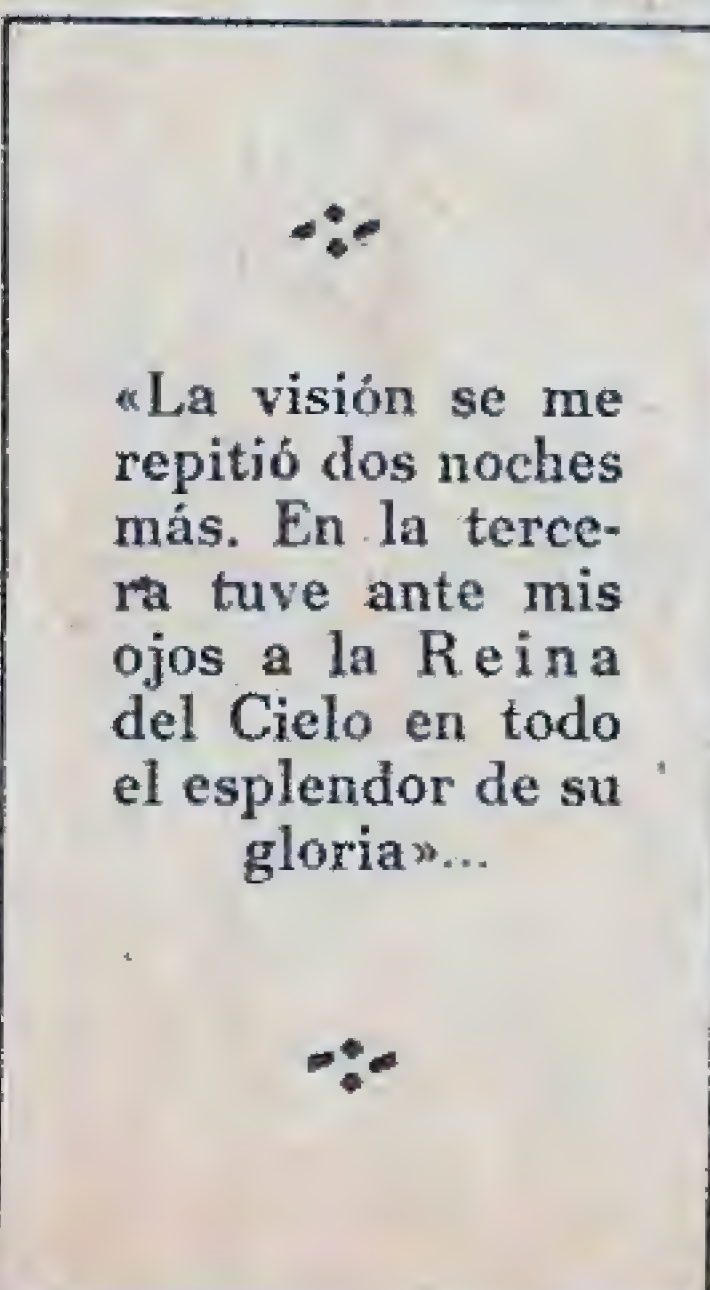
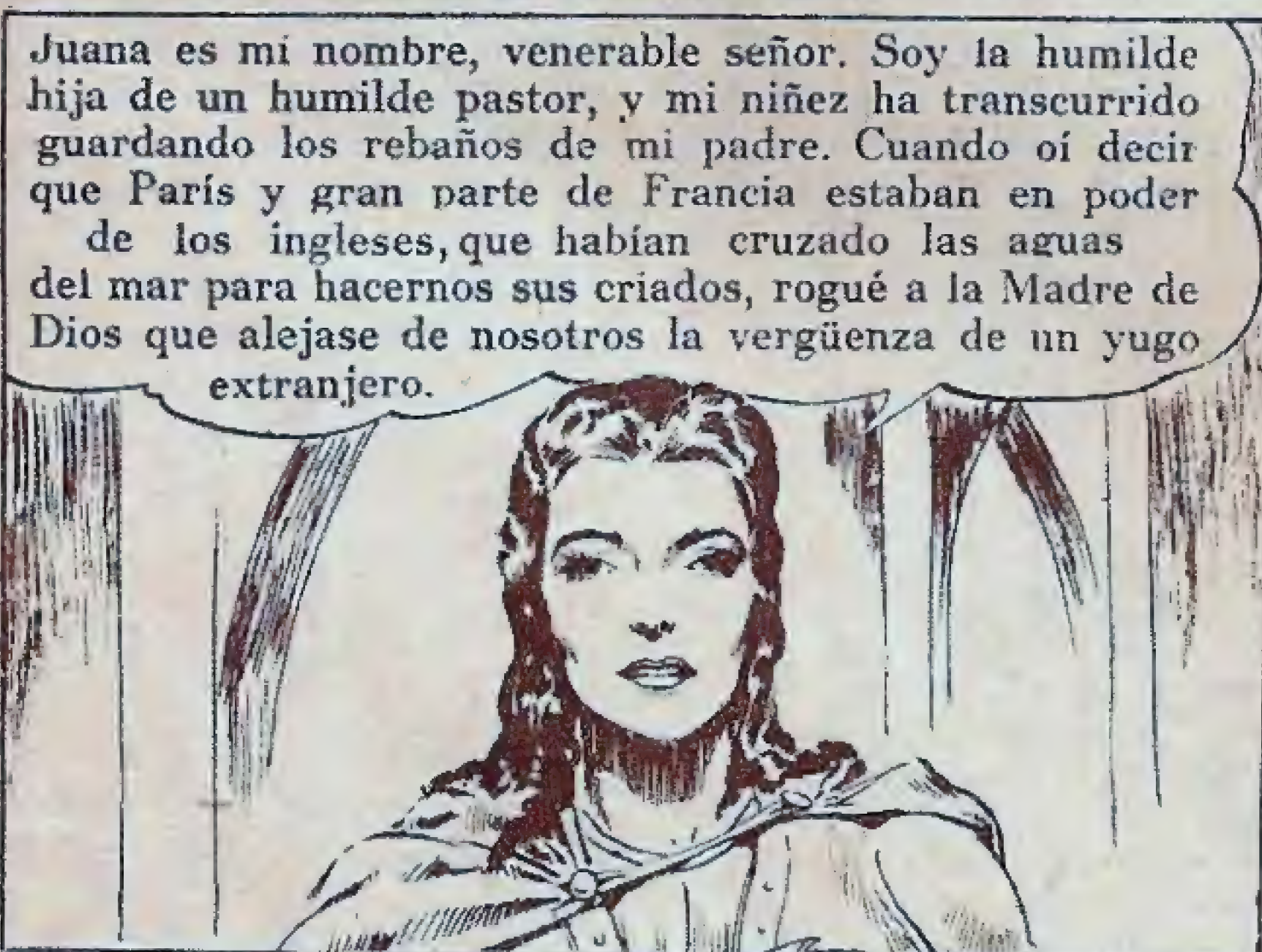
La doncella se precipita. Arranca el estandarte de manos del abanderado y marcha resuelta al frente de los soldados loreneses.

Un doble hechizo se apodera de los combatientes: ebrios de entusiasmo, se lanzan a la acción los acaudillados por la doncella; sobrecogidos de terror, huyen los otros arrojando sus armas.



Raúl termina su relato.

Sólo al Rey quiere revelar quién es. Se tiene por una enviada de Dios y habla de libertar a Orléans en breve plazo. El pueblo, lleno de fe en ella, se muestra ansioso de combatir.



El Arzobispo es el primero en hablar.

Ante tales testimonios de la gracia divina, las dudas de la razón humana desaparecen. Sus acciones demuestran la verdad de sus palabras... ¡Sólo Dios puede realizar tales milagros!

No son sus milagros los que me convencen, sino su mirada y el suave candor de su rostro.

¿He merecido acaso yo, culpable, tanta gracia?

La humildad de los grandes es bien vista desde lo alto. Tú te has humillado, Dios te ensalzará.

Así, pues, ¿podré resistir a mis enemigos? ¿Orléans no se rendirá? ¿Entraré en Reims triunfante?

Antes que ver caer a Orléans, verás las aguas del Loira correr río arriba... Y yo te llevaré a Reims, aunque sea a través de millones de enemigos.

Los oyentes sienten que el ardor guerrero los inflama. Entre el ruido de las armas que se entrecrocán, oye la clara voz del Bastardo.

Adondequiera que nos guíe esta divina doncella, la seguiremos ciegamente. Que su mirada profética nos dirija; esta valiente espada la protegerá siempre.

¡El Dios de la victoria marcha a su lado!... ¡Al combate!

Manda a mi ejército, santa doncella. ¡Todos sus jefes te obedecerán!

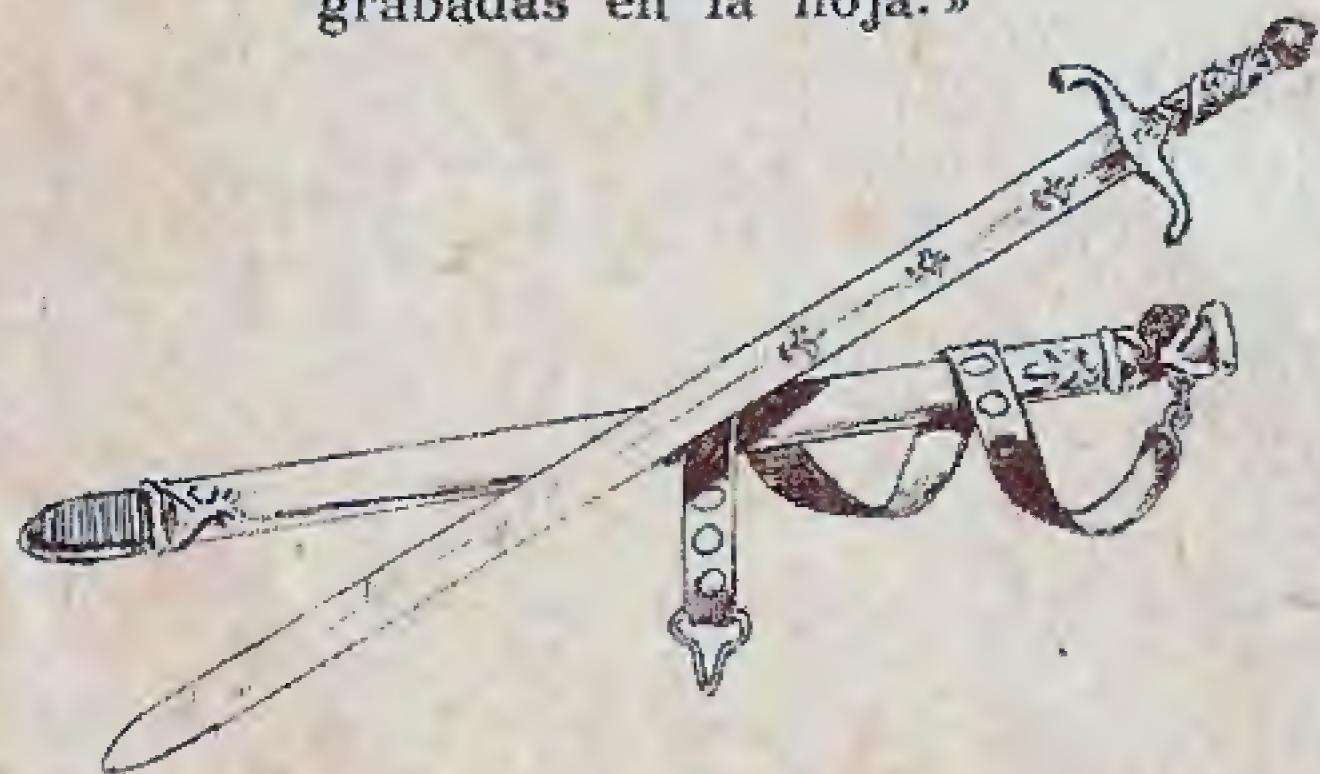
Detente, noble delfín. Será preciso mandar buscar la espada con que he de vencer. El Espíritu Santo me ha dado las indicaciones necesarias.

Cuando la antigua espada se halla en manos de Juana de Arco, ésta dirige el asalto contra los sitiadores de Orléans. Un verdadero pánico se apodera de éstos, empezando por los borgoñones, primeros en recibir el ataque.

¡Satanás combate por Francia!

¡El infierno se ha desencadenado!

«En la vieja ciudad de Fierbois, en el cementerio de Santa Catalina, hay una cueva donde se hallan amontonadas viejas armas, botín de nuestros antiguos triunfos. Entre ellas está la espada que ha de servirme. El enviado del Delfín la reconocerá por las tres lises de oro grabadas en la hoja.»



La estrepitosa y desordenada fuga termina en un lugar abrupto, donde creen los jefes que las rocas y las sombras de la noche los protegerán de sus perseguidores. Pero allí los acecha otro peligro: el de la discordia, pues los reproches recíprocos, las imputaciones de responsabilidad suceden al descalabro. Los jefes ingleses, Talbot y Lionel especialmente, achacan al duque de Borgoña la culpa de los sucesos, en términos tales que el acusado se dispone a abandonar la lucha.



¿Así se me trata? Chatillon, que todos nuestros hombres se preparen a partir. Nos volvemos a nuestro país.

¡Buen viaje! ¡Nunca brilló más la gloria de los ingleses que cuando combatimos sin alianzas!

Mas Isabel, la reina madre de Francia, que también se halla en el improvisado campamento, ha oído la disputa y surge en un intento de pacificación.

¡Deteneos, señores! ¿Qué astro malhadado confunde nuestro buen sentido? ¡Cómo! ¿En el momento en que sólo la concordia puede salvarnos vosotros pretendéis dividirnos con odio?...

Prevenirse contra el amigo falso es lo que dicta la prudencia.

Al felón y al desagradecido nunca les faltó la audacia del mentiroso.

¡Duque! Aquí están vuestros verdaderos amigos, y no tenéis otra salvación que una firme alianza con Inglaterra. ¿Creéis por ventura en la posibilidad de una reconciliación con el Delfín, a quien vos mismo habéis conducido a dos dedos de la perdición?

Nada más lejos de mi ánimo que hacer las paces con vuestro hijo el Delfín. Pero yo no consentiré en soportar los desdenes de la presuntuosa Inglaterra.

Mientras las manos sellan la reconciliación, la reina madre enuncia su plan.

Una victoriosa doncella guía al ejército enemigo. Pues bien: quiero por mi parte dirigir el vuestro...



Pero los jefes tienen de Isabel un concepto bien distinto del de ella misma.

Volveos a París, señora. Con buenas armas y no con mujeres pretendemos vencer nosotros.

Marchad, marchad. Desde que estáis en el campamento todo anda al revés...

Idos, señora. Vuestra presencia no produce aquí nada bueno; sólo sirve para indignar al soldado.



La reina insiste: —¡Vamos! Perdonaos unos y otros las palabras precipitadas. Ya sabéis cuántas son las preocupaciones que pesan sobre un jefe, y cómo la adversidad hace injustos a los hombres. Venid, abrazaos... —¿Qué os parece, Duque? Un corazón noble se rinde de buen grado a los dictados de la razón — añade Talbot.

La viuda del vesánico Carlos VI se indigna contra esos hombres que, inmediatamente de ser reconciliados por ella, contra ella precisamente se vuelven. Protesta. Reclama. Pero es inútil; iracunda, termina por ceder al repudio general y se retira a Melun profiriendo palabras de desprecio. Los jefes, que la oyen sin impresionarse, quedan haciendo proyectos de desquite de los recientes reveses.



¡Bien lejos están de suponer que ahí mismo, envueltas en la obscuridad, se hallan avanzadas enemigas con la temible heroína a su frente! De pronto, irrumpe el nuevo grito de guerra: «¡Dios y la Doncella!» Suceden exclamaciones de sorpresa, de desconcierto, de pavor, mientras Juana de Arco organiza la acción de los suyos.

Ahora, las antorchas.
¡Prended fuego a las
tiendas! Que el furor
de las llamas aumente
su espanto y que la
muerte los enlace con
una red vengadora.



Dunois, el esforzado
Bastardo de Orléans,
escucha con tristeza.
El sentimiento que se
ha apoderado de su
corazón quisiera ver
una Juana más feme-
nina, y también saber-
la a cubierto de todo
riesgo.

Por eso se acerca a hablarle con dulzura.

Tu deber ya está cumplido, Juana. Nos has traído al
campamento; deja ahora al enemigo en nuestras manos.
Te corresponde quedar fuera del campo de batalla; deja
a nosotros la decisión sangrienta. Renuncia a empuñar
la espada homicida.



¿Quién podría detener
mi camino ni dictar le-
yes al espíritu que me
inspira? Donde se ha-
lle el peligro, Juana
debe estar; y no es
aquí donde pe-
receré. Nadie me qui-
tará la vida hasta que
no cumpla la misión
que Dios me ha con-
fiado...



Impetuosamente, la Doncella se lanza en medio del
campamento. Dunois y los suyos no tienen más con-
suelo que el de seguirla, tratando de protegerla con
sus cuerpos. Confundidos y aterrados, ingleses y bor-
goñones hablan mientras huyen: «¿Cómo ha podido
llegar la Doncella a nuestro campamento?»... «¡Por
el aire! ¡El Diablo es su aliado!»... «¡Huid! ¡Huid!
¡Estamos perdidos!»



Talbot interviene, tratando
de poner orden y tranqui-
lidad entre los suyos. ¡Va-
no empeño! La fuga es ver-
gonzosa; la derrota, total.
En medio de la refriega,
un caballero, oculto el ros-
tro por la visera, se en-
cuentra frente a frente con
la heroína, cuyo coraje
truécase instantáneamente
en dulzura.



¡Maldita! ¡Tu hora ha sonado! ¡He estado buscándote
por todas partes, y al fin te encuentro para enviarte a
los infiernos, de donde sales!

¿Eres tú el noble
duque de Borgo-
ña?

¡El mismo! ¡Tiembra, desgraciada, y des-
espera! Ya no te protegen los artificios
de Satanás. ¡Hasta ahora no has tenido
que vencer más que a cobardes; ahora
tienes ante ti a un hombre!



Pero ya están
ahí también
Dunois y uno
de sus ami-
gos, de quie-
nes momentá-
neamente lo-
gró alejar-
se la heroína.

¡Borgoñón:
lucha con
hombres, no
con donce-
llas!

Yo no temo a esta Circe galante ni
a vosotros todos, a quienes ella ha
transformado de manera tan indigna.
¡Venid! ¡Os desafío a todos!

Deteneos...
No debe co-
rrer aquí
sangre fran-
cesa. Otros
son los desig-
nios de Dios.



¿Por qué retener mi brazo dispuesto a herir? Va a caer el golpe que ha de vengar a Francia y reconciliarla consigo misma.



¡Atrás, os digo! ¡Dejadme hablar con el Duque!... ¿Qué es lo que pretendes, borgoñón? ¿Qué enemigo buscan entre nosotros tus ojos ávidos de asesinato? ¿No son estos valientes tus compatriotas? Yo misma ¿no soy también hija de tu país? Nuestros brazos se abren para recibirte; nuestras espadas no tienen filo para ti.

Ahora intentas, sirena, encantar a tus víctimas con el hechizo de una palabra dulce; pero conmigo pierdes el tiempo: los dardos de tu mirada se embotan en el arnés de mi pecho.



Repara en que no es la ley de la necesidad la que me hace tenderte la mano de hermana. ¡Mira a tu alrededor! Vuestro campamento no es más que ceniza sembrada de cadáveres. Los ángeles han combatido por el rey de Francia; nuestra causa ha triunfado.

La mentira tiene siempre capciosos sortilegios... Me parece estar oyendo las palabras de un niño... ¡No quiero oír más!



Me has dicho cómplice del infierno. Hacer la paz, reconciliar los odios, ¿es obra del infierno? ¿Es del eterno abismo de donde sale la concordia? ¿Existe cosa más humanamente buena que combatir por la libertad de la patria? ¿Quién ha podido asociarse a mí, en los prados por donde yo apacentaba mis rebaños, para iniciar a una pastora adolescente en los negocios de los reyes?...

Bajo el influjo de la palabra de Juana de Arco, el duque de Borgoña empieza a sentirse profundamente conmovido.

Nunca me había aproximado a los príncipes; el arte de la palabra es extraño a mis labios; y, sin embargo, ante mi mirada de niña resplandecen, flameantes, los destinos de los países y de sus soberanos, y yo traigo dentro de mí como un relámpago.



¿Qué tengo? ¿Qué me sucede? ¿Es Dios quien así remueve mi corazón en lo más hondo de mi pecho? No; no es capaz de mentir esta conmovedora criatura... Yo cedo a su encanto, porque su encanto proviene del Cielo. ¡Ella es enviada de Dios!



¡No he suplicado en vano! ¡Está enternecido! La nube de cólera que hace un instante velaba su frente va a fundirse en rocío de lágrimas. ¡Atrás las armas! ¡Estrechaos entre vosotros, corazones franceses!...

La espada cae de las manos del Duque. Juana, Dunois y los jefes que se les han aproximado, corren con los brazos abiertos hacia el borgoñón ganado para la causa de Francia.



La reconciliación iniciada así, adquiere toda su grandeza y significación política cuando el duque de Borgoña acude al encuentro de Carlos VII. Lo ha precedido Chatillon, su hombre de confianza, quien ha concertado las condiciones del encuentro, de total magnanimidad por parte del Rey. Cuando la gente que siempre ha permanecido fiel a Francia ve entrar en la ciudad de Châlons y aproximarse al palacio real al antiguo adversario, rama al fin del mismo tronco, acógelo con demostraciones delirantes de júbilo.

¡Buen pueblo, ardiente en tu amor como en tu cólera! ¡Qué pocos momentos han sido precisos para olvidar que ese mismo Duque causaba la muerte, no hace mucho, de tus padres y de tus hijos!...





Pero no hay secreta amargura ni prevención en el ánimo real. Carlos va al encuentro del borgoñón y lo abraza con efusiva sinceridad.

El Duque, situándose a igual altura, rinde homenaje a Ana Sorel, colocando en los cabellos de ésta una rosa de brillantes.

¿Por qué no es la corona real de Francia? Con un corazón no menos leal que el vuestro querría yo colocarla sobre esa bella frente... Y ahora contad conmigo, si alguna vez tenéis necesidad de un amigo.



La escena se ha hecho ya de una emoción irresistible. Ana Sorel, sollozante, se retira a un rincón. El Rey lucha por contener sus sentimientos. Todos miran con ternura a los príncipes reconciliados.

¡Y he podido odia-ros! ¡Y renegar de vos! ¡Y jurar fidelidad a un extranjero!



Olvidadlo. Todo está perdonado. La hora presente todo lo borra.

Creedme: peleaba contra vos con el corazón dolorido. Pero expiaré mis faltas... Todos los daños que habéis sufrido serán reparados. Recobraréis vuestro reino entero, sin que falte una aldea.

Estamos unidos. De ahora en adelante, no hay enemigo temible para mí.

¡Estáis unidos, príncipes! Francia, cual ave fénix, renace de sus propias cenizas. Un porvenir hermoso nos sonríe.



En medio de la general alegría, échase de menos a la artifice de ese momento sublime. En efecto, ¿dónde está Juana de Arco? Juana de Arco huye de la ociosidad de las cortes; mas he aquí que, solicitada, aparece revestida con su armadura, pero sin yelmo. Una guirnalda adorna sus cabellos.



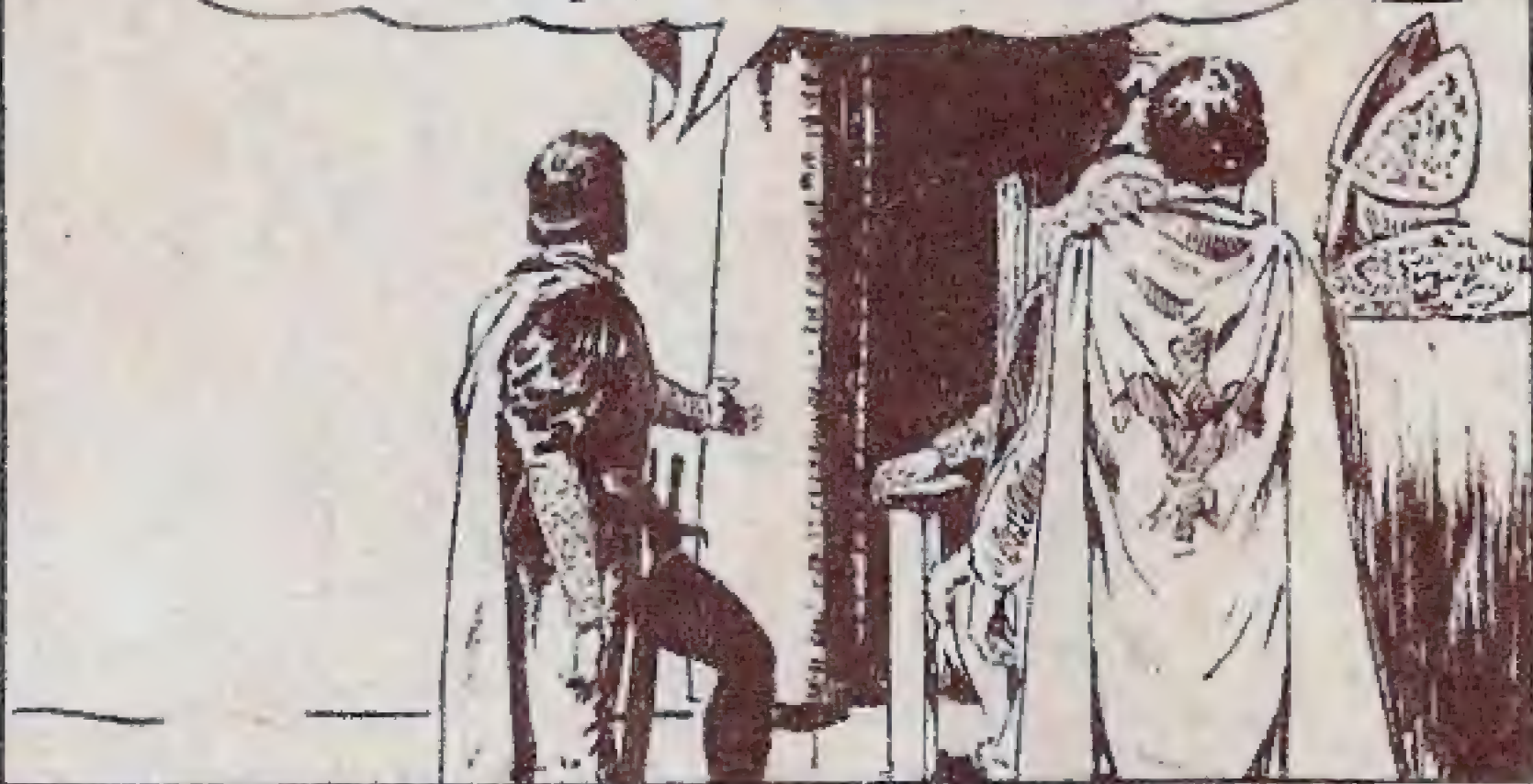
En vano el Rey pide a la pastora que diga cuál es la recompensa que desea por su obra. Sin arrogancia, pero con firmeza, la aldeana de Domremy aspira a un premio que está más allá de las posibilidades humanas. Mas Carlos VII está resuelto, cuando menos, a darle sitio entre la nobleza. Ordena, y la doncella obedece mansamente:

¡Dobla la rodilla! ¡Levántate, noble! Yo, tu rey, te saco del polvo de tu humilde procedencia. En su tumba, hago nobles a tus antepasados. Llevarás las lises en tu escudo, y en todo serás igual a los mejores de Francia. ¡Que sólo la real sangre de los Valois sea más noble que la tuya; que el primero de entre los grandes se sienta honrado con, tu mano!...



Del blasonado concurso, que escucha con respetuosa admiración, se adelanta el Bastardo de Orléans. /

Mi corazón la había escogido en la obscuridad; los honores que acabáis de otorgarle no pueden, pues, acrecentar mi amor... Aquí, delante de mi rey y de este santo obispo, le ofrezco mi mano.



Pero no es sólo Dunois quien está enamorado de la Doncella. La Hire, oficial del Rey, de los más distinguidos y valientes, avanza también a hablar.

El más dulce adorno de Juana es su modestia. Por eso, aunque digna de los homenajes más ilustres, no aspira a ellos. Le basta la fiel adhesión de un alma recta, así como la suerte apacible que me atrevo a ofrecerle con mi mano de esposo.



¡Dos brillantes pretendientes, iguales en virtudes caballerescas, iguales en fama! Ambos son dignos de tan hermoso premio. Habla, pues, Doncella, y que sea tu corazón el que decida.

Juana permanece pensativa y silenciosa.

Veo conmovida a la noble Doncella. Un delicado pudor cubre sus mejillas. Désele tiempo para consultar su corazón, para confiarse a una amiga, con quien pueda meditar como mujeres un asunto propio de mujeres.



No; no es un pudor tímido el que enciende mis mejillas... En verdad, la elección de estos valientes caballeros me honra mucho; pero yo no he dejado mis pastos ni he vestido armadura de hierro con el fin mundano de ceñir a mis sienes la corona de los desposorios.

No. Mi vocación es muy distinta, y para realizarla hace falta una virgen sin mancha. Soy el paladín del Altísimo y no puedo confesarme esposa de ningún mortal. Mi misión aun no ha sido cumplida: la diadema no ha ceñido la frente de mi soberano; su cabellera no ha sido ungida con el óleo sagrado; mi señor, delfín de Francia, aun no recibe legítimamente el nombre de rey.



Estamos en el camino de Reims...

No nos detengamos, pues el enemigo vela en torno de nosotros para cerrarte el camino. ¡Pero, a través de todos ellos juntos, yo te conduciré hasta Reims!



Pero entonces, cuando todo esté consumado, cuando hayamos entrado victoriosos en Reims, di, ¿me permitirás, santa doncella...?

Entonces mi obra estará cumplida y la pastora no tendrá nada que hacer en el palacio del rey.



En ese momento, un caballero penetra corriendo y se dirige ansiosamente al Rey.

¡El enemigo ha pasado el Marne y se dispone a atacarnos!

¡Combate y batalla! ¡Mi alma rompe sus ligaduras! ¡Armaos! Entretanto, corro a formar los batallones...

A las puertas de Reims quieren obligarnos a disputar otra vez la corona. Borgoñón, no necesito alentaros; ha llegado la oportunidad de reparar muchas malas jornadas.

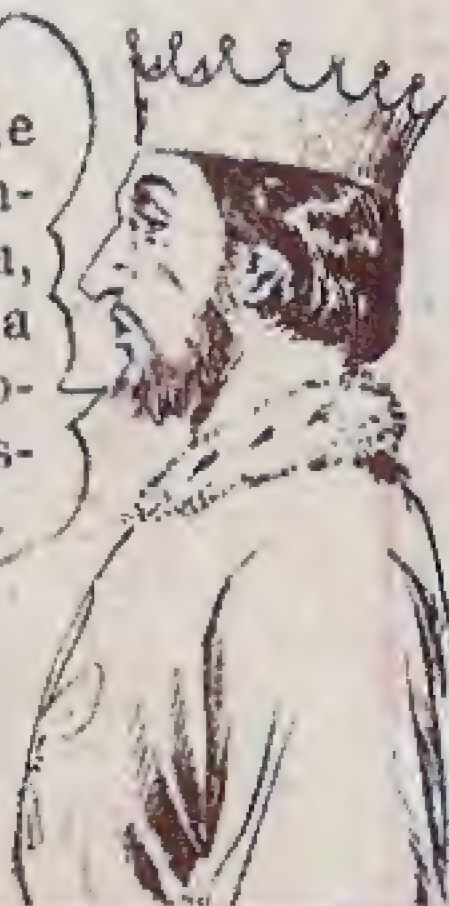


Quedaréis contento de mí.

Marcharé delante de vos por el sendero de la gloria, y a la vista de la ciudad de mi coronación conquistaré mi corona.



El Rey se despidió de su amada, que lo abraza con digna serenidad, mientras las trompetas llenan el aire con su estruendo guerrero.



La acción es rápida y sangrienta. Reims cae en poder de Carlos VII. Talbot, el valiente general inglés, sucumbe en la acción. Quizá sus heridas hubiesen sido curables, pero desdeñó todo cuidado al saber que la ciudad de París había pactado con los emisarios de su enemigo. Durante la refriega, Juana, que se mezclaba en ella arduosamente, cruzó su acero con un hombre revestido de negra armadura, que luchaba con la visera baja. Cambiados los primeros golpes, el caballero negro emprendió la huida. Pero Juana marchó en su persecución, y de pronto se halló lejos del combate, en amplio espacio desierto. Entonces él sofrenó su caballo.



¿Por qué me persigues con rabia tan implacable? Mi destino no es caer por tu mano.

Te odio... ¡Te odio como a la noche, cuyos colores llevas! Un deseo irrefrenable me impulsa a privarte para siempre de la luz del día. ¿Quién eres? ¡Levanta la visera! Una voz me dice en lo íntimo de mi conciencia que contigo va la desgracia.

Juana de Arco: hasta las puertas de Reims has llegado en alas de la victoria. Que tal gloria te baste.

¿Qué me propones? ¿Detenerme en medio de mi carrera? ¿Abandonar mi obra? No; yo la consumaré y cumpliré mi voto.



Hasta ahora nadie te ha resistido; mas a partir de este instante, no afrontes la suerte del combate. Haz caso de mi aviso, Juana de Arco.

Mi mano no dejará esta espada sino después de haber exterminado a la soberbia Inglaterra.



¡Mira! Allá lejos se eleva Reims, con sus torres. Ya ves brillar la cúpula de la sublime catedral... ¡Ni un paso más hacia ese lado! Vuélvete. Escucha mi advertencia.

¿Y quién eres tú, ser falaz, para intentar espantarme de esa manera?... ¡Me contestarás, o morirás en mis manos!

Juana intenta dar un golpe al desconocido; pero éste la toca en el brazo y desaparece. La Doncella se inmuta y tarda en recobrase. Piensa entonces que ha sido víctima de una engañosa aparición, de un espectro infernal que buscaba desconcertar su valor.



Pero no tiene tiempo para enfrascarse en cavilaciones, porque Lionel, el hermoso oficial inglés, se planta ante ella, iracundo y terrible.

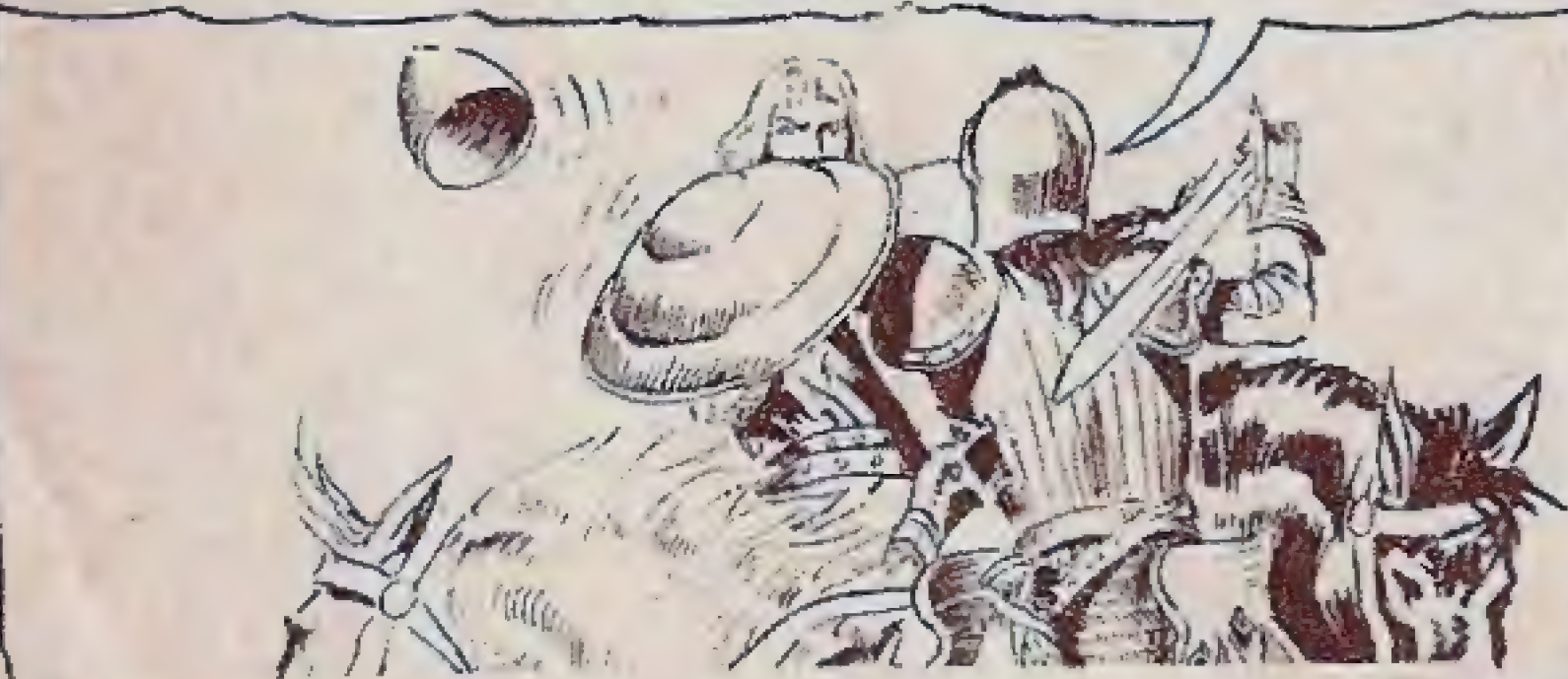
¡Maldita! ¡Defiéndete! Uno de nosotros dos no saldrá vivo de este sitio.



Se lanza contra ella, mas después de un breve forcejeo, Juana lo desarma.

En seguida le arranca el yelmo violentamente. El rostro de Lionel queda al descubierto.

Recibe lo que buscabas! ¡La Virgen te inmola por mi mano!



Pero la mirada de la Doncella se cruza con la de Lionel, y Juana, conmovida, se detiene y deja caer lentamente el brazo.

¡Sálvate! ¡Si tu vida ha estado entre mis manos, déjame ignorarlo; no quiero saber nada!

¡Te odio a ti y a tu regalo! ¡No quiero compasión! ¡Mata a tu enemigo; a tu enemigo que te desprecia y querría poder matarte!



Mas la mutación de sentimientos que se ha operado en Juana no tarda en comunicarse al inglés.

Desgraciada doncella, te compadezco. Me conmueves a mí, al único sobre quien has ejercitado tu magnanimidad. Siento desvanecerse mi odio..., me intereso por ti... ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?



Tengo compasión de tu juventud, de tu belleza... Tu aspecto ha penetrado hasta el fondo de mi corazón. Dime qué hacer. Ven. ¡Tira las armas lejos de ti! ¡Sígueme!

¿Seguirte?... ¡El Bastardo se aproxima! Son ellos, me buscan... ¡Si por desgracia te encuentran aquí!...



No temas nada; yo te protegeré.

¡Moriré si tú llegas a caer en sus manos!



¿Me aprecias? ¿Te volveré a ver? ¿Sabré de ti?

¡Jamás, jamás!



Entonces Lionel osa lo que antes nadie se hubiera atrevido a hacer: arrancar la espada a Juana de Arco.

Que esta espada sea la prenda de que te volveré a ver.

¡Insensato!



Lionel huye con su trofeo de amor y de guerra, a tiempo para eludir a Dunois y La Hire...

Estos, que se acercan, hallan una Juana de Arco bien distinta de la que están habituados a ver; una Juana que desfallece, como si sus fuerzas escaparan por la pequeña herida que tiene en el brazo. «Corre su sangre» — observa La Hire. Y ella dice con languidez: «Dejadla que se vaya con mi vida».

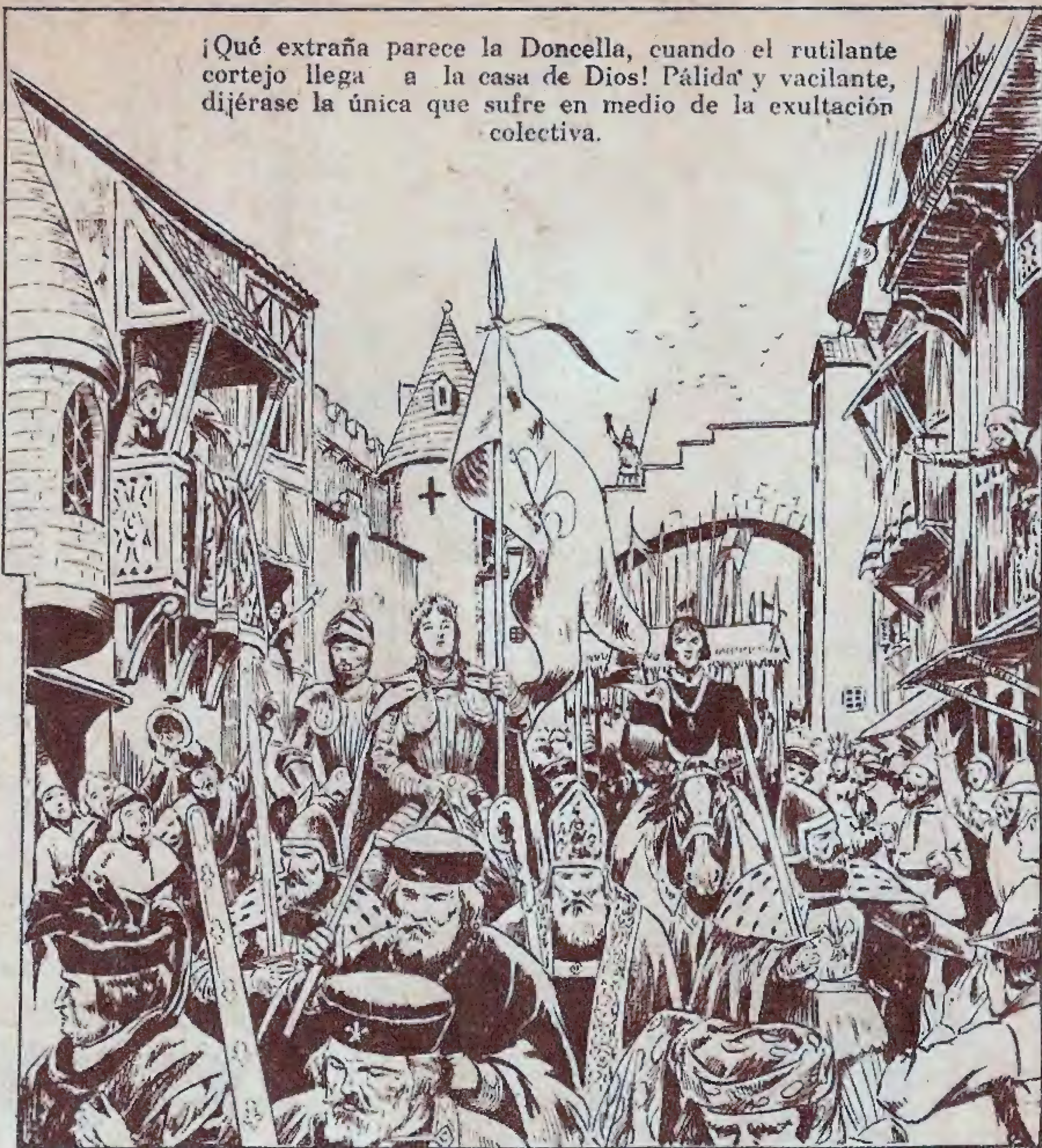


Juana se siente abrumada por su propia conducta. Su compasión por un enemigo pesa en su conciencia como una culpa. Cuando el pueblo y la corte se aprestan alegremente a las fiestas de la coronación, en Reims, Juana, sin cuyo heroísmo esa coronación hubiera sido imposible, hace un torturado examen de su corazón. ¿Por qué no fué compasiva con otros? ¿Por qué miró en los ojos al hermoso inglés y la espada perdió agresividad en su mano? «Con tu mirada comenzó tu crimen, desdichada» — dice la pastora. Y también: «Desde que miraste aquel noble rostro, los lazos del infierno te han encadenado».

Pero ya la solemne ceremonia va a comenzar. La muchedumbre llena la plaza, frente a la magnífica catedral. Carlos VII entrará en ésta, para su consagración, y en su cortejo la Doncella ocupará el primer puesto, empuñando la bandera que Du-nois pone en sus manos y que Juana toma casi con terror.



¡Qué extraña parece la Doncella, cuando el rutilante cortejo llega a la casa de Dios! Pálida y vacilante, dijérase la única que sufre en medio de la exultación colectiva.



Entre la concurrencia, hay siete aldeanos de Domremy. Son Tibaldo, Margarita, Luisa, Esteban, Claudio María, Raimundo y Beltrán. Han venido expresamente a gozar de la gloria de Juana, de «su» Juana, cuyo destino histórico es para ellos así como un cuento de hadas y de magos.



Juana pasa muy cerca de los suyos, pero no los ve. Luisa advierte en su hermana algo que la entristece; Margarita, más desaprensiva, sólo nota su brillo y su gloria, y el contraste entre aquella pompa que la rodea y el marco idílico en que apacentaba sus rebaños.

Mas hay en el grupo de aldeanos una mente tan turbada, un corazón tan afligido como el de la Doncella. Es su padre, Tibaldo de Arco, que ha llegado a la conclusión terrible para su espíritu creyente, de que Juana es un juguete del demonio.



Efectuadas las ceremonias del ritual, la admiración y reverencia se concentran en Juana. El mismo Carlos VII la señala a la multitud, y la multitud le contesta: «¡Viva la Doncella! ¡Viva la que nos ha salvado!» Pero alguien permanece mudo, abismado en sombrío dolor, y los ojos de Juana lo descubren: «¡Dios mío, mi padre!»



El aldeano se adelanta y habla con emocionada pero clara voz.

Soy un desgraciado padre, a quien el juicio de Dios trae aquí para acusar a su propia hija.

Ahora se aclarará todo de manera tremenda.

¿Qué es esto?



¡Príncipe engañado, pueblo de Francia burlado! ¿Creéis deber la salvación al poder de Dios? ¡Debéis todo a los manejos del Diablo!

¿Está loco este hombre?



Un terror supersticioso empieza a propagarse en el concurso.

¿Loco?... Vamos a ver si, a la cara de su padre, ella se atreve a sostener esta burla por medio de la cual engaña al pueblo y al Rey. En nombre de la Trinidad, responde, Juana: ¿Eres digna de ser colocada entre los santos? ¿Tienes la gracia de Dios?



¡Con cuánta seguridad hubiese respondido poco antes Juana de Arco!

Pero ahora, perdida la fe en sí misma, Juana permanece callada.

¿Una santa ella? ¿Ella, enviada de Dios? Eso fué inventado en un lugar maldito, bajo aquel árbol hechizado, donde desde tiempos remotos celebran sus aquelarres los espíritus del mal.

¡Guardaos de creer a este insensato, que se deshonra al deshonorar a su propia hija!



¡Habla, Juana! ¡Rompe ese silencio pavoroso! Te creemos... Tenemos fe en ti.

Pero Juana enmudece. No quiere, no puede defenderse. Su padre la ha acusado, convencido de que ella está aún a tiempo de salvar su alma. El cree que su hija ha tentado a Dios al invocarlo falsamente; pero cree también que Juana expiará su culpa en la tierra y rescatará su ánima del poder de Satanás. Su palabra, corroborada por el mutismo de la Doncella, ha sumido en la duda al pueblo, a la corte, al Rey. Sólo resiste el amor del Bastardo de Orléans. ¿Con qué fruto? La voluntad de Juana está quebrada. Cuando todos se alejan de ella, cuando se siente sola, echa a andar como una autómatas.



Va hacia sus enemigos; camina hacia el suplicio, hacia la muerte. Y cuando llega el supremo instante, su vista de iluminada ve que se abren las puertas de oro del Cielo, y que la Virgen le extiende los brazos, con dulce sonrisa...
FIN

Egidio Esteban/2019

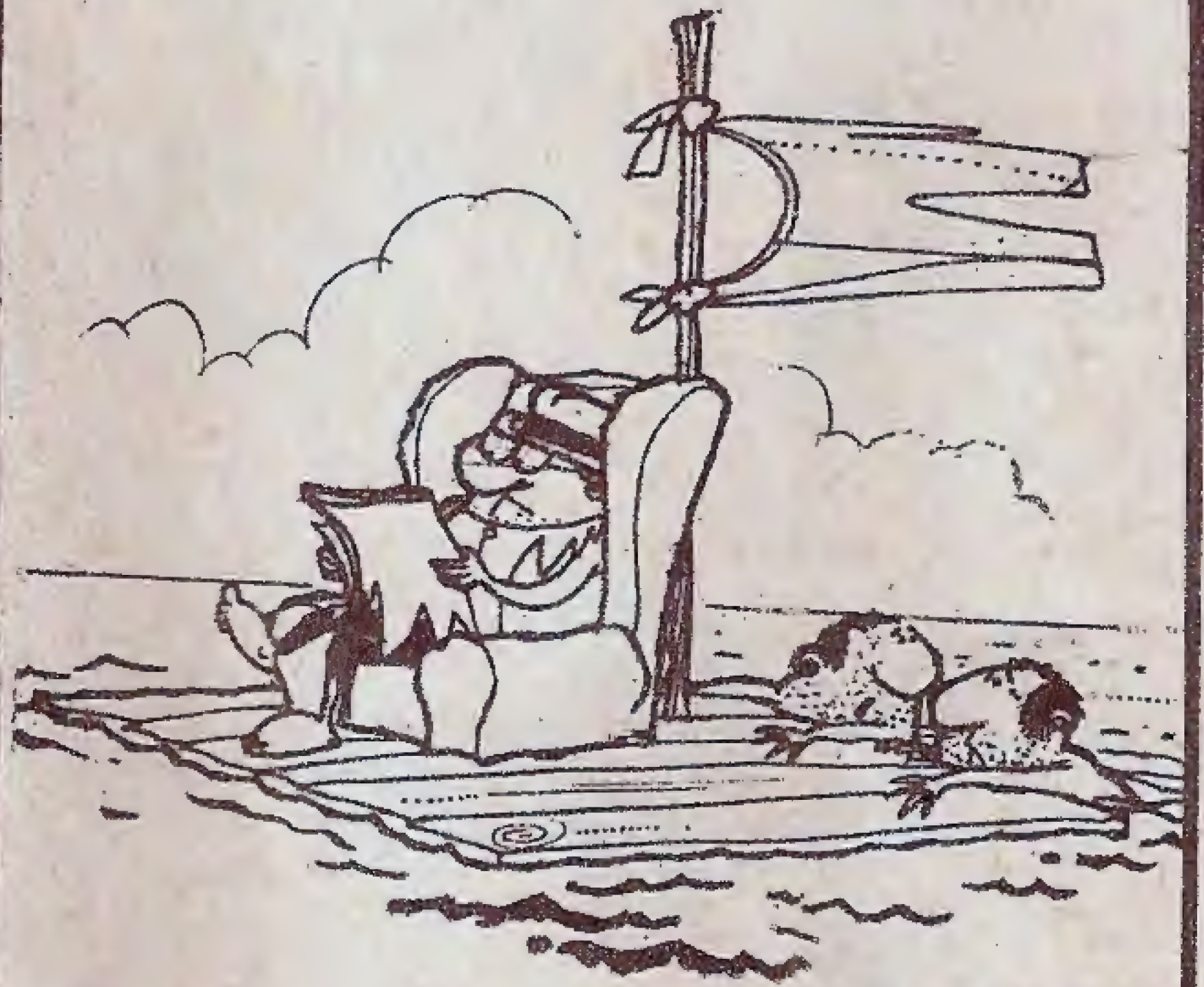
CARLITOS



Y AHORA, SONRIA



—No pude encontrar las referencias que me dio Lady Dorchester, señora, así que traje una de sus toallas bordadas para probarle que estuve en ese empleo.



—Dice que está reservada para pasajeros de primera clase.



—Te advertí que tuvieras cuidado al alquilar tu traje.



—Cuando me encuentro en un lugar difícil, levanto mis brazos y parecería que el camino se despejara para mí.

DISPAREN SOBRE EL PIANISTA

por F. D. GODIS

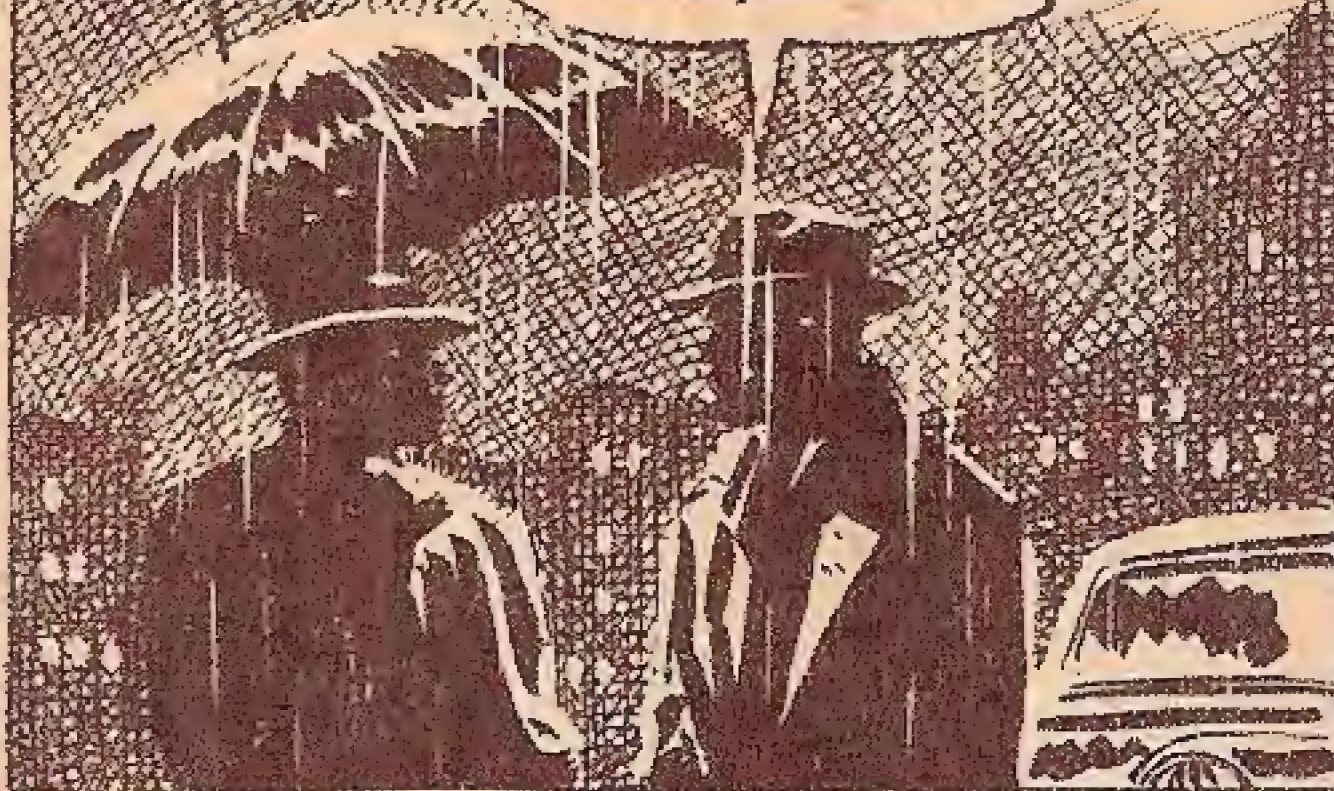
DIBUJOS DE HAUPT

ADAPTACION

Es de noche en París, y llueve...

¿Es agitado el Bar "Plyné"?

¡Jamás! ¡Usted puede ir con toda tranquilidad!



En el Bar "Plyné" toca Charlie Koler suaves melodías de versos inocentes.

Charlie es un excelente pianista...



Charlie Koler es un hombre poco robusto, de mirada triste...

Charlie; mi esposa quiere escuchar "Sobre las olas"...



Charlie sonríe a todo el mundo; su sonrisa es melancólica...

"Sobre las olas", muchachos. Para el señor y la señora D' Alue...



París se aquieta en aquel sitio de calma y seriedad: el Bar "Plyné" ...
El señor Plyné —hombre maduro y tranquilo— hacía un buen negocio...

Mi Bar es un sitio de paz.
¡Y casi todo París lo sabe!



Esa misma noche, y por una calle de París, un hombre corre con desesperación.



¡Su parecido con Charlie Koler es extraordinario...!
Sin embargo se llama Chico Saroyan...

Uno, desde un auto, va a matar a Chico Saroyan...

¡No, Momo! ¡Harás que venga toda la policía de París! ¡No lo mates!



Chico Saroyan huye...

(¡El Bar "Plyné" ...!)



El perseguido empuja la puerta del Bar...

¡Eduard! ¡Eduard!



La orquesta de Charlie Koler toca una antigua y deliciosa "java" ...
Y cuando terminan...

¡Eduard! ¡Hermano mío!



Chico Saroyan intentó abrazar al pianista, llamándole "hermano"...

¡No me llames Eduard..., sino Charlie! ¿Qué quieres? ¡Ven, sígueme!



Charlie Koler llevó a Chico Saroyan hasta su camarín...

¡Me quieren matar, hermano!



"HERMANO", pensó el pianista mirando al malhechor. ¡Y era verdad!

Los Saroyan nacieron en Reims. Quedaron sin padres desde niños. Jean tenía doce años; Chico, diez; Eduard, nueve, y Fido, cinco meses...



¡Tú y Jean son la desgracia de la familia!

En efecto, Jean y Chico Saroyan eran contrabandistas...

¡Y yo tuve que hacerme cargo de la educación del pobrecito Fido!

¡Has sido un padre para nuestro hermano menor!



—Fido iba a la escuela secundaria...

¡Gracias a mí tonto! ¡Eh! ¡Mientras ustedes se divertían!



Chico Saroyan intentó una débil defensa...

¡Tú tenías un alma buena, Eduard!



—¡No me digas Eduard! ¡Mi nombre artístico y personal es ahora Charlie! ¡Charlie Koler, como dice el cartel!

—¿Por qué no usas tu verdadero nombre?

¡No quiero acordarme del ayer! ¡El ayer me ha lastimado tanto!



El pianista del Bar "Plyné" se ha puesto muy triste. Sólo cuando mira a Thérèse, la hija del señor Plyné, se alegra. Es decir la hijastra. Thérèse es cajera del "Plyné"...

(Para ti esta melodía, Thérèse...)



Pero ahora hay que pensar en liberarse de ese hermano que ha manchado el buen nombre de los Saroyan. ¡El y el otro: Jean Saroyan!

¿Por qué no hacen una vida decente? ¿Por qué no trabajan?



A Chico Saroyan le fastidiaba cuando le daban sermones...

¡Termínala! ¡Eh? ¡Nosotros somos así, porque no somos tontos como tú!



Una trompada no le hubiera dolido tanto a Charlie Koler...

¡Soy tonto porque trabajo, porque cuido de Fido?



La chicharra del camarín indicaba que el pianista debía volver al Bar...

Ven, Chico. ¡Verás trabajar decentemente a un Saroyan!

¡Trabajando en una confitería en vez de estar en la Sala Pleyel!



—¡En la Pleyel tocan únicamente los grandes artistas!

¡Tú eras un gran artista, Eduard..., digo, Charlie! Qué pasó?

Charlie
Koler no quería hurgar en su pasado...

El piano me espera, Chico. ¿Ya te marchas?

Los ojos del bandido espionaron por los vidrios de una puerta...

¡Momo y Ernst quieren matarme!

¿Qué nuevo lío...?

Dimos un golpe, y cuando llegó la hora del reparto, escapé. Jean debe de estar esperándome en Reims...

Y esos dos "socios" te esperan muy cerca de aquí para matarte, ¿eh?

Chico Saroyan mostró un puñado de francos nuevos...

¡Es la parte de esos! ¡Y me duele dársela a esos bandidos! ¡Son jugadores, y la tirarán en seguida!

El timbre oprimido por el señor Plyné volvió a hacerse escuchar...

Me llaman. ¡Adiós, Chico! ¡Y que Dios se apiade de ustedes!

Voy a escucharte un rato.

Mientras la pequeña banda de Charlie Koler ejecuta una música agradable, y la gente conversa, bebiendo aperitivos...

¡Sigues siendo un gran pianista, hermano! ¡Como te arruinas! ¡Tú eres concertista...

... y no aporrea-teclas! ¡Abandona esto y consíguelte un empresario! ¡Debes colocar bien alto nuestro apellido!

¡No grites! ¿Oyes gritar a alguien aquí?

El vozarrón de Chico molestaba a los circunvecinos...

¿Qué sucede aquí?
¿Por qué grita, señor?

Discúlpelo... Es mi hermano.

La fisonomía de Plyné se alteró...

¡Aquí no grita nadie! ¿Entiende, Koler? ¡Y usted, salga inmediatamente!

Chico Saroyan lo atrapó de las solapas y lo estrujó con violencia...

¡Grito, si quiero! ¡Y lo golpeo a usted, si quiero! Sólo que...

"¡ELLOS", murmuró Chico, arrojando a Plyné a un costado. La puerta del Bar se abrió, apareciendo Ernst y Momo...



Hubo una breve paralización en los movimientos del perseguido...

¡Hasta pronto, Charlie...!



Saltó hacia la puerta que llevaba al camarín del pianista...

¡Hay salida por los fondos, Chico!



Charlie Koler se acababa de comprometer...

¡Si se nos llega a escapar, pobre de ti!



Chico se filtró por un corredor muy estrecho. Contra las paredes había cajones de cerveza. Chico los arrojó al paso de Ernst y Momo. Y se salvó...

¡Ese pianista!



Cuando los dos malhechores volvieron al Bar...

¡Ha escapado él también!



El señor Plyné "no sabía nada sobre el domicilio de su pianista..."

Si mañana no se presenta a trabajar lo cambio y todo terminado...



Therèse escuchó lo dicho por Plyné, su padrasto. Más tarde...

¿No ha llegado aún el señor Koler?
¡Gracias...!



La joven no durmió en toda la noche.

(¡Pobre Charlie! ¿Qué habrá sucedido, realmente! ¡Y mi padrasto que no le tiene simpatía!)



(Plyné dice que Charlie no inspira simpatía por su lacónismo. Y que todo se ignora de él. ¡Pero Charlie...!)



(...es bueno; estoy segura! ¡Mucho más bueno que Plyné!)



Plyné se casó con la madre de Therèse —una pobre mujer paralítica— por el dinero de ella...

(¡Un beneficio que le hago a la pobre! ¡Y que me hago a mí!).



Detrás de su máscara de sonrisa, Plyné era cruel, autoritario...

¿Dónde está Therèse? ¿La ha visto usted, Pierre?



Aquel mozo —Pierre— dijo a Plyné que había escuchado a la joven en una conversación telefónica con el pianista...

¿Con Charlie Koler? ¡Yo los arreglaré a esos!



A la mañana siguiente, Therèse caminaba por una calle de París, conversando con Charlie...

¡Mi padrastro lo va a echar! ¡Perderá el trabajo, Charlie!



Plyné entendió que aquellos jóvenes iban a enamorarse y que "tendría dos enemigos en la casa"...

(Y mi mujer puede darles su dinero, que es MI DINERO!)



Aquel rostro que sonreía era perfido, hipócrita...
Telefonaré a ese señor Ernst, comunicándole "algo muy sabroso"...



¿Señor Ernst? ¡Ah, el señor Momo! ¡Cuánto me dan si les indico el paradero de Koler?



Una excelente pila de francos nuevos era "lo máximo" para Plyné...

¡Por supuesto! ¿De acuerdo, señor Ernst? Vengan por aquí ahora mismo...



A todo eso, Charlie y Thérèse paseaban sobre la nieve de París...

¿Por qué no vuelve a ser el de antes, Charlie?



"¿Qué sabe de mi vida esta muchacha?", pensó el pianista...

¿Recuerda aquel programa del Catorce de noviembre de 1955...



En las manos de Thérèse había un programa de la Sala Pleyel...

¡Lo sé todo, Charlie! ¡Es decir, Eduard Saroyan!



En el programa, una fotografía del pianista lo mostraba con mucho más cabello del que ahora poseía. ¡Pero era él, Charlie Koler!

Sí. Soy yo... Eduard Saroyan. ¡Pero no quiero pensar en aquel tiempo!...



"¿Por qué? ¿Por qué?", insistió suavemente Thérèse...

Aquel... fue mi tiempo de dicha, y de pena. Yo amaba...



En 1955 Eduard Saroyan planeó con su representante una serie de recitales. Luego de varios años de sacrificios espantosos, Eduard Saroyan podía ser considerado un excelente concertista de piano. ¡Había triunfado!

Yo era una adolescente. Mi madre me llevó a todos sus conciertos...



"En aquel tiempo yo era el hombre más feliz del mundo..."

Estaba de novio con Lena. ¡Íbamos a casarnos!



La angustia formó un nudo en la garganta del hombre...

Sí. Nos casamos... ¡Yo ganaba tanto dinero...! ¡Y sin embargo, muchas veces el dinero no sirve para nada!



En ese mismo año de 1955, Lena falleció...

¡Oh, qué pena! ¿Cómo fue?



-Prefiero no continuar...

Se lo ruego, Charlie... ¡Oh, yo también le digo Charlie, en lugar de Eduard!



"¡Eduard! ¡Eduard! ¡Eduard Saroyan", repitió la joven estrujando contra su pecho el programa del 14 de noviembre de 1955; un programa que hablaba de Chopin, de Debussy, de De Falla, de Bartok... y del eminente Eduard Saroyan.

¡Cuénteme su vida, Eduard! ¡Hágalo... por su admiradora!



Los pasos del hombre sobre la nieve de París se hicieron más lentos...

Mi vida... ¡Mi vida empezaba con ella! ¡Mi novia, mi sueño de amor!



Eduard Saroyan replegóse sobre sí mismo. Le costaba recordar...

Lena empezó a sufrir por mi éxito enorme...

¡Celosa?



No. No sé..., pero se fue agotando de a poco. Cuando intenté una salvación desesperada, falleció...



¡Ni cinco médicos pudieron devolverle la salud perdida! ¡Ella murió, matándome!



Y desde aquel invierno de su muerte, Eduard Saroyan terminó...

¡No puede ser! ¡No debe ser! ¡Eduard!



Me dediqué a mi hermano, a mi pequeño Fido, una criatura inteligente, que será médico, si Dios quiere...



En seguida tuve trabajo . . . en Marsella. Fido quedó en un colegio de París. Yo le enviaba dinero...



Cambié mi nombre por ese "Charlie Koler", ¡que es la máscara de mi dolor, de mi frustración!...



Estaban cerca del domicilio del pianista. Eduard Saroyan acarició las rosadas mejillas de Therèse, sin lugar a dudas una excelente muchacha..



¡Ahora que me ha confesado su ayer, lo quiero más, Eduard! ¡Y voy a ayudarlo! ¡No soy una mujer débil!



Un coche se acercó al borde de la acera, se detuvo...

¡Quieto, Charlie Koler! ¡Venga con nosotros o...!

¡Y usted también, señorita!



Tuvieron que subir al "Peugeot"...

¡Perfecto el dato de Plyné!

¿De manera que Plyné les indicó la dirección de...?



Sí, señorita. Por una buena suma de francos nuevos. ¡El muy aprovechado!

¡El muy miserable!



Iban a llevarlos a Saint Denis.

Y si no me cuenta todo lo que sabe sobre Chico Saroyan, usted es hombre muerto, Charlie...



La muchacha dijo, muy sorprendida: "¿Chico Saroyan?"

¡Sí! ¡Un gran amigo! ¡No me arrepiento de haberlo ayudado!

¡Un estafador! ¡El y su hermano Jean! ¡Dos buenas piezas!



Therèse iba sentada junto a Momo, adelante. Giró la cabeza...

¿Chico y Jean Saroyan? ¿Acaso malhechores!



El rostro de Eduard se llenó de tinieblas...
—Sí, fatalmente. ¡No eran malos, pero... la vida tiene esas cosas!



Momo estaba contento y se puso a silbar un tema de Montand. Ernst preguntaba...

No sé nada. ¡Lo ayudé porque yo soy así!

¡Te va a costar la vida, rompeteclas del diablo!



Ernst golpeó el rostro del pianista.
Therèse dio un grito...

¡Bueno, señorita! ¡De manera que lo quiere mucho a este hombre? Entonces, Charlie, hable...



Quedaba una última señal perteneciente a París. Luego sería la periferia... El "Peugeot" se disponía a frenar, pero de repente aceleró...

¡Qué haces, Momo? ¡La policía caminera!

¡Esta muchacha lo hizo para perjudicarnos!



El policía se acercó para hacer la correspondiente boleta. Entonces el pianista tuvo una buena idea...

¡Vamos, querida! Con estos amigos que manejan tan mal, yo no me animaría a abandonar París. ¡Volvamos, volvamos!



Sí, querido. Allí viene el autobús... ¡Apurémonos!

El autobús a París lleva a Eduard Saroyan y a Therese, mientras el agente caminero recibía "una propina" por acelerar el trámite legal...

¡Corre, Momo! ¡Directamente a la casa del pianista!



Enardecido, el malhechor preparó su revólver. Llegados a la casa de Eduard, únicamente hallaron al pequeño Fido...

¡Tú, con nosotros! ¡De algo servirás! ¡Vas a resistirte?

No... No, señor... ¿Pero por qué me llevan...?



En ese mismo momento, Therèse decía a su madre que iba a casarse de inmediato con el pianista, explicándole que se trataba del famoso Saroyan. Pero la intervención de Plyné trajo un gran disgusto...

¡Cállese usted, que estuvo a punto de venderme a un matarife!

¡Silencio en mi casa! ¡Yo no permitiré que te cases con este bribón!



La injuria tocó fondo en la carne del artista, que zamarreó a Plyné hasta hacerle golpear contra una de las columnas del Bar. Plyné tomó una cuchilla avalanzándose sobre Eduard. Pero el hombre no era sólo un virtuoso ejecutante del teclado. Golpeó a Plyné con certeza...

El arma se hundió en el piso de madera...



Desesperado, Plyné clavó sus uñas en la cara de Eduard, y ambos rodaron sobre el piso. Plyné apretaba la garganta del pianista. Iba a ahogarlo...

¡Ayyyyyy!



Dos empleados del Bar vieron la escena. Lo vieron todo...

No se aflija, Charlie, yo diré exactamente lo que ocurrió, y por qué ocurrió. ¡Plyné era un miserable!



El pianista estaba abrazado a Thérèse. La madre de la muchacha lloraba amargamente...

¿Me acompañas, Gastón? ¿Hay que ayudar a Charlie!



La horrorosa timidez de Eduard Saroyan volvió en aquel momento...

Señora... ¿Qué decirle? ¡Todo se ha precipitado!



¡Mi madre sabe que tú no serías capaz de matar, Eduard! ¡Pero Plyné era capaz de matar, de vender, de todo!



"¡Bueno, se terminó Charlie Koler!". Era la voz imperiosa de una persona del sexo masculino...

¡Ellos!



Eduard se estremeció viendo al pequeño Fido junto a Momo...

¡No! ¡A él, no! ¡El tiene que estudiar, hacer su vida pura! ¡El será un hombre de bien! El último de los... Saroyan. ¡Que él haga honor al apellido de sus antecesores!



Bueno, Charlie. Entonces nosotros dejamos aquí al niño... y tú nos acompañas. ¿Eh?



"Sí, sí, sí!", exclamó el pianista avalanzándose sobre Fido...
—Hermanito querido. ¡Mi pequeño ídolo!

¡Te matarán, Charlie!



¡Ojalá mataran a "Charlie Koler", si es que viviera Eduard Sorayan!

¡Vamos, vamos!
¡Condúcenos a ellos, y te largamos!



El pianista salió del Bar "Plyné".
Detrás, los malhechores...

Es en Reims..., un chalet con dos cipreses al frente. En la misma entrada de Reims...



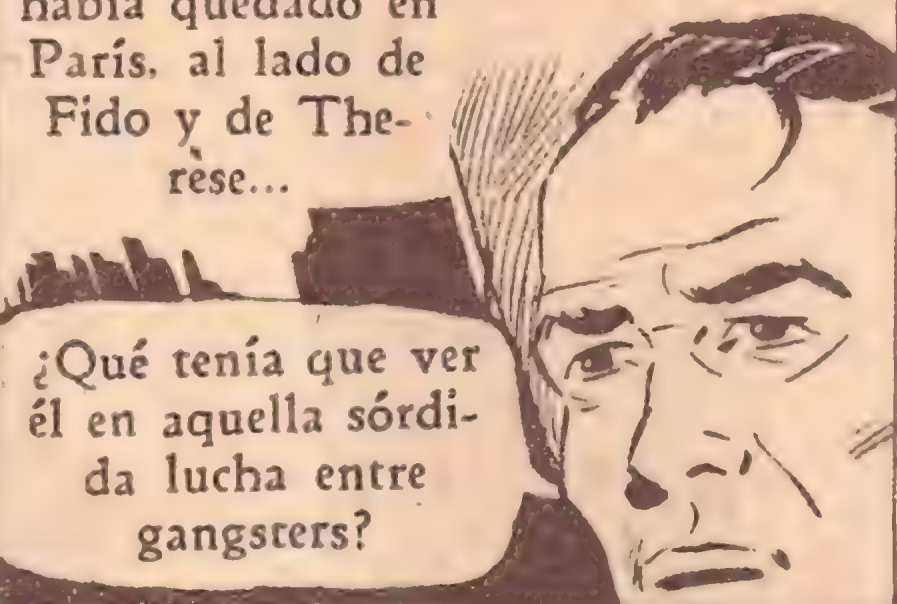
Fuera de París, la nieve dificultaba la marcha de los vehículos. Momo imprimía enorme velocidad al "Peugeot"...

¡Eh, que no quiero morir antes de tiempo! ¡Un buen paquete de dinero nos espera en Reims, pedazo de idiota!



Eduard tenía los ojos muy abiertos. Sus enormes, negros y bellos ojos armenios. Su alma había quedado en París, al lado de Fido y de Thérèse...

¿Qué tenía que ver él en aquella sórdida lucha entre gangsters?



Momo iba a entrar en Reims. Detuvo el auto...

¿Si nos esperan con ametralladoras, Ernst?

¡Nosotros también tenemos, Momo!



El chalet de los cipreses apareció, surgiendo de la blancura de la nieve.

¡Atención! ¡Llegamos! ¡Mira bien aquella ventana, Ernst!



El sitio se ofrecía solitario, quiero, estremecedor...

¡Al suelo, Momo! Las ametralladoras!



Resultó un duelo rapidísimo, terrible. Ametralladoras contra ametralladoras. Jean Saroyan cayó de bruce sobre los vidrios de la ventana... Y cuando Ernst celebraba su triunfo, llegó el diluvio de proyectiles soltados por Chico. Ernst tiñó de rojo la nieve... Finalmente Momo... y Chico Saroyan.

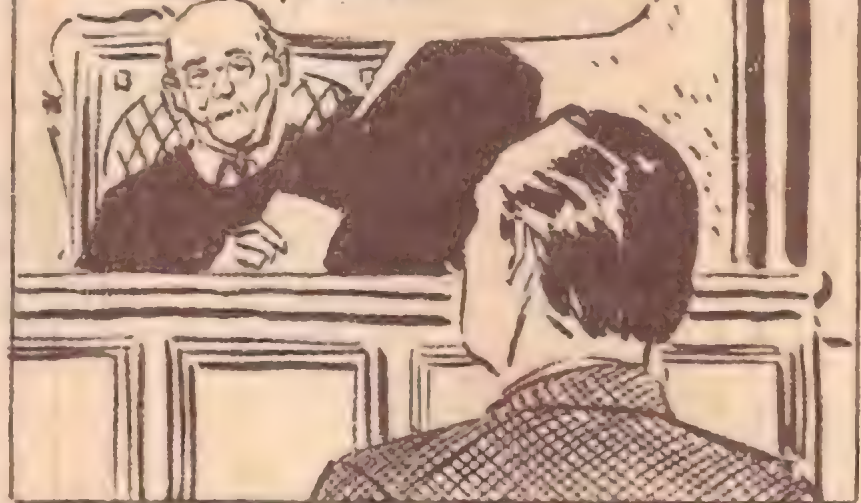
La policía encontró el "Peugeot", y quinientos metros rumbo a París a un hombre que caminaba cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón...

Me llamo Eduard Saroyan. Vivo en Veronese 42, tercer piso...



En los tribunales de París, Eduard Saroyan conversó con abogados, jueces y amigos...

Absolutamente libre de culpa y cargos, señor Saroyan. ¡Felicitaciones!



El pianista iba a volver a su piano, y a la carpeta de Debussy, Beethoven, Mozart y Bartok. Era su camino. Su hermoso camino reencontrado...

Y los primeros aplausos para el gran artista partirían de esas manos delicadas de Thérèse, y del aún tierno Fido.

¡Bravo, bravo, Eduard Saroyan!



¡Le parecía increíble! ¡Acababa de escapar de la espantosa cárcel de aquel "Charlie Koler, el aporrea-pianos". Y entonces desapareció su timidez.

¡Te quiero, Thérèse! ¡Tú ayudaste mucho a que yo no me perdiera!

No. ¡Tú lo hiciste todo, Eduard! ¡Tú, porque eras un hombre de verdad!



FIN

ELLAS Y ELLOS

POR ALFREDO FERRONI



- SI TUS PADRES ME INVITAN A COMER, PUE-
DO LLEVARTE AL CINE...



-ALICIA TEMÍA CONTAGIARLE SU RESFRÍO...
POR ESO DECIDIÓ SALIR CON ERNESTO...



-¿ESTO SIGNIFICA QUE TODO HA TERMI-
NADO ENTRE NOSOTROS?



-¿QUIEREN ASIENTOS JUNTOS O SEPA-
RADOS?

El amor de un bandido

Intervalo Álbum - año 1962

POR **STENDHAL**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

Henri-Marie Beyle (1783—1842), universalmente conocido por el seudónimo de Stendhal, es uno de los más grandes y originales escritores franceses. Poseedor de una amplia cultura, andariego, se interesó por la historia, la literatura, la música y las artes plásticas. Fué íntimo amigo de Napoleón, a quien acompañó en su expedición guerrera por Italia. La admiración de Stendhal por este país, cuya historia y costumbres conocía a fondo, se reflejan en casi todas sus obras. El asunto de **El amor de un bandido** tiene un estrecho parentesco con **La abadesa de Castro**, hermosa novela del autor que ya conocen los lectores de INTERVALO.

A varias leguas de la antigua y gloriosa Roma, capital del Imperio Romano, se alza, emplazada en la pendiente de una montaña, la hermosa y pintoresca ciudad de Albano.



En torno de Albano se extiende, por varios kilómetros a la redonda, la vieja Selva de la Faggiola. Esta selva es famosa sobre todo por las historias y leyendas que se cuentan de los bandidos que la poblaron desde la Edad Media.



Esas historias son unas veces trágicas y sombrías, otras sanguinarias y feroces, pero la mayoría están rodeadas de una aureola poética, enriquecidas por el sentir popular. De este modo resulta que los bandidos se nos presentan como héroes que cuentan con nuestra adhesión, compasión y simpatía.



Esto, que puede parecer un contrasentido, no lo es, si se juzga imparcialmente a esos bandidos, pues, en verdad, eran verdaderos héroes en la mayoría de los casos. Vamos a explicarlo: cuando las ciudades italianas de fines de la Edad Media y comienzos del Renacimiento eran oprimidas, los republicanos más enérgicos, los que amaban la libertad en mayor grado que sus compatriotas, fueron perseguidos y se refugiaron en las montañas y en los bosques.

Los bandidos italianos del siglo XVI —los más famosos—, de los cuales tan mal se ha hablado sin conocerlos, eran, en su mayoría, prosritos políticos convertidos en guerrilleros, que hacían la oposición a los tiranos. El pueblo, vejado por estos, sentía una secreta y profunda simpatía por los "bandidos" y muchas veces vio en ellos su única esperanza de libertad.



Entre los bandidos más famosos del siglo XVI pueden citarse Alfonso Piccolomini y Marco Sciarra. Tan temibles y poderosos fueron éstos, que los más grandes príncipes italianos disputaban para ganar sus favores. Tal el caso de Fabricio Colonna, quien se alió muchas veces con Sciarra para llevar la guerra contra Roma. Los capitanes del célebre bandido eran, casi todos, italianos prosritos por la sociedad, a...



...semejanza del Julio Branciforte, que figura como protagonista de **La abadesa de Castro**, obra basada en una leyenda que tiene ciertas conexiones con la que nos ocupa. Volvamos ahora a ésta... Sobre un vasto páramo que se abre en las cercanías de la moderna ciudad de Albano, a una legua escasa del sitio donde yacen las ruinas de Alba Longa —la antigua capital del Lacio—, se divisa un viejo castillo derruido



Junto a él se levanta otro hermoso castillo, verdadera joya de arquitectura, que, en cierto modo, no es más que la reproducción moderna del primitivo.



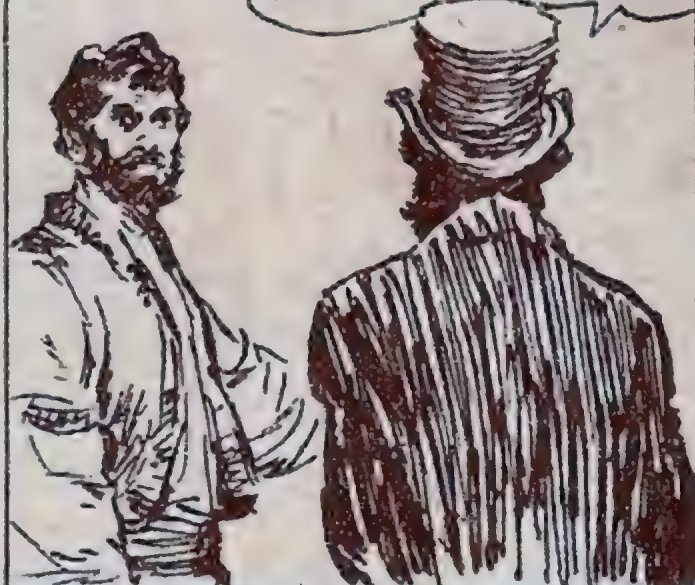
Visitaba yo por primera vez a Italia cuando, viajando de Roma a Nápoles, los descubrí. Como en aquel país se encuentran lugares históricos a cada paso, interrogué a un campesino.

Dime, buen hombre: ¿qué ruinas son ésas, y a quién pertenece el palacio que está a su lado?

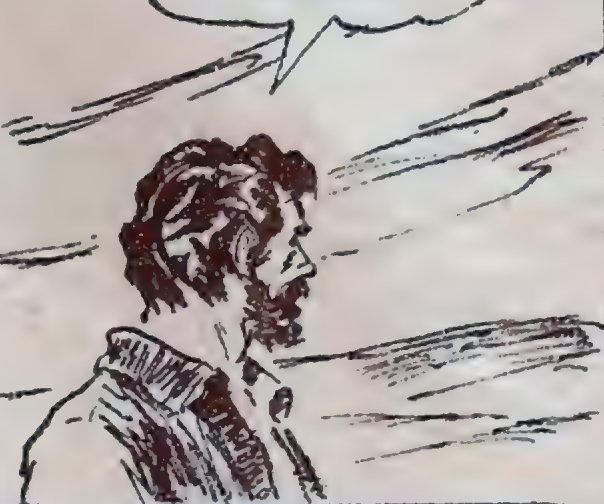


Las ruinas pertenecen al viejo castillo de los Rogeri, y el otro edificio pertenece a un descendiente de los Masaro... Pero todo es la misma cosa.

¿Qué quieres decir?



Esos dos edificios están unidos por una vieja historia. ¿Queréis conocerla? Id, pues, al castillo nuevo. Alguien hay allí que os la contará. Preguntad por Atilio Masaro.



Hice como me indicó el campesino. Llegué al moderno edificio y pregunté por aquel personaje, cuyo apellido no me era extraño del todo. Se me invitó a pasar al salón. Minutos después apareció un venerable anciano.

Bien venido a mi casa, señor. ¿En qué puedo servirlos?



Le dije cuál era mi curiosidad, y él me respondió: —No sois el primero que viene a mi casa por el mismo motivo. Para mí es verdaderamente una honra atenderlos. Cumpló, me parece, un deber, una misión moral... ¿Sabéis que el antepasado mío, en homenaje al cual se alza este palacio, fué un bandido, un famoso bandido?

Habréis oído hablar acerca de Juan Masaro, ¿no?



Había oído sí, pero dije que no para no comprometer opiniones. El anciano expresó entonces: —Antes de contaros esa historia, acompañadme.

Esto, más que la morada de un hombre, es un museo. Vivo solo aquí.

¿Sois soltero?



No, viudo.

¿No tenéis hijos?



—Sí —respondió el anciano—, cuatro. Se han casado ya, y cada uno habita en su propia casa. Mi sitio está aquí, y no puedo abandonarlo hasta que muera. Luego lo ocupará mi hijo mayor. La tradición lo quiere así.

¿Qué tradición?

La que instauraron los descendientes de Juan Masaro y Lucrecia Rogeri.



Pregunté
quién era Lu-
crecia Rogeri,
y el anciano
me señaló un
enorme retra-
to, realizado
por un célebre
pintor italia-
no, que se veía
en la pared del
salón.

Ahí la tenéis. El amor de esa
hermosa mujer redimió al ban-
dido Juan Masaro, hace de esto
dos siglos y medio...



Le pedí al ancia-
no Atilio Masaro
que me contara
la apasionante
historia. Nos sen-
tamos junto a la
chimenea, y el
crepúsculo de
aquella tarde de
invierno nos sor-
prendió aún allí.
La historia que
me contó es la
que sigue.



El castillo de Roge-
ri fué edificado ha-
cia 1540 por Fran-
cisco Rogeri. Hom-
bre riquísimo, culto
y conocedor de la
historia y las artes,
su casa fué amue-
blada y decorada
con verdadero gu-
sto y esplendor, y
a ella concurrían a
menudo los gran-
des artistas roma-
nos de aquel
tiempo.



El señor Rogeri
se casó con una
hermosa herede-
ra y tuvo dos hi-
jos. Pablo, el ma-
yor, llevaba doce
años a su herma-
na, una preciosa
niña a quien ha-
bían puesto el
nombre de Lu-
crecia en home-
naje a la célebre
heroína romana.



En 1560, Pablo
tenía quince
años, y su her-
mana, tres. El hi-
jo mayor de Ro-
geri, criado en
aquel ambiente
de artistas y per-
sonas aristocráti-
cas y cultas, se
entregó desde
temprano a las
aficiones que
disting-
uían a su padre.



Guapo, rico y espi-
ritualmente am-
bicioso, ejercía una
singular atracción
sobre las gentes.
Muchas jóvenes, hi-
jas de las más no-
bles y acaudaladas
familias de la co-
marca, habían sali-
do del palacio Ro-
geri más admiradas
del mancebo que de
las obras de arte
allí existentes.



En 1561, otra
rica y encum-
brada familia
italiana fué a
establecerse en
un castillo
muy próximo
al de Rogeri:
era la de los
Masaro.



Distintos en el temperamento y
en los gustos, estos hermanos
eran muy poco comunicativos en-
tre sí. María, sensible a la música
y a las artes plásticas, comenzó...



... a visitar el castillo de los Ro-
geri en compañía de su padre,
quien estaba unido por una vieja
y estrecha amistad con don Fran-
cisco.

Juan, por su
parte, visitó a
sus vecinos en
dos o tres oca-
siones, pero
como aquel
ambiente le
resultaba pe-
sado y aburri-
do, no volvió.



QUE RISA



—¿Eso significa que vas a usar todas tus joyas esta noche, Sara?



—No hemos hecho más que discutir todo el día.

Aficionado a cabalgar, el adolescente comenzó por hacer algunos paseos en torno al castillo de su padre. Luego, poco a poco, fué...



...extendiendo sus recorridos hasta que por fin aventuróse en sus incursiones a penetrar en la Selva de la Faggiola. Un misterioso influjo magnético ejercía ésta por aquel tiempo sobre los jóvenes. Es que en la selva moraban célebres, románticos bandidos, transformados por la imaginación en héroes ideales.

No fué ajeno a tal influencia Juan Masaro. En sus paseos vió muchas veces a algunos de esos "héroes" y hasta trabó conversación con uno: Bruno Caraccioli. Era éste un individuo alto y fornido. Sus facciones eran hasta cierto punto simpáticas, pero se contraían en expresión siniestra cuando hablaba de sus enemigos de Roma.



Juan no volvió a ver a Caraccioli, pero se encontró en varias ocasiones con uno de sus capitanes: Cortadedos. Le habían dado este apodo—según él mismo explicó al joven Masaro—después del asalto de un castillo florentino, donde se vió obligado a cortar los dedos a sus víctimas para despojarlas de las sortijas.



Luis Masaro odiaba a los bandidos, tanto por idiosincrasia como por saberlos enemigos políticos de su partido, que era el reinante, y estaba lejos de suponer las relaciones que su hijo se iba creando en la Faggiola; más aún, ignoraba las cabalgatas de Juan a la selva.



Juan, por su parte, se cuidaba muy bien de decir a los bandidos el apellido de su padre, pues sabía que ello le habría de acarrear la muerte o el secuestro inmediato.



Un año después falleció el señor Masaro. De este modo Juan y María heredaron una caudalosa fortuna.



El joven Masaro dejó a su hermana en el castillo de Albano y marchó a Roma, donde se entregó a desenfrenados placeres y a gastos que, en un año, lo dejaron en la ruina.

Volvió a la casa paterna con el deshonesto propósito de conseguir que su hermana le prestara parte de su dote para continuar su libertinaje. —He perdido mi capital en un negocio — pretextó — y deseo recuperarlo. Necesito para ello tu ayuda económica.

Todo cuanto tengo es mi dote, y de ella no puedo darte, pues está comprometida.



¿Comprometida? No te entiendo.

Voy a casarme con Pablo Rogeri.



La reacción de Juan, injustificada por cierto, no se hizo esperar. Comenzó por censurar acerbamente a su hermana el no haberle comunicado antes su determinación.

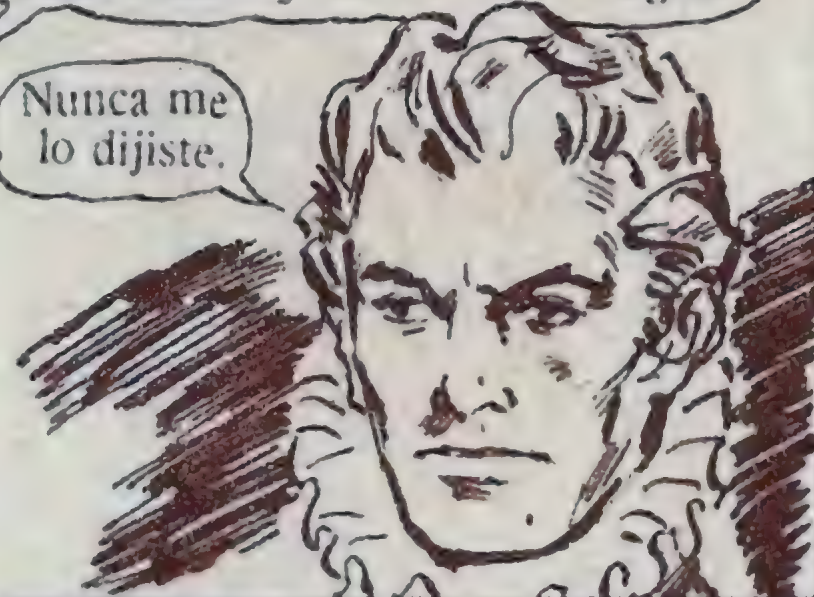
Pero ¿adónde hubiese podido dirigirme? Faltaste un año de casa y ni siquiera me escribiste para que supiera dónde estabas.

Debiste esperar.



Nuestro padre conocía mis relaciones con Pablo y las aprobaba. Si en vez de irte a vagabundear por ahí hubieses estado a su lado cuando murió, habrías visto que en el instante de morir unió mis manos y las de Pablo Rogeri.

Nunca me lo dijiste.



—Es que nunca te interesaste ni por lo que hizo y dijo mi padre ni por saber qué sentía, qué sufría y qué amaba esta hermana tuya que se quedó huérfana y a la que abandonaste como a un extraño. María habló con sinceridad y valentía, pero...



...sus razones no tuvieron poder para ablandar la conciencia de aquel joven indolente y semi-salvaje que era entonces Juan Masaro. Furioso, ordenó encerrar a su hermana en la prisión del castillo.



Pablo Rogeri, enterado de esto por la doncella de María, se presentó en el castillo vecino para abogar por su novia, pero fue arrojado de allí humillantemente.



Antes que satisfacer su orgullo personal, Pablo pensó en rescatar a su amada de la prisión. Con ese propósito, reunió a una veintena de sus amigos más íntimos y los proveyó de armas.



¿No hubiese sido mejor apelar a la justicia?

El fallo de la señora Justicia llegaría cuando mi novia ya estuviese enterrada.

Mas tampoco llegó a tiempo la justicia que quiso llevar a cabo por sus propias manos el joven Rogeri. Esa misma tarde se anunció que María Masaro había fallecido a consecuencias de un síncope cardíaco. Un médico certificó esto último.



Cuando el señor Francisco Rogeri se enteró de la manera como había ocurrido la desgracia, no pudo contener su indignación y presentó un escrito a la justicia para acusar a Juan Masaro de haber provocado la muerte de la joven. Refrendaban la acusación influyentes personajes de la comarca que habían conocido a María y la estimaban tanto como despreciaban a su desordenado hermano.

Juan Masaro fué procesado y encerrado después en una prisión romana. Ni los jueces, ni Rogeri y su hijo hicieron caso de sus manifestaciones de arrepentimiento.



Sin embargo, el arrepentimiento era sincero. Pablo Rogeri, desconsolado por la pérdida de la mujer a la que amaba apasionadamente, se consagró a la religión. Cinco años después de la muerte de su novia recibió las órdenes de sacerdote y comenzó a ejercer su misión en Roma.

SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION



ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO
INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS de DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO Nº 1790
BUENOS AIRES



Juan Masaro, en tanto, permanecía en su encierro. Tras apelar a cuantos recursos tuvo al alcance para obtener la libertad, había caído en un terrible estado de exasperación. Juraba que era inocente, proclamando que Dios ya lo había perdonado, porque se había arrepentido, y no cesaba de maldecir a los Rogeri.

Por fin, cansado de buscar su libertad con recursos legales, se dispuso a obtenerla de cualquier modo. El mismo día que se enteró de que Pablo Rogeri se había ordenado de sacerdote concibió un plan. Escribió a éste una carta en la que le...





...pedía que fuese a visitarlo, pues necesitaba urgentemente sus recursos espirituales y quería hacerle una "tremenda" confesión.

El padre Pablo solicitó la autorización correspondiente y se presentó en la celda del prisionero.



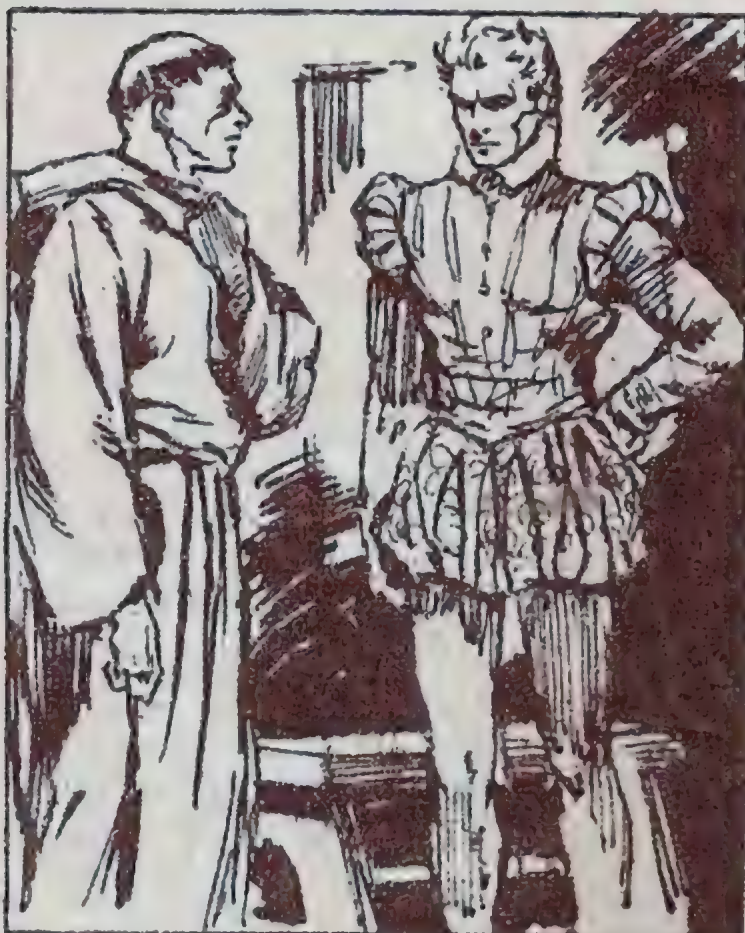
Apenas el guardián había cerrado la puerta tras sí, Masaro se abalanzó contra el sacerdote y lo tomó del cuello.

Quítate los hábitos inmediatamente.



¿Qué te propones, Juan? ¿Quieres agregar otra villanía a tu vida?

—No era malo; me arrepentí de mis culpas..., pero no me escuchasteis. La cárcel me ha convertido en un demonio. ¡Pronto, dame tus ropas, o te mataré!



El sacerdote obedeció, más que por miedo, por resignación, por una extraña compasión que habían despertado en su alma las palabras del hermano de María. Juan se puso rápidamente el hábito de clérigo y obligó a Pablo a ponerse su traje de penado.

Ahora me marcharé. Júrame que has de permanecer en mi celda, sin gritar, hasta dentro de una hora.



No haré lo que me pides.

Te mataré, entonces.



Arrojándose sobre Rogeri, Juan lo tomó por el cuello y comenzó a apretar con fuerza. —¡Jura!

Bien, juro que permaneceré aquí sin denunciarte hasta dentro de una hora... Pero que te conste que no juro por temor a la muerte en sí, sino porque no quiero morir dejando a mi hermana huérfana en este mundo.



Rogeri se refería a Lucrecia, que contaba unos doce años y vivía en el castillo de Albano bajo la protección de su hermano desde la muerte del padre.

Las palabras del sacerdote no consiguieron conmover a Masaro, quien minutos después recuperó su libertad, pues los carceleros lo dejaron salir confundiendo con el clérigo que había entrado poco antes.



Una vez fuera de Roma, Masaro se encaminó a su castillo de Albano. Una fuerza misteriosa parecía empujarlo hacia él. En el camino, las gentes lo saludaban respetuosamente.



Buen viaje, padre.

Cuando arribó al parque, el sol estaba alto todavía, y le pareció conveniente esperar la noche para entrar. Así, sentóse en un banco que ocultaba un seto de rosales. Hacía un rato que estaba allí, concentrado en sus pensamientos, cuando...



...le pareció oír risas infantiles. Miró en torno, pero no vió a nadie. Sin embargo, estaba en lo cierto. Una niña, que paseaba por aquel parque con su institutriz, era quien había reído, pero, al ver a aquel sacerdote que descansaba en el banco, debió de confundirlo con otra persona, porque...

ALEGRESE



—No comience a gritar, miss Murton: usted es capaz de provocar una avalancha.



— Yo sugeriría que vieran a un buen consejero matrimonial antes de casarse.



... avanzó sigilosamente por entre los rosales hasta colocarse detrás de él. De pronto le cubrió los ojos con sus manos, a modo de venda.

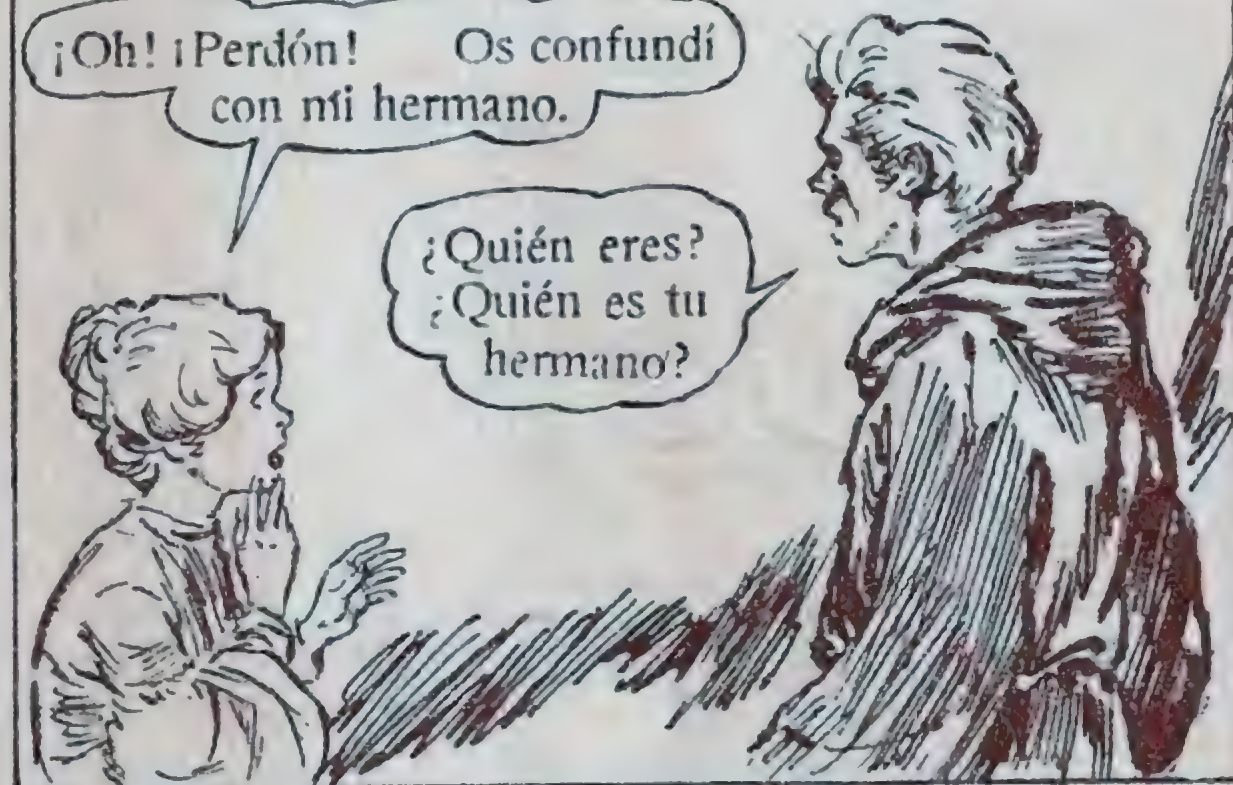
Adivine quién soy, padre Pablo.



Juan se incorporó sobresaltado, y la niña retrocedió espantada.

¡Oh! ¡Perdón! Os confundí con mi hermano.

¿Quién eres?
¿Quién es tu hermano?



—Mi nombre es Lucrecia, y mi hermano es Pablo Rogeri, un sacerdote... Está en Roma, pero viene a visitarme todas las semanas. Al veros ahí sentado os confundí con él..

¿Me perdonáis?... Pero ¡yo os conozco!

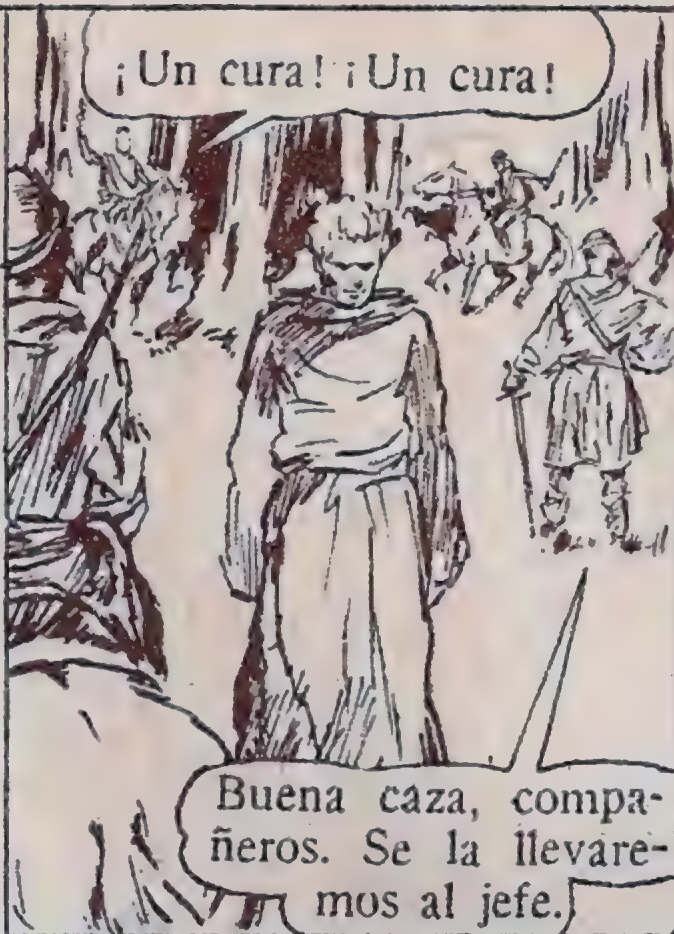


Masaro padecía el mayor atolondramiento de su vida. De pronto, huyó por entre los árboles, como un loco, dejando sorprendida a la inocente niña.

La Selva de la Faggiola se le ofrecía como un refugio, y en ella se internó Juan. Conocía, además, a Caraccioli y a muchos de sus capitanes y no vaciló en dirigirse al cuartel del famoso bandido.



El traje de sacerdote era un serio inconveniente para viajar por aquellos sitios, pero, como no había modo de cambiarlo por otro, debió marchar con él. Un día llevaba de marcha, cuando se sintió rodeado por un grupo de jinetes.



Atado de pies y manos, Masaro fué conducido al cuartel general. Caraccioli, que estaba ese día de mal humor, ordenó que lo colgaran.



No soy cura... Llevadme a presencia de vuestro jefe, o decid a Cortadedos que venga.



Fué llamado este último, que se mostró sorprendido.

¡Demonios! ¡Claro que no es cura! ¡Si es Juan!...



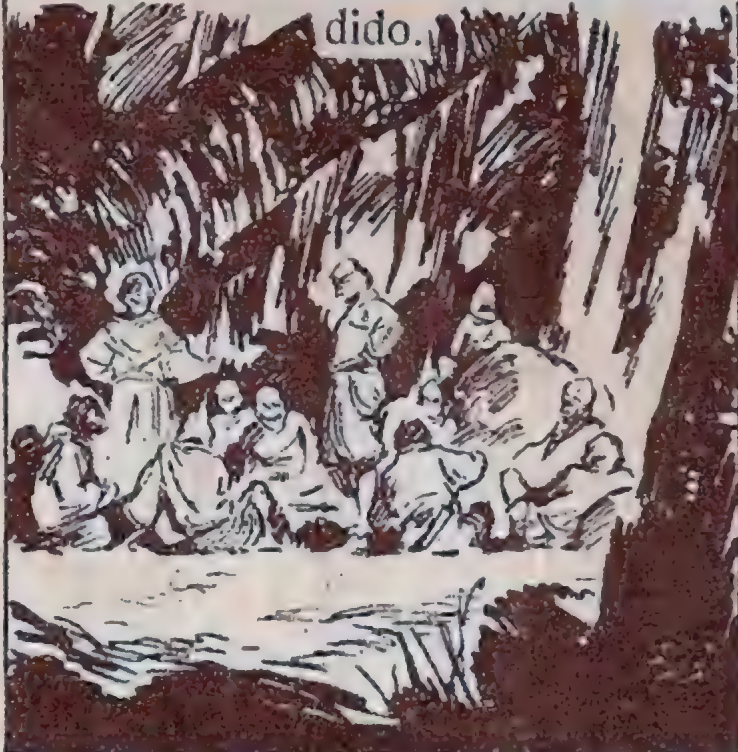
Luego fué llevado a presencia de Caraccioli, quien no recordaba a Masaro —pues lo había visto sólo una vez, como hemos dicho, y cuando era aún un adolescente—, pero, cuando se enteró de la condena que purgaba y de la estratagema que había usado para escapar, cortó la entrevista de este modo:



¡Basta! Lo que acabo de oír me demuestra que eres digno de figurar entre mis servidores. Desde hoy perteneces al grupo de mis bravos capitanes.



De este modo, casi involuntariamente, obligado por las circunstancias, Juan Masaro se hizo bandido.



Joven, valiente, arriesgado, cubrióse al poco tiempo de esa triste fama que aureolaba la cabeza de los bandidos que habitaron la Selva de la Faggiola. Sin embargo, en aquel ambiente de hombres fuera de la ley, Masaro observó una conducta ejemplar.



También él estaba fuera de la ley, puesto que de otro modo no se hubiese encontrado allí, pero jamás robó ni mató como algunos de sus camaradas por el bárbaro placer de robar o matar. Sólo iba a la lucha para defender la causa que había adoptado, y al hacerlo sentía que estaba defendiendo su vida y la de centenares de proscritos políticos arrojados injustamente por los gobiernos tiránicos del seno de la sociedad italiana.

Si en el seno de la sociedad legal Juan Masaro pasó por un descarriado, allí en la selva, viviendo entre hombres de vida y costumbres descarriadas, pasó por hombre recto, sensato y hasta de buen corazón. Esto hizo...

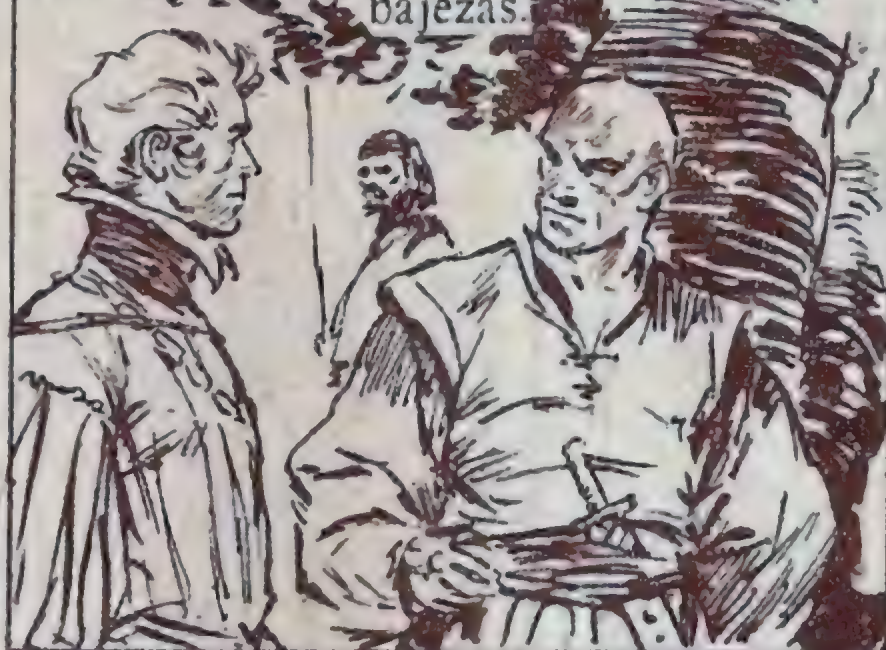


...que se le fortaleciera el carácter y que fuese diferenciando dentro de sí con plena conciencia los dos valores morales que presiden la acción de los hombres en la vida de relación: el bien y el mal. Y, sin darse cuenta, Juan Masaro se puso de parte del bien.

Esta metamorfosis de sus sentimientos duró cinco años. Así, aquel joven insensible que contemplaba imperturbablemente las mayores crueldades de un bandido, se rebelaba ahora contra el más leve desmán que no fuese cometido por imperio de las circunstancias. Tal conducta le valió un extraordinario respeto de sus compañeros, pero, en cambio, le fué granjeando la enemistad del jefe.



Caraccioli, más que temerlo, sentía ante él una especie de bochorno, porque Juan Masaro era, frente a él, el espejo donde se reflejaban, por contraste, todas sus acciones miserables y todas sus bajezas.



Seis años hacía que Masaro vivía en la selva cuando ocurrió un suceso que vino a modificar el curso de su vida. Una noche Caraccioli emprendió una de sus temibles incursiones de saqueo por la campiña de Albano. Serían las dos de la madrugada, cuando Juan, que había quedado custodiando el cuartel general, oyó tropel de caballos. Mandó...



...encender antorchas y se mantuvo en expectación. De pronto, Caraccioli apareció en el camino. Traía



cautiva a una mujer, cuyo rostro permanecía cubierto, y se adelantó hacia Masaro.

Toma esta mujer y cuidala hasta mi regreso. Me respondes de ella con tu vida.



Bien, jefe... ¿Ocurre algo grave, que os marcháis tan agitado?



SONRIA



—No puedo recomendarle nada para comer, señor... Lo único bueno aquí es el espectáculo...



—¿Con la agencia de colocaciones? ¿Podría enviarme otra dactilógrafa? ¿Otra que... en fin... tenga mejor carácter?

El ejército ha salido a perseguirnos. Mis fuerzas luchan contra ellos a la entrada de la selva, en las proximidades del Monte del Diablo... Haré concentrar allí las tropas de todos mis capitanes.



¿Me necesitáis allá?

Por ahora no... Ya sabéis: cuidadme a esa mujer como a un tesoro, o me responderéis de ella con el pellejo. Hasta pronto, capitán Masaro.



Juan hizo conducir a la joven a su tienda. Una vez allí le ordenó que se quitara el espeso velo que le cubría el rostro. La desconocida permaneció inmóvil en el centro de la habitación. Parecía mirarlo sorprendida.



¿Por qué no me obedecéis?



Porque ha paralizado mis manos el horror... Jamás imaginé que mis ojos contemplarían a Juan Masaro convertido en cobarde y miserable bandido.



Masaro, que acababa de sentarse, se incorporó como impulsado por un resorte y arrancó de un manotazo el velo a la cautiva.

¿Quién diablos eres? No te conozco, y tú sí a mí... Explicame esto!



La última vez que me visteis tenía yo doce años y os confundí con mi hermano.



¿Sois Lucrecia Rogeri entonces?

Sí, por desgracia.



Nada espero después de lo que me han contado de vos y de lo que vuestra presencia en este antro de bandidos me está diciendo... pero, si queda en vuestra alma algo de aquella honorabilidad que caracterizó a vuestra familia, voy a pedir un favor. Dadme muerte antes de que nadie me ultraje.



Si me complacéis, por lo menos me llevaré de la vida un recuerdo más grato de vos.

Quizá me juzguéis con excesivo rigor, señorita... Si yo fuese el monstruo que creéis no toleraría que me trataseis de ese modo...



Cualquier otro capitán de Caraccioli os hubiese derribado de una bofetada u os hubiera degollado por lo mismo.



"Escuchadme, señorita Lucrecia —prosiguió Masaro—. Lo que yo soy ahora no es más que el resultado de una vida que comenzó desordenadamente. Mi padre me quería mucho y desde niño no me privó de ninguna de las comodidades materiales de la gente de mi condición. Tampoco me privó de libertad... Mas me privó de lo único que un padre tiene el deber de dar a sus hijos."



Me privó de esa continua, tenaz vigilancia del amor paterno que guía nuestro espíritu hacia las fuentes del bien, de la cultura.



"Nuestra casa estaba más cerca de la vuestra, que era un centro de cultura, que de esta selva, que era un antro de barbarie, el refugio de los hombres que quedaban al margen de la ley, de la política... ¿Por qué, en vez de internarme en la Faggiola, no visitaba el castillo Rogeri? Nunca oí a mi padre establecer la diferencia que había entre una y otro; no me enseñó que entre las actividades de los bandidos y las actividades que se desarrollaban en vuestra casa había distintos valores morales."



"Mi padre —continuó Masaro— murió cuando más lo necesitaba, y yo, que había vivido sin más dirección moral que la que me proporcionaba el instinto, terminé de desviarme y me hundí en el caos. El desastre moral que me produjo la muerte de mi hermana despertó mi conciencia y, de haberse me escuchado, habría rehecho mi vida... No me escucharon, y la cárcel, en vez de corregirme, me arrojó en la desesperación y terminó por hacerme aún más salvaje."



Ya sabéis mediante qué ardid conseguí fugarme...



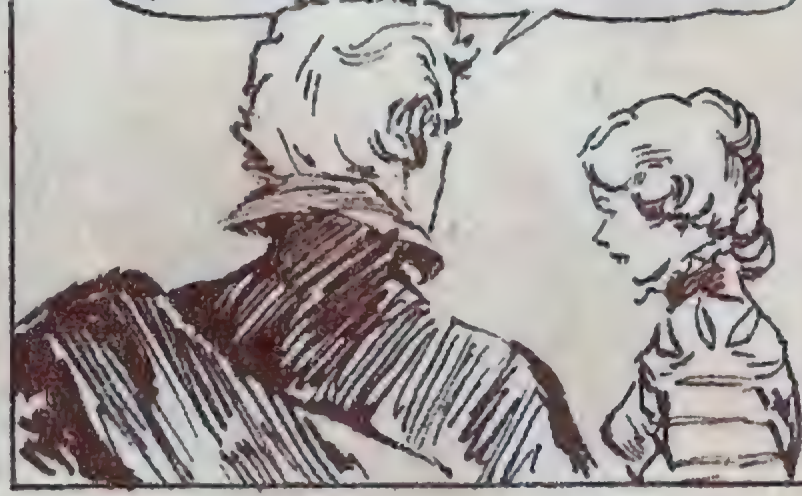
"¿Creéis que pude olvidar a aquella niña que me cubrió los ojos con sus inocentes manitas en el parque del castillo Masaro? No, nunca la olvidé, y hasta creo que el recuerdo constante de aquella escena, que me ha acosado como una fiera en las largas noches de la selva, es el factor que más ha contribuido a mi redención." Lucrecia, que había permanecido silenciosa hasta ese momento, levantó la cabeza.

¿De qué redención habláis?



—De la transformación moral que ha tenido lugar en mi alma —respondió Masaro. Luego continuó hablando. Lucrecia estaba impresionada por aquellos razonamientos que le hacían ver aspectos de la vida que ignoraba.

Vuestra presencia aquí me proporciona la ocasión de probaros que siento de verdad cuanto os he dicho.



Al día siguiente, Masaro y Lucrecia Rogeri partían a caballo del cuartel de Caraccioli. Atravesando intrincadas y peligrosas regiones de la selva, se...



... dirigieron a Nápoles. Allí, Masaro dejó a la joven en un convento haciéndole jurar que no descubriría a nadie, ni siquiera a su hermano, donde se hallaba ella.

Antes de que se sepa dónde estáis, debo realizar una misión en Roma. Si no cumplís lo que me prometisteis, Caraccioli puede perdernos a vos y a mí.

Marchad tranquilo y confiad en mi juramento.



Lea los viernes
en "INTERVALO"

MARY WORTH

¡GRATIS!

Recibirá las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por Correo desde 1915:

- Contabilidad Moderna Simplificada (aprenderá RA, PIDO a llevar cualquier contabilidad y llenar TODOS los formularios del impuesto a los RADITOS).
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor.
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 638

Buenos Aires

Nombre

Calle y N°

Localidad Provincia

Masaro entró en Roma audazmente, pero al presentarse en casa de Pablo Rogeri —quien merced a sus relevantes méritos era ya obispo— fué detenido.

¿Qué nueva fechoría tramabas, miserable? ¿Hasta dónde llega tu atrevimiento?



Juan se arrojó ante el ministro de Dios. —Si me perdonáis mi pasado, si me devolvéis el favor de vuestra amistad, os devolveré algo que para vos vale quizá más que la vida: Lucrecia, vuestra hermana.



¿Canalla! ¿De modo que tú fuiste el que la raptaste? ¿Qué te propones? ¡Habla! ¿Dónde está mi hermana?



Juan se lo dijo. El obispo lo hizo conducir a una prisión, donde permaneció hasta el arribo de Lucrecia a Roma. La conversación que ésta mantuvo con Pablo sirvió para que el noble obispo perdonara a Masaro y para que iniciara la rehabilitación social de éste.

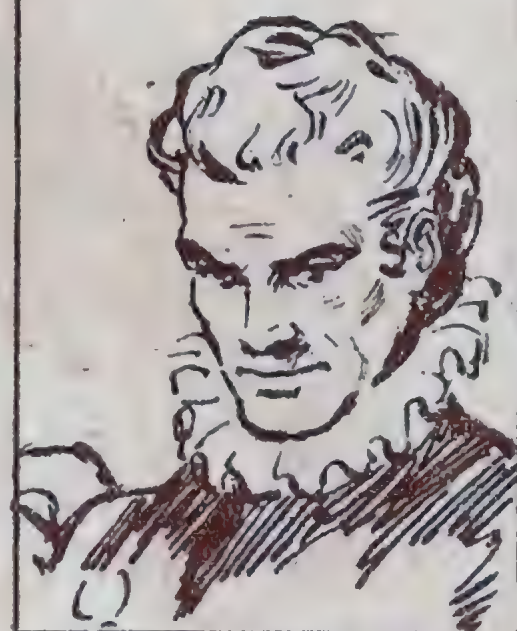


El trato frecuente de Lucrecia y Juan hizo nacer un apasionado amor entre ambos. Un día, después de confesarse recíprocamente que se amaban, Masaro tomó una extraña determinación.



Mi conciencia me dice que no estoy a tu altura. Voy a emprender una hazaña que, a salir vencedor, me hará sentirme digno de ti.

¿Qué hazaña es ésa?

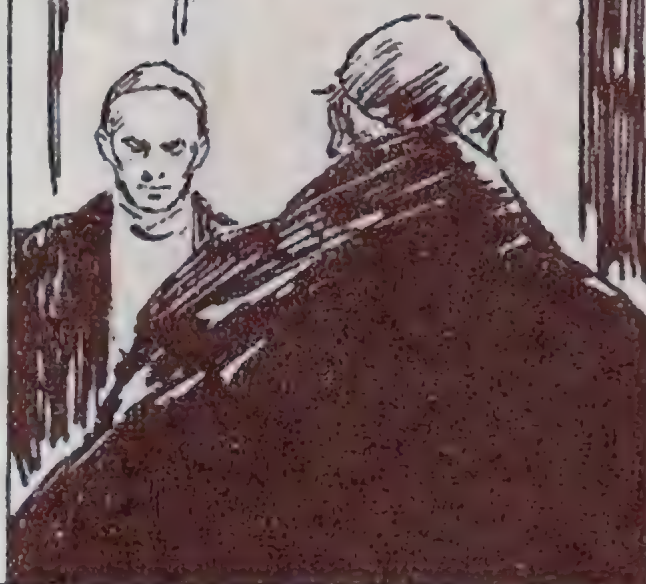


Aniquilar al bandido Caraccioli, cuyos desmanes tienen atarradas a las gentes.



Por mediación del obispo Rogeri, el gobierno accedió a poner un centenar de hombres valientes y bien pertrechados al mando de Masaro. Hasta el Papa se interesó en el asunto.

¿Respondéis por ese ex bandido?



Con mi propia vida. Cuando un hombre de las condiciones espirituales de Masaro reconquista lo que él ha reconquistado, podéis poner las manos en el fuego, pues no os defraudará.



Tenía razón el obispo Rogeri. No los defraudó Juan Masaro, pues dos meses después arrasó la guarida de Caraccioli en la Selva de la Faggiola y se presentó en la plaza de Roma trayendo al bandido, atado de pies y manos, sobre la grupa de su magnífico caballo.



Esta acción le granjeó enorme estima entre las altas clases, las que le estaban agradecidas por haberlas librado de aquella espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas que fué Caraccioli.



Un año después, en una iglesia de Albano, celebró el casamiento de Lucrecia Rogeri con Juan Masaro.



PARA SONREIR

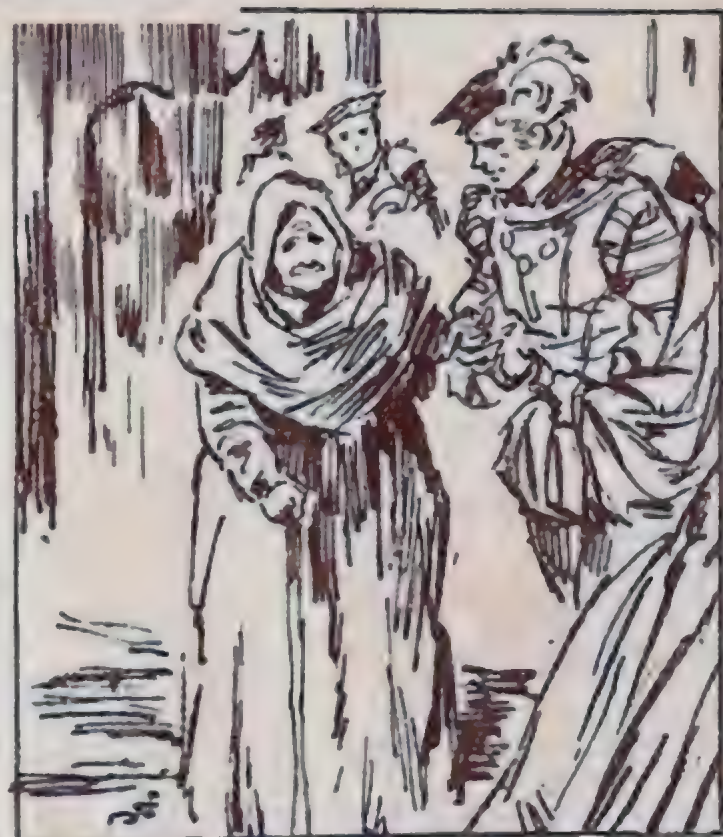


—A propósito, ¿has leído ese artículo sobre los efectos que puede causar el ruido en el sistema nervioso?



—Por supuesto que ésa es una carta mía; aún estoy enojada como para hablar contigo.

Fueron muy felices, y el ex bandido no desperdiciaba ocasión de practicar el bien y de borrar con acciones nobles y heroicas los recuerdos de aquel triste pasado que ensombrecía los comienzos de su vida.



Tuvo tres hijos con Lucrecia, y con ellos el nombre de la familia recobró el brillo de sus tiempos más gloriosos.



Este fué, resumido, el relato que Atilio Masarome hizo de sus antepasados. De vez en cuando, mientras hablaba, su mirada se dirigía al retrato de Lucrecia Rogeri.

Por fin, Atilio concluyó: —Los nietos de Lucrecia y Juan fueron igualmente dignos que sus antecesores. El mayor de ellos heredó estas propiedades. Mandó derribar el castillo de Masaro y edificó en su lugar el flamante edificio en que os halláis. Quiso que fuera una especie de museo de nuestra familia, e instauró la tradición de que el primogénito de cada generación morase en él y lo custodiase...

...“hasta el final de su vida, momento en que la antorcha viviente de nuestra veneración sería recogida por el descendiente a quien correspondiese.”



Una sonrisa patriarcal y hermosa se dibujó en los labios de Atilio, y al mirar el retrato por última vez descubrió que aquella sonrisa era idéntica a otra con que eternamente sonreía Lucrecia Rogeri.

FIN

Brujas, la muerta

Por JORGE RODENBACH
ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE
MARIUS

Jorge Rodenbach nació en Tournai (Bélgica) el año 1855. Abogado como otras dos figuras representativas de las letras de su país — Verhaeren y Maeterlinck —, Rodenbach obtuvo triunfos ruidosos en el foro, antes de encerrarse en un caserón de la ciudad que luego evocaría en páginas inmarcesibles. Fué en París donde este escritor conquistó la fama, que se asienta sobre un libro de versos — «El reino del silencio», 1891 — y una novela — «Brujas, la muerta», 1892 —, aunque salieron de su pluma no menos de catorce libros de cuentos, poesías y ensayos críticos. Y en París se extinguió, de un ataque de apendicitis, el 25 de diciembre de 1898. El mundo culto de Europa y de América acaba de recordarlo con admiración en el cincuentenario de su prematura muerte.



El día declinaba, ensombreciendo los corredores y cubriendo de obscuridad los cristales de la vasta casa silenciosa, sobre el muelle del Rosario, en la ciudad de Brujas.

Diariamente, a esa hora, Hugo Viane tenía por costumbre salir. Desocupado, solitario, pasaba el día entero en una vasta habitación del primer piso de esa finca. Leía poco — revistas, viejos libros —, fumaba mucho. Perdido en sus recuerdos, forjaba mil quimeras tras las ventanas que se miraban en el agua.



Hacia ya cinco años que llevaba esa vida, desde que se instaló allí, al día siguiente de la muerte de su mujer. ¡Cinco años!... La idea de la viudez no se apartaba de su mente. «Viudo»: palabra irremediable y breve, de dos sílabas, sin eco. Palabra gris que designa a seres aislados. La separación había sido terrible para él, que conoció el amor en el lujo, los placeres, los viajes a países extraños, en cada uno de los cuales se renueva el idilio; durante diez años, no sólo la delicia de una vida conyugal ejemplar, sino la pasión intacta, la emoción continua, el beso apenas moderado, la vibración armónica de dos seres, almas distintas y fundidas, sin embargo.

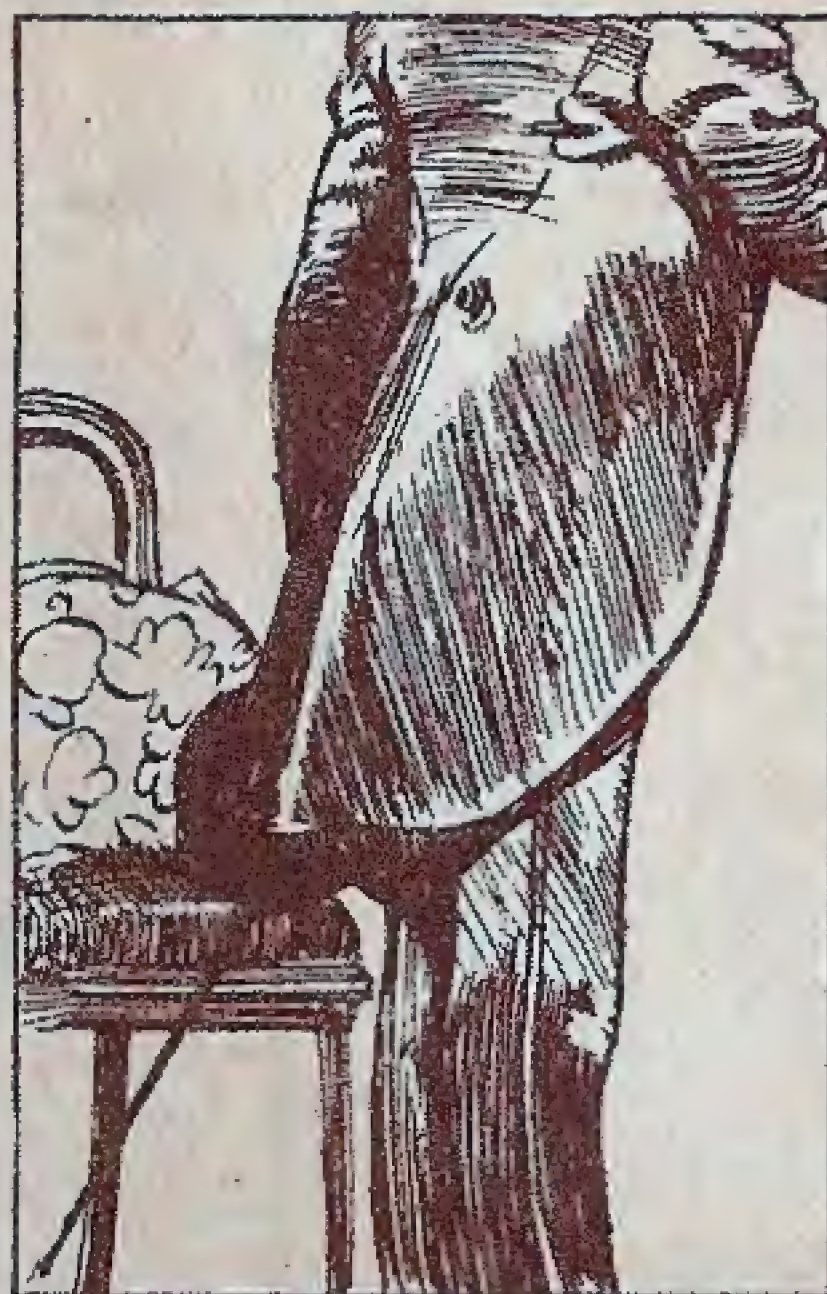
La muerte había sobrevenido cuando «ella» frisaba en la treintena, después de pocas semanas en cama. El veía siempre en ese último día, marchita y blanca como un cirio, a la que había adorado tan bella con su tez de flor, sus ojos de grandes y oscuras pupilas sobre el nácar de la piel, y el cabello largo, rubio y ondulado, que, extendido, le cubría toda la espalda.



Del cadáver, Hugo había cortado la cabellera, y para poder contemplarla a su sabor y librarla de las contaminaciones del aire húmedo, había tenido la idea ingenua de colocarla en un estuche transparente que permanecía sobre el piano.



He ahí algo que seguía teniendo vida, un oro que no envejecía nunca. ¿No es como una piedad de la muerte? La Parca lo arruina todo, pero respeta las cabelleras. Los ojos, los labios, todo se anubla y se desvanece; los cabellos ni siquiera se descolorean. ¡Sólo en ellos se sobrevive!



Aquel día el viudo volvió a vivir, más dolorosamente si cabe, todo su pasado, influido por el tiempo gris de noviembre, en el que diríase que las campanas siembran por el aire polvareda de sonos, especie de ceniza de los siglos. No obstante, decidió salir, como otras veces, porque le agradaba pasear en la penumbra del crepúsculo y buscar melancolías análogas a su duelo en los solitarios canales y en los barrios apartados de la ciudad.



Al descender al piso bajo de su vivienda, vió abiertas de par en par las puertas, generalmente cerradas. En medio del silencio, alzó la voz llamando a su vieja criada: «¡Bárbara! ¡Bárbara!»

No tardó en aparecer Bárbara, y adivinó la razón de que la buscara su amo.

Señor, hoy he tenido que arreglar un poco los salones, porque mañana es fiesta.



¿Qué fiesta?

¡Cómo! ¿No lo sabe el señor? Es la fiesta de la Presentación de la Virgen. Tendré que ir a misa y a la salve del Beaterio. Es un día igual a un domingo, y, como no podré trabajar mañana, he arreglado hoy los salones.



Hugo Viane no ocultó su descontento. Ya sabía Bárbara que él quería asistir a ese trabajo. En aquellas piezas había demasiadas reliquias, muchos recuerdos de «ella» y del pasado, para dejar a la sirvienta removerlos a su antojo. Quería someterla a una estrecha vigilancia, seguir sus gestos, controlar su prudencia, espiar su respeto, y si había que cambiar de sitio, para quitarle el polvo, tal o cual chuchería que había pertenecido a la muerta, quería hacerlo por sí mismo. Y, sobre todo, deseaba...



...preservar de cualquier violencia el sagrado estuche de cristal y los retratos de la pobre muerta, hechos en diferentes edades y esparcidos sobre la chimenea, en los veladores, en las paredes.

La vieja sirvienta flamenca, un poco ceñuda, pero fiel y cuidadosa, sabía con qué precauciones era necesario tratar estos objetos, y no se aproximaba a ellos sin temblar. Poco comunicativa, con su traje negro y su cofia de tul blanco, tenía la apariencia de una hermana tornera. Por otra parte, frecuentaba el Beaterio para ver a su única parienta, la hermana Rosalía, que era religiosa. De estas visitas...



...guardaba la actitud silenciosa y la levedad de las pisadas.

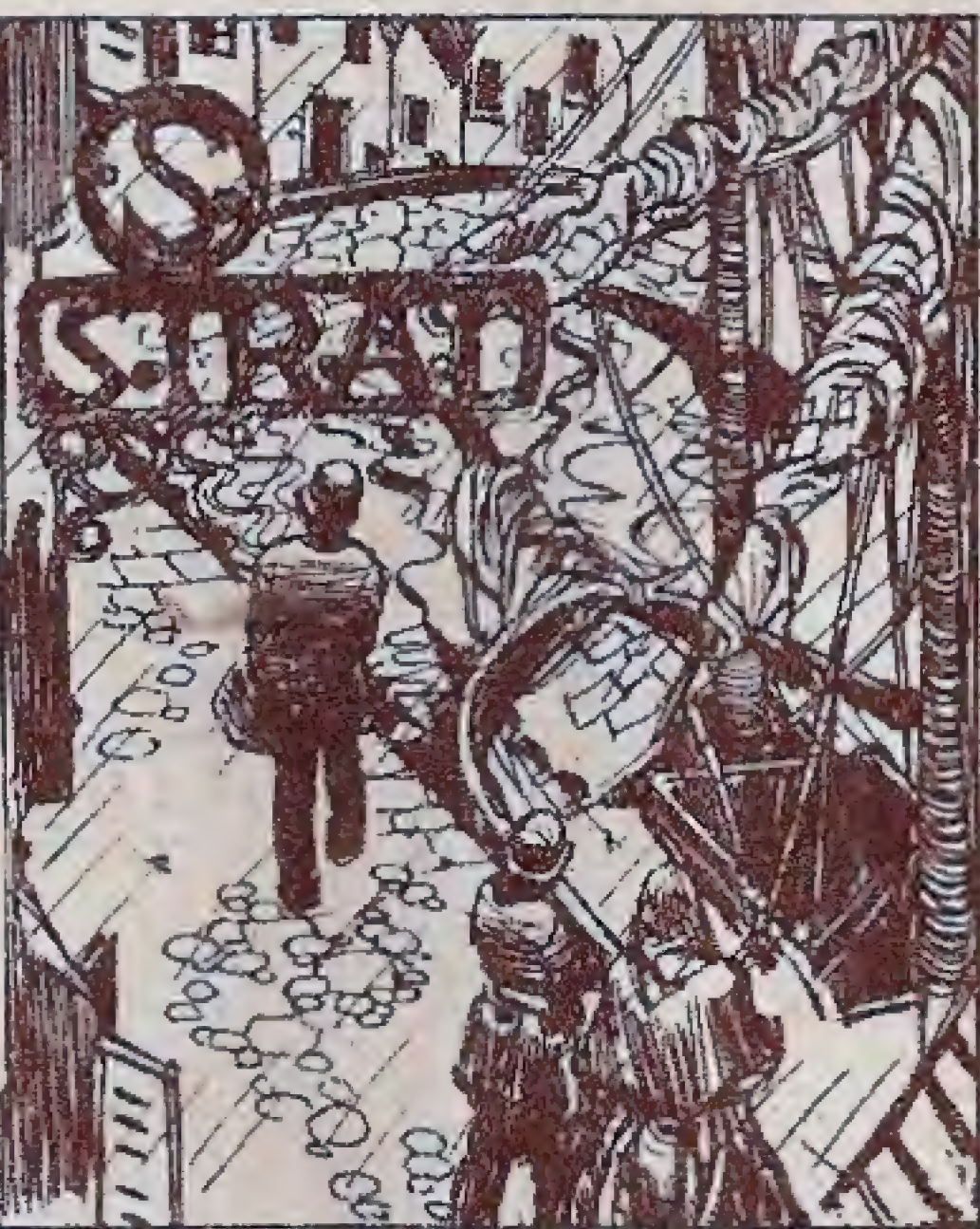
Y por esta razón, porque no importunaba con ruidos o risas su dolor, Hugo Viane se consideró afortunado por haber dado con ella desde su llegada a Brujas. No había tenido otra criada, y Bárbara acabó por hacersele imprescindible, a pesar de su inocente tiranía, sus manías de solterona y de vieja devota, y su costumbre de hacer su santa voluntad, como acababa de ocurrir bajo el pretexto de la fiesta del día siguiente.

Hugo esperó para salir hasta que ella colocó los muebles en su sitio.

Se cercioró de que cuanto le era amado permanecía intacto y en su lugar, y, tranquilizado, cerradas las ventanas y las puertas, emprendió su paseo habitual, a pesar de que no cesaba de caer una lluvia persistente y fina, lluvia menuda que llora, eriza de agujas la tersa superficie de los canales y aprisiona y deja el alma aterrida, como un pájaro en las redes de una tristeza infinita.



El itinerario era siempre el mismo, a lo largo de los muelles. Avanzaba con marcha indecisa, algo fatigada ya, aunque Hugo sólo tenía cuarenta años. Pero su viudez había sido para él un otoño prematuro, y sus ojos cansados miraban muy lejos, más allá de la vida.



¡Y qué triste aparecía también Brujas en estos atardeceres! Le gustaba así la ciudad. Precisamente por la tristeza que irradiaba de ella la había escogido para vivir después del inmenso desastre. Años ha, en los tiempos venturosos, cuando viajaba con su mujer, viviendo...

...una existencia un poco cosmopolita, ya en París, ya...



...en otros países extranjeros, al borde del mar, había estado...



...en Brujas de paso, sin que la gran melancolía que flota en la ciudad pudiera influir en la alegría que a ellos los embargaba.

Pero luego, al quedar solo, tuvo la intuición de que debía fijar allí su residencia. A una esposa muerta le correspondía una ciudad muerta también. El mundo podía agitarse y brillar; él tenía necesidad de un silencio infinito y de una existencia tan monótona que casi no le diese la sensación de vivir. Porque el ruido del mundo hace daño a los que sufren.



En la atmósfera silente de las aguas y calles inanimadas, Hugo había sentido menos el dolor de su corazón, y pensaba con más dulzura en la muerta. Podía evocarla mejor, oírla mejor, contemplando al borde de los canales su pálido rostro de Ofelia, y escuchando su voz en la canción vaga y lejana de los carrillones.

RIA UN POCO



—No sé si podremos localizar a sus testigos, pero la policía ya comenzó la redada.

También la ciudad, amada y bella en otros tiempos, encarnaba de modo insuperable sus lamentos. Brujas era su muerte. Y su muerte era Brujas. Todo se fundía en un mismo destino. Era Brujas, la Muerta, ella misma, puesta en el panteón de sus muelles de piedra, con las heladas arterias de sus canales, en los que había dejado de latir la gran pulsación del mar. Aquella tarde, aun más que otras, lo invadió el sombrío recuerdo, emergiendo bajo los puentes, donde parece que lloran fuentes invisibles. Una impresión de muerte trascendía de los edificios cerrados, de los cristales semejantes a ojos fosforescentes de agonía, del reflejo de las escaleras en el agua.

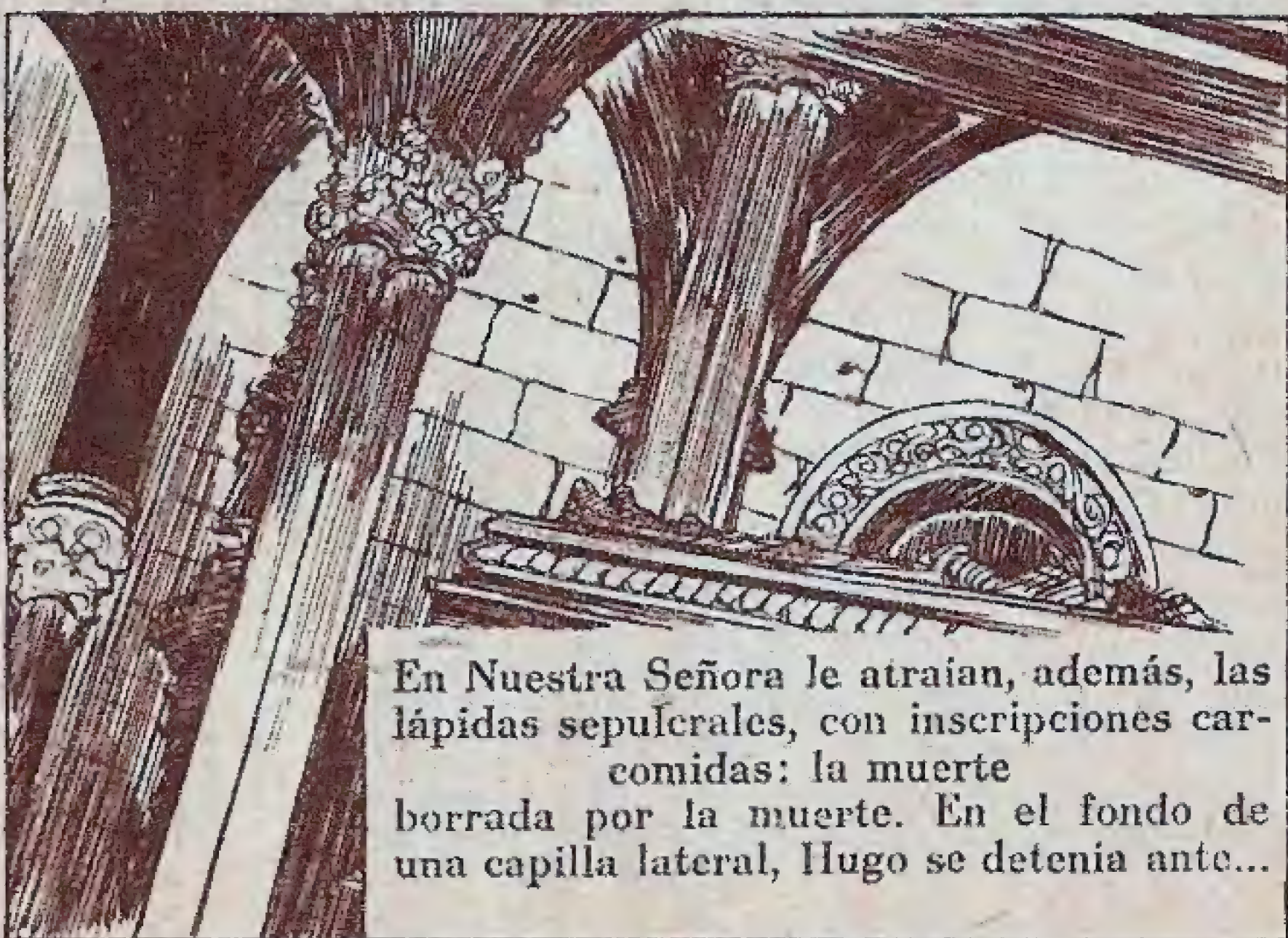
Hugo atravesó el Muelle Verde, el Muelle del Espejo, el Puente del Molino — con sus alrededores poblados de álamos — sintiendo siempre sobre su cabeza la llovizna fría y el desgrane de las dulces notas de las campanas parroquiales.



—Sus ronquidos están interrumpiendo nuestra fiesta de Año Nuevo en el departamento de arriba.

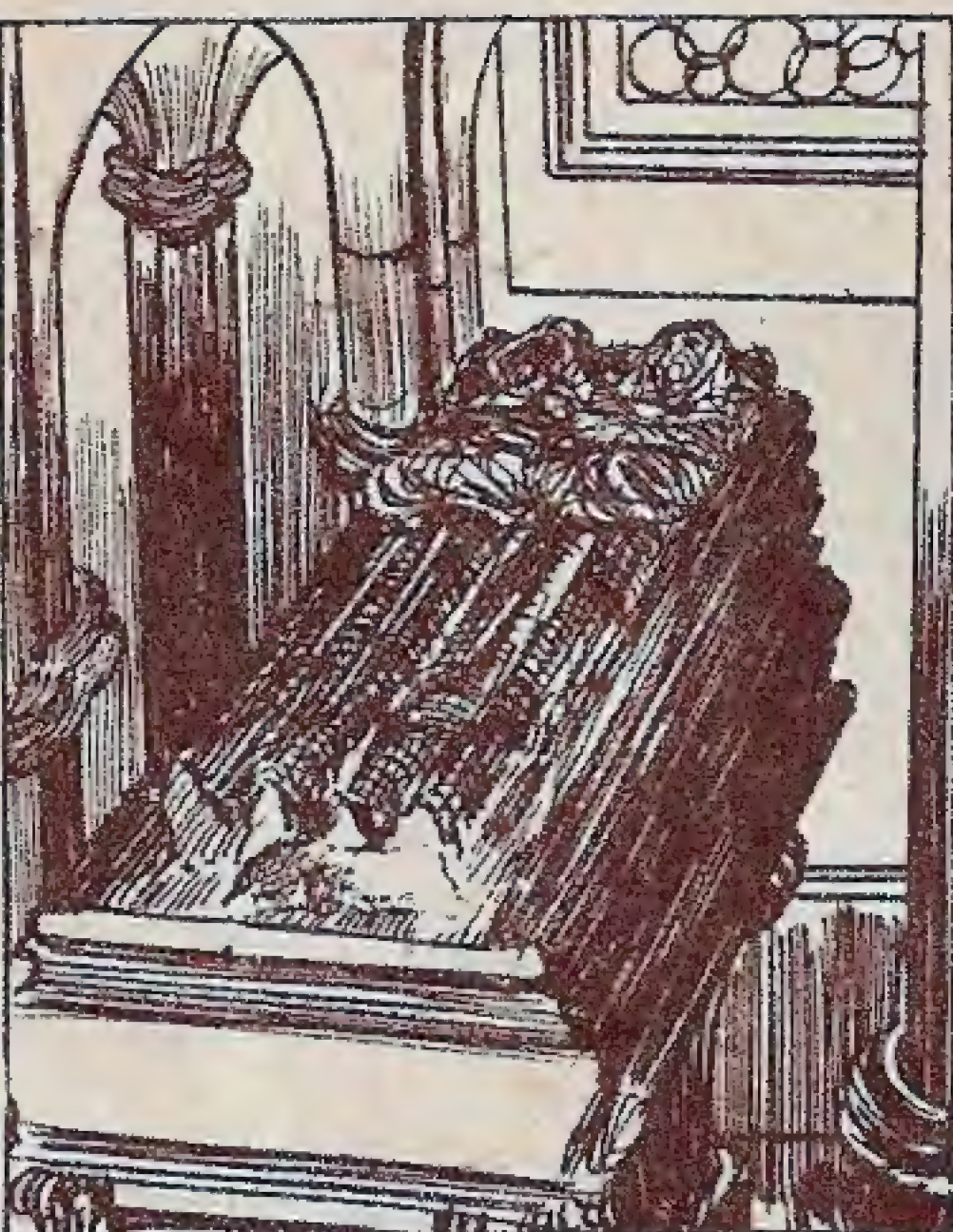


Al pasar ante la iglesia de Nuestra Señora, se sintió atraído, como otras veces, y entró. Era creyente. La honda religiosidad de su infancia había resurgido en él al embate del dolor. Eso le daba la esperanza de volver a ver a su amada y le cerraba el camino del suicidio.



En Nuestra Señora le atraían, además, las lápidas sepulcrales, con inscripciones carcomidas: la muerte borrada por la muerte. En el fondo de una capilla lateral, Hugo se detenía ante...

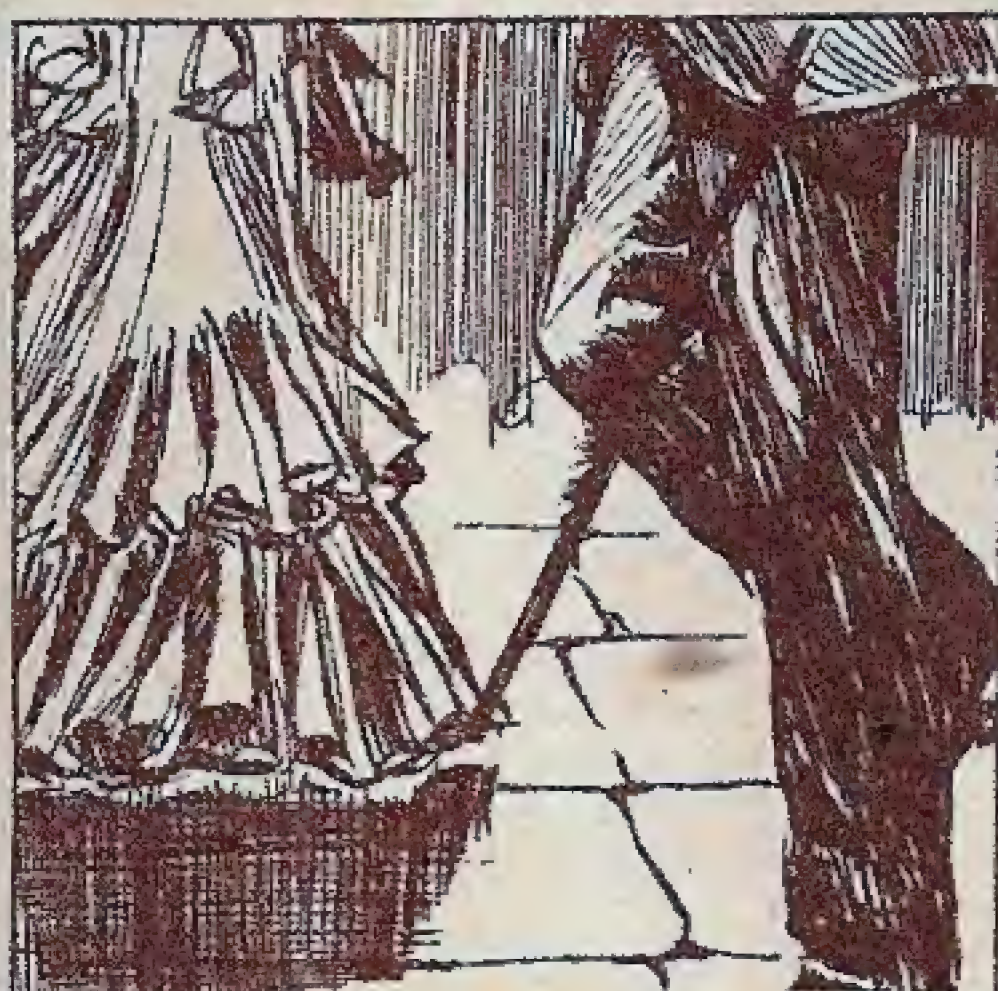
...las célebres tumbas de Carlos el Temerario y María de Borgoña. ¡Cuán conmovedoras eran! María, sobre todo, la dulce princesa, con los dedos entrelazados, la cabeza sobre un almohadón, los pies apoyados en un perro, símbolo de la fidelidad, y envuelta en su traje de cobre, rígida sobre la base del sarcófago.



Hugo salió de Nuestra Señora más triste que nunca. Mientras caminaba recomponía, gracias a la tensión de su espíritu, los amados rasgos, ya medio desvanecidos; porque — ¡ay! — la figura de los desaparecidos se desdibujaba poco a poco en la memoria: ¡en nosotros, nuestros muertos mueren por segunda vez!... De pronto, Hugo, que apenas reparaba en los escasos transeúntes, experimentó una viva emoción al ver a una joven que se dirigía hacia él.



Se detuvo, paralizado. Creyendo soñar, se restregó los ojos. Luego, tras un minuto de vacilación, volvió...



... sobre sus pasos y se puso a seguir a la desconocida, que se alejaba al ritmo de una marcha lenta.



Pronto la alcanzó y pudo mirarla con una insistencia que le habría parecido inconveniente de no hallarse alucinado. Ella proseguía impasible.

Hugo, cada vez más extraño e impertinente, la siguió de calle en calle; tan pronto se le aproximaba, dispuesto a abordarla, como se apartaba con apariencia de temor. Diríase alguien que en las aguas de un pozo intentara ver con claridad un rostro. Mas... ¡Oh, sí! Esta vez la...



...había reconocido, con toda evidencia. La tez nacarada, los ojos de pupila dilatada y sombría, eran los mismos. Y los cabellos que cubrían la nuca eran de un oro idéntico — ámbar y capullo de seda —, de un amarillo flúido igual al de su amada muerta. El mismo contraste entre los ojos sombríos y el dorado flamígero de la cabellera. Pero ¿no estaría oscurecida su razón? ¿O acaso su cerebro, a fuer de pensar en la muerta, identificaba con ella a las demás mujeres que encontraba a su paso? En tanto que él evocaba el semblante adorado, esta mujer, súbitamente surgida, se lo había ofrecido, demasiado exacto, demasiado gemelo.

Con el aspecto de un sonámbulo, Hugo continuaba siguiéndola, a través del dédalo brumoso de las calles. Al llegar a una encrucijada, inesperadamente, la perdió de vista. Se detuvo, observando a lo lejos, escudriñando el vacío. Las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos.



Los días que siguieron, Hugo, dominado por aquella aparición en que veía un rasgo de piedad del destino, acudió, a la misma hora, a los parajes en que la había visto. Penetraba en el viejo muelle de torres ennegrecidas, de ventanas cubiertas de visillos de muselina, detrás de los cuales lo espiaban mujeres desocupadas, sumamente curiosas de sus persistentes paseos, y se internaba por las callejuelas tortuosas, esperando hallarla al doblar cada esquina.



Así transcurrió una semana de espera decepcionada, cuando un lunes — precisamente el día del primer encuentro — la volvió a ver. Más todavía que la vez anterior, le encontró una identidad verdaderamente desconcertante.



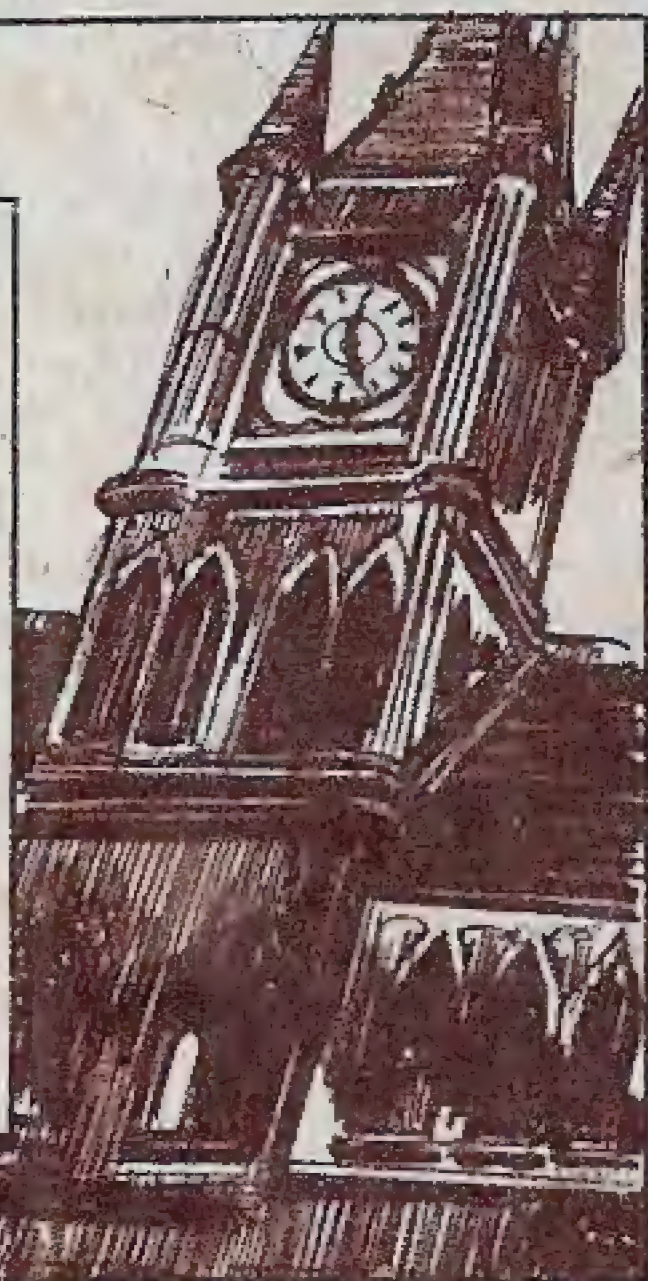
Sin duda la mujer había notado la turbación de Hugo, pues lo miró también con asombro. ¡Ah, aquella mirada que él suponía apagada, la sentía ahora sobre sí, fija y dulce, refulgente y acariciante!



Hugo se sintió sin fuerzas, todo su ser atraído y envuelto en la estela de la aparición. La muerta estaba ante él, caminaba, se iba... Y echó a andar tras ella, con el temor ansioso de volver a perderla en la vieja ciudad de calles sinuosas.



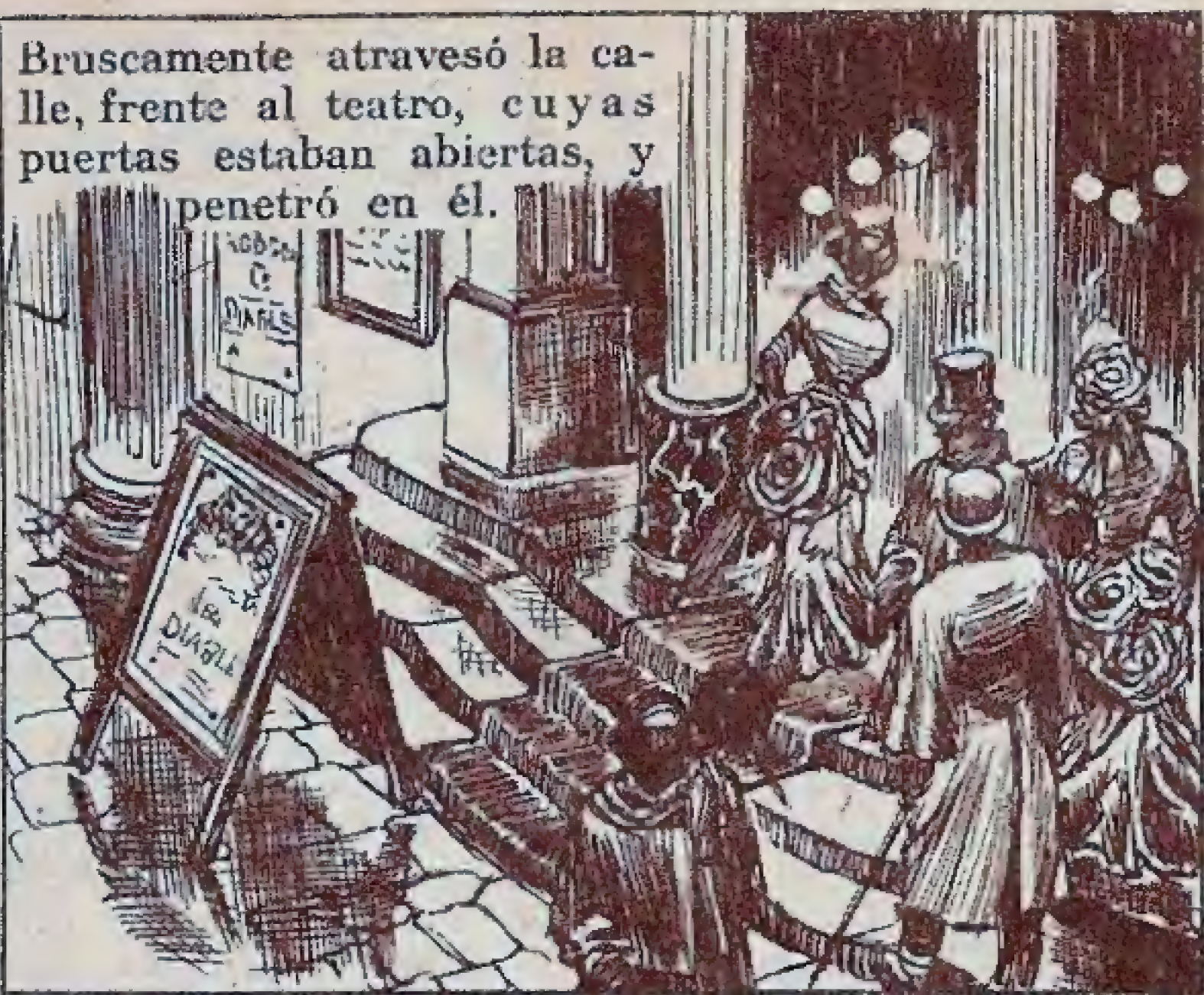
Como en un sueño, casi no advirtió que dejaban los muelles solitarios y llegaban al corazón de la ciudad, a la gran plaza donde la Torre de los Mercados, inmensa y negra, se defendía de la noche invasora con el escudo, luminoso y dorado, de la esfera de su reloj.



La joven, esbelta y ligera, tratando, quizá, de esquivar la persecución, se había internado por la calle Flamenca — con casas de antiguas fachadas ornamentales — y surgía más nítida, con silueta más delineada, cada vez que pasaba ante el escaparate iluminado de alguna tienda o el halo vacilante de un reverbero.



Bruscamente atravesó la calle, frente al teatro, cuyas puertas estaban abiertas, y penetró en él.



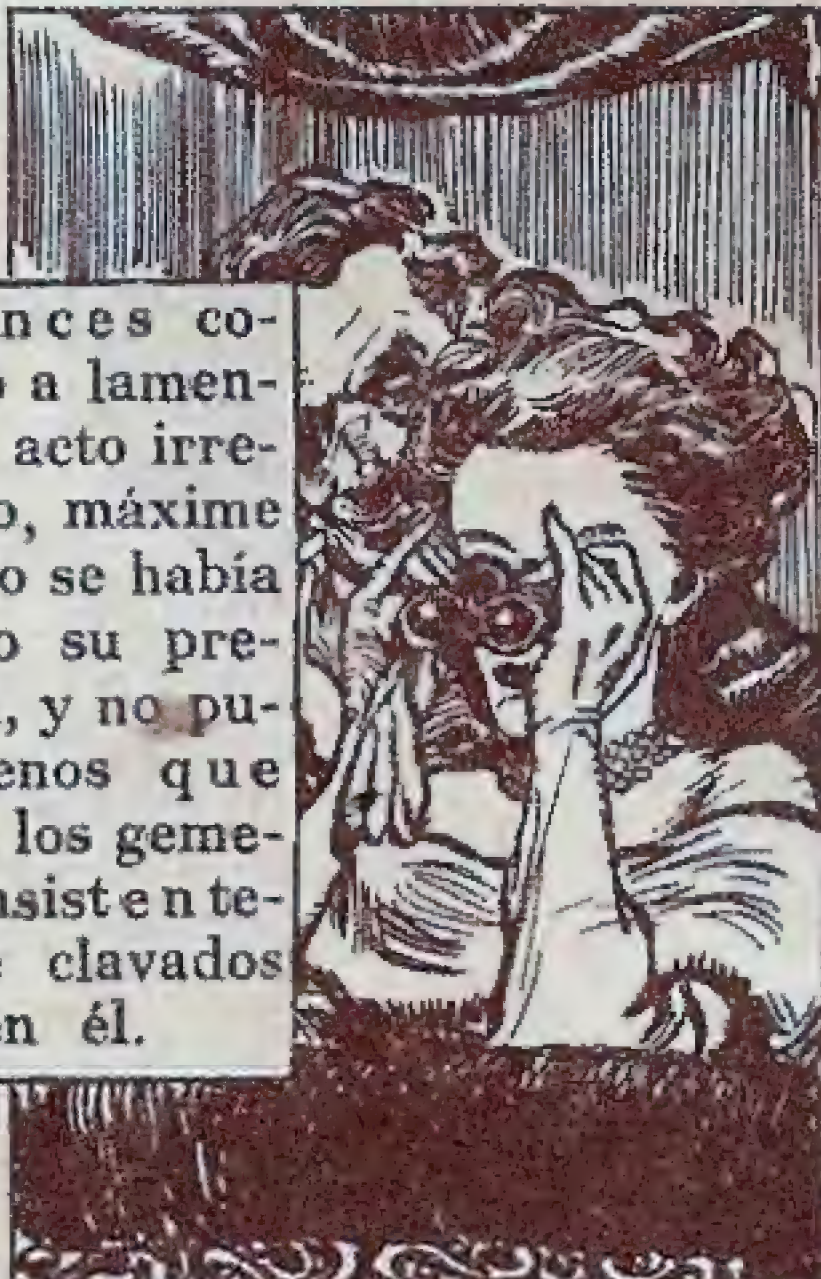
Hugo no se detuvo. Convertido en un autómatas, entró en pos de ella. Pero no la vió en punto alguno del vestíbulo, lleno de gente. Sin duda había ido a ver el espectáculo y estaba ya en la sala. ¡Podría verla, contemplarla a sus anchas, durante varias horas!.. No reflexionó más y adquirió una butaca.



Rápidamente recorrió con la vista todas las localidades. Pero no la encontró, y quedó desconcertado, inquieto, triste. ¿Qué suerte sañuda se burlaba de él? Esperó, buscó aún. Todavía llegaban espectadores retrasados. Pero ella, no.



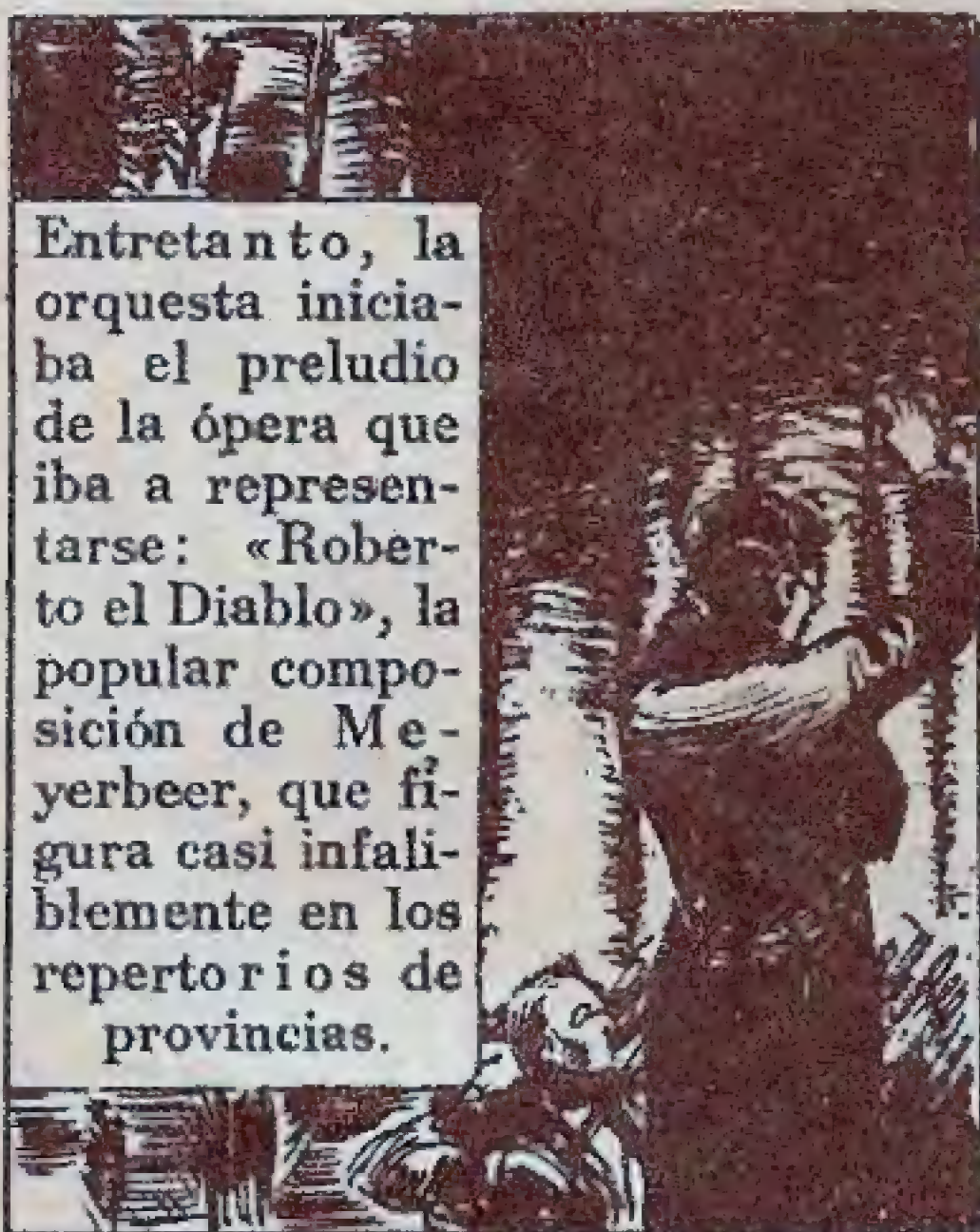
Entonces comenzó a lamentar su acto irreflexivo, máxime cuando se había notado su presencia, y no pudo menos que sentir los gemelos insistentemente clavados en él.



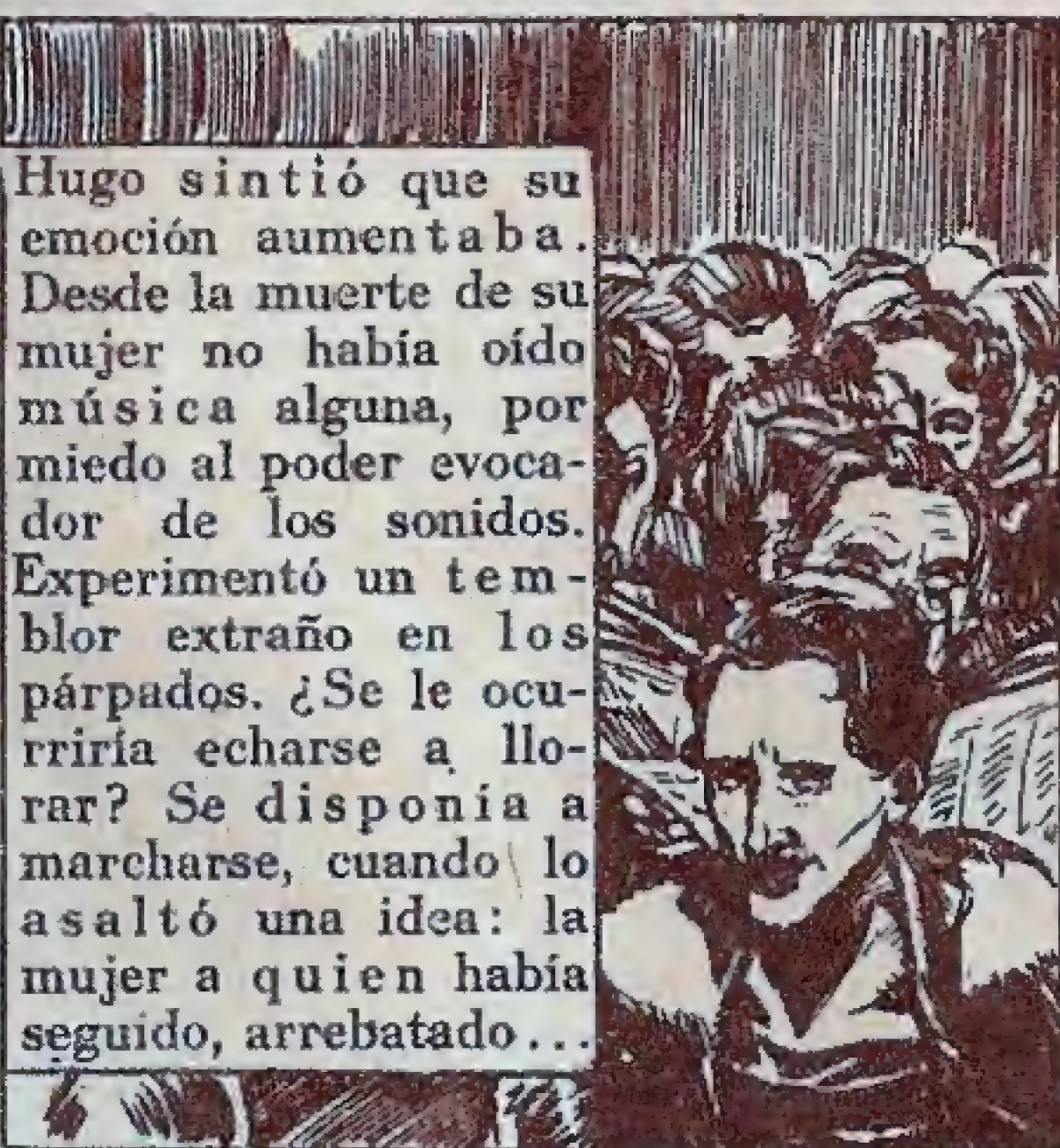
Verdad es que no visitaba a nadie, que no había contraído relaciones con familia alguna, que vivía solo.

Pero todos sabían quién era y conocían su noble desesperación en esta Brujas poco populosa, tan desocupada, donde todo el mundo se informa o informa sobre los nuevos vecinos. La presencia del viudo en el interior de un teatro constituía, pues, una verdadera sorpresa, el fin de una leyenda y el triunfo de los maliciosos que habían sonreído siempre que se hablaba de aquel duelo inextinguible.

Entretanto, la orquesta iniciaba el prelude de la ópera que iba a representarse: «Roberto el Diablo», la popular composición de Meyerbeer, que figura casi infaliblemente en los repertorios de provincias.



Hugo sintió que su emoción aumentaba. Desde la muerte de su mujer no había oído música alguna, por miedo al poder evocador de los sonidos. Experimentó un temblor extraño en los párpados. ¿Se le ocurriría echarse a llorar? Se disponía a marcharse, cuando lo asaltó una idea: la mujer a quien había seguido, arrebatado...

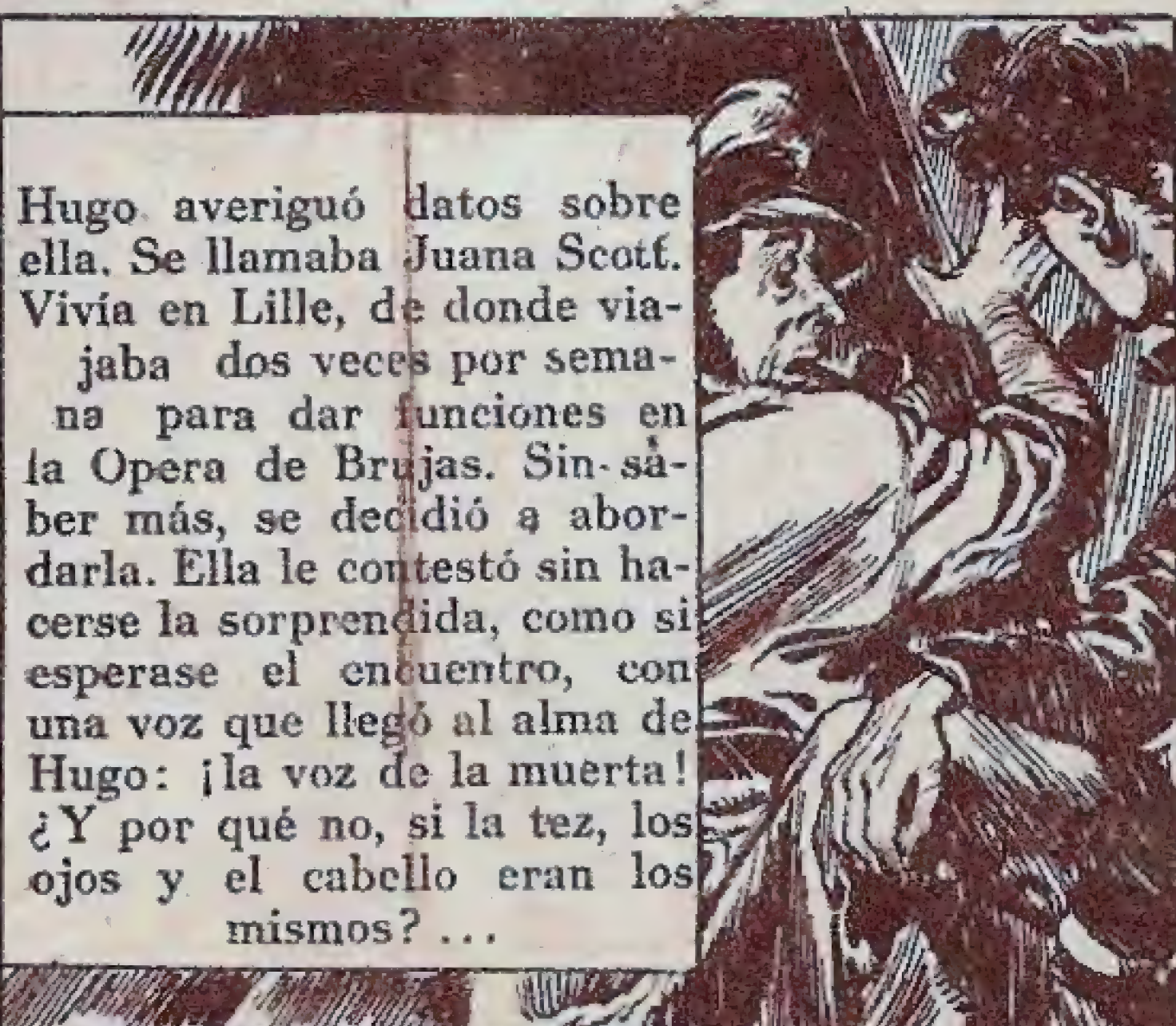


...por una ráfaga de locura, no se encontraba en la sala. No obstante, había entrado en el edificio del teatro... ¿Iría, pues, a verla aparecer en la escena? ¡Profanación que, de antemano, le desgarraba el alma! ¡El rostro idéntico, el mismo rostro de la esposa, en la claridad de la batería y desfigurado por el «maquillaje»! ¿La vería surgir, gesticulando y cantando? Y su voz, ¿sería también la misma voz, para continuar la diabólica semejanza: la voz de timbre grave, como de plata fundida con bronce? ... Lleno de angustia, Hugo prolongaba su espera. Los actos se sucedían, sin mostrarle nada, cuando...

... en la escena de las monjas, en el punto en que Elena se anima sobre su sepultura y, rechazando mortaja y velo, resucita, Hugo sufrió una violenta conmoción. ¡Era ella! ¡Era la artista! Pero no pensó en ésta ni un instante. Era la muerta, «su» amada, que sonreía allá abajo, avanzaba, tendía los brazos... Visión asombrosa y fugitiva, sobre la que no tardó en caer el telón.



Hugo averiguó datos sobre ella. Se llamaba Juana Scott. Vivía en Lille, de donde viajaba dos veces por semana para dar funciones en la Opera de Brujas. Sin saber más, se decidió a abordarla. Ella le contestó sin hacerse la sorprendida, como si esperase el encuentro, con una voz que llegó al alma de Hugo: ¡la voz de la muerta! ¿Y por qué no, si la tez, los ojos y el cabello eran los mismos? ...



¡OH, LOS CLIENTES!



—Deseo comprar justo un metro y medio de libros para una estantería...

QUEJAS



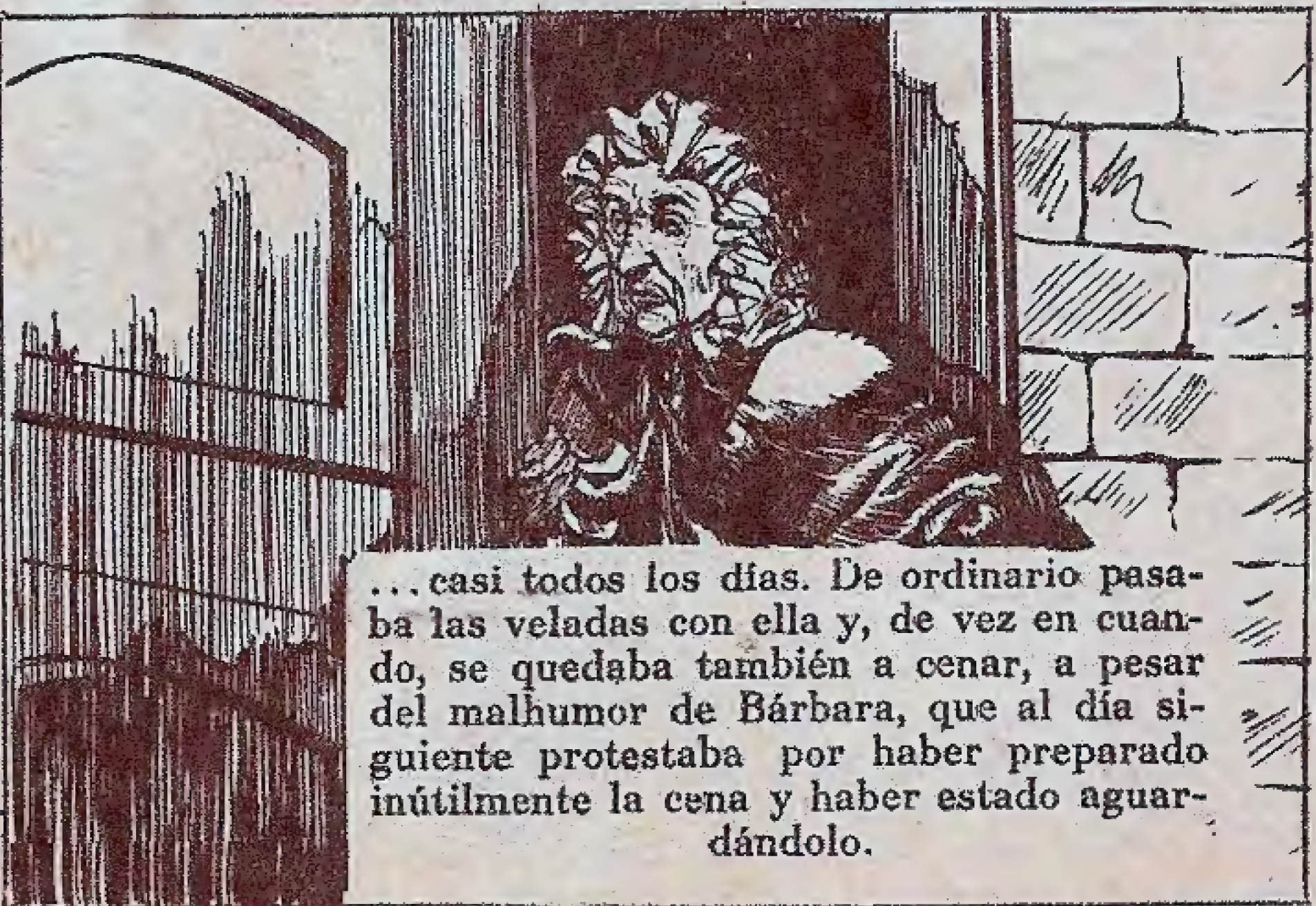
—No se desanime... Sus vacaciones comienzan pronto...

Desde aquella tarde, la visitó con frecuencia, aunque no en el teatro, al que Hugo se resistía a volver, sino en el hotel en que ella se alojaba. Primero se contentó con la presencia consoladora del rostro — que contemplaba sumido en éxtasis — y de la voz, que, en sus notas más débiles, le daba la sensación de la amada hablando a través de cendales.



Luego sintió todas las torturas y todas las alegrías de su pasión, que no le parecía desleal porque las dos mujeres se identificaban para él en una sola. Era «ella» que había vuelto después de una ausencia

Hugo decidió a Juana a abandonar la escena y la instaló en una casa alegre, que alquiló para ella, sita en un paseo que terminaba en un paisaje hecho de campiñas y molinos de viento. Allí iba a verla...



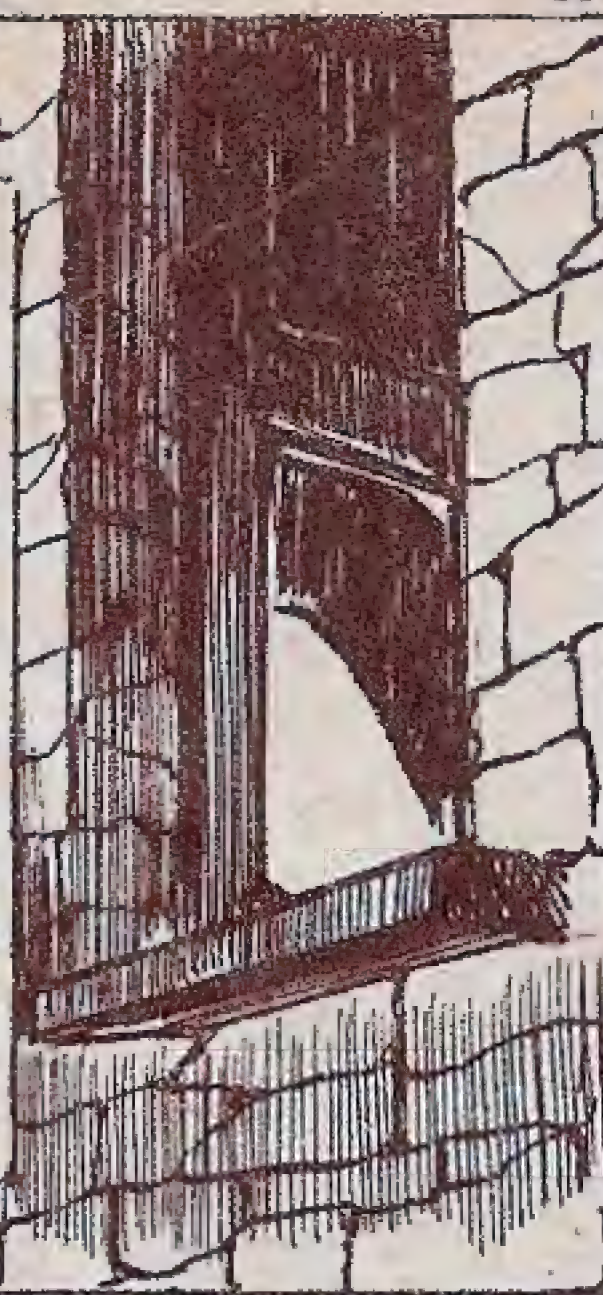
... casi todos los días. De ordinario pasaba las veladas con ella y, de vez en cuando, se quedaba también a cenar, a pesar del malhumor de Bárbara, que al día siguiente protestaba por haber preparado inútilmente la cena y haber estado aguardándolo.

Con preferencia, Hugo hacía sus visitas al atardecer, no sólo por su antigua costumbre de no salir antes de esa hora, sino también para ser menos observado. El no creía cometer falta alguna, pero temía a la mojigatería de la ciudad. ¿Cómo dejar de inquietarse por la opinión, por la hostilidad o por el respeto público, si se siente incesantemente su contacto, por así decirlo? Pero a la vida provinciana y mezquina nada escapa, y pronto suscitó, sin sospecharlo, una...

... austera indignación... Nadie ignoró la unión del viudo con la actriz: arreciaron las murmuraciones, los chismes acogidos con curiosidad mujil, hierba de maldicencia que crece exuberante entre todas las losas de las ciudades muertas.



Las burguesas curiosas, desocupadas desde el mediodía, vigilaban el paso del viudo, acechándolo en esa especie de «atisbador» que existe en las ventanas: espejos oblicuos donde se refleja el paso de los transeúntes y lo reproduce en el interior de las habitaciones, donde alguien está en acecho.



Hugo ignoraba esta delación de los espejos, y persistía en sus precauciones de sigilo, que la difusión del caso hacían ridículas. Eso sí, ya no le resultaban tan dolorosos sus paseos crepusculares, a pesar de que los canalones seguían su monótono gotear, los túneles de los puentes filtraban lágrimas frías y los álamos que bordeaban el agua temblaban con la queja de una frágil fuente inconsolable... La ciudad de otro tiempo, Brujas, la Muerta, apenas si le inspiraba un matiz de melancolía. ¡Melancolía de ese...



...gris de las calles de Brujas, donde todos los días tienen el aspecto del de Todos los Santos! Ese gris que se diría formado con el blanco de las tocas de las religiosas y el negro de las sotanas de los sacerdotes, y que cambia de tono en todas las fachadas y a lo largo de las calles: unas estucadas con un verde pálido, otras con ladrillos desteñidos, con juntas blancas; pero a su lado hay ladrillos negros, carboncillo severo, como aguafuertes quemados, cuyas tintas ensombrecen y atemperan los colores claros; de manera que, en conjunto, lo que predomina es un gris que flota y se propaga a lo largo de los muros alineados como los muelles. Se diría que una química de la atmósfera, un milagro del clima, neutraliza los colores demasiado vivos y los funde en una amalgama de somnolencia gris; como si la bruma frecuente, la luz velada de los cielos del Norte, el granito de los muelles, las lluvias incesantes y el sonido de las campanas hubiesen influido, con su alianza, sobre el color del aire...

Habían transcurrido algunos meses desde que Hugo encontró a Juana, y nada había alterado la ficción en que vivía. Un día, Hugo tuvo una idea que en seguida lo sedujo.



Llamó a su vieja criada y le ordenó bajar del desván una maleta.

¿El señor va a salir de viaje?



Sin contestarle, se hizo ayudar por la misma Bárbara para escoger y limpiar de polvo dos de los vestidos que conservaba de la difunta. Luego los extendió cuidadosamente en la maleta. La anciana creyó que su amo pensaba venderlos y no pudo menos que preguntarle: —¿Qué diría de esto la pobre señora?



Hugo palideció. ¿Acaso Bárbara adivinaba su propósito? ¿Acaso sabía? ...

¿Qué queréis decir?

Pensaba que en mi pueblo, cuando las prendas de un muerto no se venden en la semana de su entierro, deben conservarse toda la vida, bajo...

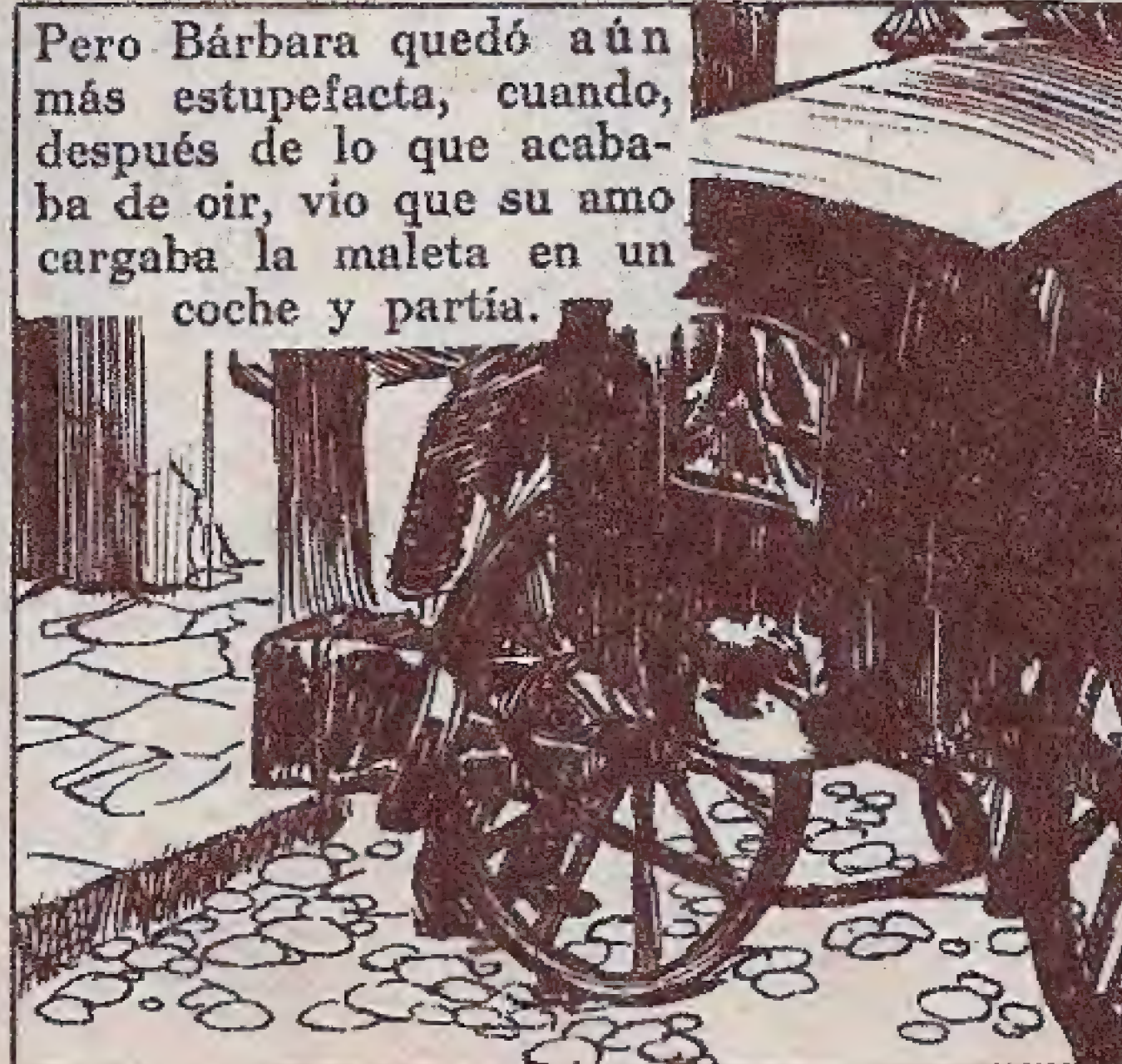


... pena de que el difunto siga en el Purgatorio hasta que fallezca también el superviviente.



No os preocupéis. No tengo intención de vender nada.

Pero Bárbara quedó aún más estupefacta, cuando, después de lo que acababa de oír, vio que su amo cargaba la maleta en un coche y partía.



En el primer momento, Hugo no supo cómo comunicar a Juana su loca pretensión, pues jamás le había hablado de su pasado —por una especie de delicadeza, de pudor por la muerta—, ni siquiera había hecho alusión al dulce y cruel parecido que adoraba en ella. Cuando vió descargar la maleta, Juana...

...multiplicó sus manifestaciones de sorpresa y de alegría.

¿Está llena? ¿De qué? ¿Regalos? ¿Trajes?

Sí... Vestidos.

¡Qué amable eres! ¿Hay más de uno?

Dos.

¿De qué color? ¿Cómo son? ¡Oh, déjame mirar!...

Al ver que el malsano deseo se acercaba a su realización, Hugo, asustado, no sabía qué decir.

Abierta la maleta, Juana sacó las prendas, las examinó de una ojeada, y la desilusión se reflejó en su fisonomía.

¡Qué moda tan fea! ¡Estas sedas son viejísimas! ¿Dónde has comprado semejantes trajes? ¡Y estos adornos en la falda!... Temo que hayas querido burlarte de mí...

Hugo, perplejo y pesaroso, comprendía lo ridículo de su idea, pero ésta no dejaba de atormentarlo.

Sí, son trajes viejos, heredados de una parienta. Tengo el capricho de verte vestida con uno de ellos..., ¡aunque sea sólo un minuto!

¡Pero si me encontrarás fea!...



Extrañada al principio, Juana terminó, sin embargo, por juzgar divertida la ocurrencia. Vistió, pues, uno de aquellos trajes y, risueña y picaresca, se contempló en el espejo y exclamó: ¡Tengo el aire de un viejo retrato!

Luego hizo contorsiones, piruetas, pasos de danza, riendo francamente, a veces zafiamente. Hugo la miraba con un malestar que iba en aumento, bajo la impresión de asistir a una dolorosa mascarada. Le parecía que, habiendo reencontrado a su muerta, la hallaba envilecida.

Un domingo de marzo, el de Pascua, Bárbara supo por su amo que podía disponer de su tiempo como quisiera, pues él no almorzaría ni cenaría en casa. La noticia regocijó a la sirvienta. Era día de fiesta solemne, y podría asistir cómodamente a los oficios y visitar, en el Beaterio, a la hermana Rosalía y a otras beguinas de su amistad. ¡Qué feliz se sentía —de antemano extasiado su oscuro espíritu en la pompa de las divinas ceremonias— mientras cruzaba...

...el puente arqueado del Beaterio y penetraba en el místico recinto! Reinaba un silencio de templo. El susurro de los leves manantiales exteriores, que vierten sus aguas en el lago Minnewater — estanque de ensueño, con nenúfares abiertos como corazones de niñas de primera comunión —, llegaba como un rumor de plegarias. Y las calles, con nombres de santos o bienaventurados, se retuercen entre un caserío medieval, pueblo aparte de la ciudad y más muerto todavía que ella.



Bárbara asistió a misa en la iglesia del Beaterio, resplandeciente de cirios encendidos. Ubicada entre otros seglares, miraba con ojos de envidia el grupo que formaban, arrodilladas, las Hermanas de la comunidad, poseedoras de una dicha que ella esperaba alcanzar algún día, cuando sus ahorros le permitiesen tomar el velo. Concluida la misa, las beguinas salieron juntas, con un estremecimiento de sus tocas, y entraron en su cenobio. Habitaban en grupos, de número muy variable, en cada una de las viviendas que componían la Comunidad. En la morada de la hermana Rosalía vivían muchas, y al entrar Bárbara afluían también otras visitas. La vieja sirvienta llegó a temer que para ella no hubiese sitio en la mesa...



Era el día en que le tocaba a la hermana Rosalía dirigir la casa. Muy atareada, se hizo sin embargo espacio para prevenir a su parienta.

Hablaremos después de la comida. Tengo algo grave que comunicaros.

¿Grave? Decídmelo en seguida, por favor.

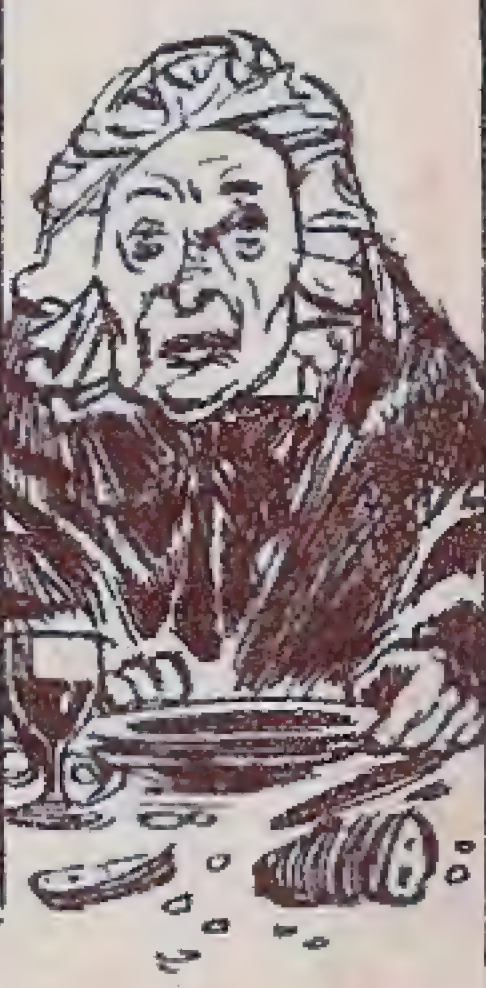


Ahora no tengo tiempo.... Más tarde.



Y desapareció por los corredores, dejando consternada a la vieja flamenca.

Ensombrecida por las cavilaciones, Bárbara apenas probó aquella comida de domingo. ¿Qué cosa grave podía acontecer? ... Sirvieron vino de Tours, suntuoso y dorado como el que contienen las vinajeras, y Bárbara vació el vaso pensando ahogar sus preocupaciones. Pero éstas persistieron, agravadas por un fuerte dolor de cabeza.



BUEN HUMOR



—No se preocupe, señorita... Puede sacarnos la foto a los dos juntos... Soy la esposa...



—Mi marido tiene un terrible complejo de inferioridad, doctor... ¿A qué se debe?

Por fin, acabada la comida, que parecía interminable, Bárbara fué hacia su parienta y la interrogó llena de inquietud.

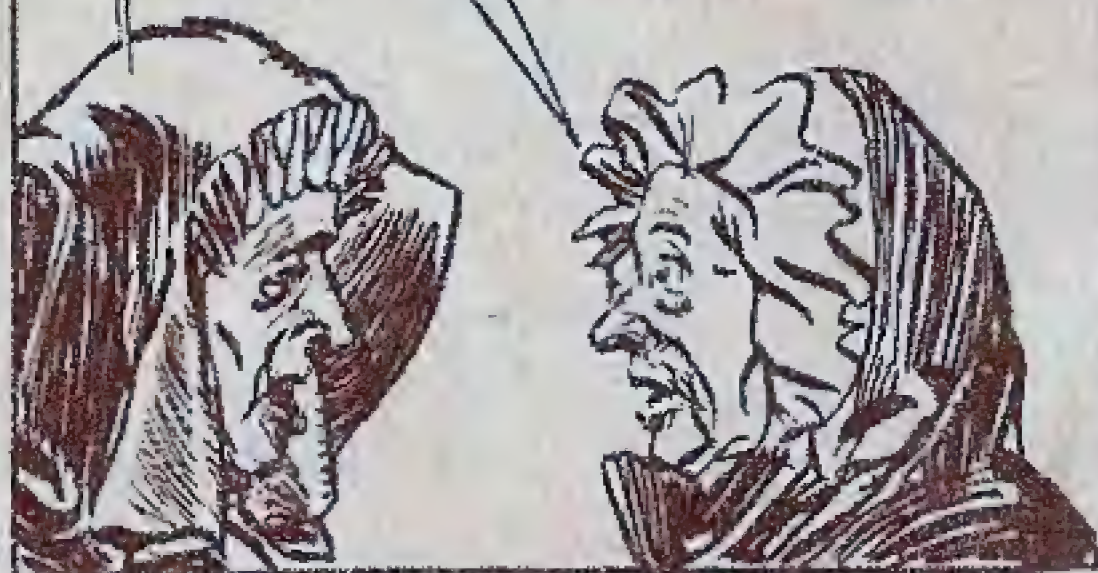


¡Amiga mía!
¡No os alarméis de esa manera!

Me habíais asustado...

Es sólo un consejo que debo daros. Posiblemente tendréis que cambiar de casa.

¿Cambiar de casa?... Hace cinco años que estoy al servicio del señor Viane, el hombre más honrado del mundo. Me aprecia mucho.



¡Pobre hija mía!
¡Qué ingenua eres!
El señor Viane no es el hombre honrado que suponéis.

¿Qué queréis decir con eso?
¿Qué mal ha hecho?

Entonces la hermana Rosalía le contó la historia que corría de boca en boca por toda la ciudad y que incluso se había divulgado en el plácido recinto del Beaterio. Luego concretó el problema ético que se le planteaba a Bárbara: ¿podía una honrada cristiana continuar al servicio de un libertino? La anciana intentó defender a su amo: ella lo había visto, por mucho tiempo, llorar ante los retratos de su difunta, cuyos cabellos veneraba como una reliquia. Pero la beguina insistió. Aquel hombre se había transformado. Las pruebas eran irrecusables. Bárbara, abatida, puso fin a la entrevista diciendo: «Lo pensaré.»



El caso era difícil para la sencilla inteligencia de Bárbara. No pretendió, pues, resolverlo por sí sola, y lo sometió al juicio de su padre espiritual, un sacerdote de Nuestra Señora, quien la tranquilizó. No tenía por qué precipitarse. Si su señor cultivaba relaciones culpables fuera de su casa, la sirvienta no debía preocuparse; si, por desgracia, la mujer implicada en la falta frecuentaba el hogar de Viane, Bárbara debía abandonar a su amo.



Bárbara se hizo repetir la solución. Cuando hubo asimilado bien la dualidad que se le ofrecía, retomó el camino que esa mañana había recorrido tan dichosa. ¡Ah, qué difícil es poder estar contenta por mucho tiempo! Bárbara pensaba en próximas partidas, en nuevos rostros, en su amo en pecado mortal... ¡Qué lejano se le presentaba el ideal de acabar sus días en el Beaterio!..



Entretanto, Hugo se debatía en desilusiones y contrariedades que se sucedían desde que tuvo la desdichada ocurrencia de hacer vestir a Juana los trajes de la muerta. Con eso traspasó los límites. A fuer de querer fundir en una a las dos mujeres, había disminuido la semejanza. Y a Juana, por su parte, la irritaban cada vez más los silencios y las tristezas de aquel compañero, y tomaba desquite en interminables correrías por la ciudad, o...

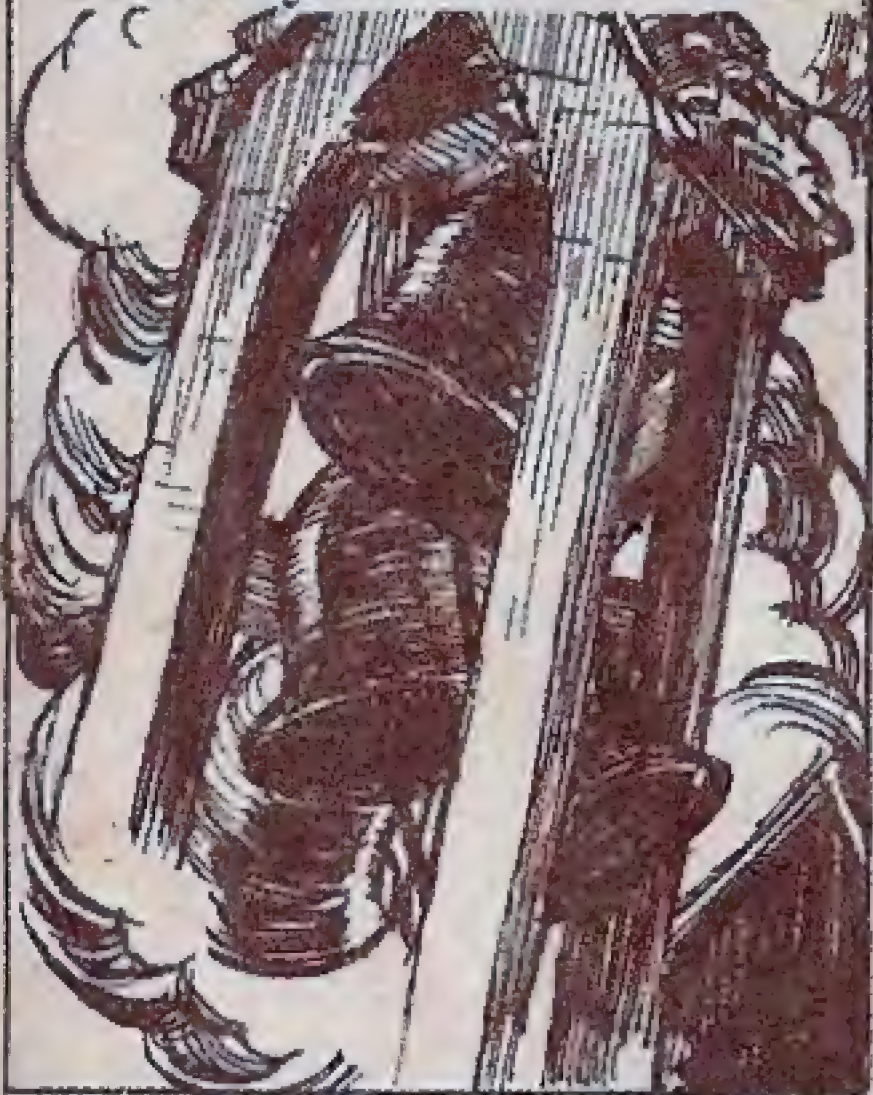


...reanudaba un hábito de su vida de teatro, que sabía que a Hugo lo molestaba especialmente. Era el de empolvase las mejillas, avivar su boca con carmín y ennegrecerse las cejas. Hugo intentaba disuadirla, y Juana completaba los afeites en su presencia, riendo irónica, dura, colérica.



¡Oh, la muerta no era así! La diferencia entre ambas mujeres se iba precisando más y más. Una vaga molestia invadía el ánimo de Hugo. Ya no se atrevía a pensar en aquella a quien tanto había llorado, y ante cuya memoria empezaba a sentirse culpable. Paralelamente, ahora que Juana cesaba de parecerle igual a la muerta, él volvía a asemejarse a la ciudad, a hallarse en su elemento en los monótonos y continuos paseos a través de las calles desiertas. Porque había llegado a sentirse incapaz de permanecer en su casa, temeroso de la soledad, del viento que gemía en la chimenea, de los recuerdos que se multiplicaban en torno como pupilas inmóviles. Y en las tardes invernales comenzaba la influencia que la ciudad ejercía sobre él: lección de quietud de los canales dormidos, de resignación ofrecida por los muelles taciturnos; de piedad y de austeridad, que brindaban, sobre todo, los...

...altos campanarios de Nuestra Señora y de San Salvador.



Hugo llegó a no creer en la lealtad de Juana. Después de haberla sorprendido en flagrantes mentiras, empezaron a llover en su casa — según costumbre de estas ciudades de provincia — cartas anónimas llenas de injurias, de sarcasmos, de detalles de engaños y desórdenes que él había sospechado. Decidido a despojarse, en un postrero adiós, del peso del dolor acumulado en su alma por culpa de ella, fué a visitarla por última vez. Y sin cólera, con...



...infinita melancolía, le mostró los vergonzosos papeles delatores.

¿Eres tan tonto que das crédito a los anónimos?



Coinciden con lo que tu propia conducta me había obligado a sospechar.

¡Bueno! ¿Y si fuera verdad?



Furiosa, iba y venía por la habitación, cerrando las puertas con estrépito. Bruscamente...

...se detuvo, plantándose frente a él.

Por otra parte, estoy cansada de vivir aquí. ¡Voy a marcharme!



Hugo la miraba. ¡No, no era la imagen de la muerta! ¡Cuán diferentes!... Pero aquella mujer, palpitante bajo el peinador y con la garganta temblorosa, era la que él había estrechado entre sus brazos, y cuando la oyó gritar «¡Voy a marcharme!», toda su alma zozobró en un abismo de sombra. En aquel instante, Viane comprendió que, aparte de las ilusiones del espejismo, la había amado con todos sus sentidos; ¡pasión tardía, triste otoño que abrasa febrilmente!



¡Quédate! ¡Quédate! Estaba ofuscado.



Juana lo reconquistó. Estaba más segura que nunca de su influencia sobre aquel hombre, y una idea, nacida al principio de su vinculación, empezó a tomar cuerpo en su pensamiento. Hugo Viane, extranjero y solo, era rico. Parecía no tener salud para mucho tiempo. ¿Por qué dejar escapar una herencia que se ofrecía tan fácil? Pero previamente Juana quería saber bien a qué atenerse, ir a la casona del muelle del Rosario y calcular, por el lujo atesorado tras las impenetrables cortinas de encaje, la fortuna probable del propietario. Tornóse mimosa y tierna, y aprovechó una coyuntura para reiterar el pedido formulado otras veces sin resultado. El lunes siguiente, la procesión anual de la Santa Sangre desfilaría bajo las ventanas de Hugo. Juana deseaba ver con comodidad aquel acto de fe que atraía gente de todas partes. —Dime, ¿quieres? —insistía—. Iré a tu casa. Comeremos juntos. ¿Qué te parece?

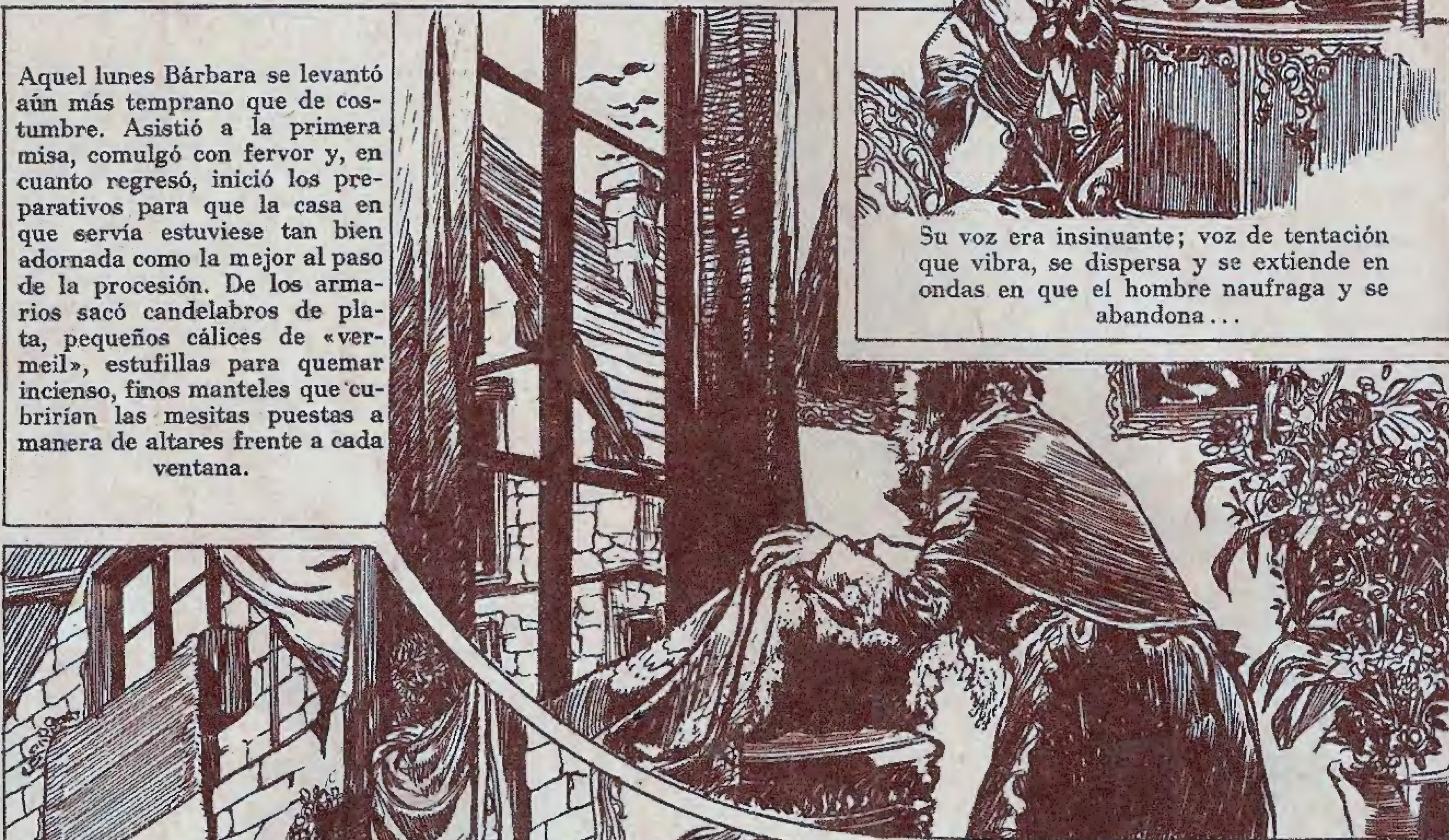
Pero ¿qué dirán los vecinos, las criadas? ...

Iré temprano, cuando aun duerman todos... Me permites ir, ¿verdad?



Aquel lunes Bárbara se levantó aún más temprano que de costumbre. Asistió a la primera misa, comulgó con fervor y, en cuanto regresó, inició los preparativos para que la casa en que servía estuviese tan bien adornada como la mejor al paso de la procesión. De los armarios sacó candelabros de plata, pequeños cálices de «vermeil», estufillas para quemar incienso, finos manteles que cubrirían las mesitas puestas a manera de altares frente a cada ventana.

Su voz era insinuante; voz de tentación que vibra, se dispersa y se extiende en ondas en que el hombre naufraga y se abandona...

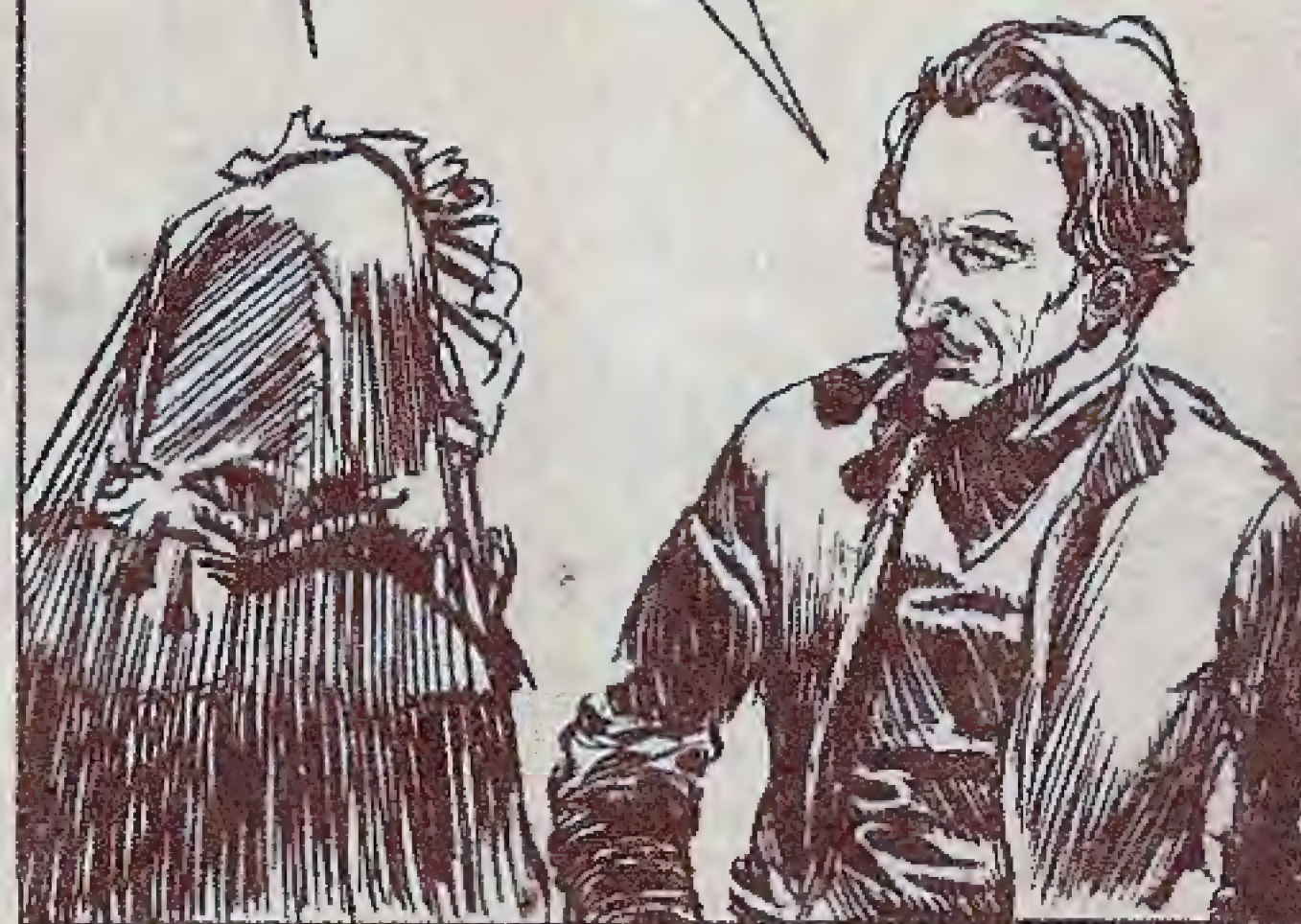


...su amo se acercó a avisarle que tenía un invitado a comer. Bárbara, estupefacta, sintió reanimarse temores lejanos, casi olvidados.

¿A quién ha invitado el señor?

Mi buena Bárbara, esa pregunta es un atrevimiento. Cuando venga mi invitado, lo veréis.

Ya se habían fijado, en la vereda, abetos de un verde bronceado, que los campesinos venden de puerta en puerta, y que forman a lo largo de las calles una doble fila de árboles. Bárbara ponía en el balcón los colores pontificiales, cuando...

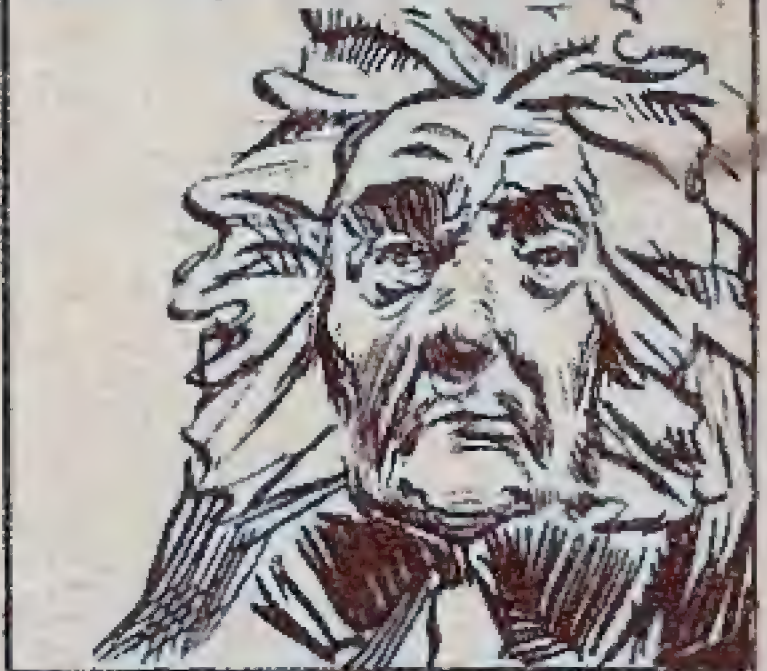




¿No será, tal vez, una señora? Necesito saberlo, porque si es una señora, yo no podré servirle la comida.

¡Pues bien, Bárbara; podéis marcharos ahora mismo!

Bárbara se detuvo, impresionada su buena alma de mujer de pueblo al percibir que aquel hombre sufría, y, olvidando las distancias, susurró, ennoblecida de piedad: —¡Oh, Jesús! ¡Pobre señor mío! ¡Y por una mujer semejante!... ¡Una mala mujer!



Hugo la hizo callar, humillado por la audaz ingerencia, y Bárbara fué en busca de su bello manto negro, contenta de sí misma y de haberse sacrificado al deber. Después, serena, sin emoción, salió de esa casa en que había servido más de un lustro; pero antes esparció, frente a la entrada, el contenido de las canastillas que había vaciado en su delantal, para que este sitio de la calle no fuese el único que careciese de flores en un día como ése.



Juana llegó retrasada. Abarcó de una sola mirada la gran galería y los salones, subió al primer piso y abrió los postigos de la habitación de Hugo. La muchedumbre, que obstruía la calle, miró con curiosidad a aquella mujer, tan distinta de las otras presentes por lo provocativo de su traje y de sus actitudes.

ALEGRESE

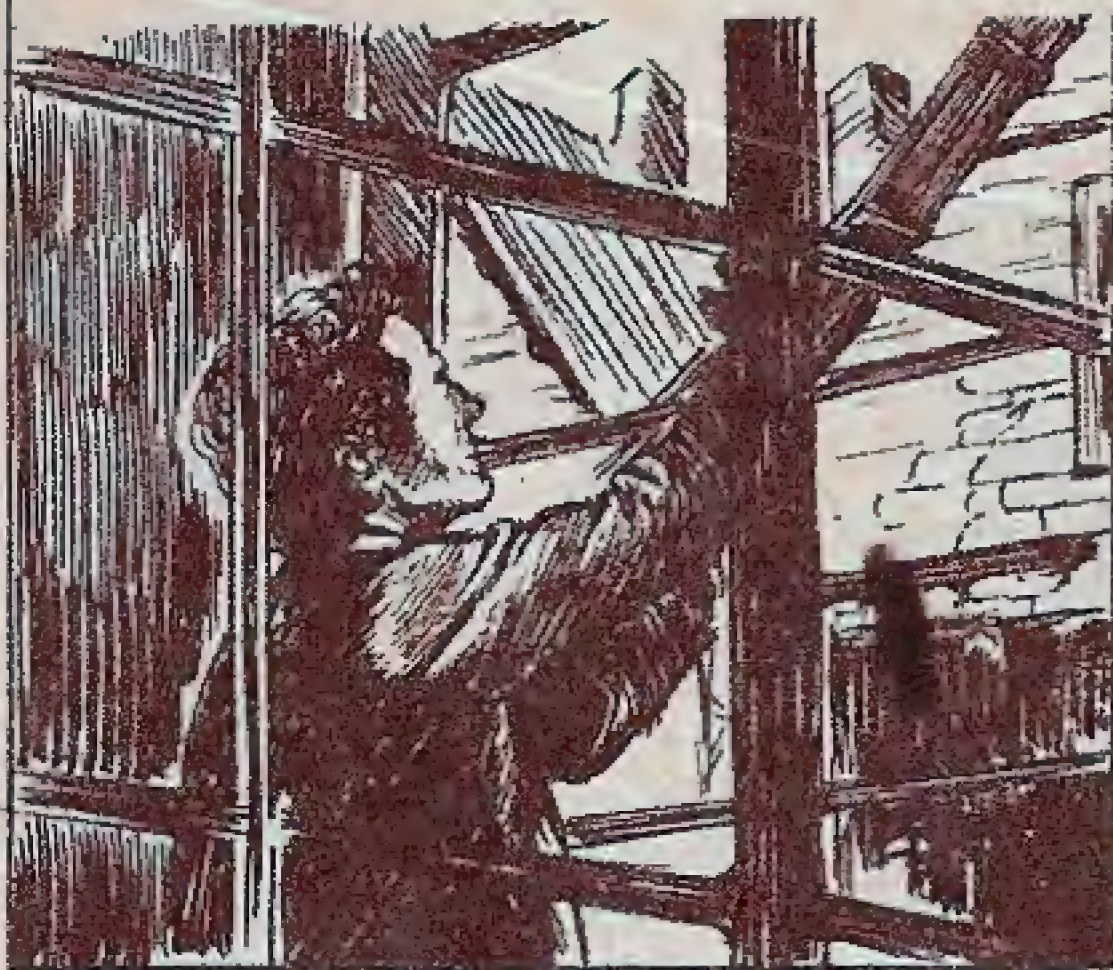


—Sólo me ha estado esperando durante cuarenta minutos, ¿y usted llama a eso vagancia, oficial?



—Yo no tengo la culpa si en la tienda había demasiados artículos.

Hugo se impacientó. Se veía suficientemente detrás de los vidrios. Tuvo un movimiento de energía y cerró el balcón.



Juana, enfadada, se tendió en un diván, sin querer mirar más. Lo hizo Hugo, apoyando su frente febril contra los cristales. Y vió el cortejo...



...encabezado por los primeros monaguillos. Seguían congregantes que llevaban sobre andas imágenes y Sagrados Corazones; niñas en torno de un Cordero Pascual; caballeros de la más encumbrada nobleza de Flandes, que representaban a los Cruzados que trajeron de Jerusalén la Santa Sangre.



Olvidado de la presencia de Juana, Hugo cedió al contagio de la emoción mística que irradiaban los semblantes. Ella, burlándose, se había puesto de nuevo el sombrero, disponiéndose a marchar. Bajó, en efecto, sin hablar con él, que la seguía; pero demoró a curiosear los salones, cuyo severo aspecto parecía reprobarla.

Indiscreta, lo examinaba todo, en particular los retratos de la muerta.

¡Ah! ¿Conque tienes aquí retratos de mujeres? ... ¡Calla! He aquí una que se me parece...



¡Deja eso!



Se abalanzó y le quitó de las manos el retrato. Ella, sin comprender, se echó a reír y siguió a la otra pieza, tocando y husmeando todo, desordenando las fruslerías, ajando las telas. De improviso, lanzó una sonora carcajada. Acababa de divisar...

...sobre el piano, el precioso estuche de vidrio. Levantó la tapa. Asombrada y burlona, extrajo la larga cabellera, la desenrolló, la agitó en el aire, sin ver que el rostro de Hugo acusaba el desencadenamiento de la tempestad de cólera que venía reprimiendo a duras penas.



¡No hagas eso!
¡Devuélmela!

No, no...



Se había atrinchera-
do detrás de una
mesa y se había en-
roscado la cabellera
como un collar de
oro. Hugo la alcan-
zó, enceguecido, con
un deseo loco de
apoderarse de algo,
de ahogar alguna
cosa, de ajar flores.
Agarró la cabelle-
ra...



...que Juana seguía ostentando al-
rededor de su garganta, y, trémulo,
colérico, enajenado, la retorció co-
mo un cable, hasta que la risa de
Juana se trocó en un suspiro, tenue
como el soplo de una burbuja que
muere a flor de agua.

MARUS

Muy tranquilo, Hugo se sentó en una butaca. Sin cesar repetía «Muerta... Muerta... Brujas, la Muerta»..., con la cadencia de las últimas campanadas de la procesión, lentas, viejas, extenuadas, que parecían —¿sobre la ciudad o sobre una tumba?— deshojar lánguidamente flores de bronce.

FIN



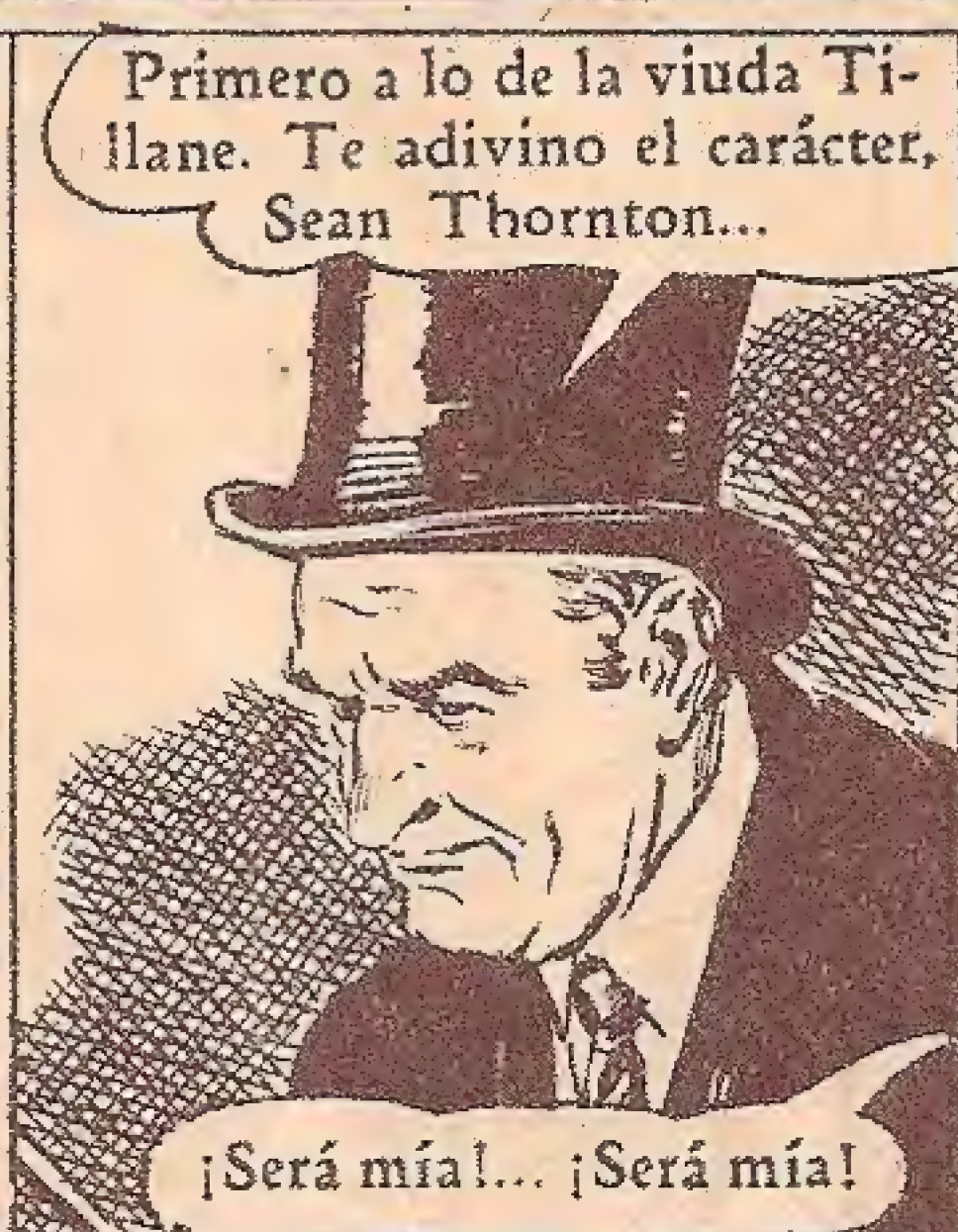
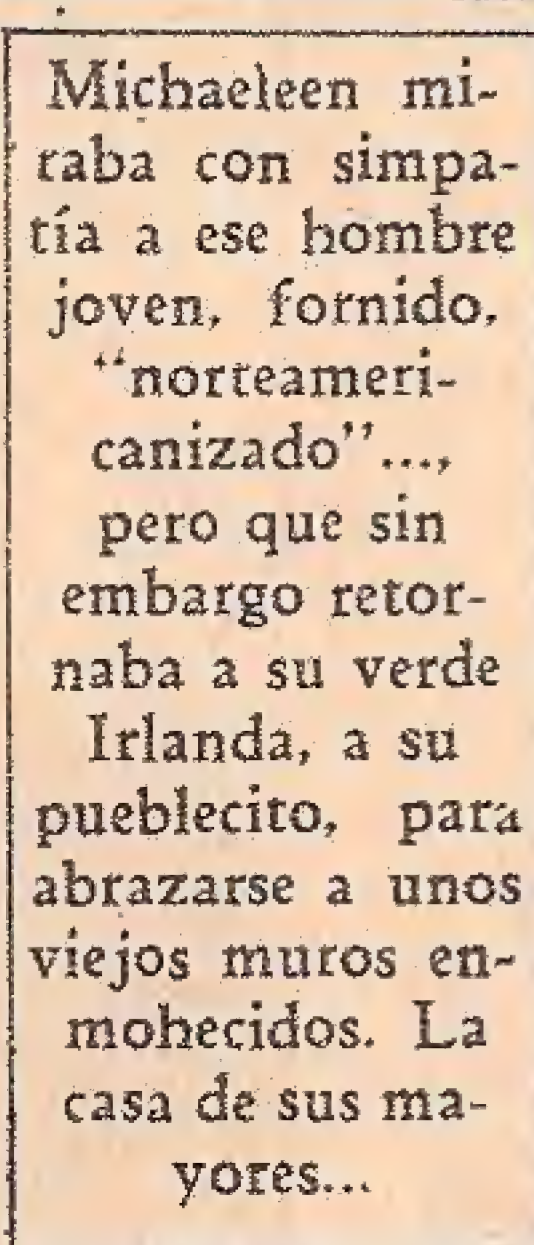
EL HOMBRE QUIETO

por MAURICE WALSH

El tren de las dos de la tarde ha llegado a Castletown, pueblo de la campiña verde esmeralda de Irlanda. Un hombre desciende del mismo... El hombre sonríe. Nótese que está desorientado...

DIBUJOS DE MORAGA





La señora Tillane era mujer de pocas palabras, algo seca en el trato, pero nada antipática. Al pedido de Sean Thornton contestó sencillamente "NO"...

Señora Tillane. ¿Cuánto es lo máximo que le han ofrecido por esa casa?



Le repito que en esa casa nacieron mis antepasados... Desde 1780 en adelante. Debe volver a mis manos...

No. Aunque hubo un caballero que me ofreció doscientas libras...



A Sean Thornton le pareció irrisoria esa cantidad. Al cambio por dólares resultaba un gran negocio...

Señora Tillane. Quien le ofreció doscientas libras la quería estafar...



Un sirviente de la señora viuda escuchó esa frase del "yanky" y abandonó rápidamente la casa, en pos de determinada persona...

¡Tengo que contarle esto... en seguida!



Sean continuó su conversación con la señora Tillane...

¡Mi Dios! ¡Es más dura que una roca!...



-Mi oferta es concreta... Plata en mano... Ya mismo. ¡500 libras!

¿Quinientas... libras? Bueno... En realidad yo y...



De pronto, un hombre de enorme talla y rostro desencajado por la ira, apareció sin saludar...

Acabo de enterarme... ¡Usted no venderá esa casa a este monigote! ¡Yo oferté doscientas libras... y...!



El caballero contraofertó "QUINIEN-TAS"....señor Will Danaher!

"¿Will Danaher?"
—pensó con rapidez Sean Thornton.

¿Will Danaher?...



"Sí", repuso el gigante, y avanzó resueltamente sobre el recién llegado a Inisfree. Los músculos de Sean pusieron en tensión...

(Quieto... Quieto, Sean... Aunque te golpeen... ¡Quieto!)



Paralelo al impulso agresivo de Will Danaher, llegó el grito de Michaelleen Flynn, que apareció en el comedor de la señora Tillane como por arte de magia...



¡Cuidado, Will Danaher!
¡Puede resultarte caro!

¡Will! Usted siempre torpe.

El gigante frenó sus impulsos.

¡Yo daré quinientos diez!



Sean Thornton sonrió a la señora Tillane...

-Yo le había dicho seiscientas libras, señora...

¡Maldición! ... ¡Seiscientas diez!



Bueno. Digamos... ¡MIL LIBRAS!



Danaher aulló de rabia... y abandonó la lucha. "Vendo", dijo Mrs. Tillane. Sean Thornton musitó un muy suave "Gracias"... y puso sobre la mesa las mil libras. El brusco y rico hacendado Will Danaher miró a Sean con enorme odio...

Nací en esa casa..., que ahora recupero gracias a Dios. Buenas tardes...



No hubo pelea, aunque el clima era por demás propicio para ella. El avispado Michaelen Flynn contuvo a Danaher con una simple frase: "No propiciaré vuestro casamiento con la señora Tillane. Eres insociable, Will".

¡Me han robado esa casa del valle... y de mis propias narices!...

Sean Thornton la compró con su plata ganada honradamente...



¿Honradamente? No sé. Tengo mis dudas. Los Thornton siempre fueron de cuidado. ¡Y éste no será hebra del revés! ¡Ah, me las pagará!



Michaelen Flynn movió la cabeza con desaliento. Jamás, en treinta años que llevaba "de mediador entre parejas que luego se casarían", tuvo que vérselas con mayor bruto que el adinerado y bravucón Will Danaher...



¡Y quiere casarse con la viuda Tillane porque ella también es rica! ¡Dios no ha de permitir eso!



Anochece cuando Sean Thornton pisó el umbral de su querido predio natal...

Una avalancha de emociones le apretó el corazón. Vio el momento cuando llevaban a su padre esposado..., y la muerte de su madre..., y su helada orfandad. Luego el trabajo brutal..., y la riqueza, como premio...

Sintió un ruido muy leve y cercano. Alguien que escapaba...

¡Alto! ¿Quién es?... ¡Venga!...



La muchacha pelirroja de esta tarde... ¡Mary Kate! ¡Caramba! ¿Qué haría en mis tierras?... Es curioso...



Ocurría, sencillamente, que las tierras de Sean Thornton terminaban donde comenzaban los dominios de Mary Kate... Danaher, y su hermano Will. Y la joven gustaba de acercarse a la antiquísima vivienda de los Thornton... Cuando Mary Kate regresó a su casa y se enteró...

¿De manera que ese hombre... es el nuevo propietario de "mi casita"?



Pasó toda la noche sin dormir..., preocupada... Al día siguiente, luego de misa, se dirigió a la pila de agua bendita. Estiró la mano, pero una palma ancha la proveyó de agua...

¡Usted!



Tocó el agua, y la mano de Sean Thornton, en un gesto rápido, nervioso. Se persignó... y echó a correr hacia su bicicleta. Sean permaneció inmóvil...



Sean invitó al cocheo-casamentero de Inisfree a beber una copa en el Bar Cohan. Bien pronto adquirió popularidad, por sus modales gentiles, por su sonrisa. En momentos que el anciano Morris decía...



Un Thornton es amigo mio...
¡Choca, muchacho!...

Sean Thornton se retiró del Bar Cohan sin bajar la cabeza..., pero se retiró. Todos murmuraron extrañados... "¿Con ese cuerpo de atleta y no pelea"? De todos los presentes sólo uno conocía el íntimo dolor, el secreto, de Sean Thornton. Era el reverendo O'Garr...



¡Yo soy amigo de la gente con agallas..., no de gallinas!...
¡Thornton. bah!

Sean Thornton volvió a enfrentar la bella mirada de Mary Kate Danaher. La saludó y ella contestó con una nerviosa sonrisa...



Yo quiero..., María Kate..., quisiera... ¿Usted me permitiría? Quiero visitar su domicilio con Michaelleen Flynn. ¿Me comprende?

Michaelleen Flynn llegaba a la iglesia con su coche... y vio la escena.



No es justo, Sean Thornton. Has obligado a la muchacha a que te toque la mano. Comienzas mal. Esas deben ser maneras noteamericanas...

Es muy hermosa...
Mary Kate...

¿Quieres desatar la guerra en este pacífico lugar? ¡Will iría gustoso a presidio si pudiera asesinarte!



...apareció en el bar Will Danaher.

¡No estreches esa mano sucia, Morris!...
¡Este Thornton es un ventajero, pero yo he de hacerle marcar el paso!



Vea, Will Yo no quiero pelea...

¡Es la contestación de los cobardes! Pero yo, en cambio...



¡Hasta luego, amigos!

Dos días después realizábase en Inisfree la competencia anual de jinetes. Sean Thornton apareció con su cabalgadura, y todos lo miraron con alguna indiferencia. El "yanky" se anotó..., corrió... y venció. En segundo término llegaba Will Danaher...



¡Vivaaa! ¡Bravo, Thornton!

El reverendo O'Garr y el padre Lonergan repartieron los premios...

¡Bueno, muchacho! ¡No hay jinete mejor que tú en Inisfree! ¡Congratulaciones!



La muchacha escapó una vez más a buena velocidad. El reverendo O'Garr se acercó a Sean...

Me alegra tu victoria, Sean. Es un poco la victoria de Jorge sobre el dragón. Una victoria con belleza..., sin golpes...



Si tú vinieras a visitarme..., conversaríamos sobre varias cuestiones de interés general... Y para ti, tal vez...

Iré, reverendo...



Por su parte el padre Lonergan tuvo la visita de Mary Kate Danaher...

¿Tu hermano odia de esa manera a Thornton? ¡Es muy grave!...



Sean Thornton llegó al domicilio del reverendo O'Garr.

Siéntate, muchacho. Y toma con calma lo que voy a decirte..., a mostrarte.



La actitud enigmática de O'Garr sorprendió al hombre... Abrió el enorme libro lleno de recorres de diarios. En determinada página Sean Thornton quedó muy sorprendido.



¡Reverendo! ¿Usted sabe... lo que me ocurrió en Pittsburg? ¡Lo sabe!

Aquí está "todo"... ¡Pero yo no hablaré, Sean!...



Sean Thornton abandonó el domicilio del reverendo O'Garr con la tristeza clavada en sus pupilas. El doloroso ayer volvía a torturarlo...



Sintió que lo llamaban por su nombre. Era el padre Lonergan...

Vino a verme Mary Kate Danaher..., ¿sabes, Sean? Yo quiero prevenirte contra ese bruto de Will...



Se lo agradezco de alma, padre Lonergan...

El buscará pelea... Es duro como el granito, aunque tú seas diez años menor que él...

No pelearé, padre. No pelearé...



Siguieron conversando camino arriba, hacia la costa. Entonces el padre Lonergan sugirió a Sean Thornton...

Aunque no seas amigo de Will Danaher, trata con cortesía a Mary Kate, su hermana. Es una muchacha ejemplar...



El hombre esperó que Michaelleen Flynn llegara. Luego, los dos tomaron camino hacia la vivienda de los Danaher...

Ella dijo que nos recibiría con sumo gusto, aún que no sabe qué hará Will...

Me interesa únicamente Mary Kate... Y ni siquiera aceptaré su dote.



En realidad, Sean odiaba el dinero en general. ¡Más aún luego de "aquel horrible suceso" que a veces le hurtaba su tranquilidad, un reposo. "Aquello" había ocurrido porque había DINERO por medio... Allá, en Pittsburg. ¡Su secreto!

Quiero a la muchacha... A ella solamente... Y sin dote, en lo posible.

¿Estrás loco, Sean? ¡Sin dote! ¡Loco!



Mary Kate los recibió, nerviosa, pero halagada. Había recogido sus pelirrojos cabellos en una forma muy graciosa...

Bueno, Mary Kate. Sean Thornton pretende tu mano, y yo la solicito... ¿Qué diría tu hermano Will?...



Uno de los sirvientes de Will Danaher corrió a avisar al patrón...

¿ESOS EN MI CASA?
¡Ahora verán!...



¿Qué buscas, Michaelleen Flynn? ¿La blanca mano de Mary Kate para un... cualquiera?

¡Conmigo cuidado, Will! ¡Casi diría que tu felicidad depende de mí!



Will Danaher se contuvo. Michaelleen era el único en la comarca que podía acelerar el lento curso de su noviazgo. Noviazgo al que la viuda se oponía firmemente...

¡Yo defendiendo mi nombre, Michaelleen! ¡NUNCA DARE MI CONSENTIMIENTO para que este hombre se case con mi hermana!



Mary Kate se encerró en su alcoba y lloró con inusitada amargura. El cochero casamentero de Inisfree salió de la casa Danaher, escoltando a un novio ya sin esperanzas...

¡Insistiré, Michaelleen! ¡Ella será mi esposa! ¡Pienso que me ama!



Aquella tarde, Mary Kate salió hasta Castletown para hacer compras. Iba en su bicicleta. Por el camino la alcanzó Sean Thornton...

¡Estoy avergonzada! ¡No podremos vernos más!



Serenamente, el hombre trató de hacerle comprender el grave error en que iba a caer...

¡Es nuestra felicidad, Mary Kate!... ¡Tú eres mayor de edad y...!



Pero mi hermano se opone... y aquí es costumbre...

—“¡Echa al mar esas tontas costumbres, Mary Kate, y casémonos! ¡Te quiero!”.

¡No necesitas venir acompañada de dote alguna! ¡Al diablo el dinero! ¡Te preciso en casa..., aunque vengas con lo puesto!



Ella escuchó al hombre con creciente terror...

¿Oponerme a la tradición? ¿Qué dice, Sean? ¡Imposible!



La pelirroja clavó la mirada en el camino a Castletown y dejó al novio sin contestación...

¡Mary Kate! ¡Entonces...?



El reverendo O'Garr tuvo una idea para ayudar a Thornton. Se la explicó a Michaelleen Flynn, y al casamentero le pareció OPTIMA. ¡Iban a atrapar a Will!...



Iré a verlo en seguida... ¡Magnífica idea!

Will Danaher escuchó atentamente a Michaelleen, y luego rió gozoso...

¿De modo que la viuda Tillane me rechaza porque me opongo al casamiento de Mary Kate con..., con ese yanky?

Ella no podría ver en tu casa a esa niña triste. Además piensa que eres un desconsiderado con dos damas para tu atención...



¿Comprendes?... Tu esposa... y tu hermana... ¿Comprendes, Will?

Comprendo, comprendo... Bueno... ¿Quiere decir entonces...?



Los ojos del casamentero se iluminaron como dos fosforillos encendidos...

Hay que arreglar lo concerniente a la boda entre Thornton y Mary Kate. Luego se hará la tuya, Will...



La iglesia de Inisfree brilló para el enlace de Sean y Mary Kate Danaher. Luego, durante la fiesta..., en lo mejor de la fiesta...

Señoras, señores... Va a dirigirles la palabra Will Danaher ...



Lo presentaban como si estuviera sobre una tribuna política, y Will, inflado, batracio, golpeó la mesa principal para llamar a silencio a los invitados. Cuando se produjo, carraspeó varias veces... y...

Aprovecho la ocasión para decirles que..., que entre la distinguida señora Tillane y yo... habrá muy pronto novedades de...



La viuda se incorporó muy enojada, y entonces el reverendo O'Garr supuso que la tormenta iba a desatarse. La señora Tillane puso en ridículo a Danaher...

Michaelleen Flynn me aseguró que usted iba a casarse conmigo si yo...



"No. Nunca". Eso respondió la ofendida mujer. Entonces Will Danaher se acercó al casamentero y lo golpeó sin contemplaciones...

¡Alto, Will! ¿No tienes entrañas?...



Will Danaher giró sobre sus talones y aplicó una trompada en el mentón de su cuñado, que cayó al suelo inconsciente. En medio del estupor general, un hombre temblaba, esperando lo peor: la reacción de Sean, "el hombre quieto". Ese hombre era el reverendo O'Garr...

(Sean... puede volver a matar... Si se levanta y ofrece pelea, puede volver a matar... como aquella noche en un ring de Pittsburg...)



Aquella trágica noche del año 1953...

¡Lo he matado!...



Sean Thornton no estaba knock-out. Estaba contra el piso, bien es cierto, pero recordaba "aquella maldita noche" cuando mató a un boxeador por conquistar un título, y una bolsa de dólares...

El reverendo O'Garr era el único hombre de Inisfree que sabía del secreto del ex-campeón, luego brillante hombre de negocios... Siempre triste, siempre quieto.

(¡Si golpea a Danaher! ¡Oh, Dios mío!... ¡No!)



Sean Thornton se incorporó, tomó del brazo a su esposa y...

Vamos, Mary Kate...

¿Y mi dote?... ¡Tengo que recibir mi dote! ¡Sin mi dote no podría ser!...



El diabólico Will Danaher dijo rotundamente: "NO HAY DOTE".

¡Tú tienes cuatrocientas libras más! ¡Dámelas!



¡Vamos, Mary Kate!

Alzó a su esposa en sus brazos de granito y la llevó a la vieja y querida casa paterna. Mary Kate no se conformó. ¡ERA UNA TRADICION!

Si no tengo dote, no significo NADA. Soy una criada, o menos..., o menos...



El hombre quieto sufrió esa noche y muchas más. Estaba casado, pero no tenía esposa...

Buenas noches, Sean... ¡Y que Dios te ilumine!...



"El dinero. Siempre el dinero en mi camino", suspiró Thornton...

¡Estos idiotas que hacen un mundo de una pequeñez!



En ese "mundo" se perdía su felicidad...

Buen día, Sean. Acabo de servirte el desayuno...



Mary Kate actuaba como una criada. En silencio..., lavando..., cocinando...

Luego se encerraba en su habitación y lloraba horas enteras.

(Ahora se encierra para llorar... ¡Qué vida!...)



Por las tardes, la joven iba a hablar con el padre Lonergan, que respetaba la posición "tradicionalista" de Mary Kate, pero que, sin embargo...

Es tu esposo ante Dios, ante las leyes de Irlanda, querida Mary Kate...

Y yo no tengo mi dote.... ¡Will es malo.... más que perverso!...



Will Danaher refugió sus fracasos sentimentales en su hacienda, que le daba jugosos dividendos...

Hoy vendo cien terneros a muy buen precio. ¡Al diablo con el amor!



Pero su odio hacia todos los que habíanse burlado de él no tenía fronteras.

¡No pases mi dominios, Michaelen Flynn..., o te pesará! ¡Burlón maldito!



Will Danaher ganó mucho dinero en la feria de hacienda de Inisfree... Michaelen, el cochero, fue a decírselo a Sean Thornton...



Yo no vendo hacienda. Me dedico a cultivar flores, Michaelen. Esta labor serena mis arrebatos...

-- Piensas regresar a EE. UU.?



Cuando Mary Kate me diga "Sí" con su mejor voluntad...

Mary Kate escuchaba el diálogo desde la cocina. Con la punta del delantal secó una lágrima que huía...



¿De modo que mi hermano ha ganado tanto dinero?

Ese simple comentario de Michael Flynn trajo —durante el almuerzo— una agria disputa en la mesa de Thornton...



Mary Kate selló sus labios. Luego, aprovechando la hora de la siesta, se arregló y.... salió.



Un buen amigo de Sean- intu- yendo algo desagradable— fue en su busca...

He visto a Mary Kate cami- nando hacia la estación.



Corrió, alcanzando a la esposa justo en la estación ferroviaria. La tomó de un brazo, y echó a correr con sus más largas zancadas...



¡No quiero! ¡No quiero...! ¡Soy menos que una criada! ¡Déjeme!

Gran cantidad de gente venía detrás de ellos. Se diría que todo Inisfree estaba allí, esperando acontecimientos. Caminaron muchísimos metros. Al final de uno de los varios senderos que dividían la hermosa y verde comarca irlandesa...



¡Va a casa de Will Danaher!

Will Danaher acababa de realizar otro excelente negocio y echaba una cantidad de libras en sus bolsillos, cuando sintió que lo llamaban imperiosamente...



¡Está Sean Thornton y... y Mary Kate! ¡La trae a la rastra!

¿A la rastra a mi hermana?

Sean dijo a Danaher por todo saludo: "Entrega la dote a Mary Kate." Una carcajada incivil contestó a su pedido. Entonces Thornton empujó a Mary Kate hacia el lugar donde se hallaba Will Danaher...



Queda roto nuestro matrimonio. ¡Tú tienes la culpa, Will, y Dios te lo reclamará algún día!



Danaher, lleno de furia, apartó a su hermana, y, apretando sus manazas, fue al encuentro de Sean Thornton, pero esta vez el hombre quieto le madrugó con un "punch" de notable acierto...

Instantes después, las dos fieras prodigábanse en una lucha terrible, cuyo final podía ser únicamente LA MUERTE...



Mary Kate Danaher de Thornton se apartó de la gente que rodeaba a los luchadores y rezó, de frente al valle... Luego tomó el camino hacia su verdadera casa. ¡Estaba orgullosa de Sean!

Le aguardaré con un magnífico guisado... ¡Es mi esposo!



Un riacho recogió a los hombres, que se golpeaban encarnizadamente.

¡Bravo, Sean! ¡Duro, amigo yanky!... Tienes tu merecido, Will ...



Cuando el robusto padre Lonergan —tras abandonar su caña de pescar— corrió a separarlos. Will Danaher caía víctima de un trompis en el mentón...

¡Te mataré!.. ¡Te mataré!



¿Están satisfechos...caballeros? ¡Sean! ¡Explícate!

El "yanky" volvió a recordar aquel "Knock-out" asesino.

¡Dios sabe que yo no quería pelear!... ¡El me agredió!



Atardecía. Golpearon a la puerta de la antigua vivienda de los Thornton. Mary Kate dijo "Adelante"...y la puerta se abrió lentamente...



—Ella dijo... "¡Will!"... y pensó lo peor. En efecto: ahí estaba Danaher, que parecía mareado. El bravucón movió los labios...

Estás casada con un verdadero hombre, Mary Kate. Toma tu dote...



Mary Kate olvidó el valor de "su dote". Algo de más importancia le exigía...

¿Y Sean?... ¡Dónde está mi marido!...



Will Danaher se apoyó contra la puerta. Estaba extenuado...

Celebra en lo de Cohan... mi derrota, hermana... ¡Pero es un hombre, caramba! Toma... tu dote..., Mary Kate... Toma...



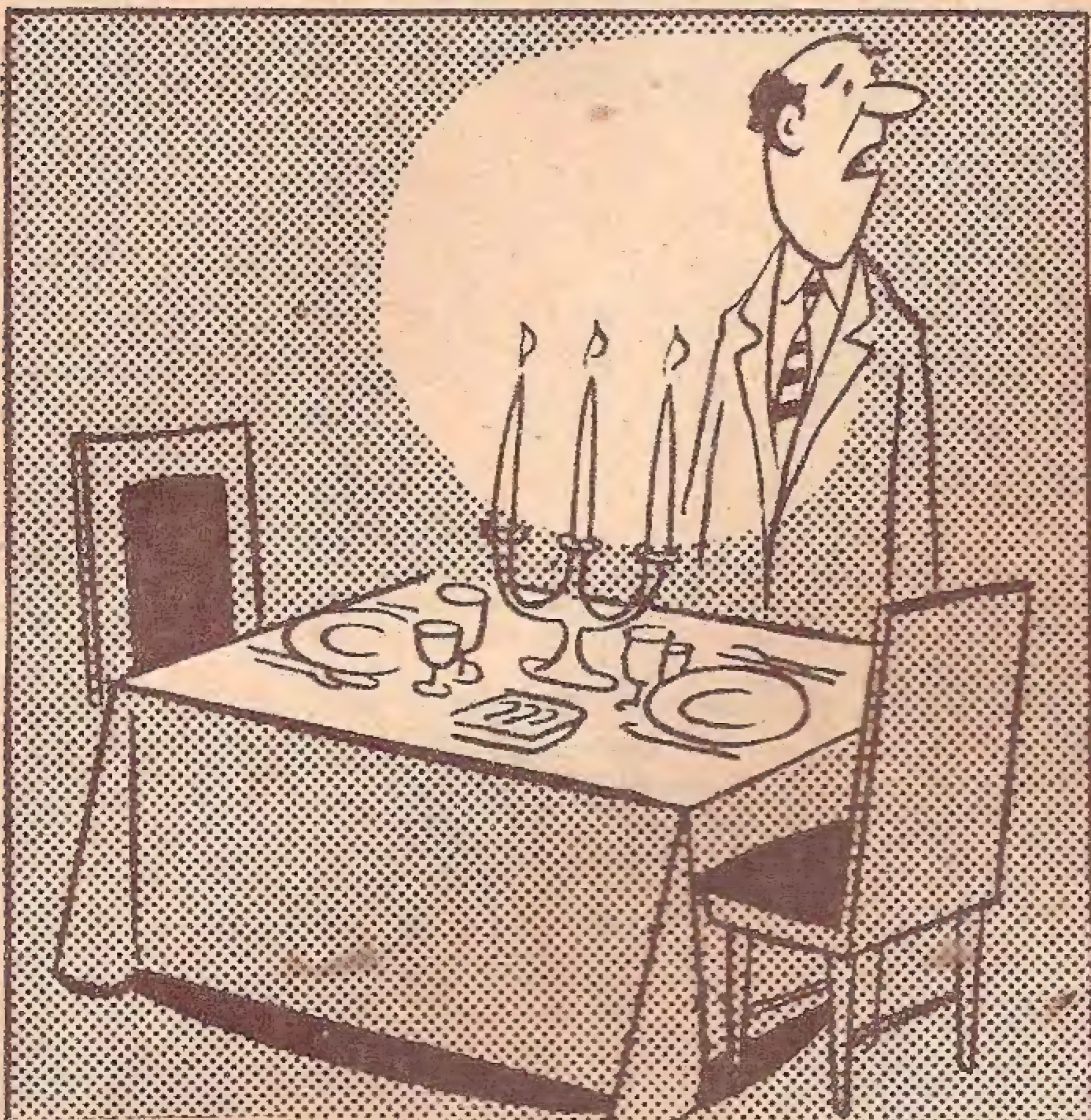
Muchas monedas de oro rodaron por la mesa familiar de los Thornton, mientras Mary Kate volvía a hacerse cargo de la cocina... ¡y satisfechísima!



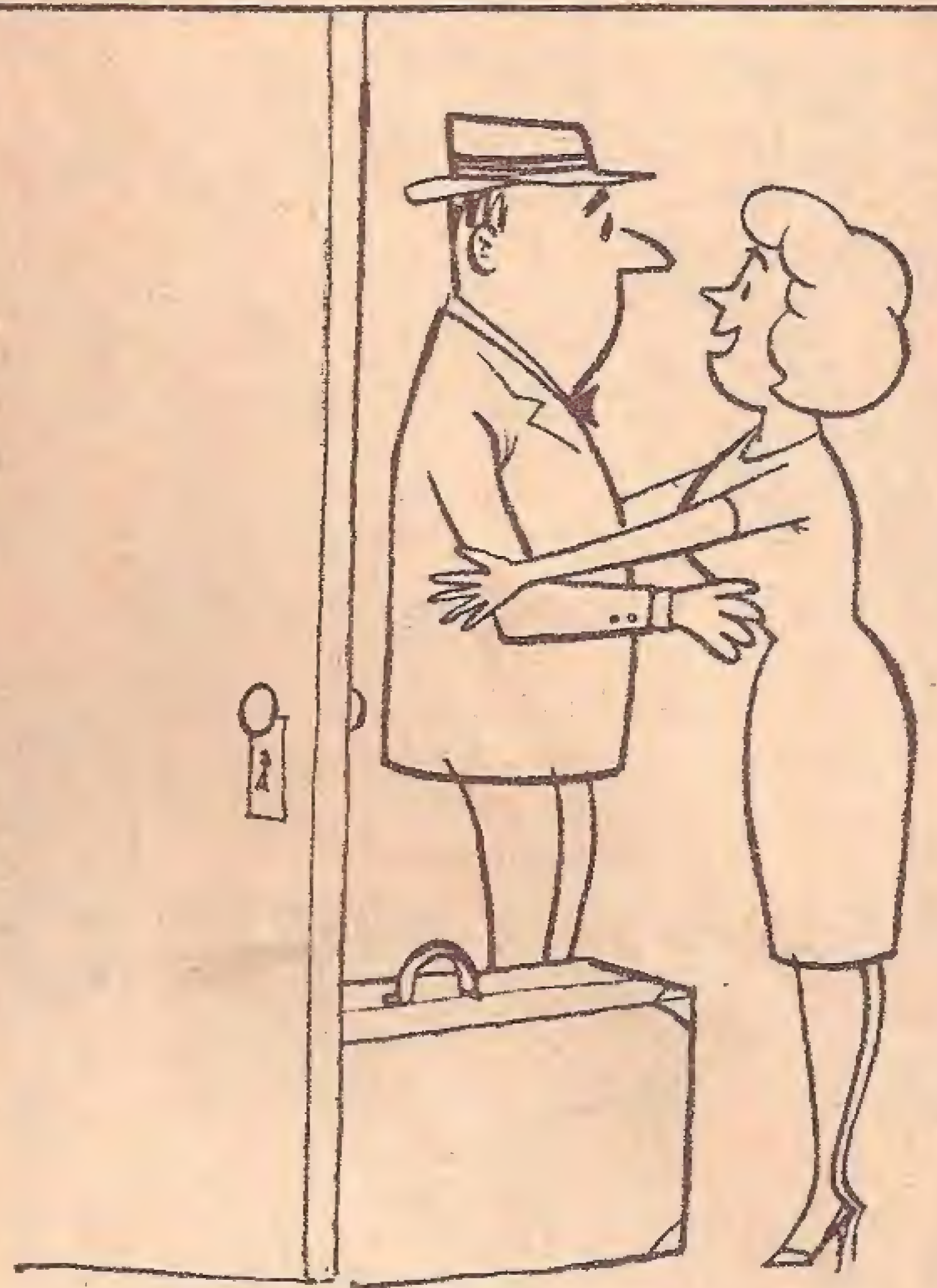
Deja ahora, Will. ¡Y siéntate...! ¡No es que va a quemarse mi guisado!... ¡Dentro de un rato tendremos a Sean con nosotros...! Y la comida los unió en una amistad incomparable y duradera.

FIN

DE BUEN HUMOR



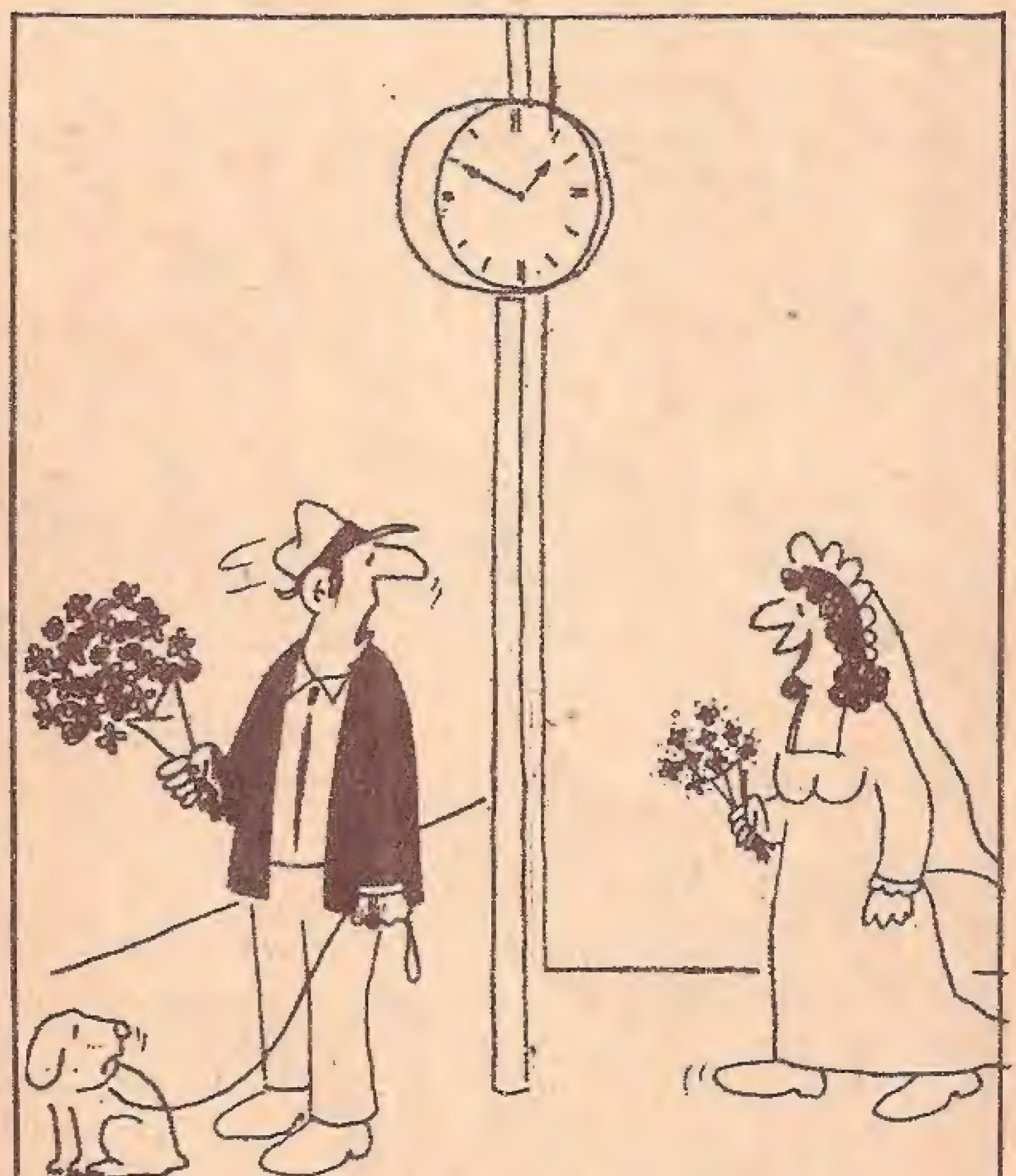
—¿Es nuestro aniversario de casamiento o te has olvidado de pagar la cuenta de la electricidad?



—No te olvides de escribirme, querido, aún cuando sólo sea un cheque.



—Parecería que la promesa de año nuevo que hizo Johnny comienza a debilitarse.



—Espero que no me crea usted demasiado presuntuosa por ser nuestra primera cita, señor Prati.

LOS WILSON DE TEXAS

por JUAN DE DIOS CORREAU

DIBUJOS DE ANGEL FERNANDEZ

El acaudalado y respetado ganadero de Texas, Rock Wilson, venía de la terraza del club neoyorquino "Races", en compañía de su amigo Flood.

Ambos habían hecho dinero con innumerables y bien guiados negocios. Ahora, parecía que descansaban.



Wilson tenía alrededor de sesenta años; Flood, aproximadamente lo mismo...

Confortable la terraza de "nuestro" club, ¿verdad Rock?



Al viejo Wilson le daba igual ese club de lujo que un galpón en Texas.

Sí... Más o menos... ¡Bah!



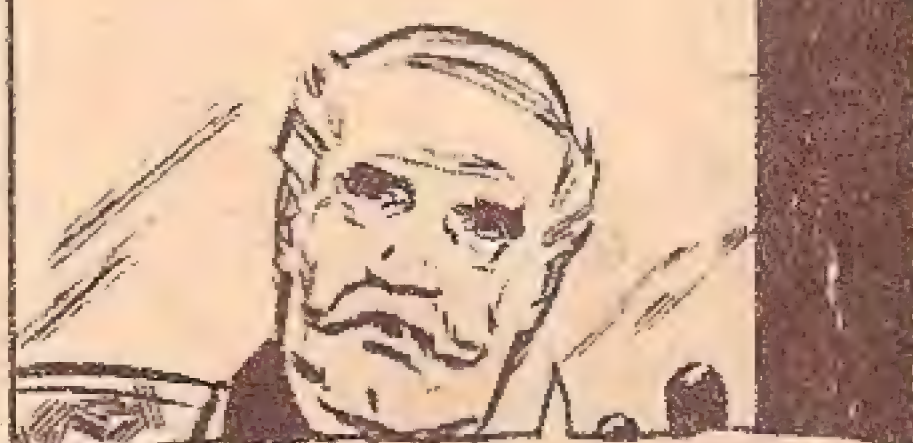
Unas jóvenes, hijas de asociados del "Races", corrían hacia el salón de invierno.

¡La sangre nueva! ¿Qué te parece cómo va el mundo, viejo Wilson?



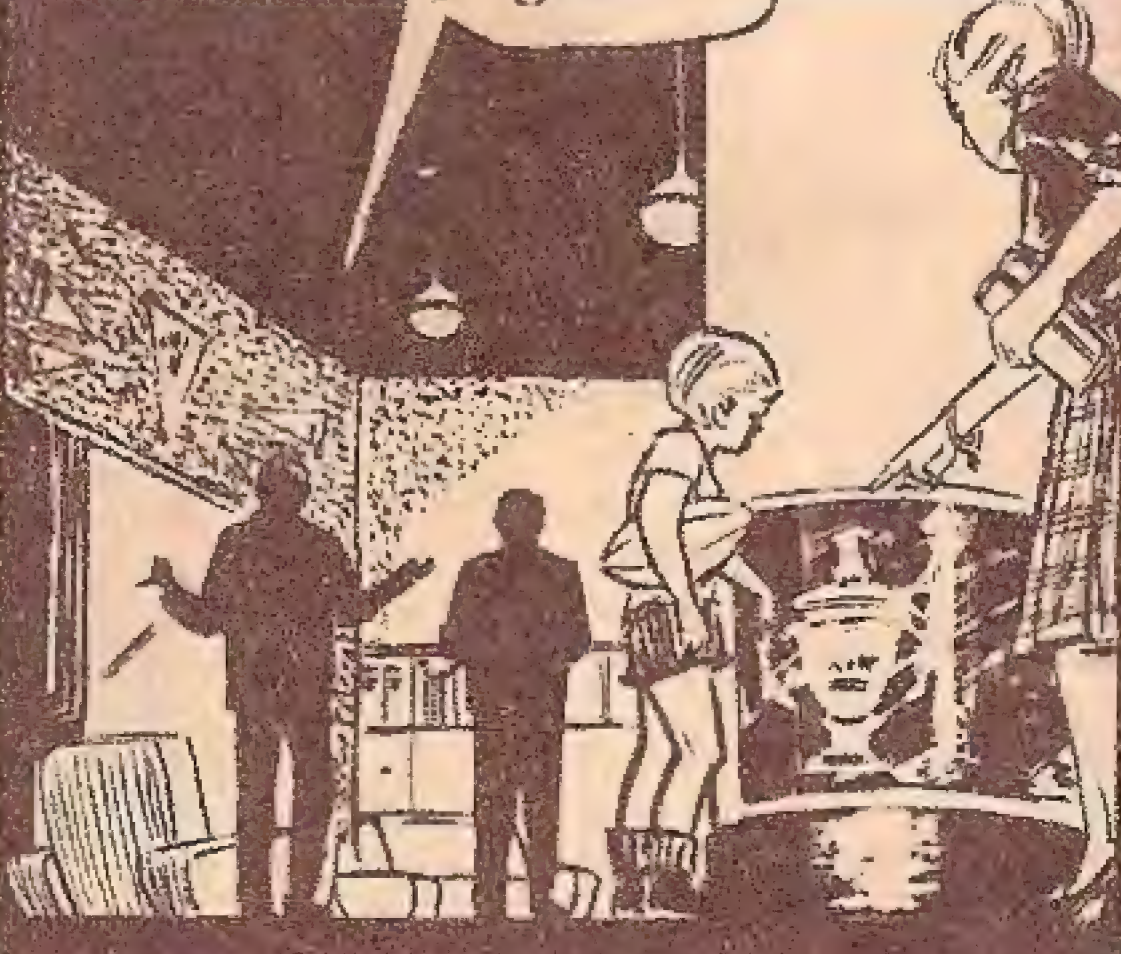
¡Me interesan cómo van mis vacas y mis toros de Texas!

No. Yo me preocupo bastante por esta juventud. Tengo hijos...



¿Y yo, no? ¡Tengo tres, y bien exigentes! Pero conmigo están arreglados. ¡Tengo educación a la antigua..., aunque no soy antiguo!

¡Estos jóvenes de hoy exigen demasiado..., y ellos cumplen muy poco! ¡Mis hijos ya están acostumbrados a mi rigor...!



No obstante soy un padre cariñoso..., generoso...

¡Pero estás muy ocupado en tus negocios, y lo demás no te interesa!



Tomaron asiento sobre un sillón de cuero de nonato.

¡Esos muchachos míos han pretendido hacer lo que ellos querían! ¡Pero con Rock Wilson no valen imposiciones! Y sin embargo... ¡Maldición!





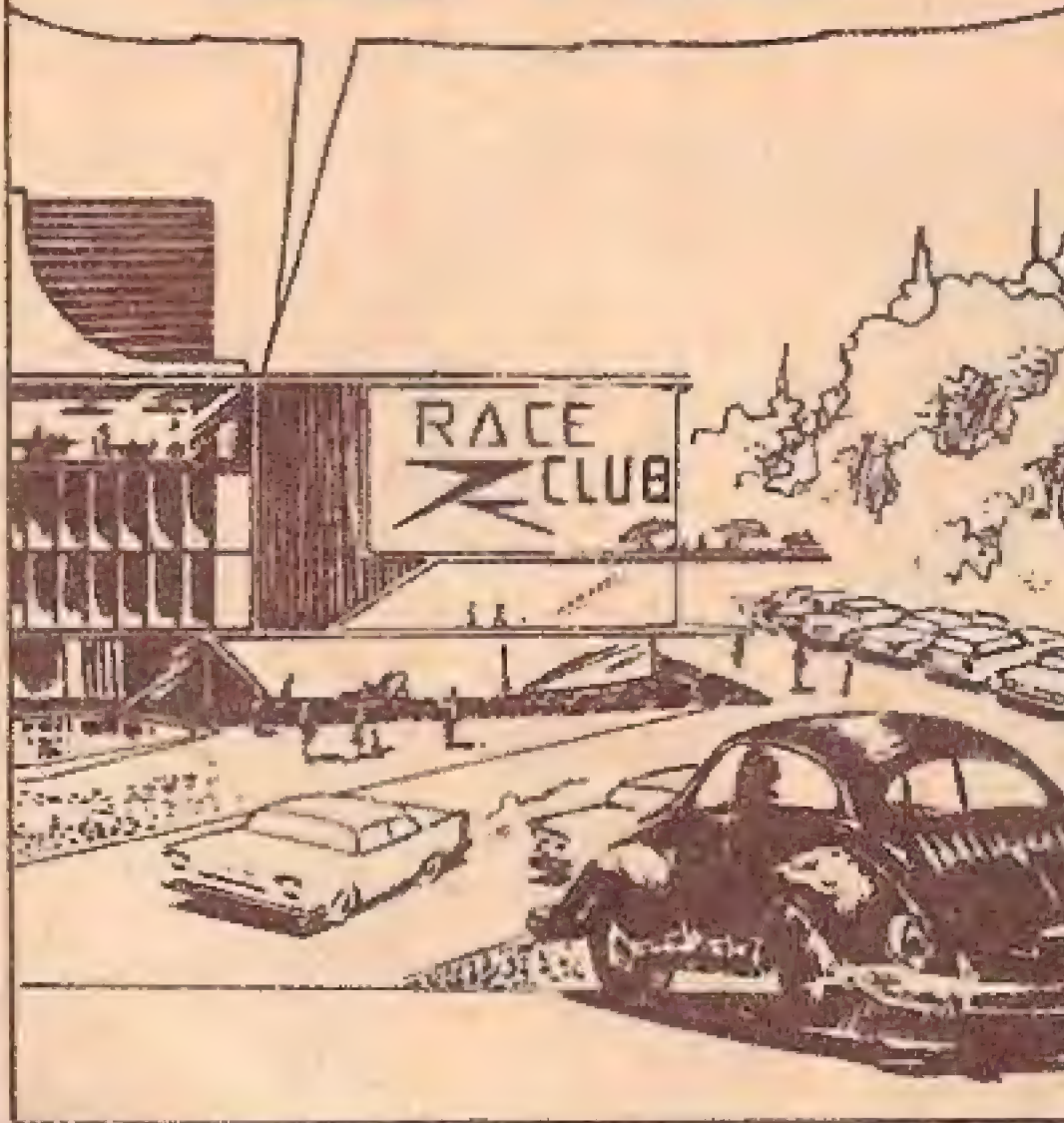
Wilson quedó repentinamente preocupado. Pero salió de esa situación con una jovial carcajada. "Tenía sus reservas como para aventar cualquier problema."

¡La mía fué una niñez y una juventud de miseria!... ¡Pero luego...!

TODO SE OLVIDA... cuando se llega tan alto como nosotros....¿eh?



Sí... Y hoy sólo me entristece esa "enfermedad" de Buster...



¿Enfermedad? No lo creo. Tu muchacho es melancólico. ¿No será poeta?

¡Qué sé yo! ¡Pero es "un Wilson". caramba! ¡Y a veces parece tonto! ¡En cuanto pueda le haré casar con tu hija Ruth!



Flood suspiró con cierta angustia. Su hija Ruth no era de esas jóvenes a las que se dice: TE CASAS CON ESTE SEÑOR Y BASTA.

Ruth es mi orgullo. Aunque tiene el carácter de mi finada hermana, Elsie.



Buster Wilson estaba muy encariñado con Ruth Flood, pero la joven arquitecta solamente lo apreciaba como un amigo de juegos infantiles.

Es una muchacha de carácter, Rock. No acepta "mandatos"...¿Comprendes?



¡Bah! ¡Paparruchas juveniles! Ya los haremos entrar en vereda...

Flood rompió a reír con ganas...

¡Tienes unas "maneras", Rockie! ¡No eres un poeta, realmente!



El viejo ganadero de Texas gruñó... "¿POETA? ¿QUIERES DECIRME TONTO?"

"Prefiero un pillo a un tonto. Los tontos perjudican más."



Tenía frases así de lapidarias, y a montones, el rudo y veterano Wilson de Texas... "Sin la plata no podríamos dar un paso. Hombres con plata no son hombres paralizados."

Mira quién viene. Rock...



El ganadero giró su ancho cuello y sonrió.
¡El canadiense! Este tal Bishops me gusta.
Creo que haremos buenos negocios.



Fritz Bishops no tenía buen aspecto físico. Era pequeño, míope, pero su sonrisa le daba excelente carta de presentación. A su lado venía otro individuo...

Hola, señor Wilson... Le presento a mi secretario, Julius Goodpeer.



Mucho gusto. Bueno. ¿Podemos hablar del asunto que nos ocupa?

Bishops se mostró reticente delante del caballero Flood.

Entiendo. ¿Me perdonas un rato, querido Flood? A la hora de cenar te veré donde siempre. ¿Convenido?



Hasta luego, Rock. ¡Y buenos negocios!

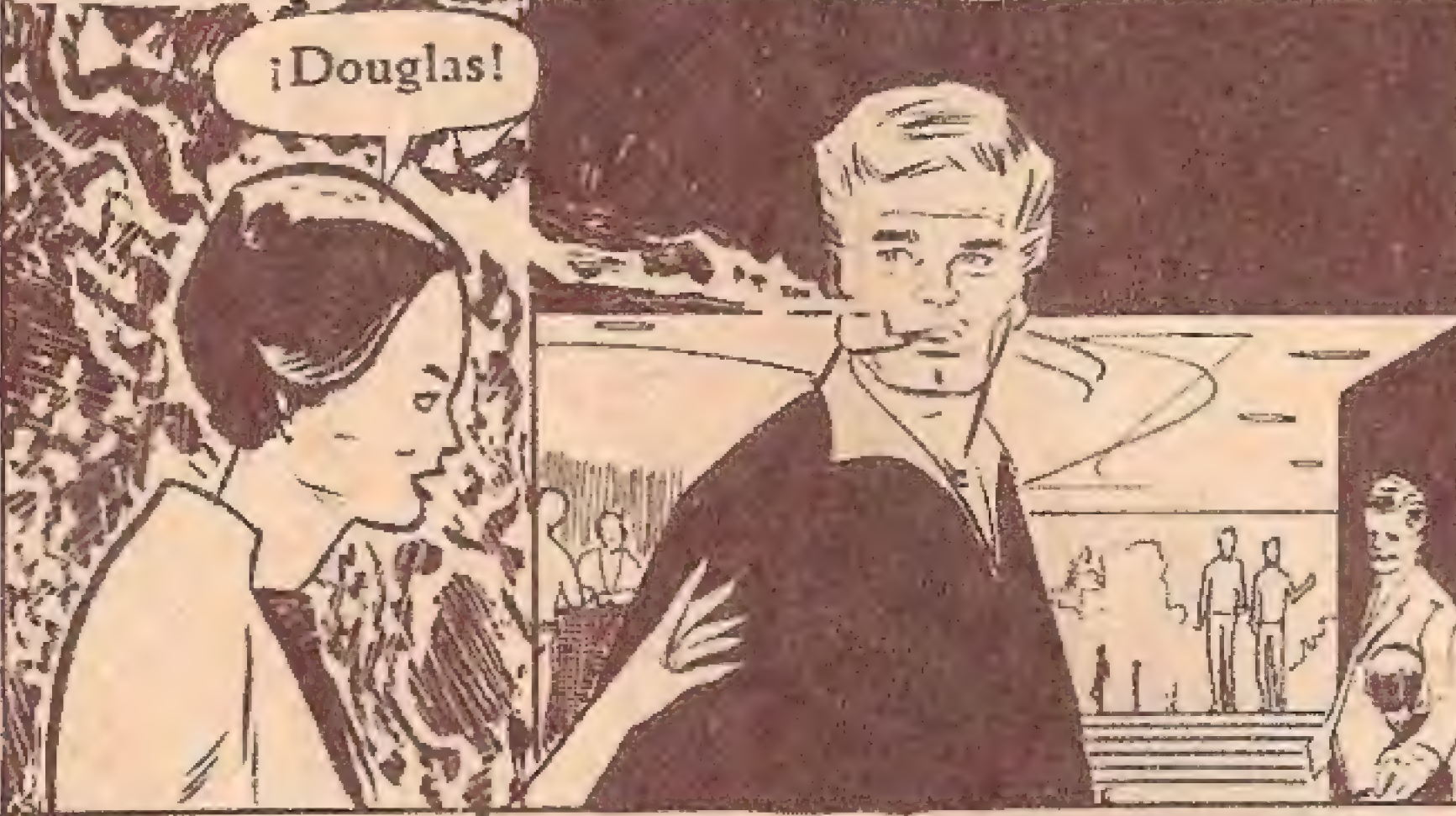
Fritz Bishops dedicó a Flood una cordialísima sonrisa.

Vengan, señores. A la salita privada de los socios caracterizados, como yo.



Apenas minutos más tarde, Ruth Flood penetraba en el hall de mármol del "Races Club". Había quedado en encontrarse con Buster Wilson para nadar un rato. Pero en lugar de Buster halló a Douglas McNish, ingeniero naval...

¡Douglas!



¡Hola, Ruth! ¿No has visto a tu futuro cuñado, Michael Wilson?



¿Mi "cuñado" dices. Douglas? ¡Ja, ja, ja...! ¡Oh..., muy prematuro!

Creí encontrar a Michael en este club donde viene todo el mundo...



Ambos se miraron durante breves instantes con la simpatía acostumbrada. Douglas había empezado a apreciar a la dinámica arquitecta Flood. Y a queterla, secretamente. Por eso sentía un enorme placer espiritual hablando con ella.



¿No te agrada el "Races Club", Douglas? A mí me parece tan armonioso, tan alegre. ¡Es un verdadero lugar de descanso!

Al ingeniero McNish le parecía "un infierno en la tierra"...

¡Desborda de comerciantes, de vaqueros, de bolsistas! ¡No me gusta este "elegante" club neoyorquino! Pero vengo igual...





Douglas se incorporó con cierta pesadez.

Sí. Vamos...

Te hablaré sobre mis ideas políticas, para el futuro. ¡Tengo planes maravillosos! ¡Roosevelt me envidiaría! ¡Vamos?

¡Hasta mañana, Ruth! ¡Puedo hablarte por teléfono al medio-día...?

Puedes, Douglas...

La joven marchó hacia la pileta de natación del "Races Club". ¡Ahí estaba Buster! ¡Y la miraba con encono!

¿Crees que Buster Wilson es un idiota, para jugar con él?

Y la mano delgada, huesuda, del furioso muchachón, estrellóse contra la mejilla de Ruth... que quedó aplastada por el brutal recibimiento.

¡Te lo anticipé no hace mucho! ¡Con los Wilson no se juega! ¡He de matarte, Ruth. cualquiera de estos días...!

Y desapareció de la vista de todos los presentes, dejando a Ruth Flood confundida y llena de vergüenza...

Al mismo tiempo, Rock Wilson, acompañado de Fritz Bishops y su secretario, conversaban de negocios en medio de una pequeña sala amueblada con buen gusto.

Por mi parte, fuera del arrendamiento de mis campos en Texas, aceptación de hipotecas bien saneadas, y sobre todo mis animales...

...no me meto en otra clase de negocios. Me quedo "con lo conocido"...

Mal hecho, señor Wilson. Y ya sabe que yo se lo digo con la garantía de la fuerte firma canadiense que represento. ¡Hágame caso...!

¡Usted es un hombre inteligente, hábil, moderno...! Y lo que yo le propongo..., basado en un capital firme y amplio...

Minutos después...

Este documento que usted firma, señor Wilson, será su verdadera consagración comercial. ¡No en balde los Wilson de Texas son tan reputados!...

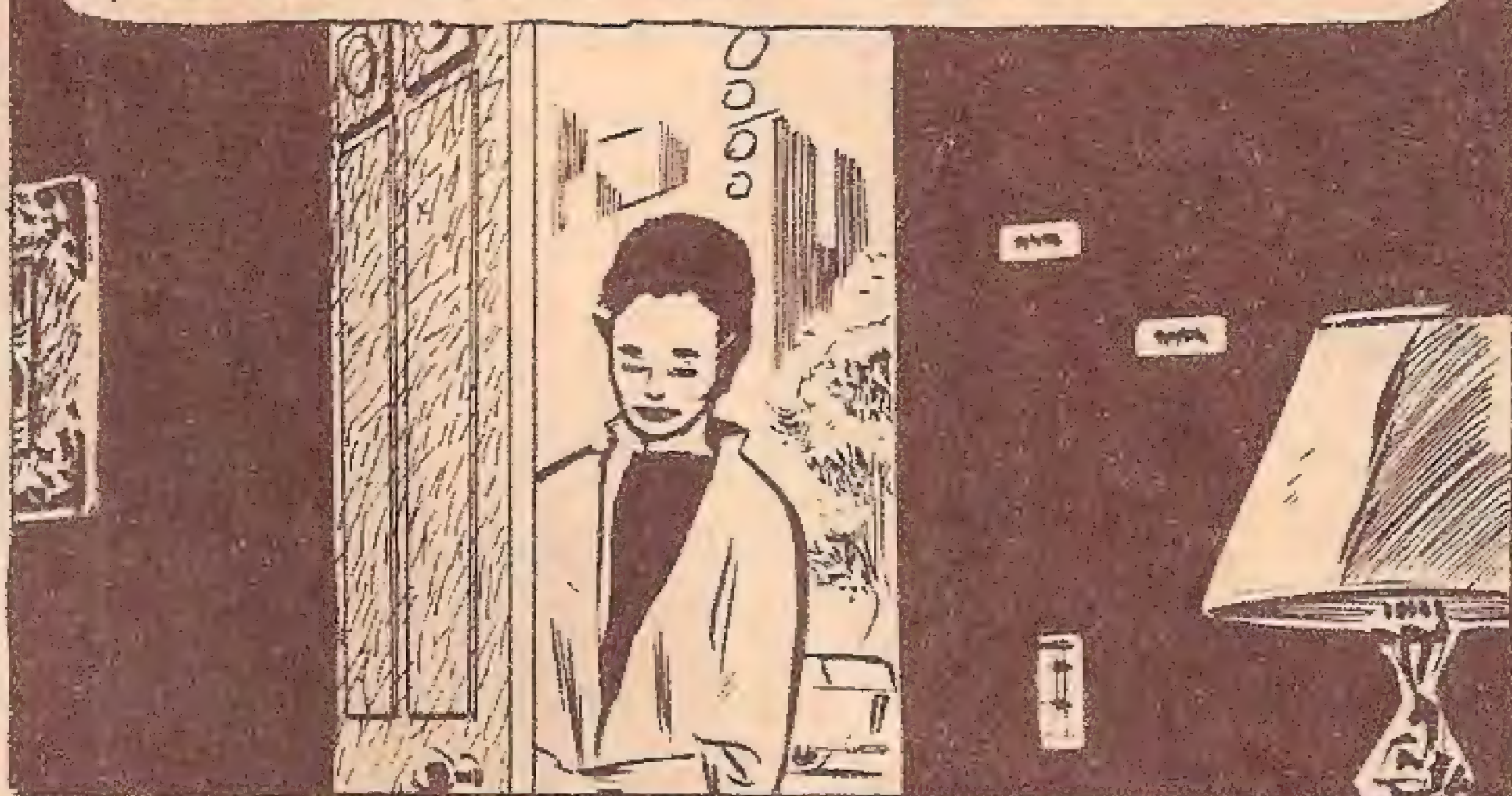
Entretanto, Ruth Flood iba lentamente por las calles llenas de gente del centro de New York. En su cabeza bullían mil cosas... y una enorme confusión...

(Me sumergiré en mi profesión. Mi profesión es bella. Me distraerá...)



Le ardía aún el alevoso golpe recibido por la mano injusta de Buster.

(¡Dios mío...! ¡Que no vuelva a ver jamás a ese hombre...!)



El caballero Ray Flood vio entrar a su hija con cara compungida...

¡Ruth! ¿Qué te preocupa, hijita?

Nada... Nada...



Anoche. En el departamento de los Flood sonó con sequedad el timbre del teléfono. Atendió Ruth...

¿Douglas? ¡Oh, cuánto agradezco tu llamado!... ¿Estás aún en New York?



Todas las semanas, Douglas McNish realizaba una visita a la base naval de Guantánamo, en Cuba, por exigencias de su trabajo. Iba a salir al día siguiente, por eso anticipó su llamado telefónico a la mujer que amaba.



¿Me invitas a cenar? ¿Y tu madre no opinará lo contrario? Bien... Iré...

El ingeniero McNish cenó con Ruth y su madre. Luego quedaron los dos jóvenes hablando en el comedor, mientras la señora Flood miraba televisión.

Necesitaba verte... Necesitaba hablar contigo...

¿Y yo...? HOY... AHORA... necesito también hablar contigo...



Media hora después...

¡Soy muy feliz, Ruth! Mi soledad, de pronto, se ha llenado de luz. ¡Te amo!



Era una declaración de amor dicha en la serenidad de un hogar pacífico y honesto, como era el de los Flood. Y Ruth contestó afirmativamente.

¡Gracias Douglas...! ¡HOY..., AHORA, te digo, gracias...!

No. Gracias a ti, que has dado fuerzas nuevas a mi corazón.

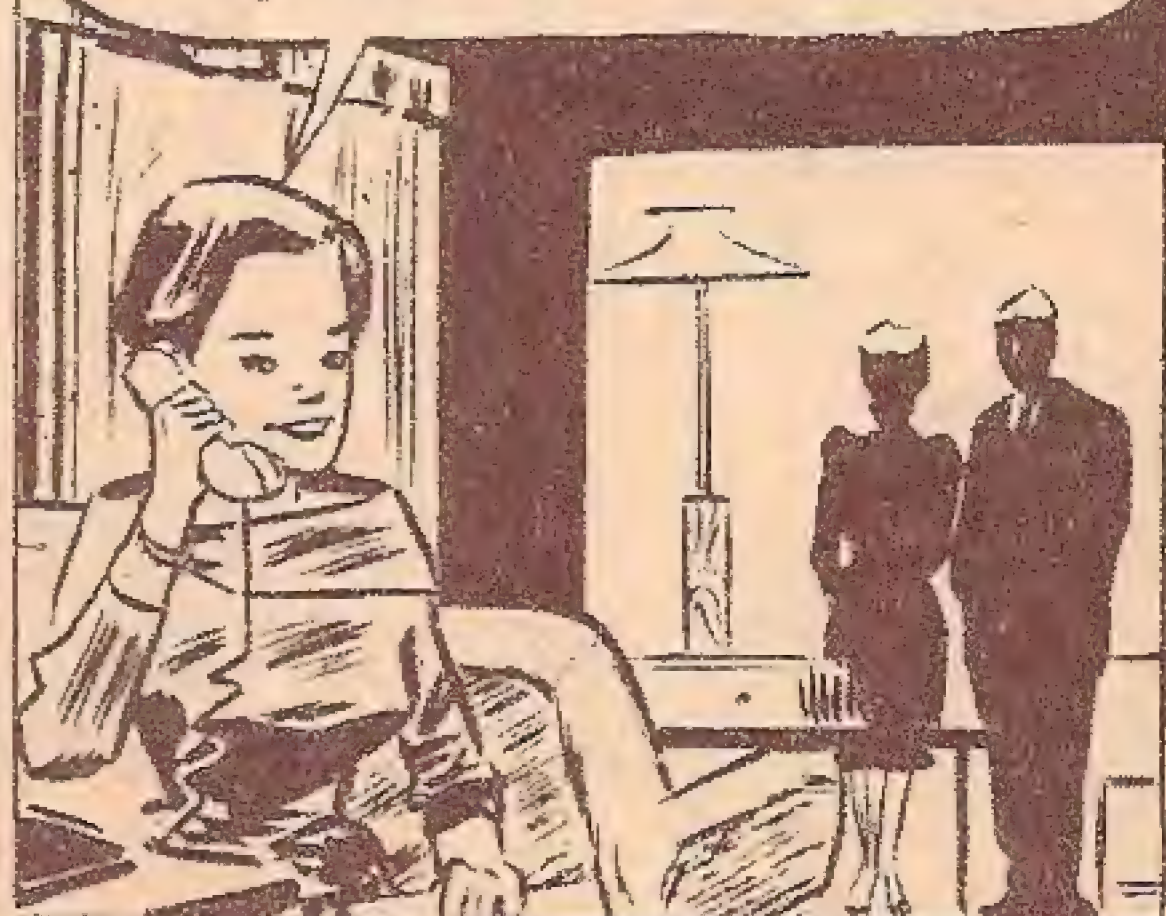


En ese momento, Buster Wilson acababa de huir para siempre de los sentimientos de Ruth Flood...



Dos días más tarde...

¿Se vuelven a Texas, dices, Buster? Bien. Adiós. ¿Cómo?... ¿Que tú te quedarás en New York...



... para que yo me convenza...?
¡DE TU BRUTALIDAD! ¡No,
gracias! ¡Adiós, Buster! Y déjame,
que estoy con un cliente...



¡PORQUE YO TRABAJO!.. En
cambio tú, con tu padre tan poderoso,
y tan noble de corazón, NO PRECI-
SAS. ¡Adiós, Buster!



Y la muchacha prosiguió conversando
con su cliente; apoyaba sus manos nervio-
sas sobre un gran plano.

¿Se siente mal, arquitecta? ¿Necesita
algo...?



No. Gracias. Continuemos...

Transcurrían las últimas horas de ese día de otoño. En una
oficina de New York aparece un hombre muy agitado, pálido,
tembloroso...

¿Qué pasa, Julius? ¡Habla!



Fritz Bishops observó que los ojos de su secretario bailo-
teaban en sus órbitas. "¿Qué pasa, Julius?" —insistió—

Me acaban de comunicar que iremos
a la cárcel, Fritz. ¡Escúchame aten-
tamente...! ¡Hay que obrar con suma
rapidez!



"El canadiense" y su secretario eran dos hábiles cuente-
ros internacionales...

Bueno. Ya tenemos "el paquete" de ese idiota de Wil-
son. Lástima por los otros negocios que teníamos tan
bien encaminados...!



La noche se presentaba destemplada, ventosa, desagradable.
El camino al aeródromo de Ildewild era cruzado por ráfagas
de viento con arenilla que azotaba los cristales del taxímetro...

Tendremos que agradecerle al empleado de
la compañía japonesa...



¿Agradecerle? ¡Hemos pagado
dos pasajes a precio de oro!

"El canadiense" apoyó sus abrumadas espaldas con-
tra el cuero brillante del Dodge. Sonrió, suspiró...

¡Cuando el "vivísimo" de Rock Wilson "despierte",
nosotros estaremos en Dakar!



Pero lo que Fritz Bishops percibió en seguida, fue que pudo
conseguir su rápida salida de New York gracias a una serie de
procedimientos extraños. Y que el aparato indicado para el vuelo
no era sino un viejo cacharro pilotado por unos hombres teme-
rarios...



¡Caramba, Julius! ¡No será peligroso lar-
garse en una avioneta antigua como esta
"olla" japonesa? ¡Me da miedo!

Julius Goodpeer ya estaba sentado en su asiento del avión...

¡Tiene los elásticos rotos! ¡Adónde me llevas, "secretario"?!...



"Lejos de las justas iras del viejo Wilson", contestó secamente Julius. Fritz Bishops se sintió más calmo, acariciando la elegante cartera de bolsillo donde descansaban muchos dólares "raptados" a Rock Wilson...



El mar batía contra las costas americanas, en una duelo de rugidos con el viento realmente pavoroso. Era el comienzo de un verdadero ciclón. En las alturas, un aparato, poseído por ese raro "cansancio del metal" —que dicen los expertos— no pudo luchar contra los elementos desatados por Madre Natura... y cayó.

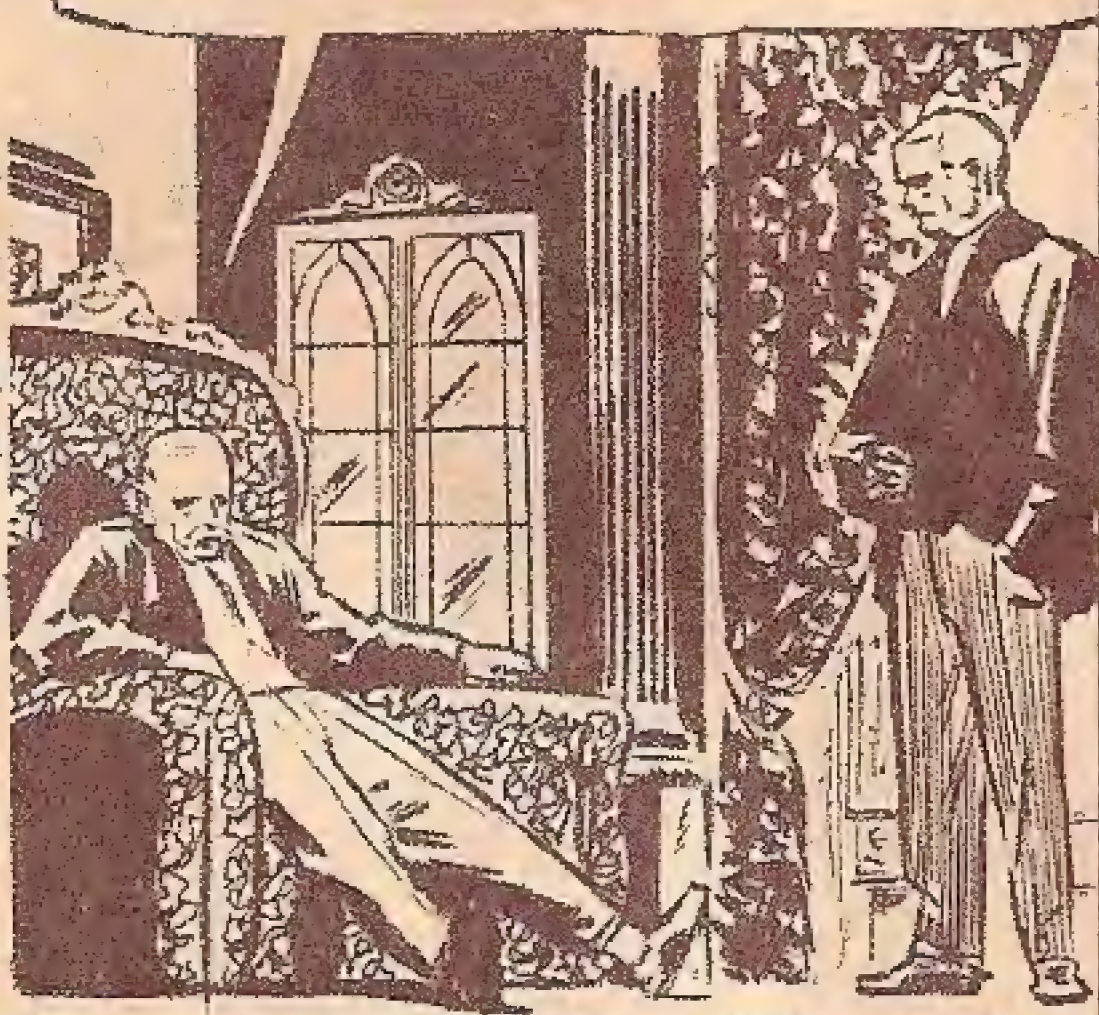


En la noche, el mar fue un verdadero monstruo devorador. Los billetes de banco de Rock Wilson descansaron, finalmente, a unos cien metros bajo el nivel de las aguas... Junto al cadáver de Bishops...



Los hechos sucedieron con un eslabonamiento vertiginoso tal, que a la hora de la cena, el veterano Rock Wilson estaba prisionero de gran agitación. ¡Ese había sido un día crucial para el viejo comerciante!

Primero mi hijo Michael, con sus complicaciones políticas... Luego Buster con su fracaso sentimental...



¡Y ahora ese engaño del que he sido víctima! ¡Ah, malditos gangsters!



El vigor del bravo león de Texas sucumbía minuto a minuto... Flood, su amigo fraternal, vino a consolarle...

¡Se han propuesto matarme... todos..., todos, querido Flood!



Ray Flood se sentía un poco culpable. Pero ¿qué podía hacer?



¡Ya te lo anticipé, Rockie...! Los jóvenes de hoy hacen su voluntad... ¡Y tú lo ignorabas, acaso?

¡Pero lo de Buster no es nada, comparado con lo tuyo...!



¡Todo es canallesco, Flood, todo..., todo...! ¡Digan lo que digan por ahí, nunca será lo suficiente! ¡He sido un tonto de capirote!



¡No existía tal compañía "canadiense"! ¡Papeles, palabras, todo falso! ¡Me engañó! ¡Un Wilson fue el único engañado...!



¡Y ahora la policía me va a fastidiar con preguntas, indagatorias...! ¡Y soy un honesto comerciante con cincuenta años de...

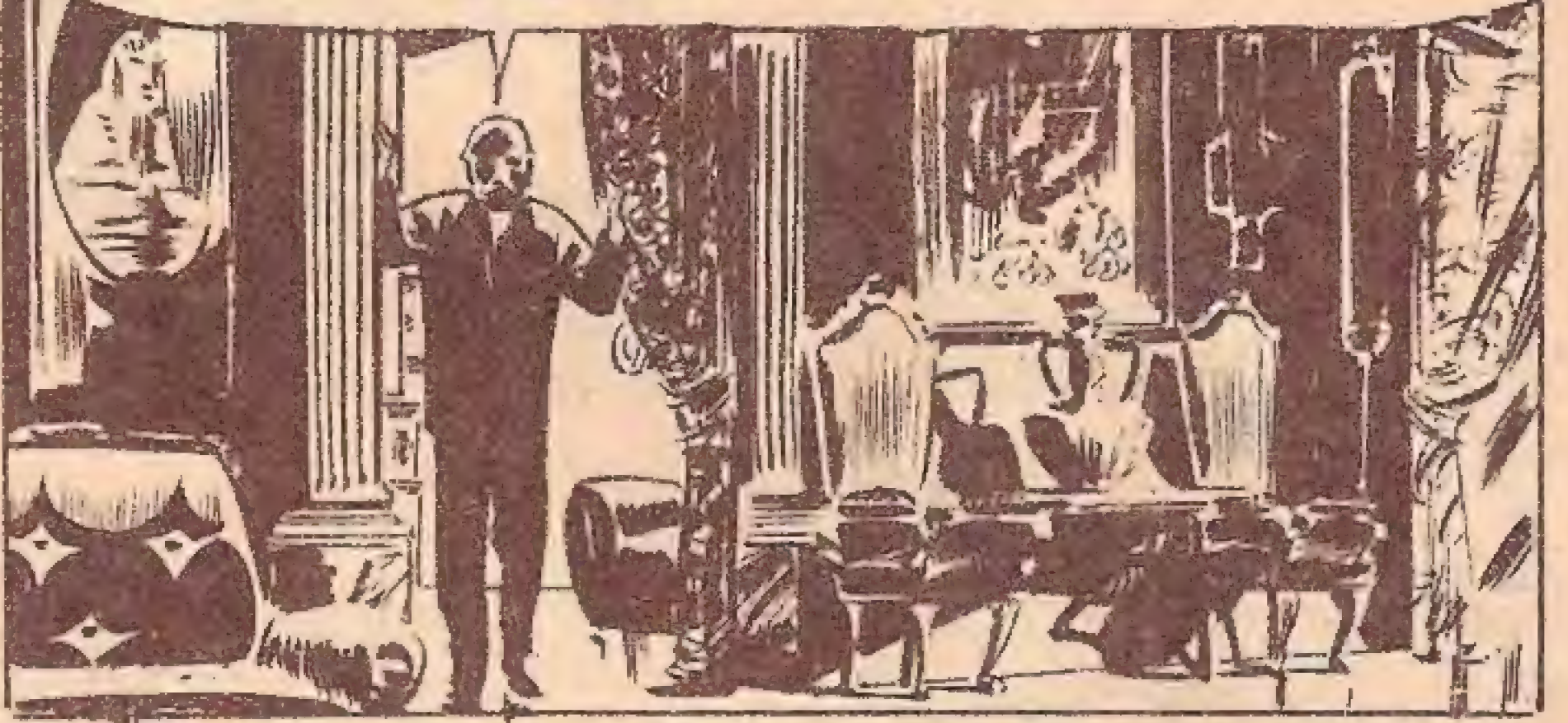


...residencia en el Oeste, al que enriquecí con mi talento, con mis sudores...!



La policía tuvo noticias tardías sobre el accidente en la costa americana. Los restos del avión no pudieron localizarse...

¡Todos mis títulos al suelo! ¡Y mi orgullo! ¡Qué ingenuo...! Y todo, porque **YO SOY EL UNICO QUE ENCARA TODOS LOS ASUNTOS...**



¡Los inútiles de mis hijos sirven para vestirse con ropas de Londres y cambiar continuamente de automóvil! ¡Nada más! ¡No parece que **EL UNICO WILSON** del mundo soy yo, y nadie más que yo?



¡Mucha razón tienes, Rockie...!



De pronto presentóse un caballero pulcramente vestido de azul oscuro.

Lamento traerle un nuevo problema... y grave, señor Wilson. Represento a Kinson Bloyd, de Topeka, y...



Los ojos del veterano Rockie Wilson abriéronse enormes como soles.

Y hemos adelantado al señor Fritz Bishops, en tres ocasiones dentro de la misma semana, la cantidad de cien mil dólares...



¡Yo no sé nada de esos... adelantos a Bishops! ¡Retírese!

¡Están avalados por su firma, señor Wilson! ¡Quisiera examinarlos?



"El canadiense" y su secretario estaban presos en la mortaja de lata del antiguo avión japonés, ajenos ya, a todos los horrores que tenía que padecer Rock Wilson, de Texas...



¡Insisto! ¡Todo es obra de una defraudación criminal y no tengo la culpa!
¿Quiere entenderlo?

Los documentos ENTIENDEN, señor Wilson. Y sobre ellos, están sus firmas. Tres en total..., para nuestros cien mil dólares...



El viejo Wilson, de haber tenido un revólver a mano, hubiera matado...

¡Lleve lo que quiera a los tribunales! ¡Mis abogados hablarán por mí!



El caballero vestido de azul no perdió su compostura...

De modo que.. se niega a reconocer...



Con un alarido, Rock Wilson terminó la entrevista.

Bien. Francamente, lo siento. No tendremos más remedio que tomar medidas...



El elegante caballero de azul cruzó la puerta de la casa de Wilson con sus bien planchadas solapas a la miseria...

¡Agregue "esto" a mi proceso, señor! ¡Y afuera!



Ray Flood contemplaba a su viejo amigo Wilson con infinita pena...

¡Me ahogo, Flood!... ¿Podré resistir TANTAS JUNTAS?.. ¡Si no pago..., me van a hundir!



El ganadero tejano se tiró en uno de los más espaciosos sillones de su departamento...

Un whisky, por favor, Flood... ¡Pronto!



Prosiguió divagando dolorosamente...

Por esta deslíz comercial voy a ser juzgado... como un hombre que jugó con el porvenir de su familia... ¡Eso es!



Y Dios sabe lo que tuve que matarme siempre para llevar adelante la famosa "marca" de mis posesiones... ¡SOLO! ¡SOLO!...



¡Qué fácil les resultó siempre a "los otros Wilson"! ¡Con el dinero de papá Rockie! Y ahora me mirarán de mala manera...

Toma, Rockie... ¡Serénate!



No prejuzgues a los muchachos, Rockie. ¡Cálmate! Todo se aclarará...

Buster, ese desordenado, dirá más o menos lo mismo que su hermano Michael... ¡Desagradecidos!



Presidía esa pequeña sala del departamento neoyorquino de los Wilson, una robusta caja fuerte de acero grisáceo, con guarniciones níqueladas. Rokie avanzó hacia ella... y la abrazó con sus aún potentes brazos...

Mi imperio! ¡Mi imperio! ¡Quién intentará hundirlo? ¡Todos! ¡Todos...!



El buen amigo Ray Flood le contestó suavemente...

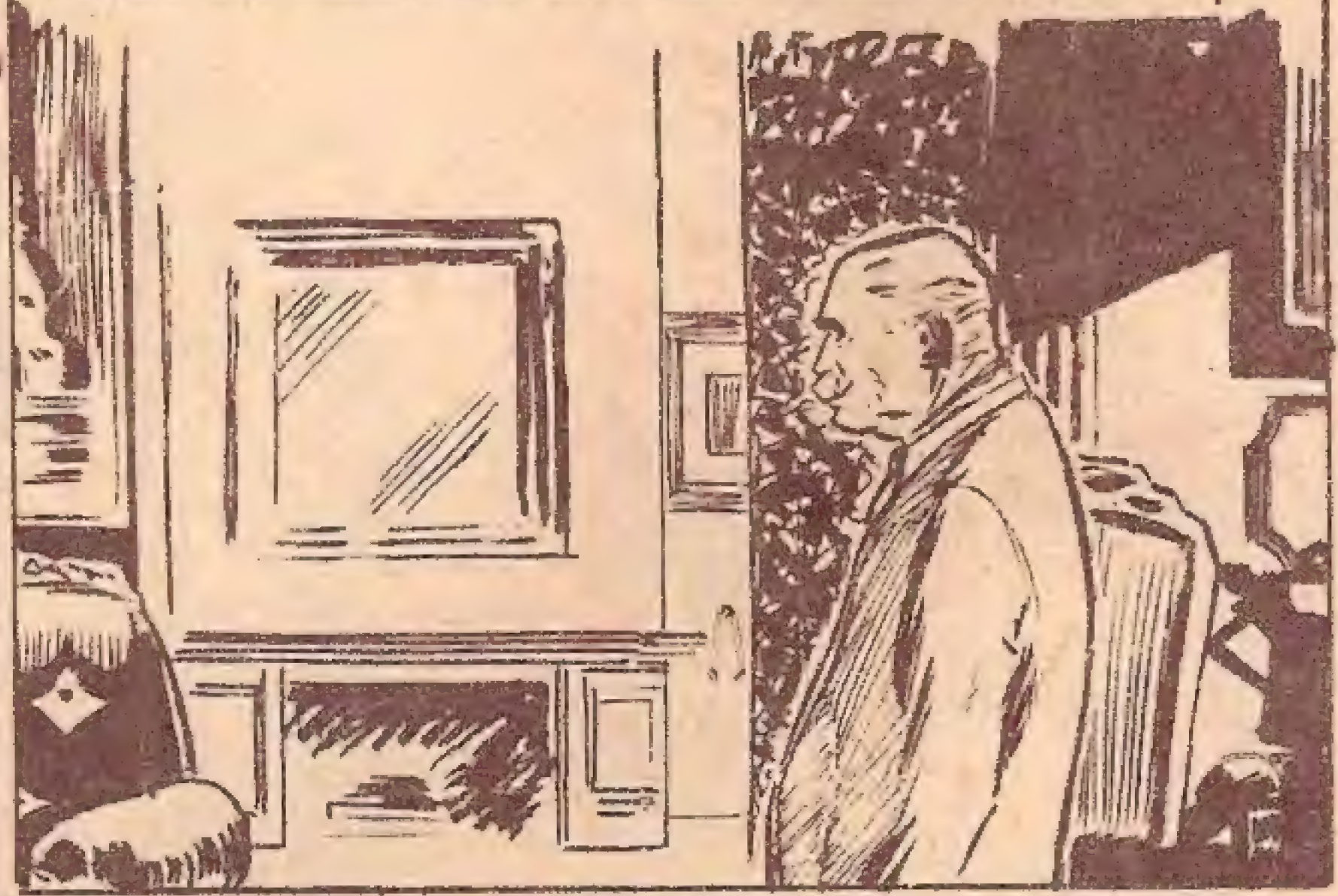
No, Rokie. Unos pocos, tal vez sí... ¡Pero a tu alrededor hay miles de amigos honestos para alentarte! ¡Como siempre, Rockie Wilson!



El viejo ganadero no escuchaba a Flood, su camarada de tiempos bravíos. En ese momento recordaba una frase "muy suya": "Prefiero un pillo, a un tonto. **LOS TONTOS PERJUDICAN MAS**"...



Y lloró con rabia... por el fracaso rotundo de sus conceptos.



¡Empezaré de nuevo!



Y esa misma tarde se volvió para Texas, jurando no volver a pisar New York por el resto de vida que le quedaba... ¡Palabra de Wilson!



FIN

Volver a escuchar tu voz

por H. GARMATI

DIBUJOS J. P. DEL CASTILLO

1945: La segunda Guerra Mundial ha terminado. El teniente Paul Leclercq, de la Fuerza Aérea Francesa, ha regresado a su patria en compañía de su amigo Guy, después de una larga misión cumplida en Inglaterra.

El tren recorre la campaña francesa, hacia un pequeño pueblo, al Noroeste de Francia.

Desde la retirada alemana, no he recibido más cartas de ella, Guy... Sin embargo voy a buscarla... Algo me dice que vive...



Ese pueblo fue teatro de una violenta lucha, y las tropas enemigas lo arrasaron antes de partir...



Ya lo sé, lo sé..., pero Annette no ha muerto, no puede haber muerto... Yo lo hubiera sentido, entiendes, Guy.

No crees, acaso, que entre dos seres que se aman hay... una misteriosa comunicación... Si ella hubiese muerto, algo se hubiera desgarrado dentro de mí...



Está bien, Paul... Yo no comparto tanto ese punto de vista tuyo, sobre el amor..., pero...

Quizá porque nunca amaste, Guy. Annette y yo...



El tren se detuvo por fin en la estación del pequeño pueblo donde Paul había dejado a su novia, años atrás. Todavía se veían por doquier las huellas de la guerra, de la destrucción.



Y el corazón de Paul pareció detenerse cuando vio lo que quedaba de la casa en que Annette había vivido: sólo ruinas deshabitadas.

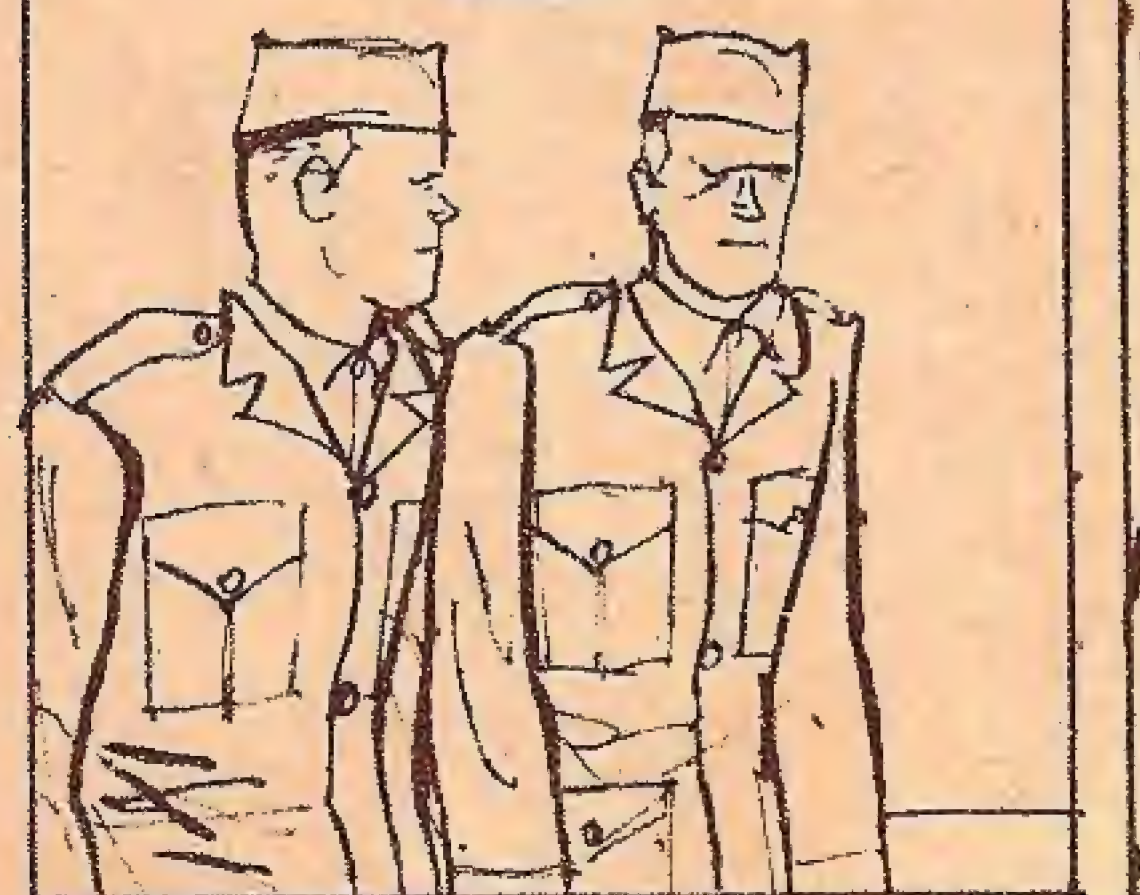
No... No puede ser.. ¡Ella no ha muerto..., ella no ha muerto...!



Paul trató durante días de encontrar algún indicio sobre la suerte corrida por Annette, pero siempre recibía la misma respuesta: No sabemos nada.... Reinaba gran confusión... Muchos murieron, otros huyeron ayudados por los rebeldes... Quedamos pocos en el pueblo...



Por fin, un día aceptó ir con Guy a la oficina de la Cruz Roja... Consultarían la lista de los ciudadanos fallecidos en los últimos meses...



Es otra posibilidad para saber de Annette... Quizá allí te informen. Ya sabes que esas listas no son seguras...

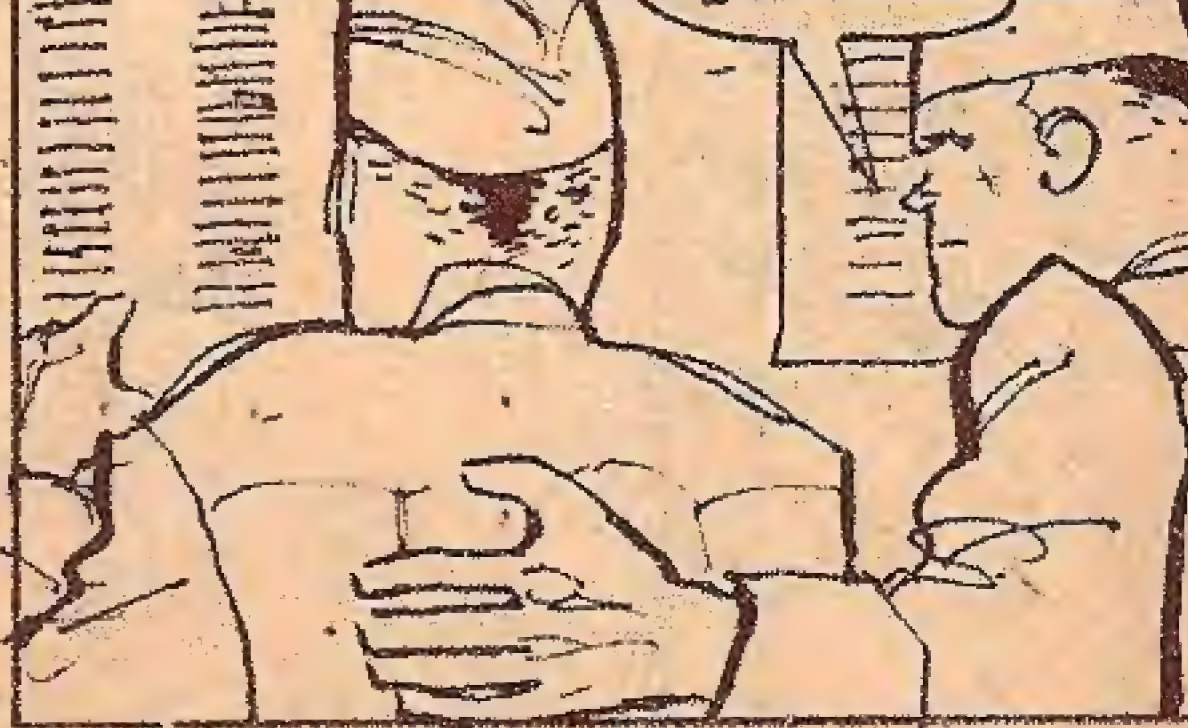
¡Aunque viera su nombre en ellas, no podría admitir su muerte!...



Una vez allí, sus ojos recorrieron con desesperación los nombres y se detuvieron en uno: Annette Rogier.

¡No!... No puede ser...

¡Ten calma, Paul..! Ya te he dicho que no hay seguridad...



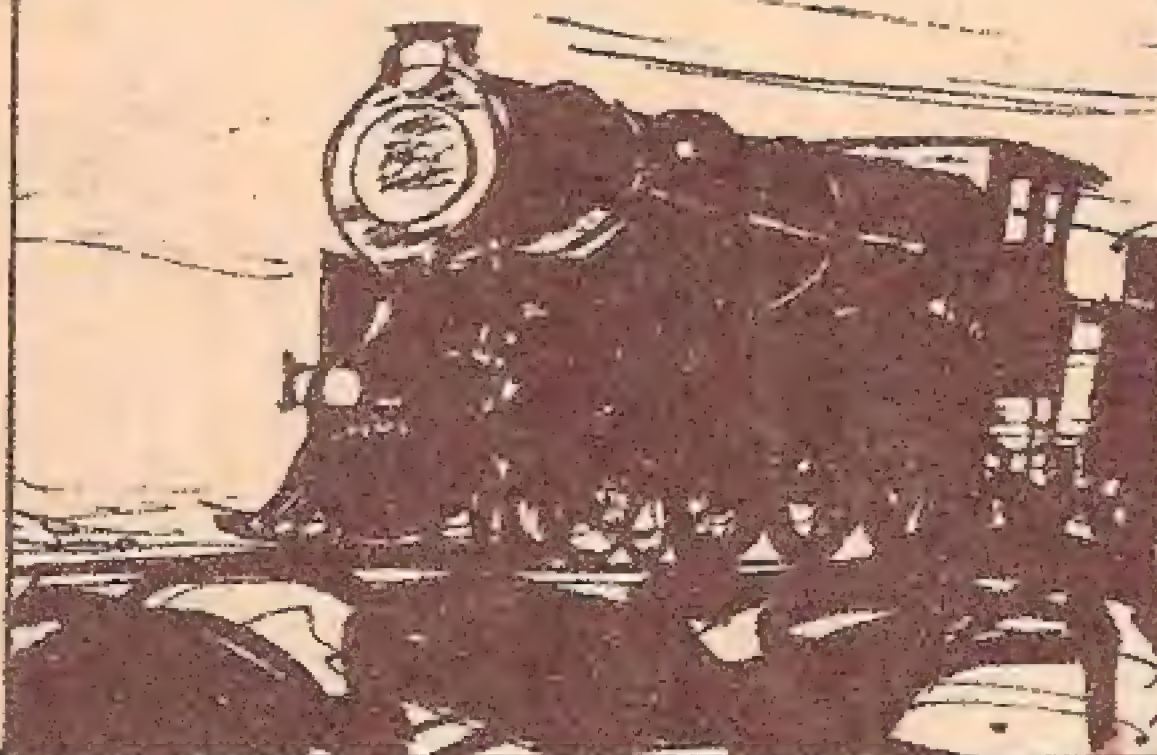
Paul no quería aceptar que ella no viviera... que nunca más volvería a escuchar su voz...

No... Algo me dice que Annette vive... Pero entonces ¿por qué no vuelve a su pueblo? ¿Por qué no me ha escrito?...



¡Ten confianza, Paul! Quizá más adelante sepamos algo...

Esa misma noche. Paul y Guy volvieron a París. Fué un viaje triste. Dentro del alma de Paul algo parecía destrozado. En los meses siguientes, sin embargo, la esperanza volvió a renacer y la idea de encontrar a Annette no había ya de abandonarlo.



Muchas noches en la intimidad de su cuarto, miraba la medalla que ella le regalara antes de separarse...

(Su medalla... Tiene grabado "Siempre contigo tu Annette"... Sí... En alguna parte tú me estás esperando... Y sé que te encontraré...)



Meses después, a Paul y a Guy se les encomienda, en mérito al valor demostrado durante esos años de guerra, una misión especial como ingenieros, en Argelia.



En los días que le restan antes de tomar el barco para África, Paul realiza nuevamente diligencias por París para encontrar algún rastro de Annette, pero todo en vano. Parecía que Annette Rogier pertenecía al pasado... y que no volvería a salir de él...



Pero ¿que ha sido de ella?... Volvamos el tiempo meses atrás, durante la triste noche de su huida...

Despacio... Debemos llegar hasta el camión sin que nos descubran...



Pero una ráfaga de metralla se abatió sobre los fugitivos. Annette vio a su madre caer y sintió que una bala se hundía en su cuerpo.



Sigue... tú sola... hija...

Sin ti no, mamá...



Pero ella también había sido herida, y el esfuerzo para ayudar a su madre agotó sus energías. Sintió que perdía el conocimiento.

¡Oh!... Mamá...



Junto con su madre moribunda, fue transportada, por otros refugiados, al camión que esperaba en los lindes del bosque...

¡Rápido, que nos han visto...!



Largos días de inconsciencia pasaron para Annette, en lugar desconocido y entre gente extraña. Del hospital de emergencia fue trasladada a uno de convalecientes...



Fue allí, entre esas frías paredes blancas, donde Annette tuvo conciencia de su nuevo drama...

¿Qué hago en este lugar? ¡Yo! ¡Oh. Dios mío! Pero ¿Quién soy yo...?



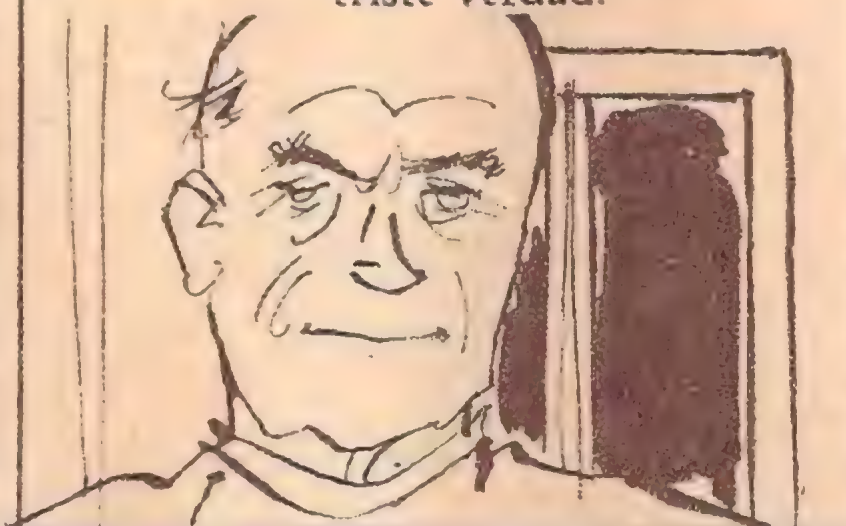
Un grito escapó de su garganta. Una enfermera acudió presurosa y trató inútilmente de calmarla.

Serénese, por favor, todo se arreglará. Llamaré al doctor Lenoir...



¡Llame a alguien que me diga quién soy!

Pero todo parecía confabulado para mantener en misterio la identidad de la joven. Había llegado sin documentos al primer hospital, y el camión que la dejara no pudo ser localizado. Fue el buen doctor Lenoir el encargado de decir a Annette la triste verdad.



Querida muchacha, tenga fe, no desespere. Con el tiempo, usted misma irá recordando toda su vida. ¡Créame: esto es algo pasajero!



Un amargo sollozo sacudió el cuerpo de la joven...

¡No podré vivir así...!

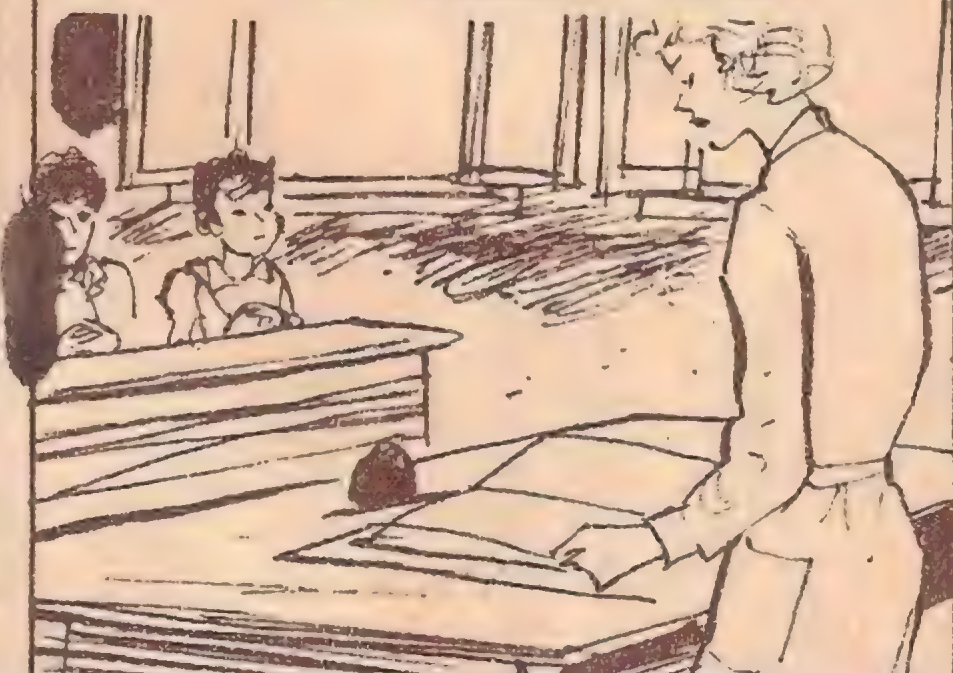


¡Sí que podrá!

En los días siguientes a la revelación, la idea de desconocer su pasado la atormentaba sin descanso. Todo parecía perdido para ella. Pero no fue así. El doctor Lenoir le aconsejó que se dedicara a alguna tarea: debía distraerse, no pensar en sí misma.



Semanas después, Annette comenzó a trabajar como maestra en una escuela rural para niños huérfanos. Un nombre nuevo guardaría su secreto: sería para todos Marianne Arnaut.



Un día...

Señorita Marianne... Llegó el doctor Durand para la revisión de sus alumnos.



Voy en seguida.

Usted trabaja demasiado, Marianne. Debería distraerse un poco... ¿Piensa asistir al baile de beneficio este sábado?

Yo... no había pensado ir...



¿No quisiera ir conmigo?

¡Oh! Muchas gracias... pero no sé si seré una compañera algo aburrida...



Ni una palabra más: la paso a buscar el sábado a las siete de la tarde. ¿Le parece bien?

Muy bien, lo estaré esperando.



El doctor Durand sentíase atraído por Marianne. El desconocía su secreto, y los tristes ojos de la joven y sus extraños silencios lo tenían cautivado.



Y esa noche...

Me ha hecho muy feliz, Marianne, aceptando mi invitación; hace tiempo que deseaba esto...



No lo entiendo, Jean; no soy el tipo de mujer con el cual un hombre se siente feliz de ir a un baile...



¿Acaso no lo soy?... Pero no hablemos más de esto, por favor. Quisiera salir a tomar un poco de aire...



¿Caminamos o prefiere sentarse a descansar?

No. Caminemos, la noche está hermosa...



Marianne permanecía silenciosa, con la mirada perdida en la noche.

¿Qué está pensando, Marianne...?

No pienso en nada...



Marianne, yo quebraré su silencio con mi amor...

¡No! Jean... ¡No!



¿Por qué no? ¿Acaso no puedes querer y ser amada?

No... Yo no podré nunca... Usted no puede saber...



Marianne... Yo la amo... Quiero hacerla feliz...

¡Oh, Jean...!



Volvamos, Marianne... Estás temblando...

Siento haberme portado tan tontamente, Jean.



Por toda respuesta, Jean apretó el brazo de la joven. En silencio, comenzaron a caminar. Marianne hubiera querido confesarle lo que angustiaba su corazón, pero algo más fuerte que ella le impedía hablar. Jean rompió el silencio...



Mira qué hermoso... La luna, allí, entre los árboles...

¡Oh! La... luna... El bosque...



La joven miraba como hipnotizada. El recuerdo de la noche de su huida comenzaba a filtrarse en su mente.

¿Qué te pasa?

¡Jean, tengo miedo! ¡La luna, los disparos...! ¡Los oyes?





A esta medalla, lee aquí: "SIEMPRE CONTIGO, TU PAUL".

¡Pobre Marianne! Ahora comprendo tu angustia cuando ayer te hablé de amor...



¡Qué noble que eres, Jean!

No digas eso. Ahora que sé todo, seremos dos para luchar, para encontrar a Paul y a tu pasado...



¿Dónde estaba en esos momentos Paul Leclercq? En Argelia. Su misión allí acababa de concluir. Ese día fué llamado por sus superiores, junto con otros compañeros.

Bueno, señores, la misión ha llegado a su término. Ha sido un éxito, los felicito a todos. Se les ha acordado un mes de licencia.



¿Tú dónde piensas ir?
Yo me voy a París...

No sé todavía... Quizá a descansar a la Provenza... después al pueblo de Annete...

Una sombra se había extendido por el rostro de Paul.

¿Pero por qué vuelves a atormentarte con ese recuerdo? Sabes que ella murió...



No. No quiero pensar que ella no vive. Pasaré en algún pueblito de Provenza unos días de descanso y después...

Paul realizó el proyectado viaje. Visitó varios lugares de la vieja Provenza. Cierta día, en uno de esos pueblos...

¡Hermoso lugar! Lástima que esta gripe no me permita salir.



Bueno, me parece que me está convenciendo. Mi primera salida será hacia el consultorio del médico.

Y en un par de días estará bien, para conocer nuestro bello pueblo.

¡Insisto, señor; tendría que hacerse ver por un médico!

Déme, por favor, la dirección.

Doctor Jean Durand.
Rue de la Campagne, 32.



Ya estás completamente bien. Debes cuidarte y no pensar más en aquello. Te he prometido ocuparme yo.

¿Para qué engañarnos, Jean?
¿No has visto cómo fracasaron tus averiguaciones? No puedes recorrer toda Francia...



Jean sonrió...

Soy un empecinado, Marianne, y aunque sea así, averiguaré quién eres y dónde está Paul.

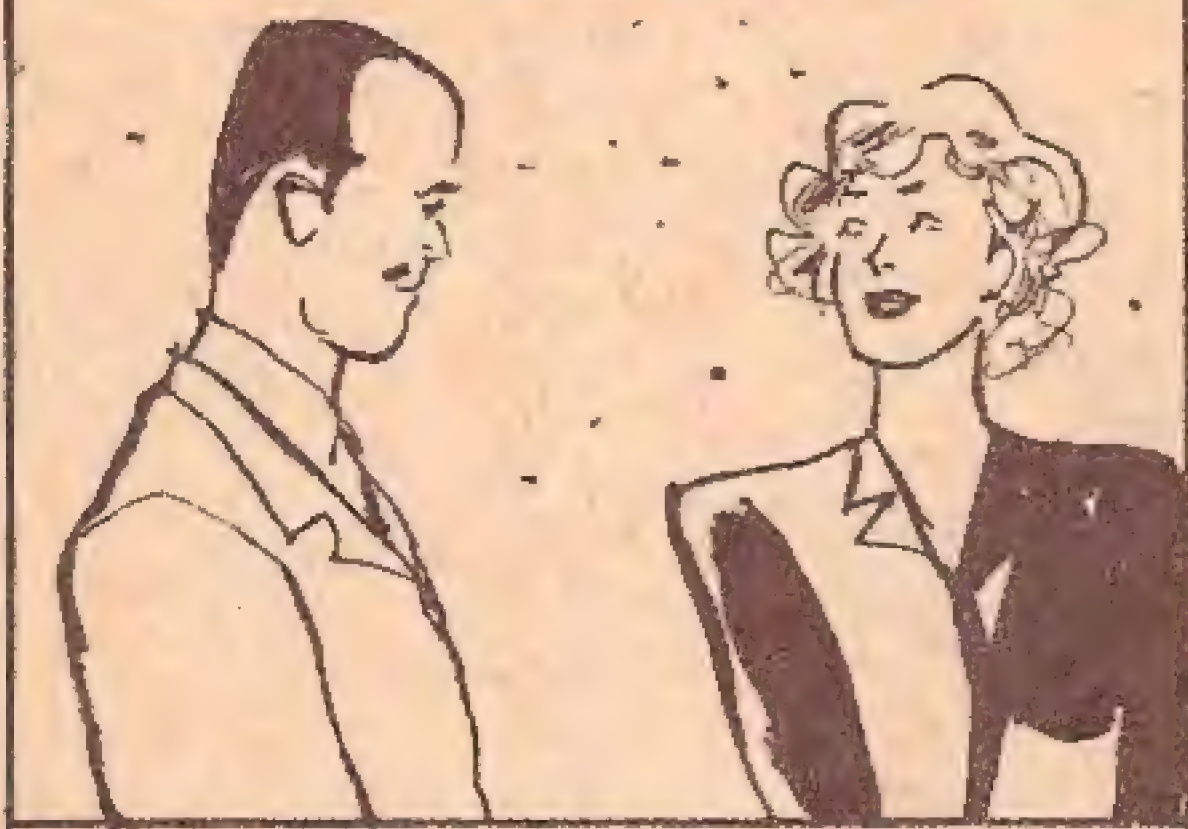
Eres demasiado bueno conmigo, Jean. Hasta mañana.

¡Pobre mi querida Marianne! ¡Dios mío, permíte que vuelva a encontrarse a sí misma!





Pasaron dos días. Paul permaneció en su hotel. En esos días se sintió completamente recuperado. Mientras tanto Jean había pensado un recurso, en el que había puesto toda su esperanza de devolver la memoria a la joven.



Y el día elegido...

Deseaba pedirte un favor, Marianne: ¿No podrías venir después de la escuela para pasarme unas planillas en limpio? Es un trabajo urgente y...



Desde luego que sí. Estaré aquí a las seis. ¿Te parece bien?

¿Qué te parece un poco de música para aliviar la tarea?

Magnífico, sabes que me encanta la música.



La música inundó con su suave melodía la habitación donde la joven trabajaba...



En seguida vuelvo...

De pronto Marianne detuvo su trabajo...

Esa música... Esa música me recuerda algo... La he escuchado muchas veces...



La joven se levantó como hipnotizada; de nuevo el recuerdo de su pasado comenzaba a filtrarse en su mente... Dio unos pasos inseguros por la habitación...

Es... como si escuchara una voz... Sí... Una voz...



¡Annette! ¡Annette!

¡Sí!... ¡Paul!



Un grito escapó de la garganta de la joven, el velo de su pasado había sido desgarrado de pronto. Se echó en los brazos de Paul.

¡Paul! ¡Paul mío!

¡Annette!



Las manos de Paul acariciaron el rostro lloroso de ella.

¡Estaba seguro de que volvería a escuchar tu voz, mi vida!



Y fué la tuya la que me sacó de ese mundo de tinieblas...

Largo rato permanecieron ajenos a todo lo que no fuera ellos dos...

¿Pero tú cómo sabías? ¿Fué el doctor Durand?



Fuó la Providencia la que me hizo cruzar con él...

¿Y él arregló todo esto?

Sí. Es el hombre más noble que conozco... Ven, vamos a buscarlo.



Annette, poco a poco, se fué encontrando a sí misma, recordando todo. Fué como volver a nacer. Ella y Paul vivieron un nuevo romance. La boda quedó fijada para días después. Se realizaría en la pequeña capilla del pueblo, de ese pueblo que había guardado el secreto de Marianne y que había visto nacer nuevamente la felicidad de Annette.



La víspera de la boda...

Creo que nadie habrá tenido un padrino de bodas como el nuestro: al que se deba tan totalmente toda la dicha.

Una vez prometí que no descansaría hasta verte feliz... Eso es sólo lo que he hecho.



Eso y mucho más. Jean. Usted hizo nacer a Annette...

A Annette... Qué extraño me parece ese nombre...

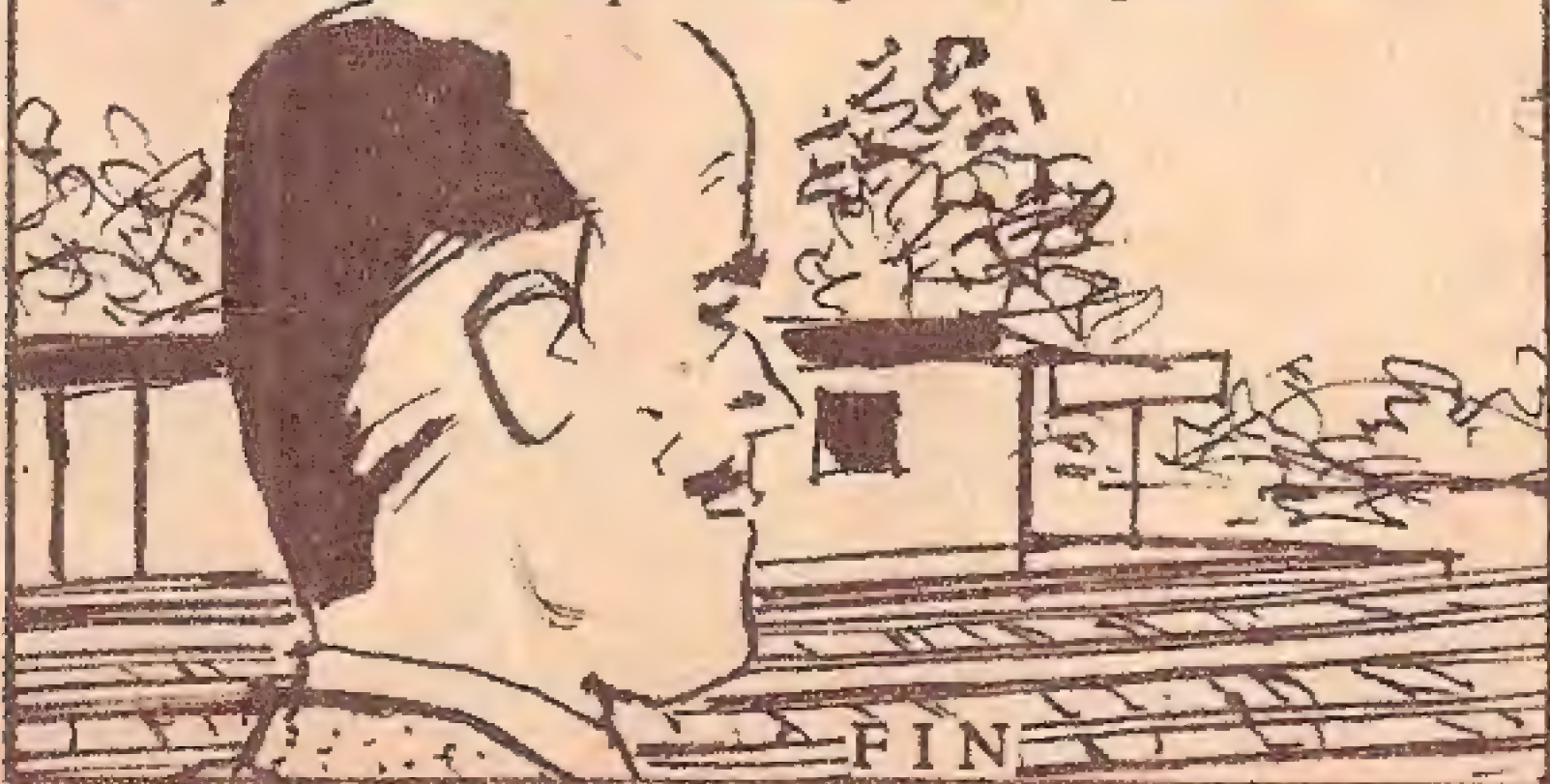


Pertenece a otra mujer... No a lo que tú conocías...

Sí, es verdad... Marianne siempre existirá para mí...



Y cuando, al día siguiente, Jean saludó por última vez a Annette y Paul, que se alejaban felices, en el tren que los llevaría a su nuevo hogar. Jean sintió que nunca estaría solo y que los suaves y tristes ojos de Marianne siempre lo acompañarían. Que era Annette la que se iba, que Marianne quedaba junto a él para siempre.



FIN

LEA Y RIA



—No, no soy ni autor, ni poeta, ni pintor; adivine de nuevo.



—¿Y las mujeres de tu club te han elegido tesorera?

EL CIENTIFICO DE MALMOE

por HANS KURT

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DAVID COOPER

El gabinete de trabajo del doctor Svenk de Malmoe está desierto. El silencio de la noche se ha posesionado de los muebles severos, del busto de Hipócrates, y de los libros y elementos de cirugía y tubos de ensayo...



Cerca de allí están cenando el dueño de casa, su ayudante, el doctor Thill, y la joven vecina, Margaret Bax, novia del doctor Julius Thill. Ríen por un chiste que acababa de hacer la señora Luisa, cocinera del doctor Svenk...

¡Ríase usted, señora Luisa!... Y descuide su hígado. El tiempo le dirá...

¡El doctor Svenk prueba todas sus fórmulas en mis afecciones!



Y usted se siente peor y peor, cada día peor, ¿no es así, Luisa?



Julius Thill bebió el resto de café sin dejar de reír...

No olviden que estas críticas jocosas me hieren indirectamente...



¡No hay peligro! En esta zona el único talento auténtico es el Dr. Svenk.

No, muchacha. Julius ha dejado de ser un tímido practicón.

Déjela, doctor. ¡Cuando nos casemos, me pagará todas estas burlas!



El reloj de la habitación dio diez campanadas...

¡Caramba! ¡Cuánto ha durado esta cena de aniversario!



Podía durar algo más, si ustedes hubieran permitido que la novia pagara el champagne. ¡Pero son abstemios!

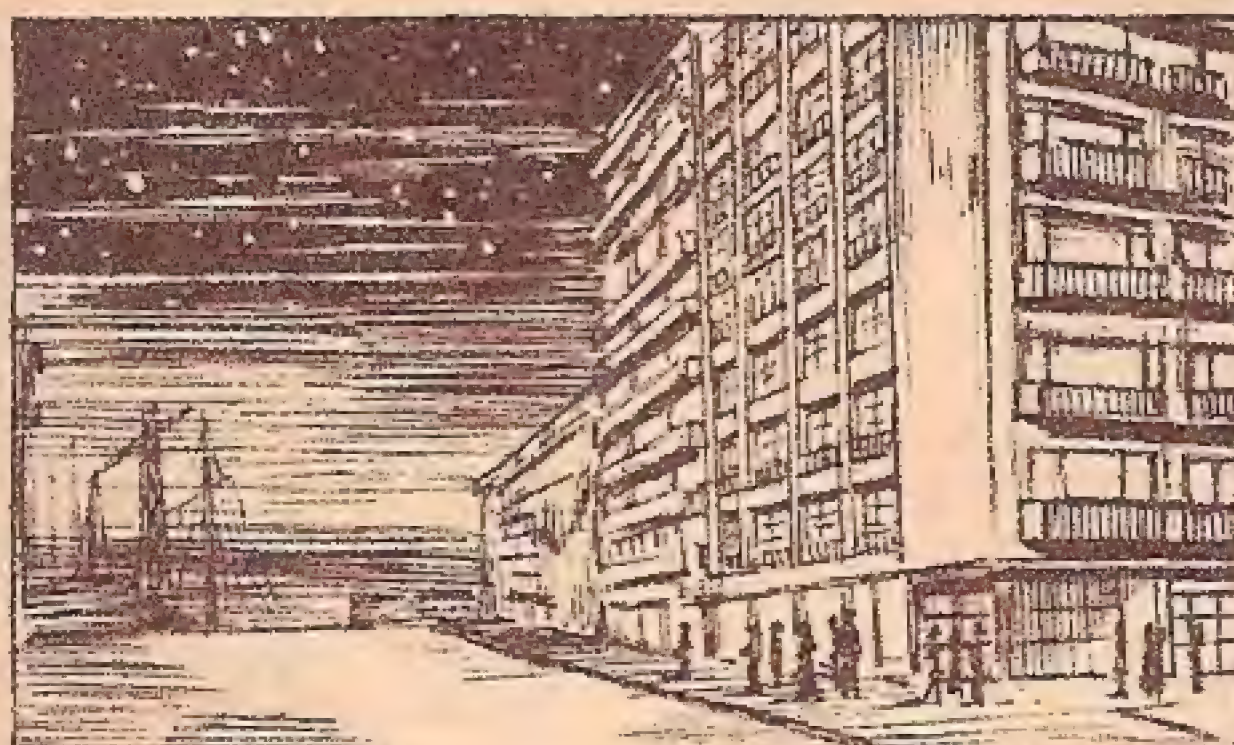
¡Su cena ha sido maravillosa, señora Luisa!

Y como final, la novia reparte flores cortadas por sus manos...



¡Oh, son divinas! ¡Qué mujer de espíritu es su futura esposa. Dr Thill!

¡Es el ángel blanco de este enorme edificio de ocho pisos!



Efectivamente. Eran ocho pisos. Altos, aireados. Margaret Bax vivía en el segundo; el doctor Thill, en el quinto, y Roberto Svenk, en el último, con una vista al puerto de Malmoe, al mar, realmente prodigiosa...

¡Continuamos una hora más nuestros trabajos, Thill?

Si hay nueva ración de café, trabajo hasta la madrugada...





Con la juventud de sus veinte años fragantes y alegres, penetró en el gabinete de estudio Margaret Bax.

Café, caballeros. Y yo vuelvo a mi piso. Tía Berta me debe de estar esperando con ese tejido que no puede aprender...

Telefonéame más tarde, si es que no tienes sueño...

El doctor Svenk los miró con una sonrisa bonachona. ¡Cómo quería a esos muchachos! ¡Deseaba verlos casados! Y eso ocurriría muy pronto...

Llévale los comprimidos a tu tía, Margaret. Se le habían terminado...

La joven tomó la caja de comprimidos y salió del gabinete canturreando.

—¡Es muy linda! ¿verdad? ¡Y no tiene defectos!
—¡Tiene! ¡El peor es que no nos quiere demasiado! Ja, ja, ja...

El doctor Svenk miró a los ojos de su ayudante.

—Le envidio, Julius. Es ridículo, pero sufro por vuestro cariño Poco antes de la cena, ustedes se besaron...
—El saludo de todas las noches...

¡Me dio celos! ¡Bueno..., chocheras! Pero usted nos la va a quitar... y se irán lejos, tal vez... ¿París? ¿New York?

Posiblemente Roma. Amo a Italia, doctor Svenk... ¡Y Margaret también!

¡Se marcharán! ¡Oh, soy un estúpido! Pero ocurre que conozco a Margaret desde niña..., cuando vivía su madre. Siempre se quiere...

...más a un niño, cuando su madre no existe.

Margaret tiene más de veinte años de edad, doctor Svenk...

Para mí sigue siendo una niña. ¡Y una niña enferma!

El científico Svenk movió la cabeza con leve pesimismo. Su ayudante se le acercó presuroso...

¡Doctor Svenk!... ¿Qué duda quiere infiltrarme?

Es un asunto que le apareció a los doce años. Un exceso sanguíneo apoyándose en los vasos cardíacos. Por ello me apliqué a la...

¿Enferma? Margaret goza de salud perfecta ...

Margaret Bax no tiene toda la salud consigo. Se trata del corazón...

...especialidad: Corazón. ¡Y en varios años apenas un éxito mediocre! Bueno. No quiero que se alarme. Los viejos exageramos...

¡Usted es un sabio, no un viejo, mi querido doctor Svenk! ¡Le atiendo con toda la amplitud de mis tímpanos!



Sigamos con otras historias clínicas. ¿Ve? Está uno contento... y sin embargo, sufre. ¡Es la vida!

¡Mi querido doctor! ¡No lo abandonaremos nunca! ¡De Malmoe saldremos..., pero muertos! ¡Se lo prometo, y en nombre de Margaret!



—Venderé mi piso y quedaré junto a mi flamante esposa... y y la tía Berta. ¡Y cerca de usted, doctor, "para picarlo y tenerlo despierto"!

—Sería el mejor premio para mí senectud nostálgica...

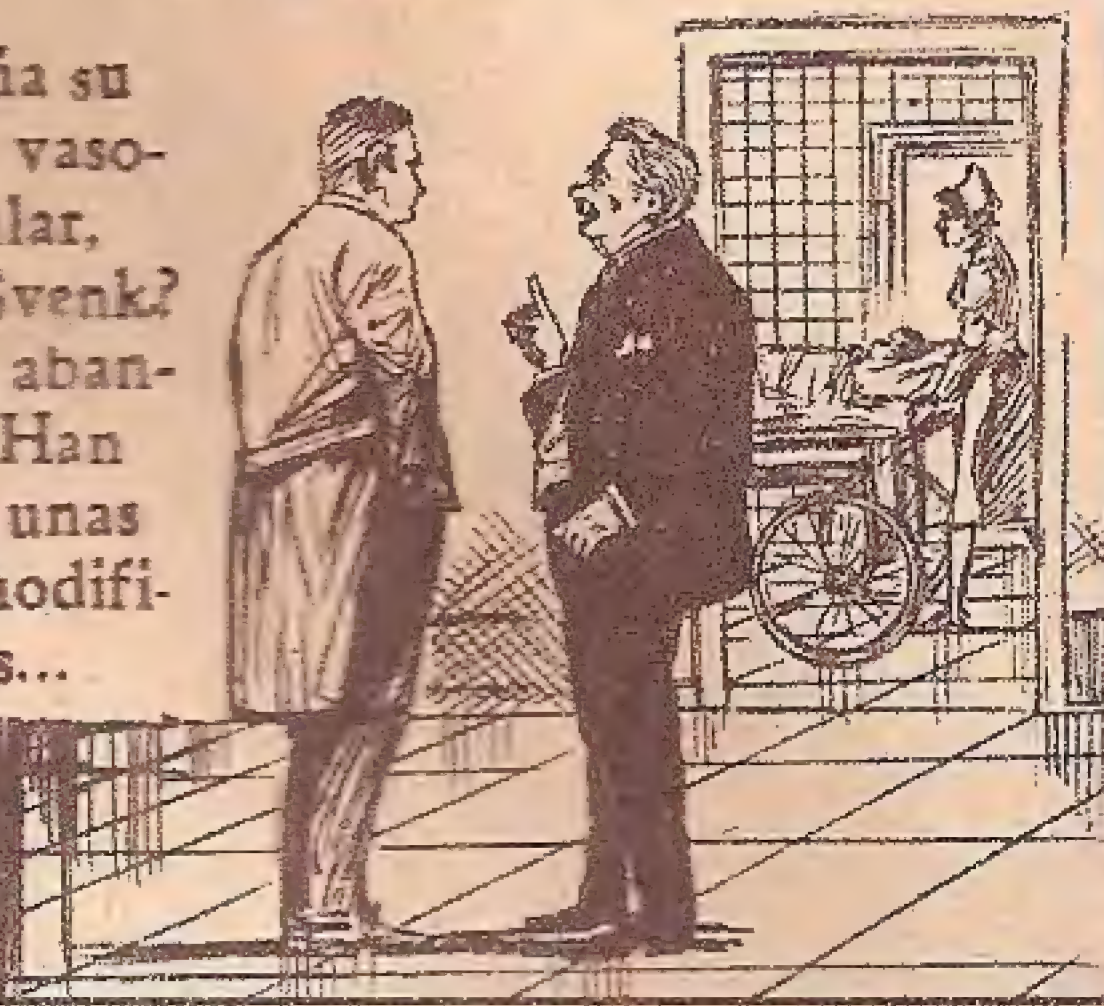


Tomaron el café en silencio. Luego continuaron investigando...



A la mañana siguiente, el doctor Svenk reanudó su vida, tan activa. El Hospital, la Academia de Medicina...

—¿Continúa su búsqueda vasocardioculuar, maestro Svenk? No pienso abandonarla. Han aparecido unas extrañas modificaciones...



Luego Svenk regresaba a su octavo piso frente al puerto de Malmoe.

Esta tarde no atenderé el consultorio. Me quedaré en el laboratorio...



La señora Luisa le mostró un postre de cerezas...

¿Un intento culinario de Margaret? ¡Dios me asista, señora Luisa!

¡No puede negar que lo rodea de atenciones, de ternuras!...



Es verdad. ¡Y sería muy desgraciado sin Margaret cerca!



Margaret llegó al edificio cuyo piso segundo ocupaba, manejando el auto de Julius Thill. Se quitó los guantes y atrapó una botella de cognac. Luego la puso en las manos del científico Svenk...

¡Margaret! ¡Me cuidas mejor que si fueras hija mía! ¡Cognac español!...



Por la noche, el doctor Svenk no estaba en su piso.

Ignoro su paradero. Ni siquiera habló por teléfono en toda la tarde...



Pronto la perderá, doctor. El casamiento destruye otros afectos...



Es raro.. En fin... Esperemos un poco más...



A veinte kilómetros de Malmoe, el doctor Svenk había derrotado a la muerte. Un escape de gas estuvo a punto de matar a una mujer. Si Svenk no hubiera llegado a tiempo, la mujer habría fallecido.

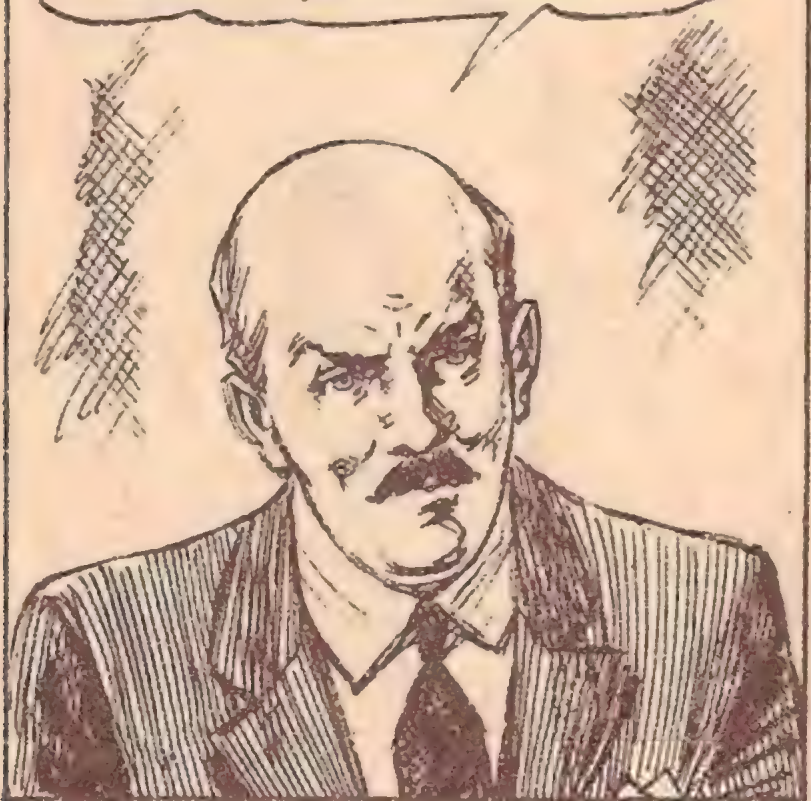
¿Es un reactor cardíaco nuevo, maestro Svenk?



Sí. De mi fabricación. Creo que el resultado es bueno...



“¿Bueno”? ¡La ha librado de la muerte! ¡Bravo, maestro!



Dígame simplemente doctor...



Regresó a su casa dando todo tipo de excusas a sus amigos...

¿De manera que el reactor actuó brillantemente?

Sí. Gracias al Señor... ¡Hemos dado un paso importantísimo, querido Thill!



Hoy, en el Instituto Krumph, en cambio..., ¡me da indignación!

¡Volvieron a insistir con el experimento “Secquart”? ¡Es anticuado! ¡Y esos pobres bichos que sufren inútilmente!

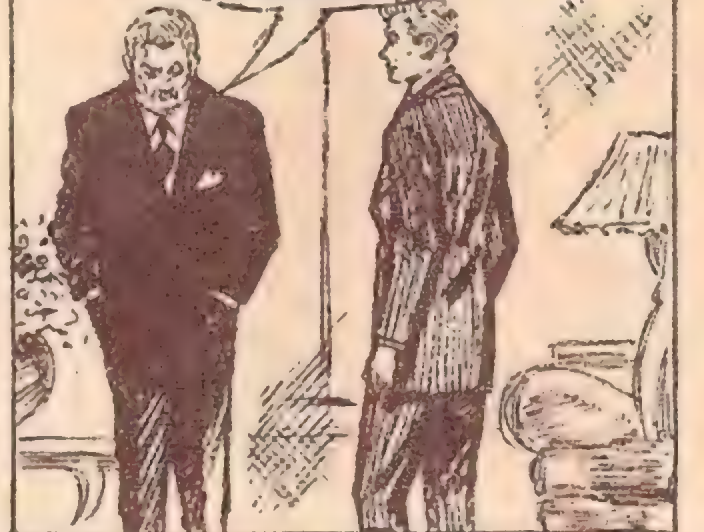


Sin embargo, los cretinos del Instituto Krumph se atrevieron a rebatir sus argumentos. ¡Y hoy ha tenido un éxito rotundo, maestro!



No sé... Menos mal que no había ningún periodista. Todavía estoy inseguro.

Aunque... pude arrebatarse a una madre... de la muerte...



La señora Luisa y Margaret Bax se habían quedado estupefactas escuchando la conversación entre Thill y el científico Svenk...

Aspiro a la supervivencia del corazón. Lográndola, se aliviarían todos nuestros problemas físicos. Pero aún... no estoy seguro...



Las ollas chillaban en la cocina. Luisa corrió alarmada, y minutos más tarde cenaban con buen apetito...

¿Me va a acompañar esta noche, Julius..., o “tiene visita urgente”?



Primero está la ciencia. Se quedará a su lado, doctor...







En la puerta de calle encontró a varios curiosos, pese a que había vuelto a llover. En el umbral de la casa, unas manchas de sangre...



El ascensor estaba detenido en el segundo piso. Julius Thill subió los escalones de dos en dos. Encontró a la señora Luisa asistida por un agente policial...



¡Margaret, pobrecita!
¡Se nos muere, doctor Thill!

Un médico policial atendía a la joven...

Hola, doctor Thill...

¡Lo lamentol...

¿Un choque, verdad?



No. Había sido un vuelco y a pocos metros de la casa de ocho pisos. Margaret estaba agonizando...

Me habló el doctor Svenk. ¿No estará en su piso?



No. No está en su gabinete. La cocinera me acaba de informar...



Julius Thill, con profundo dolor, miró a su novia, mientras el médico policial le preparaba un calmante...

No me pareció prudente moverla de este sitio. De todos modos...



¡Dios mío!... ¡Y no reacciona!
¡Solicitó la ambulancia del Hospital?



Le contestó el aullido dramático del coche sanitario. Luego...

No pudimos llegar en seguida. Estaba levantado el puente...



¡Pronto! ¡Pronto! Queda una posibilidad, operando... ¡Rápido!...



El médico de la policía era sumamente pesimista. Margaret había perdido mucha sangre, aparte de la fractura de la espina dorsal y una pierna...

Veinte minutos después, dos cirujanos trabajaban sobre la desdichada Margaret. Uno de ellos era el propio Julius...



(¡El corazón nos está fracasando! ¡Y el doctor Svenk? ¡Cuando se lo necesita!...).

Al Hospital de Malmoe llegó un hombre envejecidísimo, abatido..., vacilante. El chauffeur lo ayudó a descender del automóvil...

Mi pobrecita... Mi pobrecita...
¡Y mis manos no podrán ayudarte!



El doctor Svenk penetró en la sala de operaciones del Hospital Malmoe...

Doctor... ¡Por Dios!... Pronto... Pronto... ¡El reactivo!



El anciano maestro siguió avanzando hasta la mesa de operaciones.

¡El reactor!... ¡Oh, sí!... Es cierto... ¡En mi gabinete! ¡Oh, mi cabeza!



La noticia del accidente acaecido a Margaret Bax sorprendió al doctor Svenk en la Academia de Medicina. Y fue como un rayo fulminante. Se sintió apartado del mundo, destrozado...

¡Continúe usted, doctor Voug! ¡Volveré con el reactor Svenki!



Julius besó las mejillas de Margaret y abandonó la sala de operaciones. El doctor Svenk se sentó como un autómatas...

¿Se siente mal, maestro?



No. Ahora no tanto... No tanto...



Las gomas del auto que manejaba Julius Thill patinaban al doblar las esquinas. A su lado descansaba una caja de caoba. El reactor cardiaco del científico Svenk...



La fortaleza de Margaret Bax resistía a la muerte. El doctor Voug operó con destreza la fractura de la espina dorsal, pero el mayor obstáculo fincaba en la creciente debilidad del corazón de la muchacha...

El reactor... El reactor... ¿No ha... llegado... aún?



Cuando el doctor Thill volvió a ingresar a la sala de operaciones, halló al científico Svenk de pie, aunque no parecía muy seguro de sus actos. Su sonrisa se estereotipaba rápidamente, cuando intentaba mantenerla en el rostro. Dijo "Hola, Thill", y estiró ambas manos tratando de tomar su invento.

Julius Thill no se lo entregó...

Con todo respeto, maestro... Pero... ¡el caso es desesperado! ¿Está usted bien de salud? ¿Me permite intentarlo a mí?



El viejo científico abatió su cabeza sobre el pecho...

¡Pronto!... ¡Este es el nuevo invento del doctor Svenk!...



¿Y usted pretende utilizarlo sin autorización de la Academia?

¡Lo usaré bajo mi responsabilidad absoluta, ya que el inventor no se halla en condiciones de hacerlo!



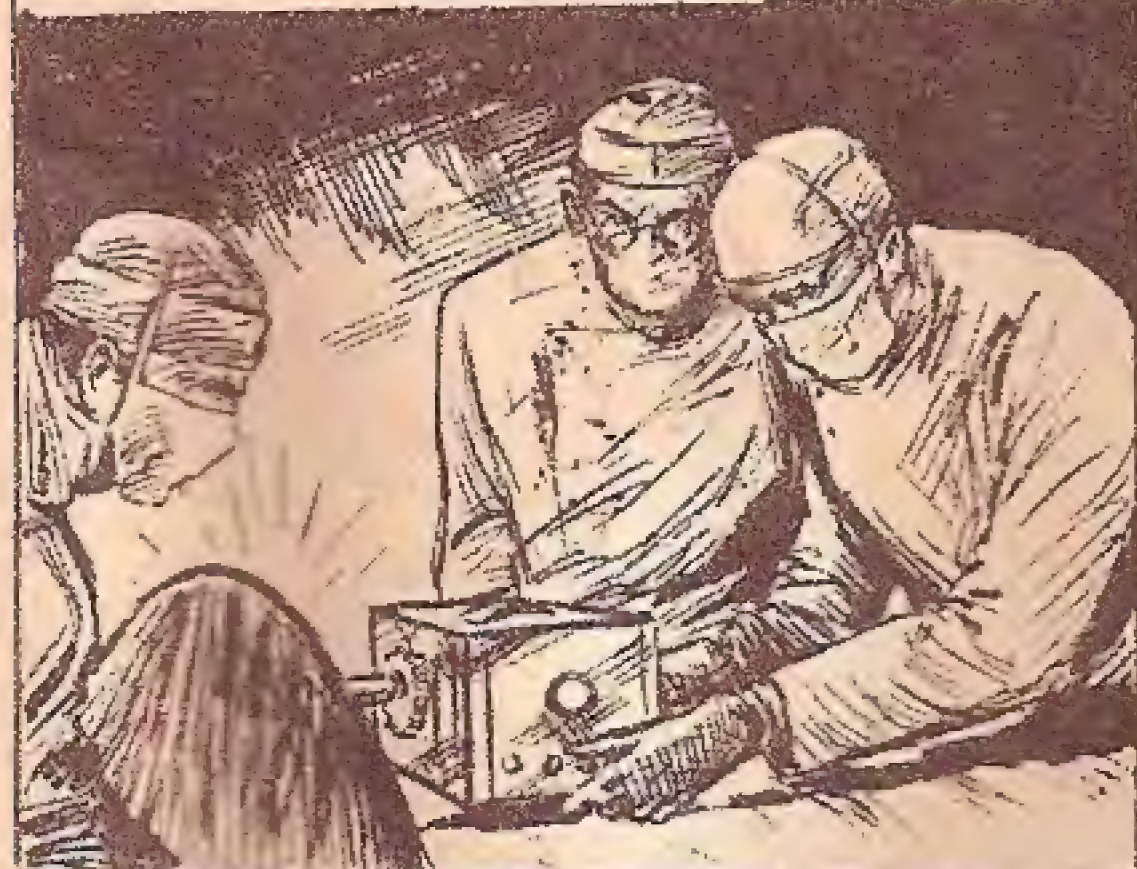
¡Se atreve usted a mucho, joven! ¡Es un irresponsable! ¿Qué va a hacer?



¡Voy a salvar mi felicidad!



El foco azul del reactor chocó suavemente contra el pecho de Margaret. Las manos del doctor Thill temblaban, pero su accionar era firme...

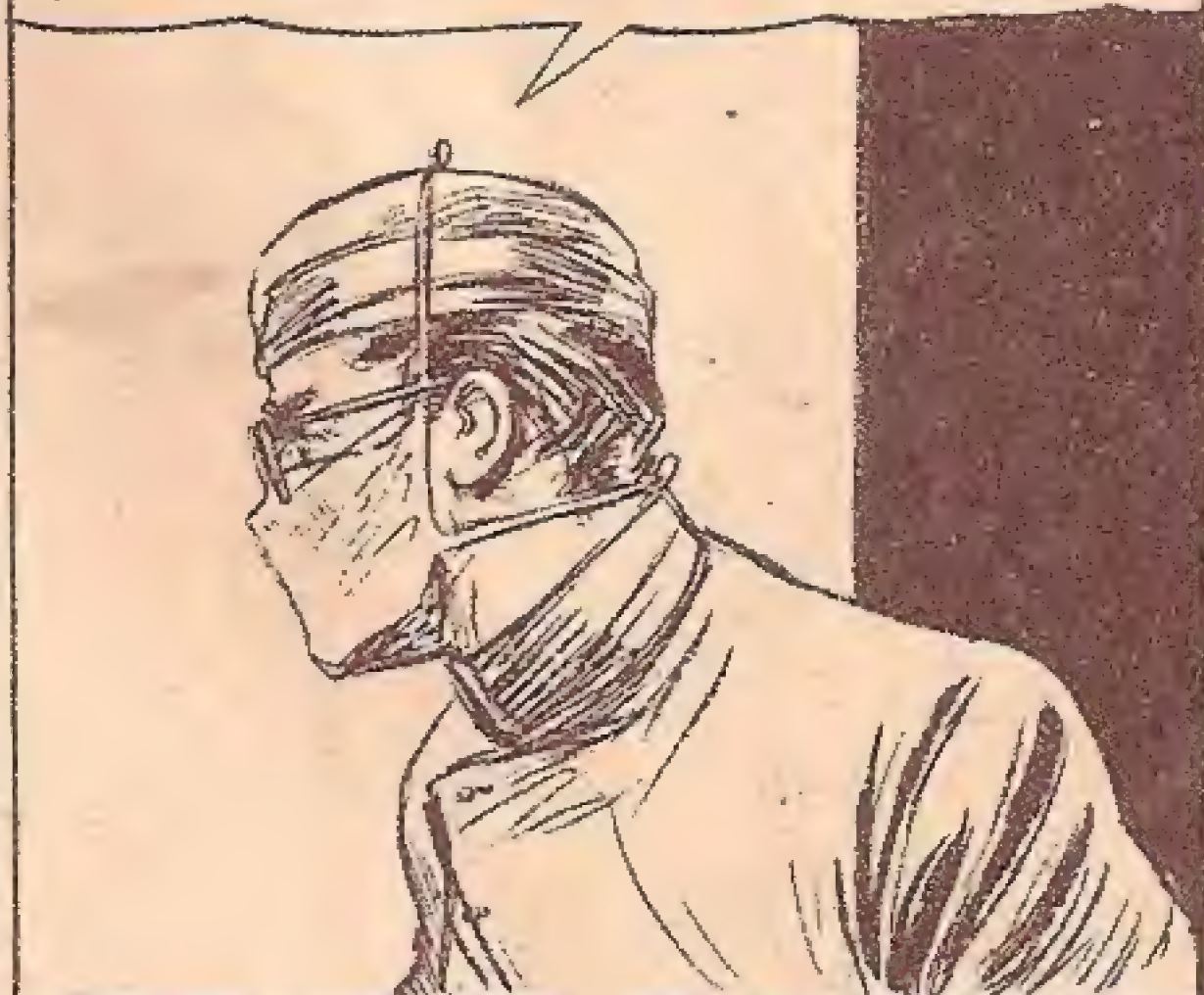


El doctor Voug había inyectado "Fenergan" al anciano Svenk, con éxito...

Sí... ¡Ahora recuerdo el momento... cuando me anunciaron el desastre!



¡Por favor, maestro! ¡Atienda a ese aparato! ¡Lo utiliza un irresponsable! ¡Y sin autorización de la Academia!...



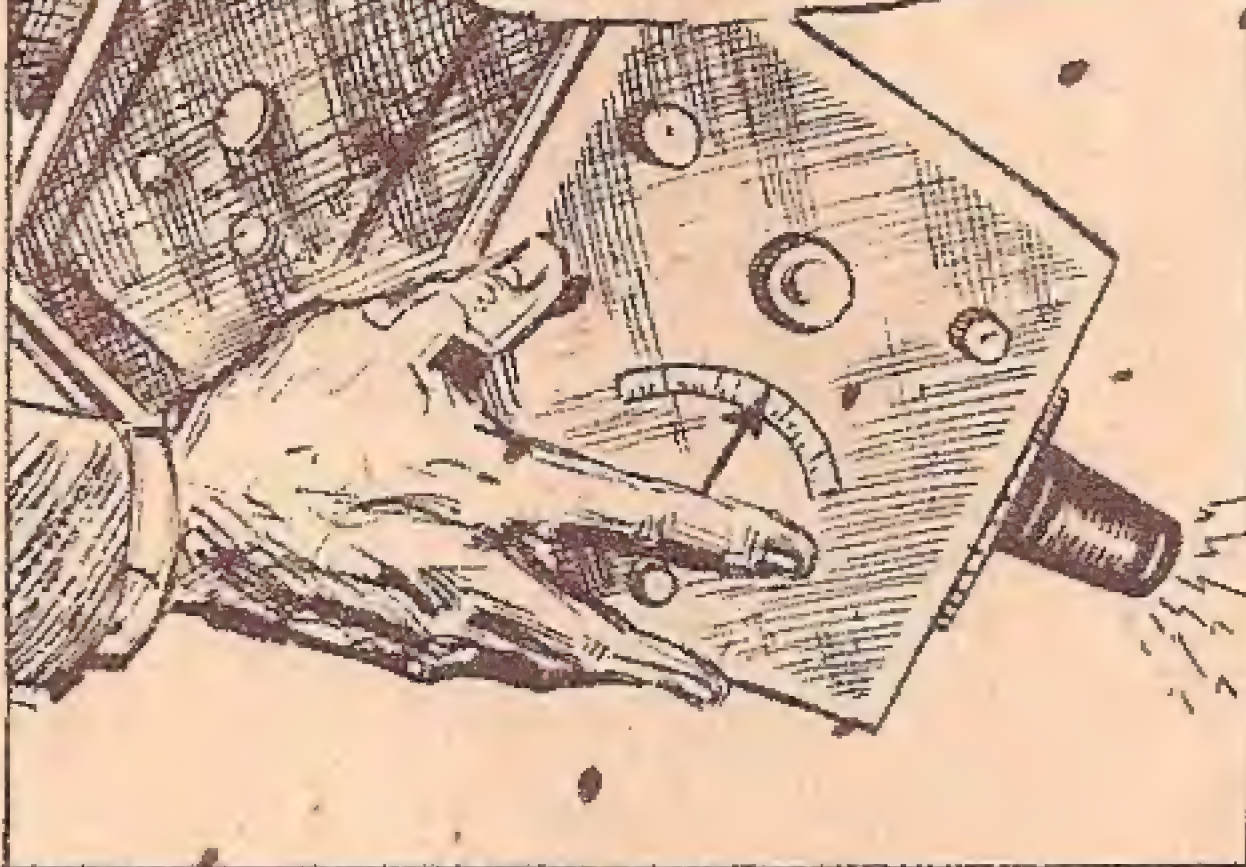
Julius gemía, mientras daba mayor graduación eléctrica al reactor...

¡Se muere!... ¡Se muere! ¡Estamos fracasando!



Dos manos grandes, ajadas, suplantaron a las manos febriles del doctor Thill.

Rece, Thill... Rece... ¡Por todos nosotros!



(Otra vez la lucha contra el malhechor astuto y arrebatador!...)



¡Margaret!... ¡Pobrecita mía! ¡Como mi hija!



La tensión del reactor iba aumentando. Julius Thill volvió junto a su novia...

¡Las pulsaciones han aumentado!... ¡Son casi sesenta ya!



El doctor Svenk contaba entre dientes...

(No, querido Julius... Cincuenta y tres... Cincuenta y tres... apenas...)



El doctor Voug conferenciaba en tono bajo con otros dos colegas, en un rincón de la sala de cirugía...

De cualquier forma, el reactor es bueno. Sin él, la paciente ya hubiera fallecido... inevitablemente...



Se sintió apenas un ruido. Era como un neumático soltando su aire por una grieta. Los ojos de Julius Thill miraron hacia el reactor...

Por favor, Thill... Mire usted... Yo no tengo valor...



La caja de caoba fue abierta. En su interior se había apagado la lámpara azul...

¡Se ha apagado su vida, doctor Svenk! ¡Es nuestro mayor fracaso!



El repuesto para el reactor Svenk estaba en viaje de Alemania a Suecia. Pero la salud de Margaret Bax no pudo esperar su llegada...
—Ha muerto, señores.
Lo siento sinceramente...



Julius Thill miraba con enormes ojos abiertos el cadáver de su novia.

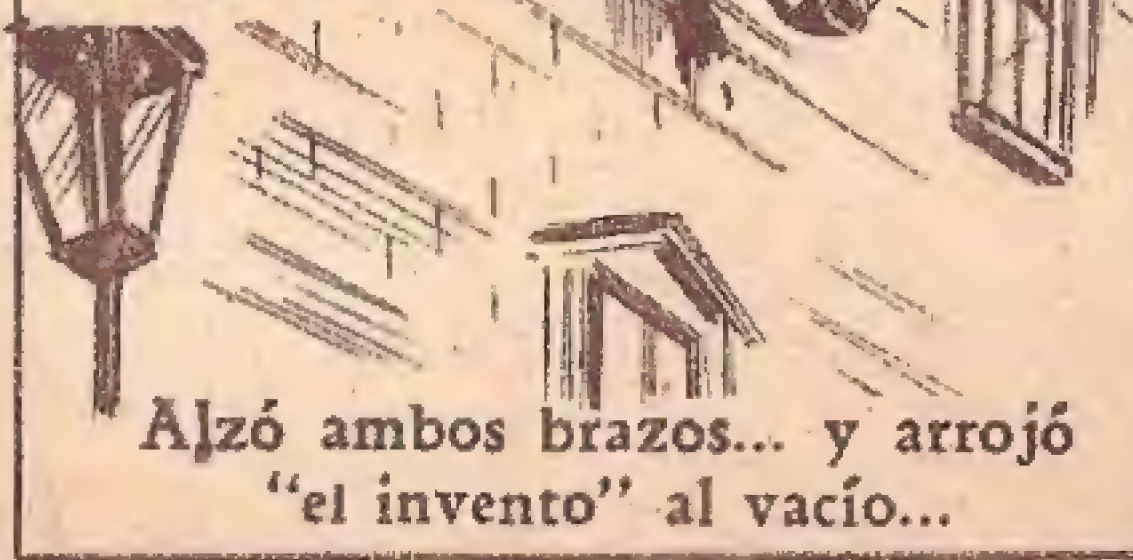
Sin embargo, debo aprovechar esta ocasión para felicitar al eminente doctor Svenk. ¡Su invento "puede" llegar a tener éxito!

La caja de caoba, el invento del anciano científico de Malmoe, fue aprisionada por el propio doctor Svenk... Uno de los médicos abrió la ventana que daba al mar...

¡Es una tarde sofocante! ¡Qué aire maravilloso!



El doctor Svenk se acercó con paso lento al ventanal abierto. No pretendía aspirar el aire que venía del océano...



Alzó ambos brazos... y arrojó "el invento" al vacío...

Hubo una sensación de estupor entre los galenos.

¡Maestro! ¿Qué ha hecho? ¡Doctor Svenk!



Simplemente... retirarme de la medicina... ¡He terminado!



Se dirigió hacia la puerta de salida. Julius Thill sollozaba con las manos sobre el rostro...



Luego firmaré mi dimisión. ¿Pueden pasar a retirarla... en Strindberg 44? Piso octavo... por favor...



FIN

LA PAZ DURA QUINCE DIAS

por RAFAEL GARCIA SERRANO

La obra de García Serrano es una de las más originales de nuestro tiempo, representativa de la época, mezcla de gracia, desenfado, emoción y realidad. *La Paz Dura Quince Días* es una pequeña obra maestra.



DIBUJOS DE FERNAND

Llovía sobre la villa de Gambo, y todos esperaban allí a los hombres de la VII brigada de Navarra, desafiando las rachas, en los portales, bajo paraguas o capotes, llenos de entusiasmo.



Una viejecita envuelta en su manto de luto dijo lloriqueando: —Esta lluvia es como una enorme bandera con la que Dios enjuga la sangre de los hermanos españoles que no cesan de batirse.



El alcalde de la villa dispuso que se recibiese a los soldados con una fiesta seguida de baile. Muchos dijeron: —No están para danzas los que llegan.

—De la alegría, todos querrán bailar unas jotas.



Consultados los dos ancianos canónigos, dijo el más viejecito, lleno de piedad:

Pues si quieren dar unos pasos de baile, que los den. Bien merecida tienen esta pausa de alegría.



Todas las casas de la villa de Gambo se disponían para el regocijo, adornando el frente de los edificios, iluminando, olvidando las normas de oscurecimiento.



Que nuestro santo patrón vele por la ciudad.

Las despensas surtieron los rojos chorizos de la región, las butifarras, los vinos y los mantecados. Se habló de traer pescado de los puertos próximos. Las mujeres brindaban gallinas, liebres, huevos, conejos.



Que nada faltase para los soldaditos, los que habían conocido el fuego graneado, el peligro, la lucha, allá en Navarra. Las madres, las novias, los niños, se preparaban para la celebración.



En una casita de Gambo, Elisa, la novia de uno de los jefes del esperado regimiento, conversaba con la vieja Eufemia, su nodriza fiel. Me parece increíble que haya de verlo pronto.



Estaban las dos mujeres poniendo orden y flores en las piezas deshabitadas. La muchacha recordaba cómo gracias a sus ahorros consiguieron instalar aquello de que carecían todas las casas de Gambo: un moderno cuarto de baño.



Eufemia estaba encantada: —La casa es un chiche. Hay que ver las cortinas que bordaste, los tapices, los adornos. Y pensar que pasado mañana te casarás. —Si Dios quiere...



Iban a casarse para el día de Santiago Apóstol cuando estalló la guerra y todo se desbarató. Elisa, enamorada, fuerte de ánimo, religiosa como buena española, no quiso verter demasiadas lágrimas. Se dedicó a embellecer el nido.



Y ahora mismo ella y su Eufemia iban retocando las colgaduras.

¡Mira qué bonito queda el comedor!



La anciana charlaba hasta por los codos, feliz de ver contenta a su niña. Asomándose al balcón vieron el arco verde que rodeaban las banderas. Había poca gente en la calle. La joven se quedó mirando a lo lejos...



Por allí vendría su novio, el Capitán de Infantería Félix Goñi, habilitado de comandante, de guarnición en Gambo.



Entonces Félix Goñi era teniente y ascendió a capitán. Al llegar a Asturias lo hicieron comandante y le dieron el mando de la Bandera que se llamó Bandera de Gambo. Elisa suspiró recordando todo cuanto sabía por las cartas del novio.



No pudieron casarse, pues Félix debió hacerse cargo del mando de cien voluntarios, y precisamente el día del Apóstol le quedaban cuarenta y cinco hombres, que como cien, se salieron con la suya, triunfando.

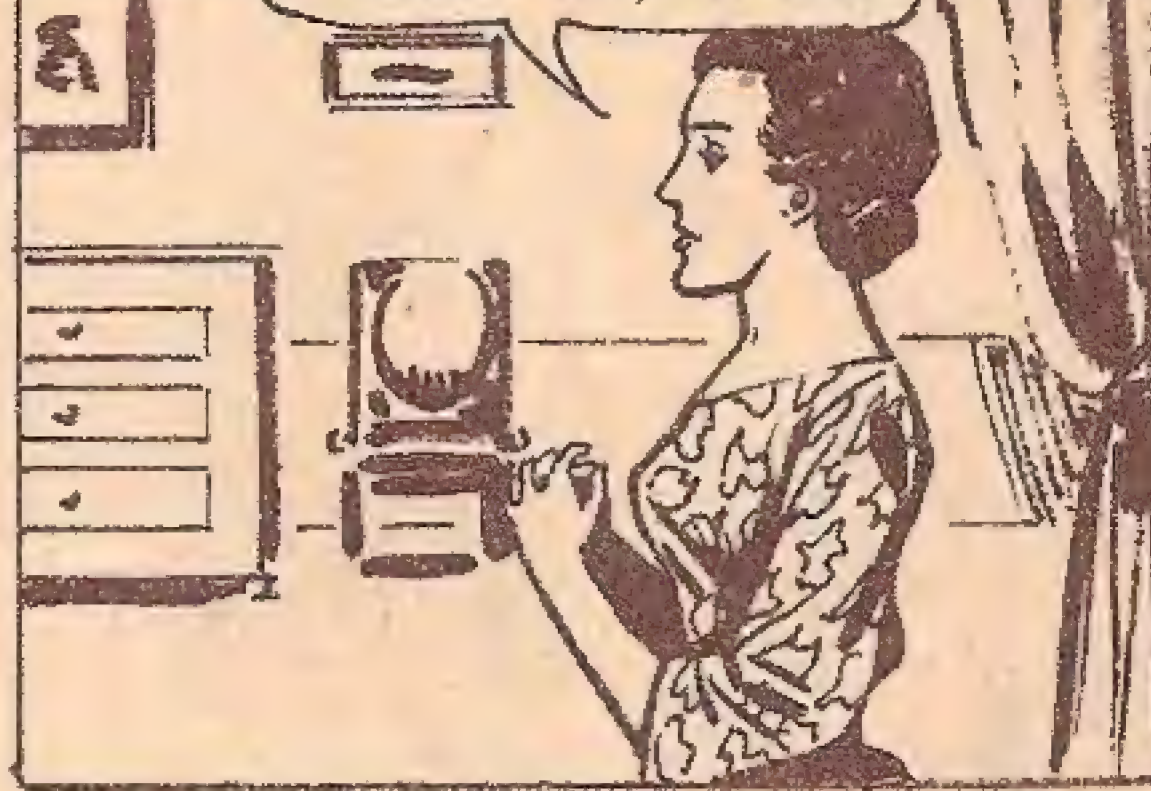


La casa lista para los esposos debía quedarse a solas por ahora, como se quedó un año antes esperando al dueño. Elisa y Eufemia iban día por medio a limpiarla. Elisa señaló hacia el portón de la plaza: —Por ahí vendrán, Eufemia.



Y dejando el balcón volvió a admirar su casita como si entonces la viese. Le parecía infinitas las horas que aun tardaría en llegar el novio.

Esta mañana me parecía imposible decirme: hoy lo veré.



Y de pronto hizo reír a la anciana diciéndole que deseaba que la casa perdiera su brillo y su helada juventud, que se ensuciasen las paredes y las alfombras, que hubiera que cambiar el tapizado a los sillones.



Porque eso querrá decir que mi Félix y yo hemos vivido aquí.

¿Comprendes, Eufemia?

¿Cómo no comprender, palomita?



La novia siguió divagando: no diría al héroe que se guardara de poner las copas de vermut sobre los muebles, porque dejan cerco. Había conquistado el derecho de hacer lo que le viniese en gana. Y sonrió, alegremente.



Cuántas cartas había escrito a Félix desde esta misma mesita elegida por los dos. Le mandaba tabaco, betún para las botas, bufandas, coñac, una estampita de San Miguel...



¡Ah! Creían que la victoria sería cosa de minutos, luego de días, después de semanas. Para que el novio no advirtiese que se sentía morir, le mandaba cosas útiles evitando las cartas con huellas de lágrimas. Y rezaba mucho.



Eufemia suspiró sacando más brillo a una bandeja de plata: —No quieres ni debes esperar la victoria para casarte, Elisa.



Elisa tomó la escoba y empezó a buscar polvo imaginario en la alfombra.

Ya está todo a punto, Eufemia. Vámonos.



Te lo iba a decir, Tu madre estará aguardándonos.

A la mañana siguiente aun no habían llegado los hombres de la VII Brigada de Navarra. Elisa y su amiga Julia García, la enfermera, oyeron misa de siete. En la villa de Gambo todos cumplían con este piadoso deber.



La graciosa Julia estaba casi vencida por la fatiga de su jornada de hospital. La amiga la admiraba mucho por aquel ejercicio consciente de caridad.

Hoy llega tu héroe, ¿verdad?



—Así lo creo.—En el Hospital dijeron que entraría a las siete o las ocho.
—Temo que vuelvan a retrasarse.

Avisarán la hora con un bando.



Hablaron del desfile. Los de la VII serían muchos, y el espectáculo, maravilloso. Hombres que volvían de la guerra, casi de la muerte. Julita recordó que la última vez que había bailado fue en la Verbena del Carmen en 1936.



Entonces salieron los soldados, a la vuelta de un veraneo, para una guerra que creían duraría un mes y medio.

Desde esa fecha no he vuelto a divertirme nunca.



—Ahora vendrán heridos, muchos heridos, no te hagas ilusiones, querida.
—Sufren mucho y es hermoso ayudarlos. Por eso me hice enfermera.

Desearía hacer otro tanto; mis padres no me lo permiten.



—Además —sonrió la amiga— estás de novia con un héroe y vas a casarte con él.

Si Dios quiere...



Mientras tanto, al frente de la columna de camiones y por la carretera que remontaba un puerto, llegaba Félix Goñi y su brigada. Era un mozo alto, recio, de ojos asombrados y frente comba. Tenía celeridad en los ademanes.



Su alférez ayudante, Carlos Rubio, vestía una cazadora a la buena de Dios con una trinchera vieja, pantalón de montar de lana caqui y media bota de caza. El comandante llevaba una boina y un capote gris.



Se ofrecieron mutuamente cigarrillos y fuego. Félix Goñi señaló hacia la cima.

Desde ahí se ve Gambo estupendamente. Vamos ya.



Siguieron avanzando hasta que Félix punteó el paisaje con la contera de su bastón: —Mira, Rubio, las torres de la Catedral; a la izquierda está la campana grande que se llama San Francisco. Yo he subido muchas veces a repicar.



—Tenéis allí muchas torres, ¿verdad, comandante?—Muchas y la más linda es la llamada San Antonio, la de mi parroquia. Mira... Allí está mi parroquia.

¡Bautizo, confirmación, primera comunión y ahora boda!



Por la gracia de Dios, pasado mañana si El lo quiere. Hemos visto tantas cosas en esta guerra sin tregua, absurda, que nunca se sabe, ¿no es cierto?

Sí, comandante.



Para disimular su emoción, Félix Goñi señaló ahora una torre: —El banco Agrícola de Gambo. Entre él y la Torre de San Antonio está la Plaza Mayor. Guardaron silencio, y el pequeño Rubio...



...dijo de pronto: —¡Quién sabe si no acabará aquí la guerra! —¡Ojalá!

¿Qué te parece Gambo?

Muy bonito.



El comandante frotó su estrella de oro con la manga, sonriendo.

Mi novia tiene una amiguita encantadora. Se llama Julia. Te la presentará.



Goñi miró hacia Gambo con sus prismáticos sintiendo que los ojos se le humedecían.

Hay una bandera en la torre de la Ciudadela. ¡Eso significa repique!

Repicarán por la VII Brigada de Navarra que está al llegar.



La gente salió a recibir a los soldados apenas los avistaron, aunque la mayor parte los aguardaba en la Plaza Mayor, donde en realidad estaba toda la Provincia.



Algunos soldados llevaban ramas verdes en la mochila. El coronel inclinaba gentilmente la cabeza hacia el lado izquierdo y cabalgaba con grave sonrisa. Las muchachas arrojaban flores al paso de la Brigada. Se oían cantos.



Desde los balcones tiraban pétalos de rosas, juncia y mejorana, hojas de laurel. Las niñas enviaban besos con los dedos en racimos. Y muchos lloraban al paso de las banderas desgarradas y descoloridas.



MÚSICA
POR DIOS, POR LA PATRIA Y EL REY
LUCHARON NUESTROS PADRES...
¡POR DIOS, POR LA PATRIA Y EL REY
LUCHAREMOS NOSOTROS TAMBIÉN!



Los soldados venían sucios, cansados, pero con fuerza para sonreír.



No se oía las bandas de música sino los vitores. Ahí estaba Julia con algunas enfermeras de su hospital, gobernando amorosamente una patrulla de heridos y mutilados que asistían desde lugar preferente al desfile de sus camaradas.

Goñi la saludó con la sonrisa y dijo a su ayudante: —Ahí tienes la novia prometida. Elisa esperaba ver pasar a su amado desde el balcón de la casa que era de los dos, pero sólo atinaba a secarse el raudal de las lágrimas.



Doña Carmen, la mamá, y Eufemia, no menos conmovidas, trataban de animar a la joven: —Chica, vas a tener entopeados esos lindos ojos.

Déjenme llorar, por favor. Lo necesito mucho.



Cuando Félix Goñi llegó al descanso del tercer piso y se detuvo frente a la puerta de su casa —allí donde había convenido reunirse con Elisa—, debió respirar, porque se ahogaba de emoción.



Durante un larguísimo, interminable segundo, se miraron devotamente, asombrados de la mutua presencia, de su inmensa suerte. Luego cayeron uno en brazos del otro. Todo el amor del mundo les pertenecía:



—Entra en tu casa, Félix.

Sencillas palabras para el soldado que las había esperado tanto.

¿Quieres que la recorramos? Ahí está mamá y Eufemia, deseosas de verte.



Se sometió de buen grado a las preguntas, a la admiración, a los besos de las dos mujeres. Elisa lo llevó hasta el cómodo sillón, elegido para él.



Aquí está tu lámpara de pie... Aquí leerás por la noches.

Se sentaron juntos mientras Eufemia y doña Carmen iban a traer sandwiches y refrescos tomados de las manos, bebiéndose las miradas. Ella habló, sonriendo.

El piso es grande... por suerte.



Y él la miró con ternura, diciéndole en voz baja: —Hay sitio para huéspedes.

Los niños son muy necesarios.



Se besaron espontáneamente con todo el corazón, olvidados de la guerra. Después, tomándose de la mano, Elisa fue descubriéndole todas las cosas que había bordado, cosido, tejido con primor. —Hay ropas del ajuar de mamá, querido.



Un regalo que nos hace. Y ese Crucifijo de ébano y de plata que fue de mi abuela. Después que las dos mujeres se retiraron, ella preguntó si no se acababa la guerra.



Muchos decían que antes de Nochebuena llegaría la ansiada paz. —Y Navidad está cerca.

Quizá los otros quieren también pasar la Noche de Jesús en paz...



La paz que necesitarán los chiquitos que haya en esta casa.



Para ocultar sus lágrimas salieron al balcón; era noche cerrada, y él le pidió que apagase las luces. Estaban en plena lucha, siempre; no había que olvidarlo. Allí en la sombra, tomados de la mano, se rieron al recordar un sueño de antes.



El de recorrer en automóvil varios lugares durante la luna de miel. —Queríamos ir a Zaragoza, oír misa en el Pilar y subir a San Sebastián, ¿recuerdas?



¿Cómo olvidarlo, querida?

—Esta casa será para nosotros el mundo entero. Y te quedarás aguardándome hasta que sea posible ir a todas partes...



Elisa apoyó la frente en el pecho de su novio: —Me basta con que estés en esta casa conmigo. Y él respondió: —Lo malo es que debo marchar pronto...



Y sabe Dios cuándo volveré.

Los estremeció una misma ráfaga de frío: —Dios sabe si volveré. —Esta noche hay baile en la municipalidad. Voy a ponerme linda.



Salieron los cuatro de la casa rumbo al hogar de Elisa. Y allí, luego de cenar ligeramente, se dirigieron al sitio del baile. Todo era risa, música, danza, broma. Los soldados parecían estar cada uno en su casa.



Julia conversaba animadamente con el ayudante Carlos Rubio.

¡Mira, le predije a mi camarada que iba a enamorarse de tu amiga!



¡Qué buena pareja hacen!

Llegaban botellas de coñac, y café, obsequiados por todo el mundo. Los novios bailaron mirándose a los ojos. Julia y Carlos Rubio conversaban muy seriamente.



Procuraré morir bien, si usted me dice que no le soy indiferente.



La enfermera tenía una carita menuda, los ojos grandes, la boca fina; sonrió.

Puede ser usted de los muchos que han de sobrevivir. La guerra se terminará pronto.



Carlos Rubio miró con pena a la linda muchacha: —Eso es lo que se dice para engañar la esperanza de los que sufren. Pero no se ve el fin a este infierno. Después le habló del flechazo; la había visto al entrar en Gambo.



—Santo cielo, Carlos —murmuró la chica con gracia—; ¿quién cree en eso? —Yo no creía en el amor a primera vista hasta conocerla a usted. Y siento que hace cien años que la quiero, Julia.



—Ve usted, Elisa y Félix sí que son dichosos. Van a casarse pasado mañana.

Usted no sabe lo que tiene llorado mi amiga por su comandante.

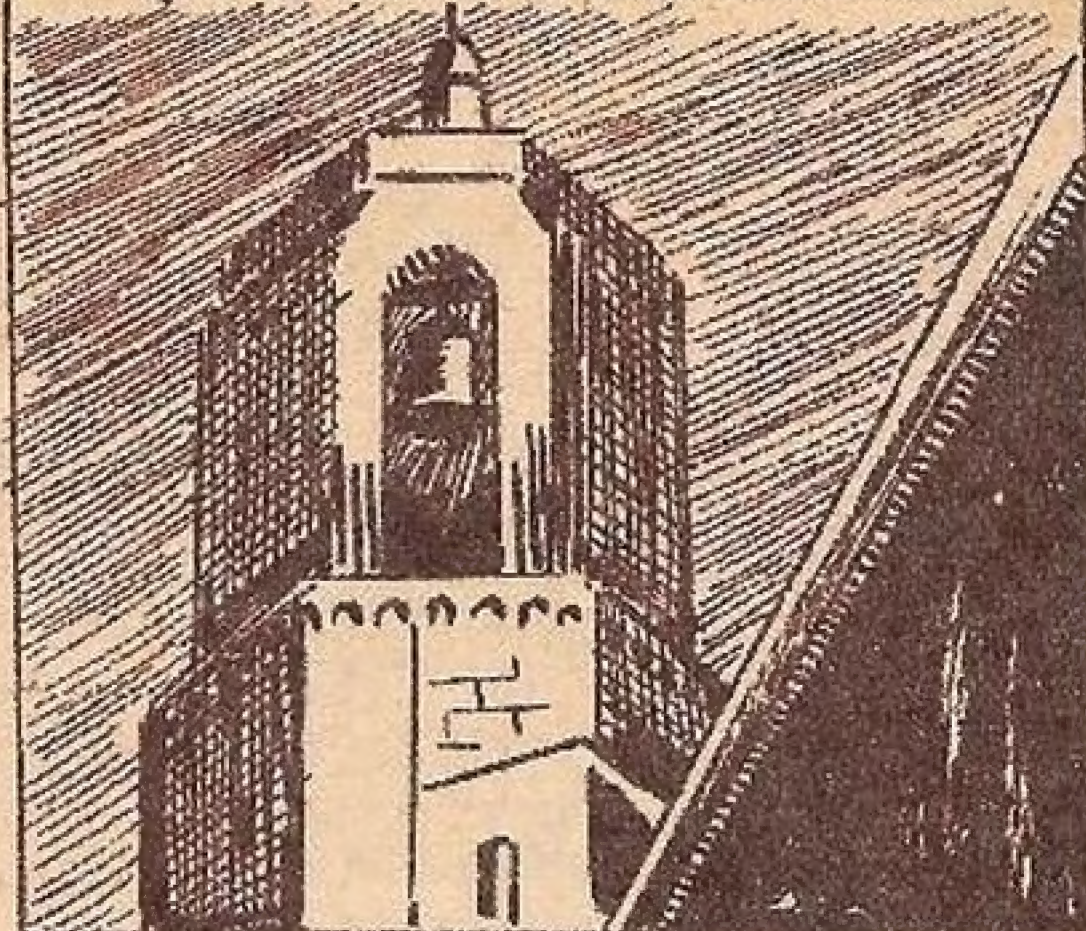


Y usted no sabe lo que él tiene padecido por ella.

Se miraron unidos por idéntica emoción. Hablaron bastante; ella de su tarea, de su vida de familia; él, de la guerra dura, de aquel invierno, de su pueblo feliz y lejano, en Navarra.



Ya se tuteaban cuando dieron los doce toques de la medianoche en la torre de la Catedral. Comentaron que la ciudad estaba contenta.



Hasta los viejos habían dejado de rezongar un poco. Y los jóvenes cantaban en las calles marchas militares y coplas de amor.

TENGO UN HERMANO EN EL TERCIO
Y OTRO TENGO EN REGULARES
Y EL HERMANO MÁS PEQUEÑO
PRESO EN ALCALÁ DE HENARES.



Mañana seré testigo de la boda de Félix.

Pero... la guerra es la guerra. Goñi rio al contestar que aquella era la más larga licencia que por razones sentimentales se hubiera concedido en la VII Brigada de Navarra. Después hubo baile.



—Y yo por parte de mi amiga Elisa. —¿Has visto como todo nos une?

Hasta mañana, linda.

Hasta mañana. Madrugo por el Hospital.



La boda fue rápida y sencilla, con misa de esponsales. El coronel estuvo presente y bebió chocolate con la familia y los amigos.



Lástima que no pueda prolongarse el permiso de su marido.

Carlos Rubio y Julia García se comprometieron en la misma iglesia, a la vera del precioso San Antonio de talla. La miró él gravemente:



—Te querré mientras viva y después... con permiso de Nuestro Señor.—Te afirmo otro tanto, querido.

Rieron felices, colmados de esperanza, aunque resueltos a mantener en secreto su idilio. El comandante Goñi y su esposa salieron en automóvil a pasear, luego de abrazar a deudos y amigos.



Llegaron a Pamplona a la una y media. La ciudad era un gran cuartel macizo y gris. Se oían canciones antiguas. Con espíritu prudente, Félix eligió un restaurante apartado y pidió un almuerzo.

BEJARANA, NO ME LLORAS
PORQUE ME VOY A LA GUERRA...



Tomaban el café cuando dos capitanes y un teniente cayeron casi sobre la mesa del comandante, felicitándolo: —Vimos tu coche afuera. —Me he casado, ésta es mi esposa. —Se llevó una especie de Cid, señora.



Y recordaron hazañas, penosas dificultades; Archanda, Santander...

¡Bebo por vuestra felicidad!



Se despidieron a prisa, muy gentiles. Al rato llegó la camarera con una botella de champaña: —Para los señores, de parte del capitán Lozano.

¡Qué buenos muchachos. ¡Si supieses lo que hemos peleado juntos!



—Lozano es de mi promoción. Estas amistades resucitan cada vez que te vuelves a ver, como si nunca hubieran muerto.

Volvamos ya, querida.



Regresaron a Gambo a la noche. Había luz y una mesa de fiesta en el comedor. Eufemia y doña Carmen, Rubio y Julia, los recibieron, cantando.

¡Vivan los novios! ¡Suerte que has vuelto, hombre!



Hubo un brindis por todo. Sobre el cristal y la espuma del champaña se encontraron graves las miradas de Goñi y de su ayudante. En un aparte éste murmuró:

Mañana a mediodía hay que abandonar Gambo. Empezar de nuevo la fiesta.



El comandante guiñó a su amigo apretándole la mano. —Haremos que ella lo ignore por lo menos hasta que salga el sol. ¿Qué te parece? Es lo que habíamos pensado con Julia, mi novia formal..., la que tú me elegiste.



Se los oyó reír, y levantaron las copas. La clara voz de Elisa comentaba: —Pues íbamos a casarnos el día de Santiago. No fue posible. Pero no cesé de rogar al Apóstol y... ¡ya somos marido y mujer!



FIN

intervalo

ALBUM

AÑO XIII

Nº 50

una publicación de
COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889

Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 679.577 de la
Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B

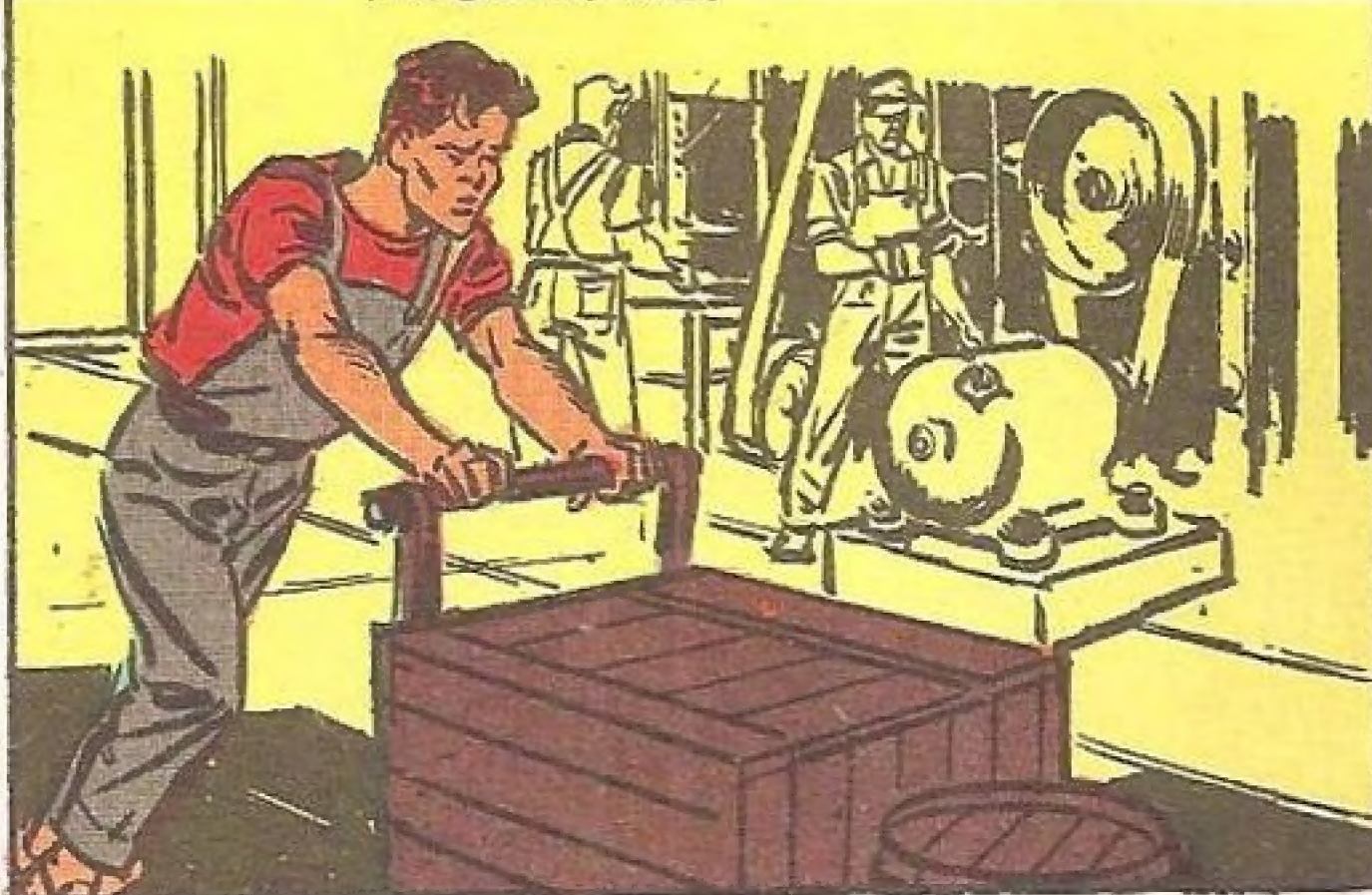
Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

José Eduardo Rivero

COMO NACIO UN DIBU- JANTE

A LA EDAD DE 17 AÑOS TRABAJABA EN UNA FÁBRICA PARA AYUDAR A MI FAMILIA. MI VOCACION ERA EL DIBUJO, PERO NO SABIA COMO INICIARME.



SÚBITAMENTE UN DIA VI UN AVISO QUE CAMBIO MI VIDA. 12 FAMOSOS ARTISTAS ENSEÑABAN A DIBUJAR. ENVIÉ EL CUPÓN PIDIENDO FOLLETOS



TODAVÍA RECUERDO LA ALEGRÍA QUE ME PRODUJO RECIBIR LOS FOLLETOS EN COLORES DEL FAMOSO CURSO. ME INSCRIBÍ ESE MISMO DÍA.



FUE REALMENTE MUY BUENA LA ENSEÑANZA QUE RECIBÍ DE DIBUJANTES TAN PRESTIGIOSOS. EL MÉTODO ES MAGNÍFICO. ESTUDIÉ CON CARÍÑO. "SENTÍA" QUE ESTABA...



APRENDIENDO; Y NO ME EQUIVOCUÉ. RECIBIR EL DIPLOMA FUE UNO DE LOS MOMENTOS MÁS EMOCIONANTES DE MI VIDA. LUEGO INGRESÉ A UNA EDITORIAL.



TODO PASÓ MUY RÁPIDO. AHORA DIBUJO Y CREO HISTORIETAS IMPORTANTES. HE CONSEGUIDO GRAN FAMA Y OBTENGO GRANDES SUELDOS.

ME SIENTO MUY FELIZ ES UNA HERMOSA PROFESIÓN Y ME DA MUCHAS SATISFACCIONES.



V3

¡JOVEN! HAGA USTED TAMBIÉN COMO YO. DÉ EL PRIMER PASO Y ENVÍE ESTE CUPÓN HOY MISMO A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE. GRATIS RECIBIRÁ FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS. ¡Y VEA QUÉ ARTISTAS!...

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPF
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-3

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____
Calle y N°: _____
Localidad: _____
Provincia: _____
Ocupación: _____ Edad: _____

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Abril comienzan del 2 al 7. INSCRIBASE